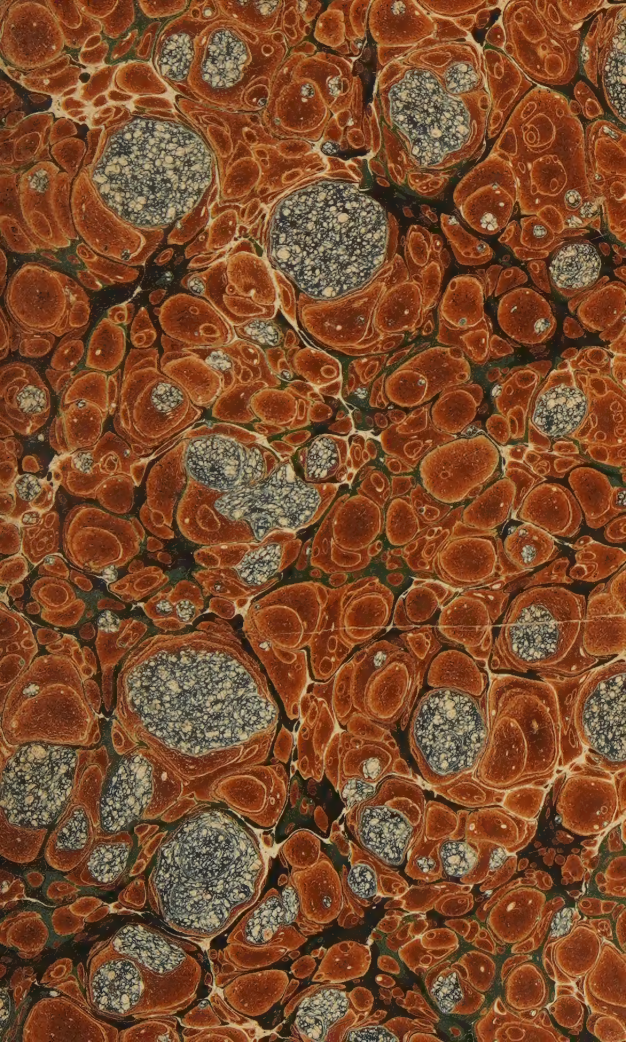
BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM
CONVENTUS
CIVIT. BENITIÆ
Lit. 242
Pl.



EL

EVANGELIO MEDITADO.

X.

PARIS, IMPRENTE DE MOQUET Y COMP.,
Calle de la Harpe, 90.

EL

EVANGELIO MEDITADO

Ó

MEDITACIONES

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

COMPUESTAS EN FRANCES

POR

EL ABATE DUQUESNE.

Nueva Edicion

revista y notablemente enmendada.

TOMO DÉCIMO.

MADRID,

EN LA LIBRERIA DE RAZOLA.

PARIS,

LECOINTE, QUAI DES AUGUSTINS, 49.

—

1837.

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/elevangeliomedit0000elab_w0x5

EL

EVANGELIO MEDITADO.

MEDITACION CCLXXI.

PARABOLA DE LOS TALENTOS *.

S. Mat., c. XXV, v. XIV, XXX.

Primero. Del Señor, que distribuye los talentos. Segundo. De los siervos que ponen á ganancia los talentos. Tercero. Del siervo, que deja infructuoso su talento.

PUNTO PRIMERO.

Del Señor, que distribuye los talentos.

Primero. *Distribuye los talentos con bondad.* — « Porque (la cosa es) como cuando un hombre partiendo á un pais muy lejos, llamó sus siervos; y puso en sus manos sus bienes... » ¡Qué bondad,

* Hemos visto una parábola semejante á esta en S. Lucas, c. XIX, v. XI. Meditacion CCXXVI.

3807

en este Señor, y qué fortuna, para estos siervos! Ellos nada tenian, y este tierno Señor, les confia lo que tiene; y confiándoseles, los pone en estado de trabajar, y merecer su recompensa. — Cada uno de nosotros es uno de estos siervos, que de suyo nada tiene, y que en el orden de la naturaleza, y en este mundo, ha recibido de Dios todo lo que tiene. Pero en el orden de la gracia debemos considerar, que este Señor es Jesucristo, que subiendo á los Cielos, ha dejado á su Iglesia todos sus bienes, todas sus gracias, sus méritos, sus palabras, sus verdades, y sus Sacramentos. Todo lo que tenemos en este genero, viene de él. Apliquémonos á darle gracias, y á hacer buen uso de sus dones.

Segundo. *Distribuye los talentos con diversidad.*— « Y dió al uno cinco talentos, y al otro dos, y uno al otro... » Ninguno puede lamentarse de que lo han olvidado. El Señor á todos les ha dado. Ninguno puede quejarse de esta diversidad : él es el dueño que lo ha querido así. No toca á los siervos reprender al Señor de lo que obra. El que tiene menos no debe tener envidia del que tiene mas; porque este tiene ciertamente que trabajar mas, y ha de dar mayor cuenta. El que tiene mas no tiene que despreciar al que tiene menos, porque este, con el poco que tiene, puede ser mas diligente, y mas fiel á su Señor; y por otra parte, tendrá siempre menos cuenta que dar. Debemos, pues, todos dar gracias al Señor, y amarlo, y aplicarnos cada uno, en cuanto nos será posible, á aprovecharnos

de sus beneficios, á emplearlos en su servicio, y á estar siempre preparados á darle cuenta. ¿Es esto lo que nosotros hacemos?

Tercero. *Distribuye los talentos con sabiduría.*— A cada uno segun su capacidad... Esta diversidad es un efecto de la sabiduría. Así lo hacen los hombres sabios. Dios no encuentra en nosotros disposicion alguna natural, que no se derive de él; en la distribucion de sus dones sobrenaturales ha mirado no á las disposiciones naturales, sino á lo que conviene á la manifestacion de su gloria: con que esta expresion significa aquí que Dios distribuye sus dones segun su santa sabiduría, y segun los diferentes designios, que tiene de cada uno de nosotros *. La Iglesia forma un cuerpo compuesto de diferentes miembros: estos miembros tienen funciones diferentes; y Dios adapta sus gracias á las funciones, que exige de cada uno, y á los empleos, á que los destina. No son todos Apóstoles, Profetas, Doctores. Guardémonos, pues, de querer desconcertar esta armonía, que es el efecto de la sabiduría de Dios. No envidiemos el empleo de los otros: no lo pretendamos: no critiquemos la manera, con que el otro cumpla sus obligaciones, no nos entremetamos, ni mezclemos en lo que no nos importa. La única emulacion, que se nos permite, y aun se nos encomienda es, de aprovecharnos, y hacer fructicar, en cuanto podamos, el talento, que Dios

* Ad Cor., c. XII, v. XI.

nos ha fiado; de cumplir, con toda la posible exactitud, el empleo, que se nos ha encargado: y de ponernos, con esto en estado de cumplir con fruto todos aquellos, que la Divina Providencia nos querrá confiar. ¿Querremos nosotros seguir un camino aun mas excelente? Cumplamos las obligaciones de nuestro estado; abracemos, por medio de una caridad ardiente, toda la Iglesia; deseemos contribuir al bien general, por medio de nuestro particular trabajo, como trabaja cada miembro por todo el cuerpo, haciendo sus particulares funciones.

PUNTO II.

De los siervos, que ponen á ganancia sus talentos.

Primero. *Su trabajo, mientras está su Señor ausente.* — « É inmediatamente se partió. El que habia recibido cinco talentos, se fué á negociar con ellos, ganó otros cinco; del mismo modo el que habia recibido dos ganó otros dos. » — *Trabajo prontamente comenzado.* Distribuidos, que fueron por el Señor, los talentos, luego inmediatamente se partió. El siervo encargado de los cinco salió luego, y trabajó para sacar provecho de ellos, lo mismo hizo el siervo, que habia recibido los dos. — No hay que perder tiempo. Desde la juventud es necesario consagrarse al Señor, y trabajar única-

mente por él. Luego, que una persona está provista de un empleo ; colocada en un puesto , debe cumplir sus obligaciones, y atender á su propio ministerio. — *Trabajo valerosamente sostenido.* « Despues de largo tiempo , volvió el Señor de aquellos siervos... » El Señor estuvo largo tiempo ausente; pero los siervos fieles no aflojaron, y continuaron con fidelidad , con teson, y perseverancia. El escollo de nuestra virtud , y de nuestro celo es este *largo tiempo.* Muchos comienzan bien; duran por algun tiempo ; pero ¡ o cuántas veces la vida larga de algunos ha sido fatal á su propia gloria, y salvacion, y á los intereses de la Iglesia! — *Finalmente , trabajo coronado con un éxito feliz.* Salió bien á los dos , y consiguieron doblar la suma recibida. — Examinémonos sobre este modelo; reparemos lo pasado, y apliquémonos á proveer, para lo por venir.

Segundo. *Su confianza al arribo de su Señor.* — « Y los llamó á cuentas , y viniendo el que habia recibido cinco talentos, le presentó otros cinco , diciendo , Señor, tú me has dado cinco talentos , he aquí cinco de mas , que he ganado... Se presentó despues tambien el otro , que habia recibido dos talentos, y dijo; Señor , tu me diste dos talentos , he aquí , que he ganado otros dos... » Inmediatamente se presentan estos siervos fieles. Suspiraban la llegada de su Señor; vuelan para encontrarlo al punto que oyen , que los llama. Con una alegría inefable , ven el fin de sus penas ; nada sienten de-

jar una vida, que se consuelan haber empleado totalmente en su servicio. Se le acercan sin sobresalto ¿y qué habian ellos de temer de un Señor, que han amado siempre, y por quien solo han trabajado? ¡Ah! No es así de aquellos, que han perdido de vista á su Señor, y han olvidado sus intereses. ¡Qué sorpresa; qué espanto, cuando se les anuncia, que es necesario dar cuentas! Con todo eso, ó preparados, ó no preparados, esta es una cuenta, que nadie puede evitar... Presentan estos siervos sus cuentas, sin turbarse... El que habia recibido cinco talentos, le presentó otros cinco, que habia ganado; y el que habia recibido dos le presentó otros dos. — Almas libradas del infierno; sacadas fuera del pecado, instruidas, compungidas, edificadas, vicios combatidos, y desarraigados, la fe defendida, y sostenida, la autoridad de la Iglesia reparada, y conservada; y en sí mismos un aumento de gracias, una multiplicacion de obras de piedad, de penitencia, de caridad: he aquí lo que presentan los siervos fieles... ¡Ay de mí! ¿Y yo qué es lo que presentaré? Finalmente, reconocen, que todo le toca al Señor; nada se apropian... « Señor, tú me has dado cinco talentos... » Helos aquí; son tuyos, te los vuelvo: he aquí cinco de mas que he ganado. Son estos tambien tuyos, te los doy tambien. La humildad es la basa de la confianza, así como es el fundamento de toda virtud. El que no reconoce, que todo el bien, que tiene, y que hace, viene de Dios, y pertenece á él, no tiene en si otra cosa, que

un intolerable orgullo, y su confianza no es otra, que una necia presuncion.

Tercero. *Su recompensa en el juicio de su Señor.* — « Le dijo su Señor; bien está, siervo bueno, y fiel, porque en lo poco has sido fiel, te haré Señor de mucho: entra en el gozo de tu Señor. — Primero. *Los siervos fieles son primeramente alabados por su Señor.* — « Bien está, siervo bueno, y fiel. » Esta aprobacion, y estas alabanzas, ¡o y qué abundantemente resarcirán al siervo fiel de las que los hombres le han negado, y que él ha desechado, y tambien de los dichos, de las sátiras, de las calumnias, y de los insultos, que han usado con él, por su fidelidad, y por su Celo! — Segundo. *Los siervos fieles reciben de su Señor grandes promesas.* « Te haré Señor de mucho... » Esta promesa lo mira todo en un punto. La vida presente, en que aquel que se sirve bien de las primeras gracias, recibe otras mayores; y el que cumple bien sus primeros empleos, recibe otros mas importantes; y la vida futura, en que cada uno es recompensado á proporcion de su trabajo, y siempre de manera, que la recompensa es infinitamente superior al trabajo. — *Finalmente, los siervos fieles reciben de su Señor la entrada en el Cielo.* « Entra en el gozo de tu Señor... » ¡O qué entrada para un pobre mortal, que sale de esta vida! ¡Entrar en el Cielo; ver á Dios intuitivamente, gozar de él; poseerlo; amarlo; entrar en la participacion de su eterna, y esencial felicidad! ¡Ah! si nosotros tuviésemos presente á

nuestro espíritu la idea de aquella infinita felicidad ¡con qué ardor trabajaríamos! Todo lo que hacemos, todo lo que padecemos, y aun el martirio mas largo, y mas cruel, nos pareceria poco en comparacion de la gloria futura, que se manifestará en nosotros.

PUNTO III.

Del siervo, que esconde su talento.

Primero. *La injusticia de su conducta.* — « Pero aquel que habia recibido uno, fué; hizo un hoyo en tierra, y escondió el dinero de su Señor... » La injusticia de este siervo nos indica. — Primero. La injusticia de aquellos, que por pereza, no hacen todo aquel bien, que podrian hacer, y que estan obligados á hacer, segun su talento, y por su estado: de aquellos, que no obedecen á su vocacion, y rehusan entrar en un estado, ó de aceptar un puesto, en que habrian de trabajar; bien que para esto tengan el talento necesario, y sean llamados por Dios: de aquellos, que siempre buscan una vida de reposo, y finalmente de todos aquellos que temen las penas de la virtud, y del celo, y que por esto abandonan su práctica. — Esto es esconder el dinero del Señor. — Segundo. La mayor injusticia de aquellos, que por motivo de aficiones terrenas, en vez de hacer valer el talento, que han recibido, para las utilidades de su Señor, le hacen

servir únicamente á su ambicion, á su avaricia, y á sus placeres; que solamente atentos á objetos terrenos, se consagran á ellos, consagran sus trabajos, sus vigilias, su cuerpo, su espíritu, su empleo, su autoridad, y hasta su misma virtud. — Esto es esconder su talento debajo de tierra. — Tercero. La intolerable injusticia de aquellos que por motivo de disolucion, ó de impiedad, emplean el talento recibido de Dios, en engañar las almas; en corromper las costumbres; en inspirar el error; en combatir la Iglesia, y la Religion. Aun cuando la presente parábola no mire á estos directamente, ¿no nos da ella misma á conocer, cuánto mas abominable sea su conducta á los ojos de su Señor, cuando se valen contra él de sus propios beneficios?

Segundo. *El absurdo de sus discursos.* — « Presentándose, pues, tambien el que habia recibido un talento, dijo, Señor; sé que sois un hombre austero; siega, donde no siembras y recoges donde no esparciste; y temeroso, me fuí, y escondí tu talento debajo de tierra; he aquí tienes lo que es tuyo : Respondiendo su Señor le dijo; siervo malvado, y flojo, tú sabias, que siego donde no siembro; y recojo donde no he esparcido, debias, pues, dar mi dinero á los Banqueros, y á mi vuelta, habria yo cogido lo mio con interes... » La malvada excusa de este siervo perezoso era de sumo ultrage al Señor, y de condenacion para él mismo. Y con todo

eso, este es el modelo, sobre que los pecadores procuran aun justificarse, y la conclusion se vuelve siempre contra ellos mismos... La salud, van deciendo ellos, es un negocio muy difícil... *deben pues* aplicarse á ella. Pocos son los que se salvan... *deben pues* seguir el número pequeño, y no la multitud. Mis pasiones son vivas al sumo... *debeis pues* trabajar para domarlas, y evitar todo lo que las puede irritar. El mundo está tan corrompido; es tan engañoso.. *debeis pues* huirlo, y comparecer solo en él por necesidad, y con toda suerte de precauciones. El Infierno, la muerte, la eternidad, y el juicio, son verdades las mas terribles... *debeis pues* meditarlas, y sin acalorar vuestra imaginacion hasta el punto de trastornarla, *debeis* hacerles servir de contrapeso á vuestras pasiones, y á la vanidad del mundo, y evitar con esto lo que ellas tienen de terrible, y no ya alejar el pensamiento para precipitaros como ciegos, y aseguraros una miseria, cuyo solo pensamiento hace temblar á todo ente racional. ¿Es posible que se discurra tan mal en un negocio de tanta consecuencia, y que discursos tan necios procuren la tranquilidad á un gran número de personas que se creen sabias?

Tercero. *La severidad de su castigo.* — « Quitadle, pues, el talento que tiene, y dádselo al que tiene diez talentos, porque al que tiene se le dará, y se hallará en la abundancia, y al que no tiene, se le quitará aun aquellos que parece que tiene. Y al siervo inutil arrojadlo en las tinieblas exteriores;

allí habrá llanto, y crugir de dientes...» El primer suplicio de los pecadores, en el juicio de Dios será la vergüenza de verse convencidos por sus propios razonamientos. El segundo, el despecho de ver, que las gracias, que se les habian concedido, y de que no sacaron provecho, se las han quitado, y dado á los que se aprovechaban mejor de ellas; y que aquellos que ellos mas despreciaban, se han enriquecido á su costa, con sus mismos despojos. El tercero, la desesperacion de verse condenados sin apelacion, y por culpa suya á padecer en los suplicios eternos todo el rigor de la justicia de Dios. — He aquí las terribles verdades que Jesucristo, nuestro Divino Maestro nos ha revelado, y que ha envuelto debajo de las parábolas, justamente para hacérnoslas mas perceptibles, y mas familiares. ¡Ay de nosotros! si las olvidamos, y no sacamos de ellas provecho... *Llanto, y crugir de dientes*; pesemos bien estas expresiones, de que el Salvador se ha servido tan frecuentemente para declarar los sentimientos amargos de los réprobos.

Peticion y Coloquio.

¡Ah! Señor, si vuestra justicia ha tratado así al siervo inutil, que no ha puesto á interes un solo talento ¿qué será de mí que he recibido muchos, á quien Vos habeis hecho tantas gracias, de que he hecho un continuo abuso; de mí que no solo he disipado todos vuestros dones sino tambien los he

empleado contra Vos? ¡O y cuánto teneis que reprender en mí! Dios de bondad, tened piedad de mí antes de aquel terrible dia, en que entrareis en cuentas conmigo. No me quiteis vuestros dones que conozco muy bien haber merecido perder. Resuelvo desde ahora, hacer de ellos mejor uso con vuestro divino socorro, trabajaré sobre mi salvacion, con valor, con humildad, y con un progreso que ayudado de vuestra gracia, me conducirá á vuestra gloria. Amen.

MEDITACION CCLXXII.

DEL ULTIMO JUICIO.

S. Mat., c. XXV, v. XXXI, XLV.

Primero. Del aparato de este juicio. Segundo. De la sentencia que se pronunciará en favor de los justos. Tercero. De la que se pronunciará contra los réprobos.

PUNTO PRIMERO.

Del aparato de este juicio.

Primero. *Del juez.* — Y primeramente de la Magestad, con que comparecerá..... « Cuando vendrá pues, el Hijo de Hombre en su Magestad...» Cuando Jesucristo coronado, y tal cual está al presente á la diestra de su Padre, bajará del Cielo, se mostrará visiblemente y en persona en todo el esplendor de su Magestad. ¿Y quién jamas podrá imaginarse, cuál será esta Magestad del sumo Juez? ¿Quién podrá conocer, ni sostener su resplandor? — Segundo. *Su cortejo.* « Y con todos los Angeles..... »

Todos los Angeles del Cielo lo acompañarán, en calidad de sus súbditos ; de ministros de su voluntad y de ejecutores de sus órdenes. ¡ O qué multitud de Espíritus bienaventurados! ¡Qué esplendor, qué fuerza, qué celo, qué potestad ! Gedeon se tuvo por muerto, por haber visto un Angel. A la vista de solo un Angel, las guardias del Sepulcro de Jesucristo, cayeron como muertas. ¿Qué terror no inspirará pues, aquella multitud innumerable de Espíritus celestiales que rodearán á su Rey? — Tercero. *Su Trono.* « Entonces se sentará sobre el Trono de su Magestad...» ¿Qué nos podremos nosotros imaginar tambien de la gloria de este Trono? La nube mas resplandeciente, el arco mas magnífico, que jamas haya comparecido á nuestros ojos en el Cielo, son nada por cierto en comparacion de lo que entonces veremos. Y si el mas mínimo fenómeno que se ve en el Cielo infunde tanto terror sobre todos los corazones, ¿ qué será ver á Jesucristo mismo en persona sentado sobre aquel Trono brillante, rodeado de sus Angeles, teniendo á sus pies todas las naciones, y disponiéndose á decidir de su suerte eterna? ¡Ah! Si nosotros tuviéremos este pensamiento presente á nuestro espíritu, lo serviriamos acaso, mejor y con mas fervor, y cuando lo vemos oculto, bajo los Símbolos Eucarísticos, y sentado sobre el Trono de su misericordia, estariamos acaso, en su presencia, con mayor respeto y recogimiento, y mereceriamos verlo en el último dia, con mayor confianza, sentado sobre el Trono de su Justicia.

Segundo. *De los hombres que deben ser juzgados.* — Lo primero, *su presencia.* «Y se juntarán delante de él todas las naciones... » Esto es; todas las naciones de todos los paises y de todos los tiempos, todos los hombres, desde el principio hasta la fin del mundo. No nos detengamos aquí á buscar, cómo se podrá hacer esto: el que ha sabido criarlos y regular su sucesion, segun el orden de los siglos, sabrá bien juntarlos. Pensemos solamente que allí estarán todos, que nosotros seamos quien nos fuésemos, nos hallaremos tambien allí, con todos aquellos que hemos conocido, á quien pertenecemos, y con quien hemos tenido alguna relacion, sin que ellos, ni nosotros podamos dispensarnos de comparecer. — Lo segundo. *La manifestacion.* Serán conocidos todos, y no solo conocidos del Juez y de sus Angeles; sino tambien de todos aquellos que estarán allí presentes, para ser juzgados igualmente. No esperemos que ó nosotros, ó cualquiera otro, se pueda esconder entre la multitud. La luz de Dios, infinita en sí misma, é inefable en sus operaciones, lo pondrá todo en evidencia, y cada uno será conocido, manifestado y señalado de todos, como si fuese el solo que Dios quisiese exponer á la vista de todas las criaturas. — Lo tercero. *Su confusion.* ¡Ah! ¿Dónde iré, Señor, dónde me esconderé? No me queda otro recurso, que la penitencia y vuestra misericordia, o Dios mio, para evitar la vergüenza de aquel terrible dia.

Tercero. *De la separacion de los buenos y de los malos.* — « Y él separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejillas de los cabritos, y pondrá las ovejas á su derecha, y los cabritos á la siniestra... »¡Terrible preliminar, cruel separacion! Pero separacion justísima que se fundará solo en el mérito, en el estado de gracia, ó de pecado. ¿Pondrá acaso á un lado las testas coronadas, los grandes, los nobles, los ricos, los sabios y al otro las plebeyos, los pobres, los ignorantes? No. ¿Pondrá acaso, á un lado los Eclesiásticos y los Religiosos, y al otro las gentes del mundo? No, todos estos serán solo separados de modo que á un lado estarán las ovejillas dóciles á la voz del Soberano Pastor, y todos aquellos que habrán muerto en su gracia, y al otro los cabritos inmundos, y todos aquellos que habrán muerto en el pecado, de cualquiera clase, de cualquier estado que fuesen en el mundo. Separacion que se hará sin resistencia, con la misma facilidad, con que el pastor separa su ganado. ¡Ah! ¿Quién podria resistir al Soberano poder? ¿Quién podria, ni se atreveria á luchar contra la Soberana Sabiduría? ¿Quién se atreveria á decir: yo soy oveja, y con todo eso me hallo á la siniestra? ¿No se mostrará, por ventura, á todos la evidencia? La diferencia de una oveja á un cabrito no deja engañarse al pastor. Mucho mayor será la diferencia entre los cuerpos de los justos y de los réprobos ¿podrán acaso equivocarse, ó engañarse los Angeles de Dios? No: cada uno será obligado á hacerse justicia á sí

mismo, y á ponerse en el puesto que le conviene. Finalmente, separacion que será solamente el preludio de la formidable y postrera separacion. ¿Esposos y esposas estareis vosotros separados ó unidos á la derecha? Hermanos, hermanas, parientes, amigos, vosotros que habitais en la misma ciudad, que sois de una misma Parroquia, que vivís en una misma casa, estareis separados? O Santos y Santas, almas justas de todos los paises y de todos los siglos, vosotras estereis reunidas; pero á la diestra. Cuanto á mí ¿dónde estaré? ¿Con quién me hallaré reunido?

PUNTO II.

De la sentencia en favor de los justos.

Primero. *Los términos de la sentencia.*— «Entonces el Rey dirá...» No es necesario preguntar qué Rey: Ya no habrá mas que uno solo. Este Rey tan poco temido ahora, se hará oir entonces, y ¡o con qué atencion, con qué agitacion de corazon, y con qué diversidad de pensamientos será entonces escuchado! «Entonces el Rey dirá á aquellos que estarán á su mano derecha; venid benditos de mi Padre, poseed el Reino que se os ha preparado desde la fundacion del mundo...» ¡O palabras de sumo consuelo, para aquellas ovejillas fieles y acostumbradas á seguir la voz de su Divino Pastor! Ya no se les dirá; andad en medio de los lobos, haced

penitencia, vended lo que teneis y dadlo á los pobres : renunciad á vosotros mismos ; sufrid, padeced, llevad vuestra cruz ; se les dirá sí, venid, poseed, gozad en paz la gloria, las riquezas, las delicias acumuladas *en el Reino*, que os ha preparado el que ha criado el universo, que es vuestro Padre, y de quien vosotros sois hijos amados... Oigan los réprobos estas tiernas palabras, sepan lo que han perdido, vean á aquellos que han sido puestos en posesion, y ¡o qué horrible principio de infierno les causará una tal vista, en qué desesperacion los echará ! pero no basta aun esto ; para mas aumento de pena, oigan y sepan los motivos.

Segundo. *Los motivos de esta sentencia.* — «Porque tuve hambre, y me disteis de comer ; tuve sed, y me disteis de beber ; fuí peregrino, y me hospedásteis ; desnudo, y me vestísteis ; enfermo, y me visitásteis ; encarcelado, y vinísteis á mí... » ¡O y cuánto nos deben animar estas palabras á dar limosna á los pobres ; á visitar los enfermos y los presos, y á animar aquellos que estan dedicados al servicio de los unos y de los otros ! Pero se pregunta ¿se quedarán acaso las otras virtudes sin elogio y sin recompensa en el dia del juicio? — No, sin duda ha querido el Salvador, con estas palabras recomendarnos el amor del prójimo, sin excluir las otras virtudes ; así como cuando encomienda la fe, y dice : El que creerá será salvo, no excluye las obras de caridad. Pensemos aquí solamente á imprimir bien en nuestros corazones la obligacion de

practicar esta virtud. Y si el Redentor exalta aquí unas obras tan pequeñas en sí, tan poco difíciles, tan poco austeras, ¿qué será de las obras mas considerables? ¿qué será el haber consagrado los propios bienes, la propia persona, la propia vida al servicio del prójimo? Y si las obras corporales de caridad son de un precio tan grande, ¿qué será de las obras espirituales, hechas con el mismo espíritu de caridad? ¡Ah! no dejemos alguna; busquemos las ocasiones de ejercitarlas, y alegrémonos de encontrarlas.

Tercero. *La sorpresa de los justos.* — «Entonces le responderán los justos, diciendo: Señor, cuando te hemos visto hambriento, y te hemos dado de comer, sediento, y te hemos dado de beber? ¿Cuando te hemos visto peregrino, y te hemos hospedado; desnudo, y te hemos vestido? ¿O cuando te hemos visto enfermo, ó encarcelado, y te hemos visitado? Y respondiendo el Rey, les dirá: En verdad os digo que cada vez que habeis hecho cualquiera de estas cosas á uno de estos mis hermanos pequeñuelos me las habeis hecho á mí...» Esto nos enseña, primero, que los méritos de los justos se hallarán en la otra vida mucho mas grandes de lo que ellos mismos se habian imaginado en esta, y será esto para ellos un motivo de sorpresa bien dulce y de gran consuelo. Segundo, que la excelencia y la grandeza de estos méritos vienen de la union que Jesucristo ha contraido con nosotros, por medio de la cual él es nuestra cabeza, y nosotros somos sus

miembros, y así él está en nosotros y en todos los Cristianos en una manera tan íntima, que sobrepuja nuestro entendimiento. Este gran Rey no se desdeña de llamarnos sus hermanos, y de mirar, como hecho á él mismo, lo que hacemos á los otros, y lo que los otros nos hacen á nosotros. No es esta ya una exageracion; es una verdad que él mismo nos asegura con juramento. Tercero, que para tener este mérito, no es necesario tener siempre presente esta idea ni esta intencion formal. A la verdad, es mejor tenerla, y justamente por esto, nos hace saber aquí el Salvador su respuesta; pero nos representa á los justos, como si no la hubiesen tenido, para enseñarnos que las obras de caridad hechas por su amor, y sin reflexion, no dejan de tener el mérito de que él nos habla. ¡O cuán amable, cuán grande, y de cuánto consuelo es todo esto! ¡Y o qué viva impresion debe hacer sobre nuestros corazones!

PUNTO III.

De la sentencia contra los Réprobos.

« Entonces dirá tambien á los que estan á la izquierda: apartaos de mí, malditos al fuego eterno, que fue preparado para el Diablo y para sus Angeles... ¡Qué golpe de rayo! ¡Quién podrá oirlo sin estremecerse, sin horrorizarse! Al oirlo quedarán aterrados hasta los justos, ¿qué será, pues,

de los pecadores? ¿Podrá acaso hallarse en estas sola una palabra que no lleve consigo la mas horrenda desesperacion? ¡Ser arrojados y apartados de la presencia del Rey, de su Dios, de su Salvador! ¡No llevar otra cosa consigo, que la maldicion de Dios y de todas las criaturas! Ser condenados al fuego, y á un fuego eterno! ¡Ah! no se habia ya preparado para estos hombres malditos, sino para el Demonio y para sus Angeles, que los han engañado, habiendo querido mas seguir sus abominables sugestiones que obedecer á las leyes divinas de su Criador.

Segundo. *Los motivos de esta sentencia.* — «Porque tuve hambre, y no me disteis de comer: tuve sed, y no me disteis de beber; era peregrino, y no me hospedásteis, desnudo, y no me vestísteis; enfermo y encarcelado, y no me visitásteis...» Luego es un gran delito la dureza para con los pobres, la insensibilidad á las necesidades del prójimo, la negligencia en socorrerlo y en consolarlo. ¡Ah! ¿qué será pues haberlo empobrecido, engañado, despojado, afligido, calumniado y maltratado? ¿Qué será el haber cometido estas injusticias, no solo contra los simples fieles, sino tambien contra los que pertenecian mas de cerca á Jesucristo; que le estaban especialmente consagrados; que estaban á la frente de su pueblo; á quienes habia dado la incumbencia de guiarlo: haber cometido estas injusticias en odio de Jesucristo, de la religion, de la Iglesia y de la piedad, para apartar los fieles de la

confianza que tenian en los que los guiaban en los caminos de la salud! ¡Ah! qué desesperacion causarán en el último dia ciertos golpes de lengua envenenada, que se oyen, ciertas malignas complacencias del corazon, tantas fraudes, tantas conjuraciones y tantas manchas con que procuran algunos denigrar la fama de otros, tan comunes hoy entre nosotros, siendo cierto que allí se castigarán hasta las omisiones de los socorros, de las consolaciones y de la proteccion que pedia la caridad.

Tercero. *La sorpresa de los pecadores.* — « Entonces le responderán tambien ellos diciendo: Señor, ¿cuando te hemos visto hambriento, ó sediento, ó peregrino, ó desnudo, ó enfermo, ó encarcelado, y no te hemos asistido? Entonces les responderá diciendo: En verdad os digo, cada vez que no habeis hecho esto por uno de estos pequeños, no lo habeis hecho tampoco conmigo... » Esto nos enseña, primero, que una de las penas de los réprobos será de ver entre los escogidos aquellos mismos que ellos habrán despreciado, y á quienes habrán negado su asistencia. Pero no se debe concluir que solo la falta de caridad será entonces digna de castigo cuando habrá sido cometida con los escogidos, ó que la caridad será solamente digna de recompensa, cuando se habrá hecho á los escogidos. No conviene hacer una tal diferencia: todos los Cristianos, todos los hombres pertenecen á Jesucristo, y entre tanto que viven sobre la tierra, pueden ser ó hacerse miembros y hermanos de Jesucristo, é hijos de su Iglesia.

— Segundo, que la gravedad de los pecados cometidos contra el prójimo deriva de la union inefable de Jesucristo con los hombres, por la cual considera él como hecho á sí mismo lo que se hace con el prójimo. ¡Ah! no perdamos de vista esta verdad que él nos atestigua con juramento. — Tercero, que lo mismo se debe decir á proporcion de los pecados cometidos, no solo contra Dios, contra la Religion, contra los Sacramentos, sino tambien contra nosotros mismos, con la destemplanza, con la impureza, y con otras semejantes culpas. De hecho los pecadores tendrán motivo de quedar sorprendidos al ver que sus pecados miran tan de cerca al Rey y al sumo Juez. Esto es lo que le ha hecho decir á S. Pablo que el abandonarse á la impureza es prostituir un miembro de Jesucristo, y profanar el Templo del Espíritu Santo. Comprendamos y meditemos bien esta verdad. El mundo se burla de ella; pero la conocerá en el dia último, cuando ya no será tiempo de aprovecharse de este conocimiento.

Peticion y coloquio.

¡O Divino Salvador! que un dia separareis en una manera visible vuestros escogidos de los réprobos, separadme desde ahora con vuestra gracia de los que merecen solamente vuestra cólera. Encended mi corazon con el fuego de vuestra divina caridad; haced que yo tema vuestros juicios, para que así evite su rigor; y os ame para merecer ser de vuestros amados. Amen.

MEDITACION CCLXXIII.

DE LA EJECUCION DE LA SENTENCIA DEL JUICIO FINAL.
S. Mat, c. XXV, v. XLVI.

Primero. Esta ejecucion fijará la suerte de todas las criaturas. Segundo. Esta ejecucion justificará la conducta de Dios sobre todas sus criaturas. Tercero. Esta ejecucion ha sido y es bastante conocida de las criaturas.

PUNTO PRIMERO.

Ejecucion que fijará la suerte de todas las criaturas.

Primero. *La suerte de todos los pecadores.*—«É irán estos al eterno suplicio...» ¿Al suplicio? Esta palabra lo dice todo. Para ellos ya no hay otra cosa que suplicio, un suplicio que corresponde á la justicia infinita de Dios que lo ha decretado. Para ellos todo es suplicio: el lugar, el fuego, la compañía, lo presente, lo venidero, su cuerpo, su alma, el Cielo, los Santos, Dios mismo. Suplicio sin mezcla de bien, sin interrupcion, sin diminucion, y que

pone á todo el colmo sin fin... ¡Quién podrá pensar en un estado tan terrible sin quedar penetrado de espanto! Suplicio para todos los pecadores, Angeles y hombres; para todos aquellos que no han querido creer á la palabra de Dios, ni obedecer á sus preceptos en toda la continuacion de los siglos, y de las generaciones. Y ¡o cuál será el número horrible de pecadores que caerán en el suplicio! ¡Qué terrible ejecucion! Si temblamos solo al pensar en ella, ¡qué será verla, estar presentes, y ser testigos! ¡Ah! ¿qué será su objeto? Misericordia, o Dios mio; tened piedad de mí; salvadme; quiero serviros fielmente.

Tercero. *La suerte de los Justos.* — «Y los justos *irán* á la vida eterna...» ¿A la vida? Esta palabra lo dice todo. Vida en Dios, vida con Dios; vida de Dios; vida de amor, que contiene todas las delicias, todas las bendiciones del Ser Supremo, del Ser esencial é infinito. Para ellos ya no hay otra cosa que vida; todo para ellos es amor, y delicias; el lugar, la compañía, lo presente, lo pasado, y lo venidero; el cuerpo, el alma, el infierno mismo de que han escapado, y los réprobos, de quienes estan separados; y mas que todo el autor de su libertad, y de su salvacion; su Autor, su Salvador. Vida pura sin mezcla, sin sombra de mal, de fastidio, de disgusto, ó de temor, sin la mas mínima interrupcion, ó diminucion de delicias; y con la certidumbre de que jamas se acabará una vida tan bienaventurada. Vida para todos los justos Angeles

y hombres, para todos aquellos que habrán conservado la fe, y observado la Ley en toda la continuacion de los siglos, y de las generaciones. ¿Y cuál será, pues, el número de estos bienaventurados que irán á la vida? Si se comparan con el número de los réprobos, es el rebaño escogido, es el pueblo de eleccion, es la nacion santa, es el pequeño número; pero si se considera en sí mismo es multitud innumerable; aquellos hijos verdaderos de Abrahan, comparables por su número á las arenas del mar y á las estrellas del firmamento... Trabajemos, pues, con valor para ser de este número; esperemos serlo, y esta esperanza nos anime á merecerlo.

Tercero. *La suerte de los unos y de los otros por la eternidad.* — Suplicio eterno, vida eterna; no hay mas mutacion; no hay variacion; ya no hay conversion; ya no hay caida. Todo está fijo; todo está firme para siempre. ¿Para siempre? ¡O qué grande palabra! ¡Ser infeliz para siempre! ¡Ser bienaventurado para siempre! ¡He aquí lo que debe sostener nuestro fervor, y nuestra paciencia, y responder á todas las sugestiones del demonio...! ¿Y qué? nos va él diciendo, hacerse *siempre* violencia, *siempre* combatir; *siempre* sufrir? ¡Ah! ¿Engañador! A nuestra breve vida sobre la tierra la llamas *siempre*; ¿y qué cosa es nuestra vida en comparacion de la duracion del mundo? ¿Y qué cosa será toda la duracion del mundo en comparacion de aquella eternidad, ó de suplicio ó de delicias que no se

acabará jamas? ¡Dios eterno! A Vos solo pertenece la eternidad á Vos solo conviene dar la eternidad; ninguna otra cosa os conviene dar que la eternidad. Una recompensa que no fuese eterna, seria indigna de Vos, y no satisfaria los designios de vuestro amor infinito: un castigo que no fuese eterno, no diria bien á Vos, ni satisfaria la idea de vuestra infinita justicia. Vos nos habeis hecho; Vos habeis hecho nuestro corazon. Una recompensa que debiera acabarse, no no nos traeria á Vos: un castigo que debiera acabarse, no nos haria temer. Pero en vuestra eternidad, Vos teneis con qué someternos, y domarnos; con qué hacernos temer y adorar, servir y amar. ¿Porque quién no amará un Dios tan grande, tan poderoso, tan justo, tan magnífico; un Dios tan bueno que nos manifiesta el rigor de sus castigos, solo para hacérnoslos evitar, y para hacernos merecer mas seguramente la grandeza de sus recompensas?

PUNTO II.

Ejecucion que justificará la conducta de Dios sobre todas las criaturas.

Cuando consideramos lo que sucede aquí en la tierra, no se nos presenta por parte alguna otra cosa, que un escándalo universal, que hace elevarse al impío hasta sobre el mismo Dios. Pero el Cristiano, en la sentencia del juicio universal, y su ejecucion, hallará el remedio á este mal apa-

rente, y la justificacion de la conducta de Dios sobre todas las criaturas.

Primero. *Escándalo en la fe y en la Religion.* — Cada nacion ha tenido sus Dioses, que ha opuesto al Dios de Israel; cada pueblo tiene aun hoy en dia sus supersticiones, y sus fábulas, que opone al cristianismo. En el cristianismo mismo, diferentes Reinos, Estados, y Repúblicas tienen sus diferentes dogmas, sus diferentes sistemas opuestos á la fe de la Iglesia Romana. Todos dicen que siguen la verdad, y verderamente afectan su lenguage. ¡Ah! cómo aclamar y desembrollar este caos? El impío triunfa, reune sus hechos, muestra sus semejanzas, confunde al mismo tiempo lo verdadero y lo falso, engrandece los objetos y acrecienta el escándalo. Entretanto él se cree el solo sabio, porque desecha toda Religion. — Y Vos, Señor, Vos callais; Vos abandonais los hombres á sus errores; Vos sufrís que insulten la verdad. ¡Ah! no durará siempre el escándalo: hablareis un dia; quitareis la máscara á la hipocresía; manifestareis las pasiones y los delitos que han hecho abandonar la fe, que han formado la idolatría, los cismas, las heregías, todos los errores y las supersticiones. — Vos hareis ver con qué mala fe los autores y secuaces han abrazado el error y han perseverado en él contra las luces de su razon y contra los remordimientos de su conciencia. « É irán estos al suplicio eterno; pero los justos á la vida eterna. » Si los hombres hubiesen tenido delante de los ojos

la terrible idea de la ejecucion del Juicio final, ¡o con qué facilidad habria distinguido el verdadero Dios de los Idolos, y distinguirian fácilmente tambien la religion Cristiana de las supersticiones, y la Iglesia de Jesucristo de los que se han separado de ella! En una palabra, todas las disputas sobre la religion se habrian ajustado y pacificado luego al punto, si cada uno estuviese bien penetrado del pensamiento del Juicio final; luego el escándalo deriva de parte de los hombres, de parte de aquellos que voluntariamente se ciegan; pero para el verdadero fiel no hay escándalo alguno á sus ojos, Dios está justificado.

Segundo. *Escándalo en la ley y en las costumbres.* —Los justos se aplican á observar puntualmente la Ley de Dios; mortifican su carne y doman sus pasiones; honran á Dios; aman su prójimo. ¿Y qué cosa les resulta de esto? Los pecadores, al contrario, ceden á todas sus pasiones; los unos lo hacen con audacia; se glorian de sus pecados; establecen por regla de su conducta el placer de los sentidos y su particular interes: Los otros lo hacen con reserva; salvan las apariencias, se cubren con el manto de la hipocresía, y se abandonan secretamente á toda la corrupcion de su corazon. El pecado declarado insulta al justo, el pecador hipócrita divide con él su gloria. El pecador se halla en prosperidad, y es buscado de muchos: el justo padece, sufre, y es despreciado. Finalmente el justo muere como el pecador; y si entre ellos hay alguna

diferencia, comparece toda á favor del segundo. ¡Qué mezcla tan horrible; qué desorden; qué escándalo! Han buscado la causa de esto los antiguos filósofos y no han presentado otra cosa que quimeras. Los nuevos filósofos le echan la culpa á Dios; á su providencia; á su bondad; á su santidad... Se dejan ver embrollados en las objeciones que inventan y dan muestras de quedar convencidos de su fuerza.—¿Pero pensais vosotros que durará siempre esta mezcla, esta confusion, este desorden? ¿Quereis vosotros saber la solucion de este problema y ver la justificacion de Dios en esta confusion aparente? Hela aquí en dos palabras; irán estos al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna... » No son necesarios para esto dos principios opuestos; bastan dos términos opuestos y eternos. He aquí la respuesta de todo, quitado el escándalo, y Dios justificado.

Tercero. *Escándalo en el uso del poder.*—Los pecadores, en este mundo, son por lo ordinario mas poderosos, mas ricos, mas acreditados que los justos; y se sirven de su poder, de sus riquezas y de su crédito, para oprimir á los justos, despojarlos, desacreditarlos, perseguirlos; y tal vez hasta hacerles padecer los tormentos mas crueles y la muerte mas infame. ¿Es esta, pues, la recompensa de la virtud? ¿Hay un Dios en el Cielo que vea lo que sucede sobre la tierra y que lo sufra? Sí, sin duda, hay uno.—Pecadores, no os alegreis, no hagais fiesta. Justos, no os escandaliceis, tened paciencia: durará

este desorden solo por un cierto tiempo : el orden será restablecido y durará eternamente... « Irán estos al suplicio eterno; y los justos á la vida eterna.» Esta palabra lo remedia todo, lo cambia todo, y en todo justifica la conducta de Dios sobre las criaturas. Esperemos con paciencia ; el desorden es solo en el tiempo, y solo efecto de la potencia humana; el orden reinará en la eternidad y será el efecto de la potencia de Dios. Así este aparente desorden es, por una parte, el efecto de la malicia de los hombres, y por otra, un efecto de la Sabiduría de Dios, que reserva al pecador un suplicio eterno, y al justo una eterna recompensa.

PUNTO III.

Ejecucion que ha sido y es bastantemente conocida de las criaturas.

No pudiendo los impíos destruir en nosotros esta verdad, procuran trastornarnos en nuestra fe, como lo han hecho consigo mismos, en su incredulidad.

Primero. *Oponen contra este dogma, la ignorancia de los infieles ;* pero esta ignorancia no está todavía probada. No pueden saber los filósofos, cuál sea la medida de las luces que Dios da á los infieles, ni el grado de malicia, que hace que estos pueblos abusen de sus luces, que cierren á ellas los ojos, que las muden, las modifiquen, y que mezclen con ellas sus propias ideas, para fortificarse en el pecado. Lo que

nosotros sabemos es que hay en nosotros mismos y en todos los hombres, un sentimiento impreso por la mano de Dios que nos hace conocer; que el que quebranta la Ley de Dios, la Ley natural, debe temer en la otra vida, los efectos de la Justicia Divina, y un castigo proporcionado á la grandeza del Señor que ha ofendido. Lo que nosotros sabemos es, que fuera de este sentido interno, que bastaria para hacernos inexcusables, no hay duda que no fuese revelada á los Angeles y á los hombres, la eternidad de las penas y de las recompensas... Si estos han alterado esta verdad, la han contrahecho, la han confundido con fábulas, sus propias fábulas deponen contra ellos, y son para nosotros una prueba de que ellos han conocido la verdad. Si la multitud, y la enormidad de sus pecados se la han hecho perder del todo de vista, si en vez de encontrarla en su corazon, se han esforzado á borrarla siempre; mas ¿son por ventura inexcusables? ¿Es acaso Dios responsable? ¿Y nosotros nos debemos sorprender? ¿No debemos, por el contrario, dar gracias á Dios, por habernos sacado de nuestras tinieblas, para comunicarnos una luz tan viva? Compadezcámonos de los infieles, roguemos por ellos, para que sean alumbrados de la luz del Evangelio. Alabemos, animemos y amemos aquellos que se la han llevado y se la llevan; y no hagamos de su desgracia un motivo para hacernos mas miserables y mas inexcusables que ellos. Los que estan instruidos no renuncien á sus luces, porque otros

no las tienen; el hombre iluminado no se regule por los errores del ignorante: debe el ignorante regularse por los conocimientos y luces del hombre iluminado.

Segundo. *Los impíos oponen contra este dogma el silencio de la Ley de Moises.*—La Ley de Moises promete al pueblo Judáico recompensas solamente temporales, si es fiel á Dios; y castigos temporales, si le es infiel. En esto nada hay de sorprendente, para cualquiera que conoce la Ley de Moises. Esta Ley era una alianza particular, que Dios hacia con este pueblo particular que queria conservar y separar de la corrupcion casi universal de todos los otros pueblos de la tierrra. Ademas de la Ley de Dios intimada á todos los hombres, ademas del culto establecido por Dios y conocido por los hombres antes y despues de Noé, la Ley de Moises comprendia tambien una infinidad de preceptos ceremoniales, relativos al Mesías, que debia venir á salvar todos los hombres. Por esta particular alianza, promete Dios á este pueblo particular, si él observa los preceptos generales que le renueva, y los preceptos particulares que le impone, que le dará una recompensa particular que lo hará feliz, rico, poderoso, y vencedor de todos sus enemigos. Las penas y las recompensas de la otra vida eran un dogma general y comun á todos los hombres: ellas nada tenian que ver, ni que hacer con la alianza particular que Dios contrataba con su pueblo; y la ley que contenia los artículos de esta alianza, en

nada hacia mencion de las penas, ó de las recompensas comunes á todos los pueblos. ¿Qué cosa pues, es este triunfo que jactan los impíos sobre el silencio de la Ley de Moises? Fiaos ahora de las luces, de las pesquisas, y de la sagacidad de estos espíritus sublimes, que se dicen fuertes por excelencia, y que en efecto son tan débiles, que en ninguna cosa se internan; que no penetran cosa alguna; que todo lo ven, y todo lo presentan en un aspecto falso.

Tercero. *El número de los incrédulos.*—Seria una cosa bien extraña, que la incredulidad de los impíos fuese para nosotros un escándalo, é hiciese caer la firmeza de nuestra fe. Antes debe consolidarla y hacernos conocer su excelencia. ¿Qué hombres son estos incrédulos; qué obras dan á luz? Sueños, quimeras, absurdos, sofismas, dudas, incertidumbres, contradicciones; estos son los partos de su espíritu; en orden pues, á las costumbres, no hay mas que confusion, y alteracion de todos los principios, y de todas las leyes. Por todas partes se manifiesta la corrupcion; ninguna hay de todas sus obras, que no venga con la marca y con el sello de la licencia y de la obscenidad. ¿Y serán estos los maestros que yo seguiré, cuya autoridad haga vacilar en mi espíritu la del Evangelio, la de los Santos Apóstoles, la de los Doctores de la Iglesia, y de todos los fieles que sirven á Dios en santidad y pureza? No, no: nada me mueve, ni me sorprende su incredulidad, ni su número: yo veo su origen inficionado. El

Cristianismo ha sido siempre, y será combatido de semejantes adversarios, y siempre triunfará de ellos. ¿Y qué? Para creer una verdad demostrada, es por ventura necesario que todo el mundo la crea, y que ninguno se le oponga? Sigan pues los incrédulos adelante, no obstante las luces que se les presentan, no obstante los ejemplos de aquellos que la fe santifica; sigan los incrédulos la corrupcion de su corazon, ciéguense, piensen, digan, escriban todo lo que les agrade en este mundo; pero al fin del mundo, la cosa irá bien diversamente. «Estos irán al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna.»

Peticion y coloquio.

¡Qué alternativa, o Dios mio! ¡Ah! Haced que yo evite la sentencia terrible que pronunciareis contra los réprobos; haced que me haga digno de aquella gloria que dareis á los escogidos. ¿Puedo yo hacer demasiado, por mucho que haga, para evitar el fuego eterno, y para merecer vuestro Reino? Amen.

MEDITACION CCLXXIV.

REFLEXIONES SOBRE LAS DISPOSICIONES DEL CORAZON, EN QUE SE HALLABAN LOS JUDIOS.

S. Juan, c. XII, v. XXXVII, L.

Primero. Reflexiones sobre los Judíos incrédulos. Segundo. Reflexiones sobre los Judíos tímidos. Tercero. Discurso de Jesucristo á los Judíos incrédulos, y tímidos.

PUNTO PRIMERO.

Reflexiones sobre los Judíos incrédulos.

Se nos opone: ¿si Jesucristo ha hecho tantos milagros, cómo no han creido en él todos los Judíos? Verdaderamente este es un punto que sorprende; pero deben destruir el escándalo las reflexiones siguientes.

Primero. *Que los Apóstoles mismos han hecho tambien esta misma reflexion,* y la han publicado añadiendo que ellos mismos se sorprendieron de una tan grande ceguedad. « Y habiendo hecho (dice San Juan) tantos milagros delante de ellos no creian en él... »

Segundo. *Que esta misma ceguedad ha sido predicha*, y es el cumplimiento de la profecía de Isaías *. « Para que se cumpliese el dicho de Isaías Profeta, que dijo ; ¿Señor, quién ha creido lo que ha oido de nosotros? Y á quién ha sido revelado el poder del Señor? »

Tercero. *Que esta ceguedad es un castigo de Dios.* — Esto es lo que han reconocido los Apóstoles, y los Profetas. En las funestas disposiciones, en que se habian puesto los Judíos, y en las que voluntariamente persistian, ninguna cosa era ya capaz de moverlos, ni de convencerlos... Esto tambien lo habia ya dicho el mismo Profeta, y lo nota el Evangelista... « Por esto no podian creer; porque igualmente dijo Isaías ** cegó sus ojos, y endureció su corazon ; para que con los ojos no vean, y con el corazon no entiendan, y se conviertan, y los sane... » Era el Profeta mismo el que habia recibido el orden de cegar este pueblo, pero este orden lo habia él recibido de Dios.

Cuarto. *Que el escándalo de la incredulidad de los Judíos se convierte en prueba, por el modo, con que fue predicho.* — « Estas cosas dijo Isaías, cuando vió su gloria, y habló de él... » El primer texto, que cita el Evangelista, es sacado del capítulo LIII, el cual contiene las humillaciones, los sufrimientos, y la muerte del Salvador por la salvacion del mun-

* Isai. c. VI, v. IX.

** Isai. c. LIII.

do... El segundo texto está tomado del capítulo VI, en que el Profeta refiere, como ha visto la gloria de Dios, y oido el cántico celestial, Santo, Santo, Santo, cantado á la gloria de Jesucristo, como á la del Padre, y del Espíritu Santo.

Quinto. *Que la posibilidad de esta ceguedad está bastantemente probada con la experiencia, y con cuanto nosotros vemos en nuestros dias.*—¿Las pruebas de la divinidad del cristianismo; de la verdad de la Iglesia Católica no han llegado, por ventura, al mas alto punto de evidencia, que pueda desear un corazon sincero? ¿Y con todo eso la impiedad, y el error no ciegan todavía una infinidad de espíritus, sobre los que ya no hacen impresion alguna los rayos de la luz mas viva?

En vez, pues, de turbarnos, y escandalizarnos de una tal ceguedad, reconozcamos en ella la mano de Dios; gimamos á fin de calmar su cólera; no cesemos de exhortar á estos ciegos voluntarios, y de edificarlos con nuestros buenos ejemplos. Demos gracias á Dios, por habernos preservado de tan funesta ceguedad; temamos de caer en ella, y pidamos incesantemente el socorro de la luz divina, y la docilidad necesaria, para que no nos suceda jamas una tal desgracia.

PUNTO II.

Reflexiones sobre los Judíos tímidos.

« No obstante, muchos de los principales creyeron en él; pero por miedo de los Fariseos, no lo confesaban, por no ser echados fuera de la Sinagoga; porque estimaron mas la gloria de los hombres, que la gloria de Dios... » Muchos hay tambien ahora, que tuvieran ánimo; se harian Cristianos; volverian otra vez á la Iglesia Católica; escogerian el partido de la piedad; observarian la Ley de Dios, y se consagrarian á la devocion. El motivo de nuestra desgracia, como de la de estos Judíos, es el respeto humano. Lo que temian, y lo que amaban estos Judíos, es lo que tememos, y lo que amamos nosotros.

Primero. *Temian ellos á los Fariseos, entre los cuales vivian.* — ¿Qué tenian que temer de ellos? Temian los discursos, las reprensiones, las befas. Nosotros tememos tambien á los libertinos, á los impíos, á los mundanos, y á los indevotos, con quienes vivimos, ¿y qué es lo que nosotros tenemos, que temer de ellos?

Segundo. *Temian ser echados fuera de la Sinagoga;* de una Sinagoga, que bien lejos de tener la promesa de la infalibilidad, que Jesucristo ha hecho á su Iglesia, llevaba en los libros de los Profetas la sentencia de su futura reprobacion. Nos-

otros tambien tememos el ser echados fuera, despreciados, y desechados de un mundo cargado de anatemas, y de maldiciones.

Tercero. *Amaron ellos, y nosotros con ellos, amamos la gloria, la estimacion, y la aprobacion de los hombres.* — Estimacion ciega, falsa, y sospechosa, tomando fácilmente los hombres el mal por bien, y el bien por mal; juzgando las mas veces, solo por motivo de cabala, de prevencion, de capricho, y de pasion.—Estimacion inconstante, y nada durable, pasando fácilmente los hombres de la estimacion al desprecio, y del desprecio á la estimacion; pero aun cuando fuesen constantes en su estimacion para con nosotros; ellos, y nosotros, y su estimacion todo perecerá, y la muerte destruirá todas las cosas. — Estimacion esteril, de la que no se nos sigue ventaja alguna sólida. Mucho nos fatigamos por adquirirla; mucho mas aun por conservarla, y poquísimos son los que consiguen lo uno, y lo otro. Finalmente ¿qué es lo que recibimos con ella? un humo vano en este mundo, y nada en el otro.

Cuarto. *No amaban, y nosotros, como ellos, no amamos la gloria, la estimacion, y la aprobacion de Dios.*—Nosotros no hacemos de esto algun caso; la estimacion de Dios no hace sobre nosotros impresion alguna, y ciertamente ella es verdadera, fundada sobre un juicio cierto, y la gloria, que de ella resulta, una verdadera gloria. La estimacion de Dios es constante, y eterna. Dios no se muda; lo que una vez estima lo estima siempre, y es eterna

la gloria, que de esto resulta. La estimacion de Dios nos colma de bienes; Dios recompensa todo lo que estima; para con él, jamas el mérito queda sin recompensa, y la gloria, que de aquí resulta, va acompañada, en este mundo, de la paz del corazon, y de internas consolaciones, y despues en el otro estará unida á una inmensa, y eterna felicidad.

Quinto. *En concurrencia de estas dos estimaciones, prefirieron ellos, y preferimos nosotros, como ellos, la estimacion, y la aprobacion de los hombres, á la estimacion, y á la aprobacion de Dios.* ¡O ciega, y deplorable preferencia, que hace, que perdamos eternamente la una, y la otra. ¡Ah! vendrá un dia, que reformará todos los juicios, y reunirá todos los votos. Entonces lo que Dios habrá estimado, y aprobado, será estimado, y aprobado por todas las criaturas inteligentes; por los Angeles, por los demonios mismos, y por los réprobos. ¡O gloria de Dios, tú serás la única gloria en aquel gran dia! ¡O gloria de los hombres, tú seras despreciada, y aborrecida del universo eterno, en aquel gran dia, y por toda la eternidad! — Escoge, alma mia, y haz una eleccion tal, que te procure un dia una aprobacion universal, y eterna; y no tal, que te cubra un dia de una confusion universal, y eterna.

PUNTO III.

Discurso de Jesucristo á los Judíos incrédulos, y tímidos.

« Pero Jesus alzó la voz...» para hacerse oir de aquellos sordos voluntarios, y para animar aquellas almas tímidas que no se atrevian á declararse sus secuaces... ¡ O Salvador mio; haced oir vuestra divina voz á mi corazon ; llenadlo de fe, para conoceros bien ; y de valor para confesaros públicamente... Nosotros no sabemos en qué dia de esta última Semana hiciese el Salvador este admirable discurso, que es como el compendio de cuanto habia dicho de mas sublime, y de mas afectuoso, pero sabemos que habló de las materias siguientes.

Primero. *De su Divinidad.* — « Pero Jesus alzó la voz , y dijo ; el que cree en mí, cree no en mí, sino en aquel que me ha enviado... Y el que me ve á mí , ve á aquel que me ha enviado...» Jesus es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad , diferente de la Persona del Padre , que lo ha enviado, y estas dos Personas con la Tercera , que es el Espíritu Santo , hacen un solo , y mismo Dios. El que ve á Jesucristo , ve al Padre ; el que recibe á Jesucristo en la Santa Eucaristía , recibe al Padre ; el que cree en Jesucristo , cree todo este admirable Misterio. Humillémonos , y anonadémonos delante de nuestro Señor , de nuestro Salvador, y de nuestro Dios Criador.

Segundo. *El fin por que se encarnó y ha venido al mundo.* — «Yo he venido á luz al mundo, para que todo aquel que cree en mí no quede entre las tinieblas. Y si alguno oyere mis palabras, y no las guardare, yo no lo juzgo, porque no he venido á juzgar al mundo, sino á salvar al mundo...» Jesus es la luz esencial, increada y eterna; él ha venido al mundo para sacarnos de las tinieblas de la ignorancia y del pecado, de las obras y de la potestad de las tinieblas. No ha venido al mundo para juzgarnos y condenarnos, sino al contrario para salvarnos, mostrándonos el camino y los medios de salud, lo que nosotros debiamos hacer, lo que debiamos huir y lo que habiamos de temer y esperar. ¡Qué reconocimiento no debemos nosotros tener para un Dios tan caritativo! ¡Qué empeño no debemos tener para meditar su palabra, para practicarla, y para aprovecharnos de tantas y tan diversas luces como nos ha comunicado!

Tercero. *Del Juicio final.* — «El que me desecha á mí, y no recibe mis palabras, tiene quien lo juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el dia último...» El que recibe el Evangelio, y no lo practica, el que lo desecha y rehusa recibirlo, serán igualmente juzgados y condenados de este Evangelio en el último dia. — ¡O Ley divina, qué juicio harás de aquellos que te habrán quebrantado, que te habrán despreciado, desechado y puesto en irrision y en burla! ¡Ay de mí! ¡á qué pena los condenarás! Nosotros lo sabemos: tú nos lo enseñas; los

condenarás al fuego eterno. Pero nos enseñas tambien que los grandes pecadores pueden aquí en la tierra antes de aquel gran dia, obtener el perdon de sus pecados, si vuelven á entrar en el camino de la justicia, y viven despues segun lo que tú les prescribes. Esto es, o Dios mio, lo que estoy resuelto á hacer con todo mi corazon.

Cuarto. *De la divinidad de su doctrina.*—«Porque yo no he hablado de mí mismo; sino el Padre que me ha enviado, él me prescribió lo que he de decir, y lo que he de hablar...» La doctrina Evangélica no es de modo alguno una invencion humana, un sistema filosófico; ella viene de Dios; es palabra de Dios mismo, de aquel que ha hecho el hombre y el universo. Jesucristo, anunciándonosla, no ha hecho otra cosa que ejecutar las órdenes de Dios su Padre: No nos ha dicho, ni nos ha enseñado, ni revelado otra cosa que Dios su Padre le ha ordenado decirnos, enseñarnos, y revelarnos. Con que esta celestial doctrina exige de nosotros toda suerte de respeto, de atencion, de reconocimiento, y de fidelidad. ¡Feliz el que la practica; el que sostiene sus intereses, y toma su defensa; el que se declara; el que padece; y el que muere por ella!

Quinto. *Del fruto de su doctrina.* — «Y sé que su mandamiento es vida eterna: Las cosas, pues, que yo digo, las digo de aquel modo que me las ha dicho el Padre...» ¿Esta grande palabra *vida eterna...* no hará en nosotros impresion alguna? ¿Una

vida miserable, y de un momento sobre la tierra, nos ocupará siempre de tal suerte, que nos haga olvidar una vida bienaventurada y eterna en el Cielo? ¿O ceguedad de los hombres, hasta cuándo te seguiré yo mismo?

Peticion y Coloquio.

O luz divina, o Jesus, que habeis venido al mundo para iluminarlo, desterrad las falsas tinieblas que me rodean; derretid el hielo; y ablandad la dureza de mi corazon, para que despreciando todas las cosas de la tierra, á Vos solo me allegue; á Vos solo siga, y no suspire por otra cosa que por la felicidad de poseeros en la vida eterna. Amen.

MEDITACION CCLXXV.

JESUS VA A BETANIA EL MARTES POR LA TARDE.

S. Mat., c. XXVI, v. 1, v,—
S. Luc, c. XX, v. 1, 11.
—S. Marc, c. XIV, v. 1, 11.

Primero. Jesus predice su Pasion á sus Apóstoles. Segundo. Los Príncipes y cabezas de los Judíos tienen consejo contra Jesus.

PUNTO PRIMERO.

Jesus predice su Pasion á sus Apóstoles.

Primero. *Respecto de Jesus esta prediccion está llena de misterios.*—«Y habiendo Jesus terminado estos discursos... » se puso en camino con sus discípulos para ir á Betania, y por el camino... dijo á sus discípulos: Sabeis que de aquí á dos dias será la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado...» Era el Martes por la tarde cuando Jesucristo hablaba así, y debia despues comer la Pascua el Jueves por la tarde. No quedaban ya, pues, mas que dos dias de intervalo, el Miércoles y

y el Jueves. Jesus habia empleado todo el dia del Martes en responder á sus enemigos, en enseñar al pueblo y en instruir á sus discípulos. No habia tomado algun reposo desde la mañana hasta la tarde, y fue este dia tan trabajoso, que lo concluyó con anunciar su muerte sobre la Cruz. Jesucristo habia hecho varias veces la prediccion; pero lo que hay de maravilloso en esta es la certidumbre con que anuncia el género de muerte, que será la Cruz; el tiempo preciso, que será de allí á dos dias; y la manera, que será la traicion para entregarlo. Lo que hay de mas maravilloso aun es aquella tranquilidad de ánimo con que anuncia un acontecimiento tan terrible y tan próximo. Pero lo que sobre todo es aun mas admirable, es aquella union de su muerte con la Pascua, para darnos á entender que él es la verdadera Pascua; que la inmolacion del Cordero Pascual era solamente la figura de su Sacrificio, y que el comer del mismo Cordero era solo la figura del banquete celestial en que nos debia dar á comer su carne y á beber su sangre. —¡Ah! quien penetra bien todos los misterios que encierra esta prediccion, ¿podrá por ventura no reconocer que la historia de su Pasion que vamos á meditar no es puramente un suceso natural; que el que ha de padecer no es ciertamente un puro hombre, sino el Hijo de Dios, el Verbo de Dios hecho Hombre; y que su muerte es la obra de Dios por excelencia, y el precio de la redencion de todos los hombres? Con estos sentimientos de fe, de respeto, de adoracion, de

amor y de reconocimiento, os quiero seguir, o Jesucristo, Divino Salvador mio, en todo el curso de vuestra Pasion.

Segundo. *Respecto de los Apóstoles esta prediccion fue escuchada sin atencion.* — Estaban acostumbrados á oir á su Maestro hablar de su muerte, y al mismo tiempo de su Reino y de su potencia; no comprendiendo la union de estos acontecimientos, alimentaban su esperanza con lo segundo, sin inquietud por lo primero. Por otra parte, su Maestro les hablaba de su muerte con tanta tranquilidad, que no hacia en ellos impresion alguna, ni se inquietaban tampoco con la prediccion. Pero luego que fueron testigos de esta cruel ejecucion, y hubieron comprendido su misterio, jamas perdieron ya su memoria, y esta memoria los penetraba de modo que ya no vivian sino por Jesus, ya no se complacian sino en los trabajos, en los sufrimientos, y no deseaban otra cosa sino morir por él. — Nosotros estamos en este segundo estado; nosotros sabemos lo que el Salvador ha padecido, cuánto, cómo, por qué y por quién, y con todo eso imitamos la insensibilidad y la desatencion de los Apóstoles, antes que ellos supiesen todo esto. ¡Ah! cuál deberia ser nuestra sensibilidad á la mas mínima palabra que mirase la Pasion y la muerte de nuestro Señor y Maestro! ¿No deberiamos arder de amor siempre que algun objeto nos despierta esta memoria? ¿Y no deberia llamárnosla continuamente nuestro amor?

Tercero. *Respecto de Judas, esta prediccion fue oida sin remordimiento.* — « El Hijo del Hombre será entregado... » Esto debia suceder de dos maneras: debian los Judíos entregarlo á los Gentiles, para obtener del Gobernador Romano una sentencia solemne, como se requeria para el suplicio de la cruz, que no podian dar los Judíos, á lo menos en el tiempo Pascual * ; y antes debia ser entregado á los Judíos por una traicion; debia ser entregado por uno de sus discípulos. Acaso Judas no estaba aun enteramente determinado á cometer su atentado; pero á lo menos desde entonces debia ya estar su espíritu ocupado de las ideas de la traicion; esta palabra del Salvador habria debido turbarlo y hacerle entrar en sí mismo. ¡Ah! aquel á quien no inspira horror el pensamiento del delito está muy próximo á cometerlo. Jesus debia ser entregado para ser crucificado en la fiesta de la Pascua. ¿Y no es por ventura en esta santa solemnidad, donde particularmente se renuevan aun la traicion de Judas, la perfidia de los Judíos y la profanacion del Cuerpo de Jesucristo? ¡Ah! gimamos sobre un tan grande pecado, y temamos de hacernos culpables de él.

* Tendremos ocasion de explicar esto, interpretando las palabras de San Juan del c. XVIII, v. XXXI. *No es lícito á nosotros dar la muerte á alguno.*

PUNTO II.

Los Príncipes y cabezas de los Judíos tienen consejo contra Jesucristo.

Primero. *Asamblea poderosa cuyos seductores se han juntado*, «y se acercaba la fiesta de los ácimos que se llamaba Pascua... Era de allí á dos dias... Y los Príncipes de los Sacerdotes... y los ancianos del pueblo... y los Escribas... se juntaron en el atrio del Príncipe de los Sacerdotes que se llamaba Caifás...» Contemplemos de una parte, esta Asamblea poderosa en número, en dignidad, en autoridad, en nobleza, en crédito, en riquezas, y en doctrina. Son los dos Pontífices, las cabezas de los Sacerdotes, los ancianos del pueblo, los Senadores y magistrados, los Escribas y los Doctores de la Ley, todos unidos en medio de la capital, en el Palacio de Caifás Sumo Pontífice en ejercicio, todos animados de furor contra Jesucristo y sus discípulos. De otra parte, contemplemos, fuera de la ciudad y en la falda de un monte, á Jesucristo sentado sobre la tierra, acompañado de doce pescadores... gente sin autoridad, sin crédito, sin letras, sin fuerza y sin ánimo; que por su condicion ni tienen deseo, ni inquietud, ni miras, ni proyectos; y que únicamente estan ocupados en escuchar tranquilamente las instrucciones de su Maestro. ¿Quién jamas creeria que esta segunda Asamblea es la rival de la pri-

mera, y que cuando su cabeza habrá sido entregada á la muerte, esta Iglesia débil y temerosa destruirá aquella Sinagoga furiosa y poderosa? Juntaos, pues, Sacerdotes y Pontífices, Magistrados y Doctores de la nacion; consultad á vuestro placer: doce ignorantes, tranquilos sobre esta montaña que viven de limosna, y no tienen otra habitacion que la que les suministra la caridad, os combatirán con la fuerza de su palabra; os vencerán, os destruirán y serán en vuestro lugar, los Maestros, los Doctores, no solo de los Judíos, sino tambien de todas las naciones... Si esta Iglesia recien nacida ha podido crecer, con el socorro de Jesucristo, hasta el punto, en que la vemos, ¿qué cosa podrán ahora contra ella todos los esfuerzos de los malvados? Juntaos, incrédulos, Deistas, Ateistas, Hereges, Novatores, Refractarios; unid y juntad vuestras fuerzas, vuestros talentos, vuestras calumnias y vuestros artificios; pero la Iglesia triunfará de todos vosotros.

Segundo. *Resolucion malvada, cuya pena está ya decidida y profetizada.*—«Y tuvieron consejo, á fin de prender con engaño á Jesus y hacerlo morir...» Fue resuelto en esta Asamblea el sorprender á Jesus, ponerlo preso, y hacerlo morir. No era esta la primera vez que habian tomado los Judíos una tal resolucion, y tenido consejo para ponerla en ejecucion; pero ahora se trataba de ejecutarla sin dilacion, y antes de la fiesta de la Pascua que estaba próxima; porque despues de la Pascua, se podia huir Jesus y volver á Galilea. No tengas miedo,

consejo impío, y sanguinario! Jesus se te huiria aun de las manos, si quisiese; pero ha llegado ya la hora, aquella hora señalada por su Padre, que él ha aceptado y en la que su amor debe abandonarlo á tu furor. Tendrás el intento que deseas, y derramando la Sangre de un Dios, cometerás el delito mas grande, que jamas se ha podido cometer sobre la tierra, pero no te alegres, ni hagas fiesta por la felicidad de tu éxito: tú no sabes, lo que en este punto ha sucedido debajo de tus muros. Aquel mismo Jesus que tú estas próximo á hacer morir, sentado sobre la montaña vecina, como sobre un trono, á la vista de la ciudad y del Templo, en presencia del Cielo y de la tierra, ha pronunciado la sentencia de tu condenacion, de tu proscripcion, de tu esclavitud, de tu dispersion y de la ruina entera de toda la nacion. Esto no es ya el todo, viene de pronunciar la sentencia de tu eterna reprobacion, y de hacer conocer á sus discípulos, los términos formales, en que te la intimará en el juicio final. ¡Ah! Si los pecadores, en medio de sus infames proyectos, de sus cabalas, de sus conjuraciones, supiesen lo que se hace en los consejos de Dios; si conociesen los males que les esperan en esta vida, y reflexionasen á la sentencia última que los condenará al fuego eterno, se helaria en sus venas la sangre, y prontamente abandonarian los caminos del pecado, para entrar en los de la penitencia. No perdamos, pues, jamas de vista los caminos de Dios, y el rigor de sus castigos.

Tercero. *Medidas inciertas, cuyos sucesos estan ya predichos.* «Mas tenian miedo del pueblo... Pero decian; no en el dia de la fiesta; porque no suceda algun tumulto en el pueblo...» La resolucion de sorprender á Jesucristo, y de prenderlo, era facil de tomarse; pero no era tan facil despues el ejecutarla. No podian diferir la ejecucion, para despues de Pascua, sin correr riesgo de dejársela escapar de las manos. No podian intentarla durante la celebracion de la fiesta, que duraba ocho dias, sin exponerse á una sedicion popular, en que podian quedar víctimas. Ya habia tres dias que Jesucristo iba al Templo todas las mañanas, de donde no salia sino hácia la tarde. Parecia que esta era la sola ocasion que podian lograr. Y aun esta no era del todo segura, y sin peligro, porque el pueblo estaba aficionado á Jesus y no lo dejaba. Y fuera de este inconveniente, habia otro mayor que el consejo no sabia, y era, que Jesus no debia ya volver otra vez al Templo; de hecho ya no volvió mas, ni el Miércoles, ni el Jueves.

¡Oh! Y cuán limitadas son las vistas de los hombres! ¡oh, y cuán vanos son los proyectos de los malvados; y cuán debil su potencia contra el Señor, y contra los que él protege! No obstante esto, tendrán estos su efecto, porque Dios quiere servirse de su malicia, para la ejecucion de sus designios, y para la manifestacion de su gloria. Tendrán su efecto, por una casualidad, en que de ningun modo piensan, y que no pueden prever;

pero que ya está predicha, y anunciada. Tendrán su efecto, no por su sabiduría, la cual es una mera estulticia, sino por la disposicion misma de aquel, que harán morir, que ha predicho ya la traicion de Judas, y ha regulado el dia, la hora, y la manera de su muerte... ¡Ay! de aquellos que contribuyen á la gloria de Dios, únicamente con los delitos, porque contribuirán eternamente con sus suplicios! No querian los Judíos crucificar á Jesucristo el dia de la fiesta, porque temian al pueblo; pero para nosotros, al contrario, ¿no es justamente, el dia de fiesta, en que el temor del pueblo y el respeto humano nos hacen culpables del cuerpo, y de la Sangre de Jesucristo, con comuniones sacrílegas?

Peticion y Coloquio.

¡Ah! No permitais, o Señor, que yo imite la malicia, la necedad, y el furor de estos Judíos, que vuestros beneficios no han podido enternecer, que vuestros milagros han irritado, que vuestras lecciones han exasperado, y á quienes vuestras virtudes, vuestra presencia, vuestra misma vista les eran ya insoportables. Sus artificios, para asegurarse de vuestra persona, no hubieran tenido efecto, si Vos no hubiérais querido entregaros en sus manos; pero Vos teneis un deseo de morir por nosotros infinitamente mayor, del que ellos tenian de quitaros la vida. Vos pues, o Jesus, vais á con-

sumar la grande obra de nuestra Redencion, muriendo voluntariamente sobre la Cruz... Pero esta grande obra consumada por parte vuestra, no podrá serlo de parte mia, si no hago espirar sobre la Cruz mi hombre viejo, por medio de la mortificacion de mi carne, y de mis desarreglados deseos; sino puedo decir con el Apostol, « estoy crucificado en la Cruz con Jesucristo. » Haced pues, Señor, que no pase ya algun dia de mi vida, sin ofrecerme á Vos, como víctima, en union con Vos. Amen.

MEDITACION CCLXXVI.

JESUS EN BETANIA CENA EN CASA DE SIMON EL LEPROSO *.

S. Mat., c. XXVI, v. VI, XII.
—S. Marc, c. XIV, v. III, IX.

Primero. Una muger derrama un ungüento sobre la cabeza de Jesucristo. Segundo. De esto murmuran los Apóstoles. Tercero. Jesus toma la defensa de esta muger.

PUNTO PRIMERO.

Una muger derrama un ungüento sobre la cabeza de Jesucristo.

« Y estando Jesus en Betania, en casa de Simon el Leproso... Y... sentado á la mesa... se acercó á él una muger con un vaso de alabastro de precioso ungüento... de nardo de espiga de gran precio, y roto el alabastro, se lo esparció sobre la cabeza...

* Tenemos un hecho, casi semejante en S, Juan. c. XII, v. I. Meditacion CCXXXIV.

Primero. *De la accion externa de esta muger.* — Jesus cenaba con sus doce Apóstoles en la casa de un vecino de Betania, llamado Simon, y por sobrenombre el Leproso, ó sea porque este fuese al apellido de su familia, ó porque hubiese estado personalmente tocado de la lepra, y Jesus lo hubiese sanado; aquí vino la muger, sobre cuya accion podemos hacer las siguientes reflexiones. — Primera. Ella emplea, para honrar á Jesus, lo mas precioso, y la cosa mas amada, que tenia, y lo que las otras hacen servir á la vanidad, á la delicadeza, al engaño, al escándalo. — Segunda. Nada reserva para sí de este precioso ungüento. — Tercera. Rompe el vaso, para que nada quede en él, y para que derramándolo ella misma nada pueda reservar. — ¿Queremos nosotros agradar á Jesucristo, y merecer sus favores? Pues imitemos un tan digno ejemplo. Hallaremos fácilmente en nuestros bienes, en nuestro corazon, en nuestras mismas pasiones de que hacerle sacrificio, y darle pruebas de nuestro amor. Rompamos este corazon, para consagrarle á Jesus todos sus afectos; sacrifiquémosle la cosa mas amada; nada retengamos para nosotros, y pongámonos en la feliz necesidad, si es posible, de no poder jamas retratar nuestro sacrificio.

Segundo. *De los sentimientos internos de esta muger.* — Podemos fácilmente juzgarlos de su accion; y figurarnos con qué amor la hizo, con qué afecto, con qué ternura de corazon; con qué deseo de agradar á su divino Maestro; con qué estima, con qué

respeto, y con qué veneracion; y con qué satisfaccion agradece él su obsequio, lee en su corazon los sentimientos, de que estaba penetrada, y ve la buena voluntad, y el deseo de hacer cualquiera otra cosa mayor por él, si le fuere posible. Sí, ciertamente, ve el Divino Maestro todas sus disposiciones internas, se digna agradecerlas, y complacerse en ellas; y le prepara una recompensa digna de su fe, de su generosidad, y de su amor. — Llamemos, pues, á nuestra mente estos sentimientos, cuando veamos á Jesus, no sentado á la mesa, sino cuando nos hace á nosotros mismos sentarnos á la suya, y se nos da en sustento. Acordémonos entonces de estos sentimientos, y procuremos manifestarlos en nosotros. Dios los verá; verá nuestros esfuerzos, y nuestros deseos, y los recompensará.

Tercero. *Del silencio de esta muger.* — Una accion tan santa no deja de ser vituperada. ¿Sobre qué cosas no extiende el mundo su crítica? ¿No es, por ventura, la virtud ordinariamente el objeto de su mas severa censura?... Esta Muger fue vituperada bajo un pretexto especioso: al mundo jamas le faltan pretextos: esparce él á su gusto las mas bellas máximas: habla de la caridad, del buen orden, de piedad, de devocion, cuando tales discursos van dirigidos á la Sátira, y pueden servir de hacerla mas amarga... Ella fue vituperada de los mismos Apóstoles... Es una gran prueba para las almas piadosas el verse reprendidas, y vituperadas de aquellos mismos, que deberian defenderlas, y

animarlas. Sea quien se fuere el que nos censure, el que reprueba nuestras acciones, y sea el pretexto que se quiera, imitemos nosotros á esta piadosa Israelita: ella observa un profundo silencio; buscando solo agradar á su Maestro divino, poco le importa de lo que los otros digan, ó piensen; de él solo espera su juicio: si en su accion hay alguna cosa reprensible, sabe, que él conoce los motivos que le hacen obrar; y está segura de su aprobacion.

PUNTO II.

Los Apóstoles murmuran de esta accion.

« Y viéndolo los discípulos se indignaron diciendo: á qué fin este desperdicio: Porque podia esto venderse á mucho precio... En mas de trescientos denarios, y darse á los pobres... » El celo de estos discípulos murmuradores era un celo que tenia los caracteres mas viciosos.

Primero. *Era un celo precipitado.* — ¿No se hallaba presente, por ventura, su Maestro? ¿No sabia él, tan bien como ellos, el precio de aquel unguento; y el uso, que se podria haber hecho de él en favor de los pobres? Con todo eso, deja que esta muger lo derrame; nada dice, y muestra con su silencio, que aprueba su accion. ¿No convenia por ventura respetar este silencio, y esperar, que Jesucristo se explicase? ¿Era acaso conveniente á los

discípulos el prevenir á su Maestro ; el decidir tan francamente en su presencia , y el hablar con tanta aspereza...? Tales son, por la mayor parte, nuestras quejas : muchas evitariamos, si respetásemos, como debemos, á nuestros maestros , y á nuestros superiores. Vivamos sobre ellos tranquilos , y dejémoslos obrar. Ellos ven lo que nosotros vemos ; y mucho mas de lo que vemos nosotros. Esto no es de nuestra incumbencia, y nuestros discursos, lejos de corregir los abusos , son origen de otros nuevos, y acaso , mas graves , que los que queremos corregir.

Segundo. *Un celo injusto.* — ¿ Un ungüento empleado para Jesucristo , era , por ventura , un ungüento desperdiciado? ¿ Y cómo atreverse á hablar así en su presencia? ¿ No habia acaso otro medio de socorrer los pobres, que la venta de este ungüento? ¿Judas , encargado de las limosnas y el primer autor de estas quejas, lo habia ya distribuido todo? La que habia comprado este ungüento , habria podido , sin provocar á quejas emplearlo en la vanidad, ¿ y no podrá emplearlos en obras de Religion? ¿ Es , por ventura, esta muger dura con los pobres ? ¿Es verdad, que jamas les haya dado cosa alguna ? Y despues de haber satisfecho su caridad para con ellos , no le será permitido mostrar su amor á Jesucristo?... O ¡y cuán injustos son semejantes murmuradores! Se encuentran tal vez algunos , que al ver la riqueza de los Templos , y el adorno de los alta-

res, lejos de edificarse de la piedad de los fieles, dicen como Judas: *Aquello estaria mucho mejor empleado en el socorro de los pobres.* ¿Creen estos, que los que han adornado los templos, nada hayan dado á los pobres? ¿Les dan, acaso, mucho ellos mismos? Lo que verdaderemente estaria mejor empleado en socorrer los pobres, y en adornar los altares, es, justamente lo que ellos mismos emplean en el lujo, en el regalo, en la vanidad; son aquellas joyas, aquellos muebles preciosos, aquel oro, aquella plata, que se les ve llevar todos los dias con fausto, y ostentacion, sin tener siquiera el menor pensamiento de los pobres; de los miserables. No tienen celo por los pobres, sino á costa de los altares. La verdad es, que ni aman los pobres, ni los altares... ¡Ah! No escuchemos tan injustos murmuradores; sigamos la inclinacion de nuestra piedad; demos, ya el socorro á los pobres, y ya los ornamentos al templo, donde Jesucristo personalmente reposa; no sea, que con el demasiado deliberar, nos suceda, que ni les demos á los unos, ni al otro.

Tercero. *Un celo engañado.* — Judas era el verdadero autor de estas quejas; los otros discípulos repetian solamente lo que él decia... La murmuracion es un mal contagioso, que fácilmente se comunica, y contra el que cada uno debe guardarse bien. Judas con el murmurar, escuchaba solo á su pasion, que era la avaricia, el alivio de los pobres, era mero pretexto; y los discípulos engañados de esta apariencia de caridad, condescendian, sin sa-

berlo, y seguian la pasion de aquel infame traidor... Guardémonos bien, de ser engañados de estos perpetuos murmuradores. Oiremos algunos gemir incesantemente sobre los males de la Iglesia; pero sus gemidos bien diferentes de los de la paloma, no son otra cosa, que sátiras amargas contra la Iglesia, contra los Pastores, contra los Eclesiásticos, contra los Religiosos, y contra todas las personas honestas, y de piedad. No nos fiemos de un celo vicioso, que no hace otra cosa, que rebentar, y desahogarse en quejas. Los cabezas de semejante raza de gente son traidores, que bajo el pretexto de reforma, solo pretenden exasperar los corazones, y engañar los espíritus. Lo que engañados de estos artificios, repiten sus lamentos, no son tan culpables como ellos, pero no dejan de contribuir á un mal grande: escandalizan los débiles, ofenden los superiores, animan á los malos, y afligen á los buenos. Si estos callan, no sienten menos los dardos, que se les arrojan, y el Señor, hará despues justicias y tomará un dia una mas pública, y mas severa venganza.

PUNTO III.

Jesus toma su defensa.

Primero. Observemos, con qué dulzura reprende él á sus discípulos... «Pero entendiéndolo Jesus, les dijo; dejadla; ¿por qué la inquietais? Ella ha hecho

una buena obra conmigo...» Todo lo sabia Jesus; sabia lo que cada uno pensaba, lo que cada uno decia; con todo eso, no se alteró ni por la perfidia de Judas, ni por la imprudencia de los discípulos que se dejaban engañar de su hipocresía, ni por cuanto habia de ofensivo para él en sus lamentos; fue solamente sensible á la pena que se ocasionaba á esta muger... Así tambien nos reprehende á nosotros, y nos dice ¿por qué inquietais vosotros á aquella alma piadosa; á aquella alma devota? Seria difícil de saberse, porque hablen algunos cada dia, contra los devotos, contra las personas irreprensibles en sus costumbres, adictas á la Iglesia, aplicadas á las buenas obras, y que oyen en silencio todo lo que contra ellas se dice. ¿Por qué no las dejais en reposo? ¿Qué mal os han hecho? ¿Ellas hacen el bien y vosotros no lo haceis: Este es su delito á vuestros ojos. Pero no juzga así Jesucristo. Reflexionad, que él será un dia su Juez, y el vuestro... De esta manera debemos nosotros tambien tomar la defensa de la piedad, y de las personas honestas, y buenas, y debemos reprender con caridad á los que hablan mal de ellas, y corregirlos con dulzura. Jesucristo nos oirá, y no quedará sin recompensa nuestro celo.

Segundo. *Observemos, con qué tranquilidad habla Jesucristo de su próxima muerte.*—Porque siempre teneis pobres con vosotros... y podeis hacerles bien, cuando quisiéreis, pero á mí no me teneis siempre. Porque derramando ella este unguento sobre mi

cuerpo... hizo esta lo que pudo... lo ha hecho para enterrarme. Ha anticipado el ungir mi cuerpo para la sepultura...» Jesus sentado á la mesa, no pierde un punto la memoria del Sacrificio, que está casi á la vigilia de consumar, y este pensamiento no le impide asistir á este convite; no turba su tranquilidad, no altera su dulzura. Antes le sirve para exaltar el mérito de la accion de esta muger, y para descubrir sus misteriosas relaciones. Esta accion es tambien para él una ocasion de renovar la prediccion ya hecha de su próxima muerte. Aquí hace aun mas; predice su sepultura; y aun hace mas tambien, porque da bastantemente á entender que esta muger ha hecho bien de anticiparse á embalsamarlo, porque no podrá hacerlo ya despues de su muerte. De esta manera se muestra Señor de los acontecimientos, y previene él mismo el escándalo de su cruz... Debemos á su ejemplo, llevar por todas partes el pensamiento de nuestra próxima muerte; no para que nos turbe, sino para rebatir los incentivos de los placeres, y desviar los peligrosos efectos de los socorros que estamos obligados á conceder á nuestro cuerpo. Pensemos que este cuerpo debe bien presto ser sepultado; que debe vivir y morir solamente para Dios; y este pensamiento santificará los placeres inocentes que no podrá suprimir la penitencia.

Tercero. *Observemos, con qué seguridad promete Jesucristo á esta muger las alabanzas de todo el mundo.*—«En verdad os digo; en todo lugar donde fuese

predicado este Evangelio por todo el mundo se contará tambien lo que ella ha hecho en su memoria.» ¡O liberalidad, o paciencia bien recompensada! ¿A cuál de sus Héroes ha hecho el mundo una semejante promesa? ¿Ha habido alguno de ellos que conocido en una parte del mundo, no sea ignorado, y puesto en olvido en las otras, mientras es alabada en todo el universo la accion de esta muger, y celebrada sin interrupcion todos los años nuevamente? Ya por mas de diez y ocho siglos, vemos el cumplimiento de esta prediccion, y lo pasado nos asegura de lo venidero. ¿Y quién es aquel que hace una semejante promesa en el tiempo mismo que anuncia su muerte? ¿Quién es aquel, que une tanta grandeza, y potencia á tanta humildad y dulzura, sino el Hijo de Dios, el Mesías, Jesucristo, Dios, y Hombre?

Peticion y Coloquio.

Sí, por estos divinos caracteres os reconozco, o verdadero Hijo de Dios: o amable Salvador mio, que el Padre me ha dado en su misericordia, para reconciliarme con él; en ellos os reconozco, o Jesus, o Redentor mio, o Maestro mio, el mas dulce, el mas paciente, el mas amable de los hijos de los hombres, que estais tan próximo á entregarnos en brazos de la muerte para rescatarme, y que muriendo desde el seno, y aun desde mas allá del

Sepulcro, sereis el árbitro Soberano del universo, y de todos los que lo habitan; el Rey de los tiempos, y de la eternidad. Concededme la gracia de hacerme conforme á Vos, o divino modelo mio. Poco me importa, o Señor, ser juzgado de los hombres, si Vos aprobais mis acciones. Haced que me eleve hasta Vos con el desprecio del mundo, de sus vanos discursos, y de sus vanos aplausos. Amen.

MEDITACION CCLXXVII.

JUDAS TRATA CON LOS CABEZAS DE LOS JUDIOS PARA DARLES EN LAS MANOS A JESUS.

S. Luc, c. XXII, v. III, VI.— S. Mat., c. XXVI, v. XIV, XVI. — S. Marc, c. XIV, v. X, XI.

IMAGEN DE LA CAIDA DEL PECADOR.

Primero. Cuál fue en Judas la causa de su traicion. Segundo. Cuáles fueron los manejos de Judas para concluir su traicion. Tercero. Cuáles fueron las disposiciones en que Judas se halle despues de haber concluido su traicion.

PUNTO PRIMERO.

Cuál fue en Judas la causa de su traicion.

La causa de la traicion de Judas y de su caida, como lo es la de todos los pecadores; fue una pasion no mortificada. La pasion de Judas era el amor del dinero, y el deseo de enriquecerse.

Primero. *Entró en el Apostolado con esta pasion.* — No la conocia bastantemente, no la temia... Antes de abrazar un estado, de aceptar una carga ó un empleo, conviene conocerse á sí mismo: una pasion que se conoce no es un motivo para no seguir la propia vocacion; pero lo es sí para estar atento sobre sí mismo, y trabajar incesantemente para mortificar esta pasion, y si es posible, para desarraigarla enteramente. ¿Y qué se ha de esperar de aquel que abraza un estado solo con la mira de satisfacer su pasion?

Segundo. *Vivió en el Apostolado fomentando esta pasion.* — Judas bien lejos de trabajar en destruir la pasion, hizo todos sus esfuerzos por mantenerla, y hacerla crecer. Pretendió él acaso la comision de llevar las limosnas, y de distribuirlas á los pobres, y habria debido dejarla y rehusarla. El primer pensamiento de cualquiera que quiere domar una pasion es el evitar la mas pequeña ocasion. Lo que para otro es indiferente, es de una extrema consecuencia para un corazon dominado de cualquiera malvada inclinacion. Judas comenzó su pasion, haciéndose lícito, al principio algun hurto pequeño. Despues del primero, habria debido entrar en sí mismo; confesar su culpa á su Maestro; descubrirle la llaga de su corazon; y renunciar en sus manos su oficio, para alejarse de toda ocasion... Pero hecho el primer hurto, lo disimuló; le tomó el gusto; deseó el segundo, y procedió á muchos, lisongeándose siempre, que en todo esto nada habia de grave, y

que no era capaz de llevar las cosas al exceso.... ¡O cuántos han sido engañados de una tal persuasion, y llevados á los mas horribles delitos, y á los desórdenes mas escandalosos! Entre tanto Judas era insensible á todo lo demas. Conversaba con Jesus sin amarlo; veia sus milagros sin admirarlos; oia hablar del Reino de Dios donde le estaba destinado un Trono, sin desearlo; escuchaba los anatemas fulminados contra el amor del dinero, sin darle golpe. ¡Ah! Esta dureza de corazon entre los ejercicios de Religion, es un funesto presagio. El que la experimenta en sí, debe estar cierto, que ella es el efecto de cualquiera viva pasion que él sustenta en su corazon y que lo guia al precipicio, si prontamente no pone el remedio.

Tercero. *Decae del Apostolado, abandonándose á su pasion.* — Un ungüento derramado, una ocasion de contentar su avaricia que se le va de las manos, una dulce instruccion para poner fin á injustas quejas; he aquí motivos bastantes para que lo oprima el despecho, y que lo haga correr á la venganza. La cosa está rematada: ya no observa medida alguna; abre el corazon al demonio... « Y Satanas entró en Judas por sobrenombre Iscariote, uno de los doce... » Satanas tomó posesion de él, y de un Apostol hizo un Apóstata, y el primer instrumento de la muerte del Mesías. ¡Ah! Qué caida! Una cosa de nada ha sido la ocasion; pero el origen se debe buscar de mas lejos; ya habia mucho tiempo que estaba su corazon corrompido. ¡*Uno de los*

doce...! ¡Un traidor, un pérfido entre los doce! ¡Quién no temerá, quién no temblará, y quién se creerá jamas seguro en cualquiera estado en que se halle! » *Judas por sobrenombre Iscariote...* » ¡O nombre execrable á todos los siglos! ¡Ah! Ojalá, que los Cristianos temiesen tanto imitar á Judas cuanto detestan su nombre, y su memoria!

PUNTO II.

Cuáles fueron los manejos de Judas para concluir su traicion.

Primero. *Deja á Jesus por ir á encontrar los enemigos de este divino Salvador.*—« Entonces Judas... se fué á buscar los Príncipes de los Sacerdotes... para entregarlo en sus manos... y fué á tratar con los Príncipes de los Sacerdotes, y con los magistrados del modo con que se los entregaria... » Es verosimil que Judas se presentase en el concilio de los Judíos congregado contra Jesus, luego inmediatamente despues de la cena de Simon el Leproso, aprovechándose de la noche para ir á la casa de Caifás, donde estaba junto el concilio... Una alma disgustada de la virtud, se disgusta de la compañía de las personas virtuosas, y busca la de los pecadores. Esconde con toda la destreza posible, y por mucho tiempo sus amistades suspechosas, y cuando finalmente se descubren, busca mil pretextos para

justificarlas. Pero no abandona las personas buenas, sino despues de haber ya abandonado á Dios: No se deleita de la conversacion de los pecadores; de los que son enemigos de Dios; de la Iglesia, y de la Religion, sino porque lo es tambien el mismo.

Segundo. *Hace su proposicion á las Sacerdotes y á los Magistrados.* -- « Y les dijo; Qué quereis darme y yo os lo entregaré... » Primero. *Del objeto de esta proposicion.* — ¿Judas, eres tú el que te encargas de este atentado? ¿Has comprendido tú bien el horror de tu proposicion? *Os lo daré en las manos!* ¿Quién? Jesus, el Mesías, el Hijo de Dios, el Rey de Israel, el Salvador del mundo, el mas dulce, el mas amable de los hombres, aquel cuya santidad todo el pueblo respeta, cuyos oráculos escucha, y cuyos prodigios admira. ¿A quién? A sus enemigos, á impíos, á escelerados que lo persiguen, y que solo por celos, y por impiedad lo aborrecen. ¿A qué fin! ¿A fin que quede á su discrecion: á fin que lo traten á su gusto: que lo insulten; que lo opriman con injurias, y con golpes y lo hagan morir en los suplicios. ¡Ah! ¿Qué cosa hay ni puede haber mas atroz? ¿Pero Judas tú que haces esta proposicion: quién eres tú? ¿Y qué te ha hecho este Dios Salvador? Tú eres *uno de los doce*, que él ha escogido, en el gran número de sus discípulos, para estar mas cercano á su Persona, y para tener mayor parte en su confianza, y en sus favores. Jamas te ha hecho mal, ni lo ha hecho á otro al-

guno. ¡Ah! ¿Qué no ha hecho él especialmente por tí? Te ha elevado á la esfera de Apostol; en este alto grado, te ha distinguido con señales de una particular confianza, te ha admitido á su familiaridad, te ha hecho testigo de sus milagros; A tí tambien te ha dado la potestad de hacerlos: en una palabra; te ha colmado de favores. ¿Y eres tú el que te presentas? Eres tú el que dice: « *¿Qué me quereis dar, y yo os lo daré en los manos?*» ¡Ah! Tú eres un monstruo, un demonio en carne: Satanas posee tu corazon; guia tus pasos, y habla por tu boca: ¿digo alguna cosa de mas...? ¿Pero lo que puedo decir de Judas, no me conviene acaso á mí mismo; y no se hallan por ventura en mis pecados casi las mismas circunstancias? — «*¿Qué me quereis dar?*»Así se exprime muchas veces la lengua, y con mas frecuencia el corazon, que por un vil interes; por la esperanza, ó de honor, ó de fortuna, está dispuesto á sacrificar todas las cosas. ¿No se halla por ventura en mí una vileza semejante? ¿Si no es por la ganancia, no es acaso por un placer aun mas vergonzoso, por lo que yo he hecho traicion á mi obligacion, y he manchado mi conciencia? — Segundo. *Del Júbilo que ocasionó esta proposicion.* — « Y ellos oyéndolo se alegraron... » ¡O alegría infernal, que nace de la ocasion que se halla de hacer mal; de la caida de aquellos que consisten en concurrir á él, y en hacerse cómplices! Tal es la alegría de los pecadores cuando ven la virtud torcer

su camino, unirse á ellos, hablar como ellos; hacer con ellos alianza. Si nosotros les hemos causado esta alegría, reflexionemos, que tambien se la hemos causado al demonio, y á todo el Infierno; y que al mismo tiempo hemos contristado nuestros verdaderos amigos, los Santos, los Angeles, nuestro Salvador, y el Espíritu Santo, que hemos desterrado de nuestro corazon: Y si nosotros mismos hemos tenido esta alegría de la ruina y de la pérdida de los otros, consideremos que la dividimos con el demonio, y que de ningun otro modo podemos hacernos mas semejantes á él.

Tercero. *Los pactos, y convenciones se aceptan de una, y otra parte.* — « Y ellos le señalaron treinta monedas de plata.... y quedaron de acuerdo..... y buscaba ocasion favorable para entregarlo...» ¡ He aquí, pues, concluido el indigno contrato! — Primero. Los Judíos de su parte prometen, y se empeñan en dar á Judas una suma de plata: será ella por cierto, una suma considerable. No, treinta monedas de plata. Si estas eran siclos equivalian á treinta pesetas de nuestra moneda,* y este era el precio de un esclavo **. Pero si eran denarios, como quiere la tradicion, y es muy probable, harian

* Hay mucha variedad entre los Expositores en cuanto al valor de los siclos, dándoles unos mas y otros menos. Pero aunque se suponga, con la opinion que se extiende á mas, que cada uno tuviese el peso de media onza de plata, siempre es cierto que Judas vendió al Señor por un precio bajo, vilísimo y despreciable.

** Exod., c. XXI, v. XXXII.

solo nueve pesetas. — Segundo. Judas de su parte promete, y se empeña en darles en las manos á Jesus; en conducir sus soldados al lugar, donde se hallará, en mostrárselo, y en escoger un tiempo, y una ocasion, en que esto podrá efectuarse sin tumulto, sin ruido, y sin que el pueblo pueda saber cosa alguna... Jesus vendido á vil precio; su gracia, su espíritu, su amor cambiados con un objeto de nada; tomadas las precauciones, para que nada se traspire hácia fuera, para que el público no lo advierta, y todo se haga en secreto, y en las tinieblas; he aquí las tramas de los pecadores, sus pactos, y sus confederaciones. ¡O y cuán despreciables son, cuán odiosos, y detestables! ¿No he tenido, por ventura, parte con ellos? ¿No he sacrificado yo á mi Dios por una ganancia pequeña, pensando solo á salvar las apariencias?... ¡O Jesus, en qué precio habeis sido tasado! ¡Felices aquellos, que tienen con Vos alguna semejanza, contra los que se conjuran en lo oscuro de la noche los enemigos de vuestro Santo Nombre, y de vuestra Iglesia! ¿Cómo podrán estos sostener vuestra vista, cuando vendreis á quitarles la máscara, y á juzgarlos?

PUNTO II.

Cuáles fueron las disposiciones, en que se halló Judas, despues de concluida su traicion.

Primero. *Judas en presencia de su Maestro no muestra algun temor.*—Judas ocupado del proyecto de consumar su traicion, se unió desde por la mañana á Jesus, con los demas Apóstoles. Compareció delante de su Maestro, sin temer ni su vista, ni aquel conocimiento sobrenatural, que tenia de los corazones; tan seguro, como si la conciencia nada le echase en cara; tan intrépido, como si no hubiese castigo alguno para el pecado... Ah! cuando un pecador ha llegado á estos términos: cuando entre sus desórdenes vive tranquilo, como si nada hubiese que temer; cuando vive bajo los ojos de Dios sin temer su venganza; sin que lo conmueva ni el pensamiento de la muerte, ni el temor del infierno ¿qué remedio le queda ya, y qué cosa favorable se puede esperar de él? ¿No me he hallado yo en un estado tan funesto? ¿No se necesitó una gracia especial de la misericordia divina, para sacarme fuera de él? ¡Qué desgracia para mí, si volviese á recaer!

Segundo *Judas en compañía de sus concólegas, disimula con destreza.*—Despues de haber concluido el tratado, vive, y conversa con ellos, como si fuese aun uno de ellos, como si no tuviese otros pensamientos, otros intereses, otros sentimientos bien

diversos de los de ellos. Lo mismo, que ellos, sigue á Jesus; como ellos escucha sus instrucciones; como ellos ejecuta sus órdenes, con otra tanta diligencia, y afecto aparente, como podrian tener los otros; sin que se echase de ver cosa alguna desordenada en su semblante; nada de violento en sus acciones, nada de embarazado en sus discursos. ¡O y cuán profunda eres, o noche de los corazones! al favor de tus espesas tinieblas, es justamente donde se confunde con la piedad la hipocresía, y la perfidia, con la inocencia. Aquella alma, que no ha mucho tiempo, se abandonó al pecado, y se dió en presa á los furores de una pasion secreta, comparece de nuevo en la campañía de los fieles, con un semblante sereno, con una profunda disimulacion, que con esconder sus desórdenes, les pone el colmo, y cierra tal vez para siempre la entrada al arrepentimiento. En el Templo mismo, en el mismo sacrificio, en los mismos ejercicios de devocion; tal vez en la misma santa mesa, y en el mismo altar, con las mismas apariencias de piedad, se hallan el justo, y el pecador; el Apostol, y el Judas; el amigo y el traidor. Los hombres los confunden; el pecado hace fiesta; pero Dios los distingue, y la virtud triunfará.

Tercero. *Judas en todas sus acciones, no tiene otra cosa en mira, en su interior que su pasion.*—« Y desde entonces buscaba la oportunidad de entregarlo... sin ruido...» ¿En qué pensaba Judas, siguiendo á Jesus; escuchando sus instrucciones; conversando con los otros? En ganar la suma, que se le habia

prometido; en cumplir la promesa, que habia hecho; en hallar la ocasion favorable de dar en las manos de los Judíos, su Maestro sin ruido, sin estrépito, sin tumulto, sin publicidad, sin que el pueblo tuviese noticia de ello... ¿En qué piensa una alma pecadora, é hipócrita, confundida con las almas santas, y fervorosas? Piensa en su Pasion, en los medios de satisfacerla, y de esconderla. Piensa en esto en la calle, en el Templo, en el reposo, en el trabajo, en la conversacion, y en la oracion... Está siempre aplicada á este objeto: no tiene otros pensamientos en su espíritu: no concibe otros deseos en su corazon; no forma otros proyectos en su imaginacion; no llama por otra cosa á su memoria lo pasado; ni extiende para otra cosa sus miras sobre lo venidero, que en lo que tiene relacion, con la pasion, que la predomina.

Peticion y Coloquio.

O Jesus ¿cómo pudísteis sufrir á vuestro lado un traidor, un pérfido; cuyos pensamientos, y designios os eran manifiestos; un espía, que habiéndoos vendido á vuestros enemigos, estaba siempre cerca de Vos, solo para observar todos vuestros pasos, y lograr el momento de entregaros, para recibir el precio, en que os ha tasado? ¡Ay de mí! ¿cómo me habeis podido sufrir á mí mismo, cuando os entregaba, y os ofendia? ¿Cómo podeis sufrirme actualmente, cuando me hallo en vuestra presencia todo

inclinado, sino al pecado, ó al designio de entregaros, (¡ah! pudiese yo antes bien morir mil veces por Vos) á lo menos á mil objetos indignos de Vos, que me representan mis pasiones, de que estaria yo ciertamente libre, si os fuese mas fiel, y mas fervoroso. O Dios mio, no me abandoneis á mi propia corrupcion. Libradme de las pasiones, que me tiranizan : concededme, que combata los mas ligeros desórdenes, para que no me arrastren á los mas grandes excesos. Amen.

MEDITACION CCLXXVIII.

LOS DISCIPULOS PREPARAN LA PASCUA.

S. Mat., c. XXVI. v. xvii, xix.—S. Marc., c. XIV, v. xii, xvi. — S. Luc, c. XXII, v. vii, xiii.

Primero. De Jesus, y de su ciencia divina. Segundo. De los Apóstoles, y de su diversa situacion. Tercero. De los otros sucesos de esta preparacion.

PUNTO PRIMERO.

De Jesus, y de su divina ciencia.

Primero. *Jesus conoce sus discípulos, y el grado de su buena voluntad, para con él.*—«Y el primer dia de los ácimos... cuando inmolaban la Pascua... se acercaron á Jesus los discípulos, y le dijeron; ¿dónde quieres, que te preparemos; para comer la Pascua?... Y envia dos de sus discípulos... á Pedro, y á Juan, diciendo; id y preparadnos la Pascua para que comamos. Y ellos respondieron; ¿dónde quieres

tú que aparejemos?...» Consideremos primero los términos. *El primer dia de los ácimos...* ó sea de los panes sin levadura : esto es el primer dia de Pascua, que comenzaba aquel año el Jueves por la tarde. á las primeras vísperas del Viernes, *cuando inmolaban la Pascua;* esto es cuando mataban los corderos en el atrio del Templo. Esta inmolacion comenzaba á las tres horas despues del mediodía. De allí en adelante, no era permitido tener en casa pan con levadura, y se alimentaban solamente de pan ácimo por todos los siete dias, que duraba la solemnidad. Cada familia debia proveerse de un cordero inmolado en el Templo, para comerlo la tarde á las primeras vísperas de la Pascua. Era, pues, el Jueves, á las tres horas despues del mediodía, y en Betania, cuando hablan así los Apóstoles. Jesus no tenia habitacion en Jerusalen, pero habia muchos en esta ciudad, aun entre los grandes, que eran sus discípulos, y afectos; él los conocia muy bien, y sabia lo que cada uno podia, y estaba dispuesto á hacer por su amor... ¡Ah! ¡Qué felicidad es unirse á un Maestro que conoce la buena voluntad, y que la recompensa!

Segundo. *Jesus conoce todos los futuros acontecimientos, aun los mas pequeños, y hasta los casos mas contingentes.* — Jesus nombró dos de sus Apóstoles, Pedro y Juan, para ir á hacer los preparativos necesarios; pero, como se trataba de señalarles una casa... « Jesus dijo : Andad á la ciudad... al entrar

en la ciudad encontrareis un hombre que llevará un cántaro de agua ; seguidlo hasta la casa en que entrare... y en cualquier lugar que entrare, decidle al dueño de la casa : El Maestro te dice: Mi tiempo está cerca : en tu casa hago la Pascua con mis discípulos... ¿Dónde está el aposento en donde he de comer la Pascua... ? »¡O y cuán maravilloso es una orden tan circunstanciada ! Todo en él es admirable, lleno de grandeza y de amor... ¿Quién otro que un Dios podia llamar tiempo suyo el dia, en que debia darse por nosotros y morir ? ¿Quién otro que el Rey de Israel podia hacer decir á un hombre, en la apariencia desconocido : « Yo hago la Pascua en tu casa : ¿dónde está mi refectorio... ? » ¡ Dignaos de venir á mi casa, o Rey mio ! ¿Todo lo que yo tengo no es vuestro ? ¿ no sois Vos el dueño y el Señor ?

Tercero. *Jesus conoce el libre uso que se hará de la voluntad.* — « Y él os hará ver un cenáculo grande, puesto en orden... » Esto es, una sala alta, para comer, con sus canapes propios , para ponerse á la mesa todos prevenidos. « *Y allí preparad...* » El Salvador, no solo conocia las disposiciones presentes del señor de la casa, sino que tambien sabia de qué manera recibiria la proposicion que se le haria ; con qué júbilo, con qué reconocimiento, con qué prontitud y con qué liberalidad cederia al Divino Maestro cuanto tenia en su casa de mas propio y de mas comodidad... ? ¡ Ay de mí , Señor ! ¿ qué cosa puedo yo ofreceros? No tengo mas que mi corazon.

Este es vuestro tabernáculo, y esta es la habitacion que Vos me pedís. ¡ O cuántas veces os lo he negado ! Ahora, ¡ o Jesus mio, os lo ofrezco ! Pero, ¡ ay de mí ! ¡ Cuán angosto es y cuán estrecho ! Dilatadlo con el fuego de vuestro amor, con santos deseos, y con las mas generosas resoluciones... ¡ O y cuán vacío está y desordenado ! Purgadlo de sus inmundicias, adornadlo con los dones de vuestro espíritu, y ayudadme con vuestra gracia, á fin de haceros los preparativos que Vos exigís de mí, para hacer la Pascua con Vos.

PUNTO II.

De los Apóstoles y de su diversa situacion.

Primero. *De los Apóstoles que fueron enviados, y de su obediencia.* — Obedecieron con humildad. No hablaron ni una palabra: ¿ Por qué nos ha encargado él esta comision ? ¿ No habria podido enviar otros? Ni tampoco tuvieron una vana complacencia en la eleccion hecha en sus personas ; solamente pensaron en ejecutar bien su comision. — Obedecieron con confianza. Tampoco dijeron : ¿ Quién sabe dónde nos envia ? Nada hay preparado, á nada se ha pensado ; no se ha prevenido á persona alguna , ¿iremos nosotros á decir estas cosas á persona que no conocemos? — Obedecieron con puntualidad : « Y los discípulos fueron, y llegando á

la ciudad, encontraron conforme les habia dicho, y prepararon la Pascua... » Conforme les habia ordenado Jesus. — La obediencia perfecta halla todo lo que es necesario, y aun mucho mas: no se trata ya sino de ejecutar lo que manda el Señor. ¿Lo hacemos nosotros? Ellos lo hicieron. — Compraron el cordero, las lechugas y las yerbas amargas, con que se debia comer... Confrontemos nuestra obediencia. Imitemos los Santos Apóstoles: Dios estará contento de nosotros, y todo tendrá un éxito feliz.

Segundo. *De los Apóstoles que quedaron con Jesus, y de su tranquilidad.* — La paz del corazon que conservaron en esta ocasion, hizo que no se lamentasen de la eleccion que Jesus habia hecho de los dos Apóstoles, ni de la señal de distincion y de preferencia que les habia dado, hizo que no se entremetieran en empleo ageno, y que tampoco se mezclaran en un negocio que no se les habia confiado. Si nosotros observásemos estos dos puntos, nos conservariamos fácilmente en paz, y esta paz seria para nosotros no solo un fondo de delicias, sino tambien un manantial de luces. Porque esta paz hizo tambien que los Apóstoles fuesen atentos á las órdenes que les daba su Maestro, y les dió la comodidad de observar y de admirar cuanto de divino se contenia en ellos. Sin esta paz del corazon, no se puede atender á causa alguna, ni se puede sacar algun provecho.

Tercero. *De Judas y del estado de pecado en que*

se halla. — Este estado lo ciega. Judas ve que Jesus sabe menudamente lo que acaecerá en tal instante, y lejos de él; ¿ y este mismo Judas, al lado de Jesucristo, podrá imaginarse que lo que él ha hecho, y lo que él medita todavía actualmente hacer contra Jesus, le esté oculto? — Este estado lo turba. Judas ve traslucir la alegría sobre el rostro de todos sus concólegas, por el gusto que dentro de poco tendrán de celebrar la Pascua con su Maestro; pero él no experimenta en sí mismo otra cosa que agitacion, tristeza é inquietudes tales, cuales justamente es necesario que sienta el que está próximo á cometer un gran delito, inquietudes que crecen mucho mas, por el cuidado que conviene tener para disimularlas y esconderlas. — Este estado le endurece. Judas ve los otros únicamente atentos á la celebracion de la mas grande y mas santa solemnidad de la Ley, y él está atento á los medios que podrá esta celebracion suministrarle para ejecutar su parricidio. ¡Qué estado es pues el del pecado, cuando el pecador está determinado á perseverar en él! ¡ Ah! le costaria mucho menos el volverse sinceramente á Dios; salir de su mal estado, y participar de la santa alegría de los fieles. Pero tiene ciertos empeños que ha contraido con los pecadores, y no quiere romperlos. Judas lo tenia, y á todo trance los quiere cumplir. ¡Cuántos se hallan en el mismo caso, en las santas solemnidades que celebra la Iglesia, y principalmente, en la mas grande de todas, que es la Pascua!

PUNTO III.

De otros sucesos de esta preparacion.

Primero. Admiremos la Providencia de Dios, en el encuentro de estas tres personas, en una de las calles de Jerusalen. — Dos hombres que entran en la ciudad se encuentran á otro que lleva agua á una casa: ¿qué cosa podia parecer mas contingente? ¡Pero qué providencia! ¡qué consecuencias! Confirmémonos bien en este pensamiento práctico, que los mas pequeños acaecimientos estan sujetos á una providencia adorable, cuyos caminos no podemos conocer, pero que debemos fielmente seguir. Nada hay de supersticion en este género, nada tampoco de irreligion. Se presentan algunos encuentros indiferentes para nosotros, no hagamos sobre ellos reflexion alguna; hay otros desagradables, aceptémolos con sumision; hay otros que son peligrosos, resistamos á ellos, ó huyamos de ellos con discrecion; finalmente, hay otros que son afortunados, aprovechémonos de ellos atentamente. Roguemos todos los dias al Señor, que todos los encuentros que en el curso del dia dispondrá para nosotros su providencia, sean para su mayor gloria y para nuestra salvacion.

Segundo. *El efecto de la gracia de Dios en el dueño de la casa.* — ¿Quién era este piadoso Israelita? ¿Por qué dejarnos desconocido su nombre? Era él

sin duda un celoso discípulo del Salvador, trofeo de su gracia, un hombre lleno de fe en el Divino Maestro, y encendido en el deseo de mostrarle su afecto, si encontraba la ocasion. ¿Para quién pues habia él prevenido este cenáculo ó la mesa? ¿para quién estaban ya en orden los canapes ó los lechos, con todo lo que se requeria para una comida de muchas personas? ¿Era acaso para él y para su familia? ¿Tenia él algun pensamiento de la dicha que le tocó? ¿Sabiendo que Jesus no se alojaba en la ciudad, no tenia él acaso designio de ofrecerle esta sala, y convidarlo á celebrar la Pascua? — Sea como se fuese, no podemos imaginar con qué agradable sorpresa oyó él la embajada del Salvador. Lo que sabemos, por lo menos, es que, segun la palabra del Salvador, luego que la oyó, les mostró á los Apóstoles la sala toda en orden, y se les cedió toda entera. ¡O qué felicidad para él! ¡Y o cuán lejos estaba aun de conocer todo su precio! Qué pérdida, qué desgracia, si hubiese despreciado esta ocasion! Pero el Señor sabia que no la despreciaria. — En cuanto á nosotros, nuestra desgracia es el despreciarla; es el rehusar y negar nuestro corazon á Jesucristo cuando nos lo pide, y no dárselo luego todo entero y para siempre. ¡Cuál seria nuestra felicidad, si se lo diésemos de este modo!

Tercero. *Designios de Dios sobre este cenáculo.* — ¡Quién jamas habria pensado, que este lugar debiese ser el santuario de la Divinidad; la primera Iglesia Cristiana, sustituida en su simplicidad á

toda la grandeza y magnificencia del Templo ! Este pues, es el lugar, donde el Hombre Dios cena, por la última vez en su vida mortal, é instituye el convite eterno que debe alimentar todos los Cristianos, hasta la fin del mundo. Aquí celebra la última Pascua legal y verdadera : anula el sacerdocio y los sacrificios de la Ley antigua, y consagra los Sacerdotes que deben ofrecer el Divino y único sacrificio de la nueva. Aquí los Apóstoles unidos verán su Maestro resucitado, aquí recibirán visiblemente el Espíritu Santo ; comprenderán lo que es el Reino de Dios, y de aquí finalmente partirán para esparcir la luz sobre toda la tierra. ¡O profundidad de los caminos de Dios! ¡O magnificencia de sus designios! ¡Cuán respetables nos deben parecer nuestras Iglesias! Ellas son una continuacion del cenáculo, y contienen tambien nuestros corazones, y por esto, con esta idea llena de respeto, debemos velar, para mantenerlos puros y preservarlos de toda inmundicia.

Peticion y Coloquio.

O Dios mio, haced que llegue á Vos con un corazon purgado con la penitencia : encendido en vuestro amor, y adornado de todas las virtudes cristianas, para que de vuestro sagrado convite, á que Vos me convidais sobre la tierra, pase á aquel convite eterno, en que seré igualmente alimentado de Vos mismo ; pero sin figuras, sin velos, y sin temor de perderos jamas. Amen.

MEDITACION CCLXXIX.

CON QUÉ AMOR CELEBRA JESUS ESTA PASCUA.

S. Marc., c. XIV, v. XVII.— S. Luc., c. XXII, v. XIV, XVI. — S. Juan, c. XIII, v. I, III. — S. Mat., c. XXVI, v. XX.

Consideremos aquí seis calidades de este amor divino. Primero. Un amor obediente. Segundo. Un amor infinito. Tercero. Un amor generoso. Cuarto. Un amor omnipotente. Quinto. Un amor ardiente. Sexto. Un amor tierno.

PUNTO PRIMERO.

Amor obediente.

Jesus fue exacto observador de la ley hasta el fin de su vida... Por mas que tuviese deseo de celebrar esta Pascua no previno el dia ni el momento.., «Y habiendo llegado la tarde, se fué él con los doce... y llegada la hora se puso á la mesa, y con él los doce Apóstoles... Antes de la fiesta de la Pas-

cua...» esto es; el Jueves por la tarde, á las primeras vísperas del Viernes cayendo la Pascua aquel año en el Viernes *. La ley de Dios sea siempre la regla de nuestros deseos, y de nuestro amor, ó sea para con el prójimo; la obediencia regule todas nuestras operaciones, todos nuestros ejercicios de penitencia, y de devocion: sin esto estamos á riesgo de caer en engaño.

PUNTO II.

Amor infinito.

«Antes de la fiesta de la Pascua. Sabiendo Jesus que era llegada su hora para pasar de este mundo al Padre, habiendo amado los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin...» Y por cuanto puede extenderse el amor de un Dios hecho hombre. Esto es todo lo que San Juan dice de la institucion de la Eucaristía. ¿Y podia decir mas este Apostol amado, este Apostol de la caridad, y del amor? ¿La Eucaristía no es el amor que llega *hasta al fin?* ¿Puede darse un amor mas liberal, mas íntimo, mas puro, mas escondido, mas comunicativo, mas divino? ¡Ah! ¡Qué riquezas; qué llamas: qué delicias saben hallar en ella las almas puras en el silencio de la fe! ¿No las hallaria yo tambien si á ella llevase un corazon limpio; si meditase en el

* Vease la nota al fin de esta Meditacion.

recogimiento el exceso de este amor que se extiende *hasta el fin*, y si me esforzase á corresponder con todo mi amor posible?

PUNTO III.

Amor generoso.

«Habiendo ya el diablo entrado en el corazon de Judas Iscariote, hijo de Simon...» Habiendo Judas abierto su corazon al demonio, habia ya prometido entregar á Jesus, y estaba resuelto á poner en ejecucion su promesa, aquella misma noche... Esta traicion, y la profanacion, de que Judas estaba para hacerse antes reo, no le impidieron á Jesucristo el instituir el Sacramento de su amor; ni tampoco se lo impidieron todos los sacrilegios, y todas las profanaciones, que se cometerán hasta la fin de los siglos. Quiso mas exponer este adorable Sacramento á tantas indignidades, que privar al mínimo de los suyos de esta prenda esclarecida de su divino amor; que privarme á mí mismo particularmente, si quiero aprovecharme de ella, bien que acaso, haya ya tenido parte en las profanaciones, que han ultrajado este divino amor... ¿Pero cuál es nuestra correspondencia á un amor tan generoso? No pide Jesus otra cosa de nosotros, sino que nos aprovechemos de sus beneficios, y recibamos el Sacramento de su cuerpo con reconocimiento. ¡Ay de mí! Basta por ventura,

una pasion indigna, una palabra de burla, para estarnos lejos de él. Él á todo se expone por unirse á nosotros; y nosotros no tenemos valor para sacrificar, ó sufrir alguna cosa por unirnos á él.

PUNTO IV.

Amor omnipotente.

«Sabiendo Jesus que el Padre le habia puesto todas las cosas en las manos...» Jesus constituido por su Padre Señor absoluto de la naturaleza, y de la gracia, se sirvió de todos sus derechos; y segun las instrucciones de su Padre, pone en ejecucion á favor nuestro esta potencia soberana y universal, que ha recibido de él. Todos los prodigios que hasta ahora ha obrado, son nada en comparacion del que va á obrar, para mostrarnos su amor sin límites... Está para destruir todas las leyes de la naturaleza, sin que la naturaleza quede desconcertada; y para derramar milagros, sin que los ojos puedan penetrarlos. Este gran misterio de amor se obra todo en silencio. Los milagros de la gracia, las comunicaciones, las uniones, las trasformaciones, se obran tambien en un profundo silencio, y en un secreto delicioso, inaccesible á la vista de los mortales, é impenetrable tambien á sus sospechas, y á sus conjeturas. Jesus quiere multiplicarse á sí mismo para darse á cada uno de nosotros: para unirse é incorporarse con nosotros. Quiere dejar á sus mi-

nistros la potestad de obrar las mismas maravillas, para que lleguen hasta nosotros, y se perpetuen hasta el fin de los siglos. ¡O amor de un Dios! ¡O amor de mi Salvador! ¡O amor Omnipotente! ¿Qué otra cosa puedo yo hacer sino anonadarme delante de Vos; adoraros, y publicar que un tal amor es superior al entendimiento de los hombres, y de los Angeles?

PUNTO V.

Amor ardiente.

«Puesto Jesus á la mesa con los doce, les dijo: Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes que padezca...» ¡Ah! ¿De dónde derivaba en Vos, o Señor, este deseo ardiente, sino del ardor de vuestro amor? Y ciertamente Vos sabeis, que luego inmediatamente despues, debeis ser entregado á vuestros enemigos, y sufrir los mas horribles suplicios, esta vista no resfria el ardor de vuestros deseos; antes esto es lo que os anima, y os inflama. ¡O corazon mio! ¿puedes tú quedarte aun insensible á tanto amor, y ser de hielo entre tantos ardores? Jesus desea ardientemente venir á tí, ¿busca acaso su bien y sus ventajas? Y tú; tú no lo deseas; tú fácilmente te dispensas; tú lo difieres lo mas que puedes; y cuando finalmente vas á él, lo haces con una frialdad, y con una languidez insufribles... ¡Ay de mí! Señor, me avergüenzo de

mí mismo ; tened compasion de mí ; arrojad á mi corazon alguna centella de aquel ardiente amor que enciende el vuestro en favor de un ingrato.

PUNTO VI.

Amor tierno.

Era esta la última vez de su vida mortal, que Jesus cenaba con sus discípulos ; era el último á Dios que él les daba.. «Sabiendo que habia salido de Dios, y á Dios iba...» Que está para dejar sus discípulos, y que estarán abandonados al dolor, á la tristeza , á la incertidumbre, y al temor: Este pensamiento lo mueve á compasion ; lo enternece, y le muestra muchas veces su confianza, para excitar en ellos el amor y el ánimo... «Porque os digo que no comeré ya mas, hasta tanto que ella sea cumplida en el Reino de Dios... La Pascua judáica y figurativa debia tener en este punto su cumplimiento, con la institucion de la Pascua cristiana, de la Pascua de la Iglesia, que es el Reino de Dios : pero la Pascua cristiana, escondida, y cubierta de un velo, no tendrá su perfecto cumplimiento, sino en el Reino de Dios, en los Cielos, donde nos alimentaremos de Dios, que contemplaremos sin velo, y que será nuestra suma felicidad... Todas las veces que comulgamos, deberiamos recibir este divino alimento, como si fuese la última

de nuestra vida, como la última Pascua que debemos hacer aquí en la tierra, hasta que la hagamos en el Cielo, en toda su plenitud, y en toda su perfeccion.

Peticion y Coloquio.

O amor de un Dios para con los hombres ingratos; amor constante: amor generoso. En el punto mismo que estais para inmolaros por nosotros sobre la Cruz, es necesario que para satisfacer á vuestra ternura, busqueis aun el medio de perpetuar vuestro Sacrificio hasta el fin de los siglos, y de volver á vuestro Padre sin privarnos de vuestra presencia. ¿Pero qué cosa es mas sorprendente, ó vuestro amor para conmigo, ó mi indiferencia para con Vos? ¿Cuál es, o Jesus, la causa de este grande deseo; de este vivo ardor, que os enciende en este momento? ¡Ah! Es que ha llegado ya la hora, en que quereis salvar el mundo: en que quereis establecer vuestros misterios; y destruir con vuestra muerte la tiranía de la muerte. ¡O cuán mal que correspondo yo, o divino Redentor mio, al amor que Vos me mostrais! Las cercanías de una muerte cruel, que estais para padecer por mí, os causan alegría; y el mas mínimo mal que me conviene á mí padecer por Vos, me espanta, y me hace volver los pasos. ¡O Señor! Hacedme mas digno de Vos. Echad sobre mí algunas centellas de aquel fuego

divino, que Vos habeis venido á traer sobre la tierra, para que corresponda á vuestro amor con el amor mas tierno, el mas ardiente, y el mas generoso. Amen.

EXPLICACION

SOBRE EL DIA EN QUE CAYO LA PASCUA EL AÑO DE LA MUERTE DEL SALVADOR.

Para comprender esta cuestion y otros muchos textos, es necesario no perder de vista la manera con que los Judíos contaban el dia artificial, y el punto donde comenzaban el dia. Nosotros lo comenzamos á media noche: Los Egipcios lo comenzaban á mediodía: Otros lo han comenzado al nacer el Sol: y los Judíos lo comenzaban á la tarde al caer el Sol. Así comenzaban sus dias, no solo en el orden Eclesiástico, y para las fiestas, sino tambien en el orden civil, y para los dias ordinarios, y en esto seguian el orden de la creacion como está escrito en el cap. 1. del Génesis... «De la tarde, y de la mañana se hizo el dia primero...» El dia artificial está compuesto de dos grandes partes, de la noche, ó sea de las tinieblas, y del dia natural, ó sea de la luz. La noche empieza desde la tarde, como el dia desde la mañana. Y así la tarde con la noche de que ella es principio, y la mañana con el dia natural de que es el principio, hacian para los Hebreos el dia artificial... « De la tarde, y de la mañana se hizo el dia primero... »

A esta primera observacion, se debe añadir otra, y es: que no obstante esta manera de contar los dias tan diferente de la nuestra, no dejaban con todo eso los Judíos de caer en nuestro mismo modo de hablar cuando hablaban por la tarde. Porque, por ejemplo, aun cuando lo que nosotros llamamos la tarde del Jueves pertenezca al Viernes, y sea su principio, á las primeras vísperas, no dejaban hablando del Viernes, de decir *mañana*. El motivo es, porque naturalmente contamos la noche por nada y cuando hablamos de un dia en que debemos hacer alguna cosa: de un dia que queramos festejar, entendemos hablar del dia natural, y usual: del tiempo de la luz, sin pensar en la noche, que es el tiempo ordinario del sueño y del reposo. De este modo justamente la noche de la fiesta de Navidad despues de la Misa decimos *mañana*, hablando del dia de Navidad en que ya realmente estamos. Así S. Juan hablando de la Pascua, que el Salvador celebró con sus discípulos el Jueves á las primeras vísperas del Viernes, dijo «*Ante diem festum*: Antes del dia de la fiesta...» Por mas que la fiesta hubiese comenzado. Se podrian traer aquí muchos ejemplos de este modo de hablar, si fuese este su lugar.

Nosotros somos del parecer de los que dicen, que el dia de Pascua: el dia en que el Salvador murió, cayó en Viernes: que el Salvador murió en las segundas vísperas del dia de Pascua; y que instituyó la Eucaristía en las primeras vísperas del dia de Pascua, del Viernes. Esto no impide que debamos, segun nuestra manera de contar, y que un Judío tambien pueda decir, que el Salvador celebró la Pascua el Jueves por la tarde, la vigilia de su muerte: la vigilia del dia de la Pascua.

Por lo demas nosotros proponemos aquí nuestra manera de pensar, sin pretender combatir la sentencia de

los que piensan diversamente. Lo mismo es tambien de la manera en que estamos para ordenar los sucesos de la cena, y explicar ciertos pasos. Nosotros no queremos sostener algun partido; procuraremos solamente presentar el texto sagrado en un modo continuado, y sin confusion para que pueda cada uno meditarlo cómodamente.

MEDITACION CCLXXX.

JESUS LAVA LOS PIES A SUS APOSTOLES.
S. Juan, c. XIII, v. ii, xi.

Consideremos primero, Jesus á los pies de los Apóstoles. Segundo. Jesus á los pies de Pedro. Tercero. Jesus á los pies de Judas.

PUNTO PRIMERO.

Jesus á los pies de los Apóstoles.

Primero. *Quién es el que lava los pies.* — « Hecha la cena... » esto es : Estando ya todo preparado ; Estando ya todo dispuesto en la mesa *. Estando ya cada cosa en su lugar... « Sabiendo Jesus como el Padre habia puesto todas las cosas en sus manos, y que habia salido, de Dios, y á Dios iba, se levantó de la cena á lavar los pies á sus discípulos... » ¿Jesus lava los pies á los otros? ¿ Ha olvidado Jesus en

* La nota al fin de la Meditacion.

este momento, quién es él, y quién son todos los hombres delante de él? ¿Que él es su Juez Soberano, y que todos deben un dia comparecer á sus pies; que desde ahora le ha puesto su Padre debajo de sus pies todos los hombres y todas las criaturas; y que lo ha revestido de un poder soberano, y absoluto sobre toda la naturaleza? ¿Ha olvidado que salió del Padre; que nació de Dios, engendrado de Dios, desde toda la eternidad: igual á Dios mismo, y el mismo Dios como su Padre? ¿Ha olvidado que su santa humanidad, dentro de poco será glorificada, y que el hombre Dios se ha de sentar á la diestra de Dios en los Cielos, en el puesto que es debido al Hijo Unico, eterno, y consustancial de Dios? No sin duda; no lo ha olvidado: lo sabe: no puede olvidarlo, y con todo eso se baja hasta lavar los pies á sus propias criaturas... ¡Ah! No olvidemos nosotros quién es él; adorémoslo en sus abatimientos; la vista de sus humillaciones no borre en nuestro espíritu la idea de sus grandezas; antes la idea de sus grandezas nos haga comprender el Misterio de sus humillaciones. Aun cuando no puede olvidar lo que es, se humilla, y nosotros por no humillarnos, olvidamos lo que somos.

Segundo. *Cómo se dispone á lavar los pies á sus Apóstoles.* — « Se levanta de la cena; y deja sus vestiduras; y tomando una toalla, se la ciñó... » Debieron ciertamente sus discípulos ver estos preparativos con una grande sorpresa. ¿Y cuál debe ser la nuestra reflexionándolo? ¿Qué haceis, o Señor;

en qué estado os poneis Vos? ¿No basta, acaso, haberos despojado de vuestra gloria y de todo el esplendor de la divinidad para conversar entre los hombres; es necesario todavía, que dejeis vuestros vestidos para poneros en estado de servirlos? Y yo no puedo dejar mi fausto, no puedo despojarme de mi orgullo, no me atrevo á comparecer con señales de dependencia, y hasta en mis vestidos procuro alzarme sobre mi condicion... ¿Y qué servicio os disponeis á hacer, o Señor? ¿Qué quiere decir ese lienzo de que os ceñís? ¿Qué quiere decir esa vacía, y ese agua que echais en ella? ¿No teneis Vos discípulos para darles vuestras órdenes? ¿No tienen ellos sumo gusto en ejecutar cuanto les mandais, sin que Vos mismo os incomodeis...? He aquí como habla mi delicadeza y mi vanidad; pero la humildad de Jesus tiene aquí para mí un lenguage muy diferente.

Tercero. *Cómo les lava los pies.* — « Despues echó agua en una vacía, y empezó á lavar los pies de los discípulos y á limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido...» ¡Ah! Señor, ¿dónde me meteré yo cuando os veo á Vos á los pies de vuestros discípulos, hacerles un servicio tan vil, tan humillante, tan despreciable? ¡Vos lavar los pies de los discípulos, y enjugárselos; y yo lamentarme de todo; y aun las mas de las veces lamentarme ya de hacer mucho por los otros; y ya, lo que es mas insufrible, de que los otros no hacen bastante para mí.

PUNTO II.

Jesus á los pies de San Pedro.

Primero. *Primera palabra de S. Pedro: y primera respuesta de Jesus.* — Para dar principio á su funcion... « Vino, pues, á Simon Pedro. Y Pedro le dice: ¿Señor, tú me lavas á mí los pies...?» No hay que aturdirse ni extrañar la exclamacion de S. Pedro cuando vió á su Maestro presentarse para lavarle los pies: jamas se habria él imaginado que cuanto habia visto hacer á su Maestro, debiese venir á parar aquí. De hecho: la cosa es incomprensible... « Respondió Jesus y le dijo, lo que yo hago, tú ahora no lo entiendes, mas lo entenderás despues. » Tú ahora no entiendes, ni el misterio de mis humillaciones, ni el divino manjar que te preparo y á que te dispongo, pero todo esto lo comprenderás un dia. Esta sentencia del Salvador es aplicable á todo. Cuántas cosas no comprendemos nosotros ahora ni de los designios de la Providencia; ni de los misterios del Redentor; ni de la conducta de Dios en orden á los hombres, y en orden á nosotros! Dejémonos, pues, conducir, y gobernar: sujetémonos, creamos, adoremos, esperemos, y vendrá el tiempo, en que comprenderemos.

Segundo. *Segunda palabra de San Pedro, y segunda respuesta de Jesucristo.*— Pedro le dice: «No me lavarás á mí los pies jamas... » En esta expre-

sion de San Pedro, se conoce la vivacidad de su caracter; la grandeza de su fe, y la profundidad de su humildad. Pero despues de lo que Jesucristo le habia dicho, era muy excesiva su resistencia. Es necesario imitar las virtudes, sin dar en los excesos. Juan Bautista no hizo tanta resistencia, cuando rehusó al principio bautizar al Salvador del mundo. Reconozcámonos indignos de llegarnos á Jesucristo, y de recibirlo, pero cuando él mismo lo manda, es ofenderlo el resistirle. La humildad, que rehusa sus favores, cuando él los ofrece, no merece ya este nombre; degenera en orgullo, y presuncion... « Jesus le respondió; sino te lavare no tendrás parte conmigo. .» No serás participante de la gracia, que te destino. La amenaza era terrible, pero no se requeria menos, para vencer la oposicion del humilde, y fervoroso discípulo: ¡ser separado de Jesucristo; no hacer la Pascua con él; no ser mas su compañero; no tener ya parte en su Reino! Este pensamiento hace estremecerse ¿y quién no cederia...? Vosotros que con una vida exenta de pecado, estais dispuestos para la comunion; pero que por una falsa humildad os alejais de ella, meditad bien estas palabras y considerad, cuán terribles son. Pero ¡ o y cuánto mas lo son para vosotros, que os alejais de la Santa Mesa solo por abandonaros mas libremente á vuestras pasiones, á vuestros hábitos, y á vuestros desórdenes! ¡ Ah! Seamos quien fuésemos, recurramos á nuestro Salvador, que se ofrece á lavar nuestros pecados

con su Sangre. No, Señor, no hay otro, que Vos, que pueda purgar, mi alma, y hacerme digno de Vos. Lavadme, o Señor, de mi iniquidad; y lavadme siempre mas.

Tercero. *Tercera palabra de San Pedro, y tercera respuesta de Jesucristo.*—«Simon Pedro le dijo: Señor, no solamente mis pies, sino tambien las manos, y la cabeza...» Nosotros hallamos aquí la docilidad del discípulo, y el caracter siempre amable de San Pedro, lleno de ardor, y de afecto para con su Maestro. Parece, que San Juan su amigo, y su compañero inseparable, se deleite aquí en pintárnoslo. La humildad sincera, aun cuando va á cualquiera exceso, no es obstinada; tiene sus límites, y finalmente sabe ceder, San Pedro, con ceder, parece dé aun en otro exceso, que corrigió el Salvador diciendo: «El que ha sido lavado, no tiene necesidad de lavarse, sino los pies, pues está enteramente limpio. ¿Y vosotros estais limpios..?» El que sale del baño, tiene solo necesidad de esta precaucion, para limpiar el polvo que ha cogido caminando: por lo demas, él está enteramente limpio: Así, el que ha sido lavado en las aguas del bautismo; ó ha lavado en las aguas de la penitencia, las culpas cometidas, despues de su bautismo, está puro; y cuando se dispone, para llegarse á la Santa Mesa, tiene necesidad solo de lavarse los pies; esto es: de borrar los pecados veniales, de limpiar aquellas manchas del alma, que la fragilidad humana no nos permite evitar enteramente. Esto es lo que debe hacer, ó

por medio de la contricion; ó con reconciliarse con un Sacerdote. Diciendo el Salvador, que aquel tiene solo necesidad de esto; debiera bastar para sosegar aquellas almas escrupulosas, que querrian siempre lavarse las manos, y la cabeza, volver siempre sobre sus antiguas confesiones: comenzar de nuevo, y hacer confesiones generales; de las cuales no estarian despues mas contentas, que de las que han hecho ya. Estas personas deben imitar la docilidad de San Pedro, confiar en la misericordia de Dios, y reposar tranquilamente sobre los consejos de un prudente director.

PUNTO III.

Jesus á los pies de Judas.

«Y vosotros estais limpios; pero no todos. Porque sabia quien era el que lo habia de entregar, por esto dijo: no estais limpios todos... Despues de la especie de disputa, que hubo entre San Pedro, y Jesucristo, los otros Apóstoles ya no hicieron resistencia. Vieron con admiracion la humildad de su Maestro, y sufrieron con confusion el servicio, que les quiso hacer. Pero Judas ve á sus pies á Jesus, sin experimentar algun interno sentimiento.

Primero. *Del estado en que veia á Jesus.*—Aquel Jesus, poderoso en obras que él habia visto dar la vista á los ciegos y la vida á los muertos, lo ve postrado á sus pies, y enjugárselos; y ni un punto se

ablanda su corazon. Tanto amor, tanta dulzura, tanta humildad, nada lo mueve. ¿Hubo jamas un corazon mas bárbaro, mas feroz, mas endurecido? ¿Y yo, en qué estado veo á Jesus reducido por mi amor en el Sacramento del Altar? Lo veo despojado del esplendor de su Divinidad, y aun de la misma forma de su Humanidad, esconderse bajo las apariencias de pan y de vino, para servirme de alimento; ponerse en estado de muerte para ofrecer de nuevo su vida por mi salvacion. Tantos otros lo contemplan en este estado trasportados de amor; lo adoran en un profundo recogimiento, y tocados de sus bondades derraman lágrimas de ternura, y de devocion; y yo lo tengo entre mis manos, lo veo con los ojos de la fe, lo recibo, lo poseo dentro de mí, y mi corazon no se conmueve. ¡O dureza de mi corazon, cuánto me desagradas! ¿Subsistirás tú siempre, ó podrá triunfar de tí alguna vez, el amor de tu Salvador?

Segundo. *Del estado en que él sabe que Jesus lo ve.*—No solo no se movió á dolor Judas al ver á su Maestro á sus pies, sino que queda resuelto á perderlo y entregarlo en manos de sus enemigos, y no obstante todo lo que ve persiste en su inicua resolucion... Judas; no te ha espantado hasta ahora tu delito, mientras lo creias oculto; pero ahora ya está descubierto: tú estás ya conocido; no lo puedes negar, ni puedes dudar. ¿No has entendido aquellas palabras... «vosotros estais limpios; pero no todos?» Averguénzate á lo menos; entra dentro de tí mismo;

échate á los pies del que tienes á los tuyos; abandona tu proyecto que él conoce, y pídele perdon de él: pero no, nada compunge aquel corazon endurecido, ni ve, ni oye: y lo que ve y lo que oye solo sirve para endurecerlo siempre mas. ¡Ay de mí Señor! ¿Quién es aquel que esté limpio y puro delante Vos? Pero Vos lo sabeis; yo detesto todos mis pecados, en cuanto los he conocido, los he confesado todos, lo demas está en las manos de vuestra misericordia; y con esta confianza, por obedecer á vuestra palabra, me atrevo á llegarme á Vos.

Tercero. *De las consecuencias de un tal contraste.*—Jesus á los pies de Judas y Judas determinado á entregar á Jesus! ¿Y cúal puede ser la consecuencia de tanto amor de una parte, y de tanta obstinacion de la otra? ¿No sabrá vengarse el amor ultrajado? Pero Judas nada teme, nada preve, corre á su perdicion, está todo fijo en su horrible proyecto... Así tambien un pecador ciego y temerario, que con una conciencia manchada de pecado mortal, se atreve á llegarse á la Santa Mesa, no se atemoriza, ni del enorme delito, que comete, ni del terrible castigo, á que se expone.

Peticion y Coloquio.

¡Ah! Lejos de mí, o Señor, un semejante atentado; y para hacerme digno de vuestro adorable Sacramento, lavadme Vos mismo, o Dios mio, y purificadme siempre mas de las manchas, aun las mas ligeras. Amen.

EXPLICACION

SOBRE AQUELLA EXPRESION DE SAN JUAN, COENA FACTA.

Algunos intérpretes entienden estas palabras *del fin de la cena*; pero esta interpretacion invierte la narracion de San Juan: desconcierta tambien la de los otros Evangelistas, y contradice al uso de los Judíos, que era de lavarse los pies, no despues, sino antes de comer... ¿Por qué meterse en este embarazo mientras que á ello no nos obliga la expresion? ¿Una cena hecha no es por ventura una cena preparada, una cena puesta ya sobre la mesa? Explicando de este modo estas palabras, todo queda enlazado, todo se concuerda, y todo queda puesto en un orden natural. No es necesaria otra razon para seguir esta interpretacion. Con todo eso, nosotros la apoyamos á otra expresion del todo semejante, que se halla en el cap. II de Tobías, vers. 1, v. *Cum factum esset prandium*. Ahora; este paso no se puede explicar con decir, acabada la comida, *despues de comer*; porque está escrito que Tobías se levantó de la mesa en ayunas. Se trata, pues, en el libro de Tobías de una comida preparada; de una comida puesta ya en la mesa, *factum prandium*: ¿y por qué, pues, *facta cœna* en San Juan no significará la misma cosa?

Pero se opondrá á esto, que está escrito que el Salvador se levantó de la mesa. Yo respondo, que tambien está escrito que Tobías se levantó de la mesa. ¿Quién

nos ha dicho que no fuese costumbre entonces ponerse á la mesa antes que en ella se pusiesen manjares? ¿No es este aun el uso en las comunidades? ¿Y aun entre nosotros, en nuestras familias, no sucede lo mismo algunas veces? Con que el Salvador se halló en el Cenáculo con sus Apóstoles á la hora de la cena, cada uno tomó su puesto sobre los canapes ó lechos preparados; se prepararon los manjares, y cuando la cena estuvo ya dispuesta y preparada en la mesa, se cerró la puerta del Cenáculo, y solo quedó en él el Maestro, y sus discípulos; el Salvador se levantó de la mesa, etc.

Aquí como en otras ocasiones, no pretendemos condenar la interpretacion contraria; pero no podemos dejar de reflexionar que en estos pasos, que admiten diferentes explicaciones, un traductor exacto no deberia tomar algun partido, ni determinar un sentido que el texto no determina. Por ejemplo aquí ¿por qué no traducir, *cœna facta... hecha la cena?* Porque traducir el uno... *despues de la cena*; el otro, *mientras cenaban*, vendrá un tercero que dirá *antes de la cena*. Esto no es ya traducir, sino dar su particular interpretacion en vez de dar el texto mismo.

MEDITACION CCLXXXI.

DISCURSO DE JESUCRISTO A SUS DISCIPULOS DESPUES DE HABERLES LAVADO LOS PIES.

S. Juan, c. XIII, v. xii, xx.

DE LA IMITACION DE CRISTO.

Primero. De la obligacion de imitar á Jesucristo. Segundo. De los motivos de cumplir esta obligacion. Tercero. Del escándalo de la traicion de Judas.

PUNTO PRIMERO.

De la obligacion de imitar á Jesucristo.

Primero. *Nosotros sabemos lo que Jesucristo ha hecho.* — « Y despues de haberles lavado los pies (á los discípulos) y de haber tomado sus vestidos, volviéndose otra vez á la mesa, les dijo: ¿entendeis lo que he hecho con vosotros?....» ¿Comprendeis el misterio? ¿Penetrais el designio? En cuanto á nosotros, podemos responder, que no lo ignoramos.

Nosotros no pecamos por ignorancia; y si lo ignoráscmos, nuestra ignorancia seria culpable, porque de nosotros solo depende el ser instruidos, y el saberlo. Pero nosotros sabemos; no ignoramos lo que Jesucristo ha hecho por nosotros; mil veces nos lo han enseñado; desde nuestra infancia se nos han dado estas instrucciones, é incesantemente se nos han repetido desde que vivimos. Este es para nosotros propiamente un gran motivo de reconocimiento. ¡Cuántos otros no han tenido esta ventaja!... Este tambien es un motivo para trabajar en la instruccion de los otros, enseñarles lo que Jesucristo ha hecho por nosotros; y darles lo que otros han dado... Y finalmente este es un motivo de confusion; porque habiendo estado tan bien instruidos, hemos sido tan poco fieles, y porque en nosotros se halla tanto conocimiento, y tan poca práctica.

Segundo. *Nosotros decimos lo que Jesucristo ha hecho.* — « Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy...» Jesus es el Maestro para enseñar, y el Señor para mandar. Es el Maestro, es el Señor; bien que haya dejado la habitacion de la tierra, y haya desaparecido de nuestra vista. Es el Maestro, es el Señor en el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre; bien que su persona esté allí escondida é invisible. Y es el Maestro y el Señor de aquellos mismos que no lo quieren reconocer, que lo desechan, que lo blasfeman. ¿No somos nosotros de este número, o Divino Jesus? ¡Ah! Nosotros os reconocemos por nuestro Maestro, y

por Nuestro Señor. Nosotros somos vuestros discípulos, nosotros somos vuestros súbditos. A nosotros toca seguir vuestra doctrina, y ejecutar vuestros mandamientos: enseñadnos los misterios, aun los mas incomprensibles; nosotros los creeremos: proponednos las máximas aun las mas opuestas á los sentidos, nosotros las seguiremos, nosotros os obedeceremos. A esto estamos obligados sin duda; y si os faltásemos, mereceriamos vuestra indignacion y vuestro castigo. Pero esto no es lo que aquí nos mandais; Vos nos mandais solamente que os imitemos.

Tercero. *Debemos, pues, imitar á Jesus.* — « Si yo, pues, el Señor y Maestro, he lavado á vosotros los pies, debeis tambien vosotros lavaros los pies unos á otros.... » Decimos discípulos de Jesucristo, y no seguir su doctrina; declararnos criados de Jesucristo, reconocernos por sus esclavos; rescatados con su Sangre, por sus súbditos, por sus criaturas, y no obedecer despues á su ley, es una cosa indigna é inexcusable; pero no querer hacer despues lo que él ha hecho, no querer hacer á los otros, nuestros iguales, lo que él ha hecho á nosotros mismos, sus siervos, ¡ah! esto mueve á indignacion, y es insoportable. Y con todo eso, si yo bien me examino; esto es justamente de lo que me hago culpable cada dia... Lavar los pies á los otros es el símbolo de la humildad y de la caridad. Cada vez, pues, que se presenta la ocasion de mostrar á los otros mi sumision; de cederles, de humillarme

delante de ellos, cada vez que se presenta la ocasion de servirlos, de ayudarles, de hacerles algun buen oficio, por vil y bajo que pueda ser, es para mí la ocasion de lavarles los pies; entonces debo llamar á mi mente, que mi Señor y mi Maestro ha lavado los pies á sus siervos; y que si rehuso hacer lo que él ha hecho, soy un cobarde, un indigno, un miserable, que merezco solamente su cólera y sus castigos. Humildad y caridad. ¡O virtudes tan bien practicadas, y tan recomendadas por el Divino Maestro! ¡O cuán poco conocidas sois de los discípulos! Pero el Maestro sabrá un dia tomar venganza del desprecio que habrán hecho de vosotras los siervos indignos.

PUNTO II.

De los motivos de cumplir esta obligacion.

Primero. *La intencion del Maestro.* — « Porque os he dado el ejemplo; para que como yo lo he hecho, lo hagais tambien vosotros...» Jesucristo lo ha hecho todo por nosotros. Su vida, sus virtudes, sus trabajos, sus humillaciones; sus sufrimientos, su muerte, y todos sus misterios son para nosotros. No podemos nosotros jamas alabarlo bastantemente ni agradecérselo, ni jamas podemos bastantemente, admirar su bondad infinita. Pero su intencion no es ya de que nuestra admiracion sea esteril, quiere, que segun nuestro estado lo imitemos. La Santa

Iglesia ha conservado, y renueva todos los años la santa práctica de lavar los pies, pero el ejemplo de Jesucristo, y la imitacion que le debemos se extienden á todo. Cualquiera cosa, pues, que nosotros hagamos, ó suframos; cualquiera ocasion que se presente de practicar la paciencia, la dulzura, la caridad, la mortificacion, la humildad, la abnegacion, pensemos, que Jesucristo nos ha dado de todo el ejemplo, y que nos lo ha dado para que lo sigamos. Tengamos este divino modelo continuamente delante de los ojos. ¡De qué modo oraba Jesus! ¿Cómo conversaba! ¿Cómo sufria, y perdonaba? Y así en todos los lances, en que nos hallemos, apliquémonos á imitarlo, y á copiar en nosotros, en cuanto nos será posible, su santa vida. Esta es su intencion.

Segundo. *La calidad de siervo, y de discípulo.*— «En verdad, en verdad os digo, el siervo no es mayor que su Señor, ni el embajador mayor que el que lo ha enviado...» Sea el que fuese el puesto que vosotros ocupeis en el mundo, vosotros sois siervos de Dios, y Jesucristo es vuestro Señor. De cualquiera dignidad que esteis revestidos en la Iglesia, vosotros sois embajadores de Jesucristo; y es Jesucristo el que os ha enviado. Jesucristo es vuestro superior. ¿Cómo, pues, rehusareis hacer lo que él ha hecho; de humillaros como él; y de practicar las virtudes que él ha practicado? Nosotros estamos obligados á imitar á nuestro Maestro. Y cuanto mas elevada está una persona, tanto mas mira á

ella esta obligacion: porque fuera de deber imitar el ejemplo de Jesucristo, debe tambien como Jesucristo, dar ejemplo á los otros; perpetuando y reproduciendo á los ojos de los fieles el ejemplo de Jesucristo.

Tercero. *A esto está aneja la recompensa.* — « Si comprendeis estas cosas sereis bienaventurados, cuando las pongais en práctica...» Una bienaventuranza eterna es la recompensa prometida á los fieles imitadores de Jesucristo. ¿A este precio hay alguna cosa que nos pueda parecer difícil? ¡Ah! Si nosotros supiésemos las dulzuras escondidas que gusta aun aquí en la tierra, un alma que se aplica á imitar á Jesucristo; que estudia su vida, y que se esfuerza á copiarla en sí; que con él se humilla; que sufre con él; que con él se mortifica, que ejercita la caridad con él; que tiene siempre los ojos abiertos sobre este divino modelo; que jamas se aleja de él; y trabaja cada dia por acercársele siempre mas, y por imitarlo mas perfectamente! ¡O qué bella vida! ¡Qué feliz y qué dichosa! ¡O y qué internas consolaciones! ¡Qué tesoros de gracias! ¡Qué perfectas alegrías! ¡Qué celestiales delicias esconde aquel exterior humilde, modesto, laborioso y paciente, que son una prenda de la gloria y de la bienaventuranza eterna! ¡Ay de mí! ¿Seré yo insensible á todo? ¿Nada me podrá empeñar á caminar detras de mi Maestro? Pero si la gloria, si el amor, y la obligacion; si la recompensa no me mueven, atemoríceme á lo menos el castigo, y es-

timúleme la vergüenza. El que imitará á Jesucristo será bienaventurado: ¿pero el que rehuse imitarlo, podrá evitar el ser eternamente infeliz? ¿No lo es ya acaso, aun en este mundo? ¿Porque, qué vida es la que se vive fuera de Jesucristo? Una vida de remordimientos, de agitaciones, de disipacion, de indevocion, de afanes, y de continuas inquietudes.

PUNTO III.

Del escándalo de la traicion de Judas.

Primero. *Este escándalo está predicho.* — «No hablo de todos vosotros; conozco los que he escogido: mas para que se cumpla la Escritura *, el que come el pan conmigo levantará su calcañal contra mí...» Jesucristo dijo á sus Apóstoles que serian bienaventurados si practicasen lo que les enseñaba: aquí nos declara que no propone á todos esta felicidad, porque sabe que uno entre ellos ha tomado ya su partido, y se ha echado fuera para siempre de la condicion que se requiere para obtener esta felicidad... Jesus conoce íntimamente en lo presente y en lo venidero todos aquellos que ha escogido; aquellos que ha llamado al Apostolado, al Cristianismo, al estado Eclesiástico, al estado Religioso, á la vida comun, á la vida perfecta. Conoce los que han seguido su vocacion; que han entrado en el estado

* Psalm., XL. v. x.

á que los ha llamado. Conoce los que en él cumplirán sus obligaciones; y los que le harán traicion; los que se salvarán, y los que se condenarán. ¡Ah! ¡Cuánto debe cada uno temer, orar, y velar! ¡Un Apostol escogido por Jesucristo, sublevarse contra su Maestro, venderlo, entregarlo! ¡Qué escándalo! Pero no nos cause esto maravilla. Este escándalo ha sido profetizado: ha sucedido, y se renovará continuamente hasta el fin de los siglos. Se han visto y se verán en los puestos mas eminentes, en los estados mas perfectos imitadores de Judas, que darán caidas indecorosas, que se sublevarán contra Jesucristo, contra su Vicario sobre la tierra, contra su Iglesia; que se pondrán al frente de sus enemigos, y de sus perseguidores. Esto está predicho, y esto sucederá: guardémonos solamente de dar nosotros este escándalo; conservémonos en humildad, en obediencia, y en la sumision que el Divino Maestro nos ha recomendado tanto.

Segundo. *La prediccion de este escándalo sirve de prueba.* — « Desde ahora os lo digo antes que suceda; para que cuando suceda creais que yo soy... » ¿La traicion de Judas: la relacion menuda de los sufrimientos de Jesucristo: las circunstancias de su muerte predichas por los Profetas, predichas por él mismo, pueden, por ventura, escandalizarnos, hacernos vacilar, hacernos dudar? ¿No son ellas, al contrario una prueba evidente, y demostrativa de la divinidad de Jesucristo? ¿Quién otro sino Dios,

puede de esta manera enlazar los acontecimientos, dar el conocimiento de ellos; hacerlos anunciar á los hombres, y hacerlos apuntar en los libros que vienen á ser el Archivo del Universo? Y el que aplica á sí mismo estas Profecías, que hace ver su cumplimiento en su persona, y que anuncia anticipadamente que todas se cumplirán en él y en qué modo ¿quién puede ser sino el que él mismo dice que es, el enviado de Dios; el Hijo de Dios; el Verbo de Dios; el Salvador, y el Juez Soberano de los hombres? ¡O y cuán bella es nuestra fe; cuán sólida es, y cuán divina! Hablad, impíos de todos los siglos; acercad vuestros sistemas absurdos, y fabulosos á este plan augusto de Religion, y avergonzaos de vuestras quimeras, tributando homenage á la divinidad. No nos opongais ya los errores de las naciones; las sectas de los Cristianos: los escándalos de la Iglesia, el pequeño número de los que viven segun el Evangelio; todo esto está predicho; y prueba siempre mas que la fe de la Iglesia es divina, é inconcusa.

Tercero. *El escándalo predicho y sucedido debe hacernos vivir circunspectos.*—«En verdad en verdad os digo, el que recibe al que yo enviare, me recibe á mí: y el que me recibe á mí, recibe al que me ha enviado..» ¿Con qué obsequio, pues, con qué caridad, con qué diligencia debemos recibir á cualquiera discípulo de Jesucristo, que trae de él su mision, y de su Iglesia; que trabaja por la salud de las almas; por la conservacion, y propagacion de la

fe? Recibirlo, es recibir á Jesucristo, y recibir á Dios mismo; pero desecharlo, y insultarlo, es declararse contra Jesucristo, y contra el que lo ha enviado.

Peticion y Coloquio.

Bien veo, o Salvador mio, que despues de haber encomendado la humildad á los Apóstoles, los poneis aquí en todos vuestros derechos, y quereis, que á Vos solo se mire en sus personas. Los defectos, pues, de nuestros Ministros, de vuestros embajadores, no me impedirán el honrarlos, porque de otro modo negaria á Vos mismo mis respetos. Mi fe no se conmoverá con los escándalos que suceden; porque Vos lo habeis predicho, y esta prediccion es una prueba de vuestra divinidad, y de mi Religion. Hacedles, o Dios mio, servir solamente á vuestra gloria, y á las ventajas de vuestros escogidos. Amen.

MEDITACION CCLXXXII.

JESUS HACE LA CENA PASCUAL CON SUS APOSTOLES, Y LES DECLARA QUE UNO DE ELLOS LO ENTREGARA.

S. Luc., c. XXII, v. XVII, XVIII.—S. Marc., c. XIV, v. XVIII, XXI.—S. Mat., c. XXVI, v. XXI, XXV.

Primero. Jesus comienza la Cena Pascual. Segundo. Jesus declara que uno de los Apóstoles debe entregarlo. Tercero. Jesus responde á Judas que él es el que lo entregará.

PUNTO PRIMERO.

Jesus comienza la Cena Pascual.

Primero. *Santificándola con la Oracion.* —«Y tomando el Caliz dió gracias...» La Oracion antes de comer se llamaba accion de gracias; se hacia estando ya la comida presente * para dar gracias á Dios que la suministra para nuestras necesidades :

* S. Juan, c. VI, v. XI.

iba acompañada de bendiciones para implorar el socorro y la proteccion de Dios, y para que la comida que se tomaba fuese util á la refeccion, y no causase daño... La Oracion despues de haber comido se llamaba Himno ó alabanza *. No faltemos, pues, á estas obligaciones de Religion : cumplámoslas sin temor, y con el mismo espíritu con que Jesucristo las cumplió para darnos el ejemplo.

Segundo. *Conformándose al uso.* — Era práctica general, que en la Cena Pascual, el padre ó cabeza de la familia comenzaba por bendecir una taza llena de vino, y despues de haber bebido de él, la presentaba á los otros, los cuales bebian todos segun su orden. Por esto el Salvador conformándose á esta costumbre, dió el Caliz á los Apóstoles, y dijo : « tomad, y distribuidlo entre vosotros.. » En las cosas establecidas en que no habia mal alguno, seguia el Salvador el uso, y evitaba la singularidad; nosotros debemos tambien hacer lo mismo. La verdadera piedad obra con simplicidad, y nada tiene de afectacion... Pero despues de este primer Caliz, debia haber un otro al fin de la Cena, que contenia el último regalo, y el don mas grande que el Hombre Dios podia hacer á sus discípulos al despedirse y partirse de ellos, y que queria dejar á su Iglesia en testimonio de su amor.

Tercero. *Anunciando la próxima venida del Reino de Dios.* — «Porque os digo que yo no beberé

* S. Mat., c. XXVI, v. XXX.—S. Marc., c. XIV, v. XXVI.

del fruto de la vid, hasta tanto que venga el Reino de Dios..» Jesus les habia dicho, que no haria ya mas la Pascua, hasta que hubiese llegado el Reino de Dios, dando con esto un término, á lo menos de un año; pero aquí da un término mucho mas breve, y que segun podian entender los Apóstoles, seria solo de algunos dias... Era de hecho este el término prescripto. El Reino de Dios, de que aquí habla Jesucristo, y cuyo tiempo estaban tan curiosos de saber los Apóstoles, es la redencion de los hombres, obrada con su Muerte, y plenamente perfeccionada con su Resurreccion. Jesus resucitado entraba en la plena posesion de su Reino, habiendo cumplido todo lo que su Padre le habia prescripto para adquirirlo; y en este estado nuevo no se desdeña Jesucristo de comer aun, y de beber con sus Apóstoles *. Podemos imaginarnos con qué júbilo recibieron los Apóstoles este anuncio, viéndose ya casi vecinos al grande objeto de su esperanza. Pero no conocian ellos la naturaleza de este Reino. Ignoraban por qué medios debia establecerse. No sabian lo que en pocos dias debia suceder, ni la escena sangrienta, de que dentro de poco debian ser testigos... ¡O Divino Jesus, con qué bondad anunciais á vuestros discípulos el establecimiento de vuestro Reino! ¡Con qué sabiduría les descubrís poco á poco los acontecimientos! ¡Con qué tranquilidad hablais de lo que no puede ejecutarse

* Actor., c. I. v. IV, et c. X, v. XLI.

sino con el derramamiento de toda vuestra Sangre! ¡Con qué amor os ofreceis á los tormentos y á la muerte!

PUNTO II.

Jesus declara que uno de sus Apóstoles lo debe entregar.

Primero. *La tristeza de los Apóstoles.* — Tristeza llena de amor de su Maestro. « Y mientras estaban en la mesa y comian, dijo Jesus. En verdad os digo que uno de vosotros, el que come conmigo, me entregará. Y ellos comenzaron á entristecerse... » Habia ya hablado Jesus de esta traicion antes y despues del lavatorio de los pies, pero en una manera general y oscura, que no puso en cuidado ni en temor á los Apóstoles fieles, y que pudo hacer esperar al pérfido Apostol que esta prediccion fuese una vana sospecha producida por temor. Era de suma importancia á la gloria de Jesucristo y á la edificacion de su Iglesia, que no pareciese que él hubiese hablado de este atentado, sin tener de él alguna ciencia cierta y un conocimiento circunstanciado. — Continuaban los Apóstoles á comer con alegría, y llenos de las mas grandes esperanzas, cuando hácia el fin les aseguró Jesus que uno de ellos lo entregaria, y lo daria en manos de sus enemigos. A estas palabras la consternacion fue general, y la tristeza se extendió en todos sus corazones.

—¡Su Maestro entregado, dado á sus enemigos! ¡y esto por uno de sus discípulos, por uno de ellos! Este pensamiento los llenó de horror: tambien ahora llena él mismo de amargura los corazones de los hombres apostólicos y de las almas fieles, cuando en los dias de mayor solemnidad y devocion consideran que Jesus será entregado, y acaso recibido indignamente por muchos. Pero el Señor lo permite: se ha expuesto allí por nuestro amor, y esto debe tambien acrecentar nuestro reconocimiento y redoblar nuestro fervor. Lo que Jesucristo ha permitido que sucediese en la institucion de la Eucaristía, es una instruccion en orden á lo que debia suceder en el discurso del tiempo, en orden á los demas misterios. Toca á los fieles imitar á los Apóstoles; toca á los pecadores temer y evitar la suerte de Judas.

Segundo. *La inquietud de los Apóstoles.* — Inquietud llena de desconfianza de sí mismos. « Y ellos grandemente afligidos comenzaron á decir uno á uno: Soy acaso yo, o Señor... » Entretanto el traidor nada se manifestaba: usaba una disimulacion igual á su malicia. Copiaba en sí lo que los otros hacian, y comparecia tocado de los mismos sentimientos de piedad y de amor. Entonces cada uno de los otros Apóstoles, bien que no se sintiese culpable de cosa alguna, comenzó á desconfiar de sí mismo, á temer para sí mismo y á preguntar al Maestro: *¿Soy yo, o Señor?* ¡Ay de mí, o Dios mio! ¡en qué perplejidad dejais Vos á vuestros amigos!

Vos conoceis todos los corazones, Vos sabeis quiénes son los que estan en gracia vuestra, y arden de amor por Vos, en el acercarse á Vos, y los que á Vos se acercan de enemigos, culpados de pecado mortal, y Vos guardais un profundo silencio! Si no quereis descubrir los culpados, consolad á lo menos los inocentes, y aseguradles que pueden acercarse, y que Vos sois contento de la disposicion de su corazon. No: Jesus no se declara. Quiere que nosotros nos aseguremos por el testimonio de nuestra conciencia: toca á nosotros de examinarla bien. Quiere que, despues de esto, tengamos confianza en él, y que un temor saludable nos haga siempre desconfiar de nosotros mismos. Estos sentimientos, lejos de apartarnos de la Sagrada Mesa, son la preparacion esencial que quiere él que llevemos. Sabe muy bien, cuando le agrada, consolarnos, y hacernos gustar la dulzura de su amor, pero no con una entera seguridad, no siendo esta conveniente al estado de la vida presente, y pudiendo ser perjudicial á la humildad.

Tercero. *La respuesta de Jesus á los Apóstoles.*— Respuesta llena de sabiduría, de celo y de discrecion. — Primero. *Rehusa dar á conocer el traidor.* «Y les dijo: Uno de los doce, el que mete la mano en el plato conmigo, este me entregará... » Jesus no dió respuesta á la pregunta de los Apóstoles fieles; habria descubierto al pérfido; se contentó con asegurar de nuevo que aquel que debia entregarlo, comia con él actualmente en el mismo plato, á su

misma mesa, de sus mismos manjares ; en una palabra, que era uno de los doce que cenaban con él. — Segundo. *Anuncia su muerte.* « Y el Hijo del Hombre va en verdad conforme está escrito de él. » Jesus anuncia su muerte siempre con la misma tranquilidad, y como un simple viage, siempre con la misma autoridad, como una cosa predicha por las Escrituras, y siempre con la misma obediencia, como la ejecucion de las órdenes de su Padre, señaladas en los santos libros. De esta misma manera debemos nosotros mirar y aceptar nuestra muerte, para hacerla semejante á la de Jesucristo. — Tercero. *Amenaza al culpado.* «Pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre será entregado! era bien para él, que no hubiese jamas nacido aquel hombre... »¡Quien no temblará á una tal amenaza! ¡Qué pecador será tan temerario y tan enemigo de sí mismo , que cometa un atentado contra la persona de Jesucristo, que se atreva á recibirlo en estado de pecado mortal, con riesgo de endurecer su corazon irremisiblemente, de morir desesperado y de ser eternamente reprobado! ¡Ah! el que imita la traicion, debe temer la suerte de Judas.

PUNTO III.

Jesus responde á Judas, que es él el que lo entregará.

« Y respondiendo Judas, que lo entregó, dijo: ¿Soy acaso yo, Maestro? Y le dijo: Tú lo has dicho. » —Primero. *¿Qué es lo que indujo á Judas á hacer la misma pregunta que los otros?* Hasta ahora nada habia dicho, nada habia en él que revelase y manifestase la monstruosidad de su alma. ¿Por qué pues habla él aquí, como los otros, y pregunta el último de todos á Jesus: ¿Soy por ventura yo? — ¿Qué cosa lo empeña á este paso? ¿Es acaso la terrible amenaza que Jesucristo acababa de hacer ahora? No: esta especie de pecadores no se aturde, ni teme lo por venir. ¿Es por ventura la respuesta que Jesucristo dió á los Apóstoles, cuando dijo: « Uno que mete la mano en el plato conmigo, este me entregará...? » Estas palabras, que podian ser tomadas en un sentido general, fueron acaso dichas en tal circunstancia, que hiciese temer á Judas que caia sobre él la sospecha? Podria ser esto, porque los pecadores que no temen á Dios, temen infinitamente á los hombres, y por esta parte la mínima cosa los asusta. ¿Es acaso la prudencia de Jesus que aun cuando fue preguntado, á ninguno manifestó? Tambien podria ser esto, porque los pecadores jamas son mas atrevidos que cuando creen que pueden fiarse de la caridad de aquellos que los conocen.

Acaso, quiso hacer lo que los otros simplemente, para no distinguirse con el silencio. Acaso, quiso tentar al Señor, y asegurarse de él mismo, si era ó no era conocido. Se hallan pecadores tan ciegos, que no obstante los remordimientos de su conciencia, que no quieren escuchar, se atreven á presentarse al Señor, y preguntarle sobre su estado, para tranquilizarse con esta falsa imitacion de los justos, y se llegan de este modo á los terribles misterios.

Segundo. *¿Qué cosa empeña á Jesus á responderle?*—Nada habia respondido Jesus á los otros Apóstoles, que le habian preguntado; pero respondió claramente á Judas... «Tú lo has dicho... Esto es, tú no lo ignoras, y yo conozco todos tus pensamientos, y sé todos tus pasos... Jesus responde así á Judas.—Primero. *Para quitarle todo pretexto*, para hacerlo entrar en sí mismo, y hacerle conocer, quién era el que queria él entregar.—Segundo. *Respondió á Judas, y no á los otros*, porque no habria podido responder á todos los otros, sin dar á conocer al culpado, y preguntándole Judas solo, y á parte, pudo responderle de modo que los otros no supiesen lo que le habia respondido. ¡Qué bondad! ¡Qué condescendencia!... *Jesus quiso tambien darnos en esto una imagen de lo que con el tiempo debia suceder en el llegarse á la Sagrada Mesa.* Jesus no les asegura á los justos, que estan en su gracia; pero le dice al pecador: tú eres, el que me entregas; reina en tu corazon el pecado mortal, tú te presentas para hacer una comunion sacrílega, y para esta te has dis-

puesto, con una sacrílega confesion; tú lo sabes; no puedes negarlo á tí mismo... «*Tú lo has dicho...*» ¡Tiemble, y retírese el pecador que oye esta tan terrible palabra! Pero el justo, á quien nada de esto dice la conciencia, conténgase en los límites de un religioso temor, de una profunda humildad, sin que este sentimiento destruya en él la confianza y el amor, ni llegue á apartarlo de este celestial alimento, en que debe encontrar la fuerza y la vida. Ninguno sabe, si es digno de amor, ó de odio *. Esta incertidumbre se nos ha dejado, para que produzca en nosotros tres buenos efectos. Primero. Para tenernos en humildad. Segundo. Para hacernos ejercitar la confianza en Dios. Tercero. Para hacernos purgar la tranquilidad, con que hemos vivido en el pecado, cuando estábamos bien ciertos de estar en él.

Tercero. ¿*Qué cosa es la que aquí detiene aun á Judas, despues de una tal respuesta?*—Judas, tú ya estás conocido; ya no lo puedes dudar. ¿Qué audacia es la tuya, tener aun valor para detenerte aquí? Sal, retírate, ves á llorar tu atentado, aun tienes tiempo; ó si tú perseveras en tu horrible designio, sal, á lo menos, para cumplirlo, no deshonres mas tiempo la compañía de los justos, entre quienes te hallas. El lugar, donde estás, es un lugar santo; deja de mancharlo con tu presencia. Aquí, dentro de poco, se han de obrar y distribuir los divinos

* Eccles., c. IX, v. XX.

misterios: no te se negarán: serán distribuidos tanto á tí, como á los otros, y tu los recibirás; pero recibiéndolos, comerás y beberás tu juicio *, estamparás, por decirlo así, la sentencia de tu reprobacion hasta en el fondo de tus entrañas. Evita este horror, y no te hagas culpado de una tan indigna profanacion. Pero Judas, sordo, é insensible á todo, está resuelto á mantenerse firme hasta el fin, y llevar la obstinacion, y la audacia hasta el último exceso. ¿Entre tanto no debia él experimentar internamente fieros remordimientos? ¿Pues, qué cosa es la que aquí lo detiene? ¡Ah! Lo detiene aquí, lo que detiene cada dia los pecadores en la Sagrada Mesa, y lo que los empeña á hacer comuniones sacrílegas... Judas se detiene aquí. Primero. Porque era conocido solamente de Jesucristo, y los pecadores cuentan esta por nada. Segundo. Porque estaba seguro, que Jesucristo no lo manifestaria á los otros. Si algun prodigio visible debiese manifestar los pecadores sacrílegos al pie del tabernáculo, se guardarian de cierto de acercarse á él, y ninguno seguramente se atreveria á presentarse delante del Altar, sino despues de haberse probado bien á sí mismo **: pero porque nada de esto se teme, se van sin precaucion, y sin temor. Tercero. Porque con retirarse, temia dar á conocer, que era él el culpado. Su designio, para esconder su perfi-

* 1. Ad Cor., c. XI, v. XXIX.

** 1. Ad Cor., c. XI, v. XXVIII.

dia, era de no retirarse, sino con los otros, y de lograr el tiempo, en que ya se hubiesen todos retirado, para ejecutar su horrible traicion. Algunos no se atreven á dispensarse de hacer la Pascua, como la hacen los otros: no se atreven á faltar á una comunion, y antes que renunciar la propia pasion, antes que querer sufrir alguna reprension, ó por no dar que sospechar el estado miserable, en que se hallan se arriesgan y acometen con lo que es mas terrible; se acostumbran á las comuniones sacrílegas, con riesgo de completar su obstinacion y consumar su reprobacion.

Peticion y Coloquio.

¡O Dios mio! No permitais, que jamas imite yo el delito de traidor, cuya hipocresía, y cuya dureza detesto. ¡Ay de mí! ¡Qué desconfianza debo tener de mí mismo, si Vos no sosteneis mi debilidad, con el socorro de vuestra gracia! En Vos solo confio, o Señor; tened piedad de mí; no sufrais, que un hijo que Vos habeis hecho participante de aquel Reino que anunciásteis á vuestros Apostóles, y que ha llegado y en el que me habeis hecho entrar, sea un pérfido, un sacrílego; que contra Vos, o Jesus, cometa cualquier atentado. Antes hacedme la gracia de que sea un súbdito fiel en este Reino, que ha llegado hasta mí, y que merezca veros, y reinar con Vos en vuestro Reino Celestial. Amen.

MEDITACION CCLXXXIII.

INSTITUCION DE LA SANTA EUCARISTIA.

S. Mat., c. XXVI, v. xxvi, xxix.—S. Marc., c. XIV, v. xxii, xxv. — S. Luc., c. XXII, v. xix, xx.

Podemos considerar aquí la Santa Eucaristía. Primero, Como Sacramento. Segundo. Como Sacrificio.

PUNTO PRIMERO.

De la Eucaristía como Sacramento.

Primero. *Sacramento del Cuerpo, y de la Sangre de Jesucristo...* — « Y mientras que cenaban *, tomó Jesus el pan, y lo bendijo, y lo partió, y le dió á sus discípulos, y dijo; tomad, y comed: Este es mi cuerpo... que es dado por vosotros: haced esto en memoria de mí... Y tomado el Caliz, dió gracias y se les dió diciendo; bebed de esto todos,

* La nota al fin de esta Meditacion.

porque esta es mi Sangre del nuevo Testamento, que será derramada por muchos por la remision de los pecados... Y todos bebieron de él...» ¿Podemos nosotros creer á Jesucristo, y no creer la realidad de su Cuerpo y de su Sangre, despues de unas expresiones tan claras que San Pablo ha repetido *, y que son tan conformes á la promesa que el Salvador nos habia ya hecho? Gocemos pues del don que nos hace el Salvador. Es su cuerpo, y es su Sangre lo que él nos da... « Este es mi Cuerpo.. Esta es mi Sangre... » Estas son formales palabras. Seria una infidelidad el dudar de ellas. Si este misterio sobrepuja nuestro entendimiento, esto tiene de comun con todos los otros. Por esto S. Juan ** desde el principio de la Santa Cena, ha llamado á nuestra memoria la idea de la omnipotencia de Jesucristo. Por esto los Santos Padres nos han advertido que no creamos aquí á nuestros sentidos, que escuchemos solamente nuestra fe, y que creamos á la palabra del que ha dicho, *sea hecha la luz*. Por esto la Iglesia, que no puede engañarnos, se levantó contra el primer Novator ***, que no pudiendo sostener la Magestad de este misterio, quiso sustituir la figura á la realidad, y sus propios pensamientos á la operacion de Dios; y por esto ha

* Ad Cor., c. XI, v. xxiii, xxvi.

** S. Juan, c. XIII, v. iii.

*** Berengario en el siglo XI cuya heregía renovó Calvino en el siglo XVI.

arrojado ella de su seno á los que han renovado despues esta heregía, ó modificado en cualquier modo las palabras de su divino esposo. Las creo, o Señor, sin dificultad alguna, sin dudar: las creo con nuestra Santa Iglesia: las creo; porque Vos las habeis dicho; porque Vos teneis palabras de vida eterna; y porque vuestra potencia es infinita. Creo, que bajo las especies de pan, y de vino se halla vuestro Cuerpo adorable, y vuestra Sangre preciosa; que ya no hay pan; que ya no hay vino; sino que sois Vos mismo. ¡Ah qué gran beneficio es el poseeros de este modo! ¡Consérvese, pues, vuestro Divino Sacramento en nuestros Tabernáculos; expóngase sobre nuestros Altares; llévese por las calles; por cualquiera parte os seguiré; por todas partes os adoraré; por todas partes gozaré e vuestra presencia, mas seguro de estar delante de Vos, que si os viese con mis propios ojos! ¡qué dicha! ¡qué consolacion!

Segundo. *Sacramento de alimento de nuestras almas.* —« *Comed... bebed...* » Jesus no solo estableció este augusto Sacramento para recibir nuestros respetos y nuestros homenages, sino tambien para alimentar nuestras almas; para servirnos de alimento; para comunicarnos su vida; vida divina, vida eterna, vida del ama, vida que trascenderá hasta nuestros cuerpos; y en virtud de la cual Jesus despues de haberse unido á ellos durante la vida,

* S. Juan, c. VI, v. LXI.

los resucitará en el último dia. Es Jesucristo mismo el que se ha dignado de manifestárnoslo. He aquí, pues, o Salvador mio, aquel alimento; y aquella bebida que habia causado tanto horror á los Cafarnaitas *. ¡O cuántos medios tiene vuestra Sabiduría, cuán admirable es vuestra potencia! Pero si tenian aquellos un horror natural á un manjar de que no conocian el misterio ¿yo que lo conozco no debo quedar sobrecogido de otra especie de horror que me impida absolutamente llegarme á aquel divino convite? ¿Yo que sé, que recibiendo una sola de estas especies, recibo vuestro Cuerpo, vuestra Sangre, vuestra Alma, y vuestra Divinidad: yo miserable, é indigno pecador, me atreveré á recibir este divino alimento, y nutrirme del pan de los Angeles? Pero Vos lo mandais; Vos convidais, Vos nos exhortais, Vos nos amenazais, si no tomamos este alimento, y si lo tomamos, nos prometeis la vida eterna. Señor; Vos sereis obedecido; sabeis mejor que nosotros lo que conviene á vuestra grandeza, y lo que es necesario para nuestra salvacion. Venid, pues, divino Jesus, pues lo quereis; venid á mí, aunque sumamente indigno! ¡O exceso; o abismo de misericordia! Trasformadme en Vos, comunicadme vuestra vida: venid á mí, y haced que yo solo viva de Vos.

Tercero. *Sacramento de union, y de amor.* — No es ya este que nosotros recibimos, un alimento muerto, y pasagero; es Jesucristo lleno de vida, y de gloria, que viene á nosotros, como esposo de

nuestras almas, para enriquecernos de sus bienes; para estar con nosotros; para unirse á nosotros, y mostrarnos el exceso de su amor... Union íntima; pues él mismo está en nosotros; entra en nosotros, y con nosotros se incorpora *. Union casta, pura, espiritual, toda de fe. Union divina, porque Jesucristo viene con su divinidad, que es inseparable, y por la cual nosotros estamos unidos con él, con el Padre, y con el Espíritu Santo. Union facil, pues, por facilitarla Jesus ha trastornado todas las leyes de la naturaleza á favor nuestro. — Union secreta, misteriosa, y escondida. Todo el mundo ve una persona que comulga; pero ninguno ve la viveza de su fe, el ardor de su corazon, el júbilo de su alma; las comunicaciones, las luces, los favores, que ella recibe de su casto esposo. En este dichoso momento; en este misterioso silencio; las almas santas gustan las delicias inefables del amor divino, que las almas disipadas ni creen, ni conocen, y ni aun se las sospechan, y son una anticipada prueba de la felicidad del Cielo. ¡Ay de mí! Nosotros las gustariamos, como ellas, si como ellas nos dispusiéramos; si quitásemos de nuestro corazon todo apego; si nuestra vida, y nuestros pensamientos; si nuestros deseos, y nuestro amor fuesen únicamente para nuestro divino Esposo.

*S. Juan, c. VI, v. LVII.

PUNTO II.

De la Eucaristia como Sacrificio.

Primero. *Sacrificio verdadero.* —La víctima es Jesucristo mismo constituido en un estado de muerte, estando su Cuerpo místicamente separado de su Sangre; el primero bajo las especies del pan, y la otra bajo las especies del vino; para representarnos, con esta mística muerte, la muerte real que él ha sufrido sobre la cruz. El sacrificio de Melchisedech, que consistia en pan, y en vino era la figura de este; y este cumple la figura en una manera del todo divina, por la cual, bajo las especies visibles del pan, y del vino, Jesucristo es inmolado, y ofrecido á Dios su Padre. Segundo. El Sacerdote es Jesucristo, que aquí se ofrece á sí mismo, como en la primera Cena, y como se ofreció en la Cruz. Por esta oferta se muestra él verdaderamente Sacerdote segun el orden de Melchisedech, el cual siendo Rey, y Sacerdote ofreció pan, y vino. El Salvador da cumplimiento á esta figura, no solo porque se ofrece bajo las especies del pan, y del vino, sino tambien por su origen temporal, siendo de la Tribu real de Judá, y no de la Tribu Levítica de Aaron... Pero así como el Sacerdocio de Jesucristo era eterno, y por consiguiente debia serlo su sacrificio, instituye Sacerdotes secundarios,

y ministeriales, para que tengan sus veces, obren en su nombre, y por su visible ministerio se ofrezca sobre la tierra hasta la fin de los siglos el mismo sacrificio, de que él es siempre el Sacerdote invisible, principal, y sumo, de la manera misma con que la primera vez lo ofreció él mismo. Los primeros Sacerdotes de esta segunda clase fueron los Apóstoles, á los cuales confirió esta alta dignidad, é imprimió este sublime caracter, cuando les dijo: « *Haced esto en memoria de mí...* » Tercero. La accion del sacrificio ó sea la inmolacion son las palabras mismas de la consagracion... « *Este es mi cuerpo. — Esta es mi sangre...* » Por estas palabras Jesucristo se hace presente: el pan, y el vino se han convertido en su Cuerpo, y en su Sangre; y con estas mismas palabras, como con una espada espiritual, es inmolada la víctima invisible en una manera mística, y es constituida en un estado de muerte. Porque, aunque por concomitancia Jesucristo esté todo entero, y vivo bajo cada una de las especies, en virtud de las palabras, está solo su Cuerpo bajo la especie del pan, y sola su Sangre bajo la especie del vino: y este estado de muerte mística, é incruenta es la memoria, y la representacion de la muerte real, y sangrienta, que él padeció sobre la Cruz. ¡O cuántas maravillas! ¡Qué grandeza; qué magestad; qué Sabiduría; qué poder; qué amor! ¡Con razon se llama la Misa, los Santos Misterios. Misterios terribles, y divinos! ¡Con qué veneracion debemos asistir á ella! ¡O, y

qué dignidad es la de aquellos, que tienen la potestad de obrar estos santos misterios! ¡Cuánto debemos respetarlos; y cuánto se deben ellos respetar á sí mismos!

Segundo. *Sacrificio único.* — Primero. *Unico, y sustituido á todos los antiguos.* Los sacrificios de los idólatras se ofrecian á los demonios; este los ha destruido. Los sacrificios de la ley natural, y Mosáica eran solamente figurativos; y este les ha dado el cumplimiento; pues contiene eminentemente en sí solo todas sus diferencias, da cumplimiento á todas sus figuras, y produce todos sus efectos, en una manera mas excelente, y del todo divina. — Segundo. *Sacrificio único, y el mismo que el de la Cruz.* Aquí se halla la misma víctima, el mismo sacrificador principal; tiene el mismo mérito, y el mismo fin... « Este es mi Cuerpo, que se ha dado por vosotros. Esta es mi Sangre del nuevo Testamento, que será derramada por muchos... » No hay otra diferencia, que en el modo... Sobre la Cruz la inmolacion de la víctima se hizo con una muerte real, cruel é infame: aquí la muerte es mística, é incruenta, que representa la muerte de la Cruz, y es su memorial perpetuo, pero sin sufrimiento de tormentos, sin ultrage; sino antes acompañada de homenages, de adoraciones, de reconocimiento, y del amor de toda la Iglesia, que se une á su Cabeza, y con él se inmola espiritualmente. En este sentido tambien el Salvador dijo á sus Apóstoles... « Haced esto en memoria de mí... » De mi Pasion, de mi

Muerte, de mi Resurreccion, de mi Ascension, de mi eternidad, y de todos mis misterios.—Tercero. *Sacrificio único, y el mismo en todos los lugares, y en todos los tiempos.* Lo que hacemos cada dia, es lo que Jesucristo mismo hizo en la Santa Cena. El Sacerdote, que hace sus veces que obra en su persona; y que profiere sus palabras, cambia el pan, y el vino en el Cuerpo, y en la Sangre de Jesucristo; lo ofrece á Dios, en este estado de muerte, bajo las especies sensibles del pan, y del vino. Es todos los dias la misma víctima, y el mismo sacrificio: es en todos los lugares la misma víctima, y el mismo sacrificio: será hasta la fin del mundo la misma víctima, y el mismo sacrificio. Este es el Cuerpo, que fue dado, que es dado, y que será siempre dado por nosotros. Este es el Caliz, que fue derramado, de que bebieron los Apóstoles; de que beben los Sacerdotes; y que será derramado así hasta la consumacion de los siglos... Habló Dios del Sacrificio de la Misa, cuando, por el Profeta Malaquías * dijo: « De el Oriente del sol al Occidente grande es mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrifica, y se ofrece á mi nombre una oblacion pura... » Jesucristo es esta oblacion, siempre la misma, siempre pura, aun entre las manos mas impuras; que se ofrece á Dios en todo lugar, celebrando la Santa Misa. ¡O y cuán admirable es esta obra! ¡O y cuánto nos debe llenar este pen-

* Malach., c. I, v. XI.

samiento de devocion, de respeto y de amor, é inspirarnos el deseo de no pasar algun dia sin asistir al Santo Sacrificio de la Misa!

Tercero. *Sacrificio necesario.*—Primero. A la Religion Cristiana. El culto de Dios, exterior y público, que la Religion regula, y ordena, nada tiene de mas grande que el Sacrificio. Una religion que no tiene Sacrificio, no merece este nombre, ni conviene á los hombres. La verdadera Religion, desde Adan ha tenido siempre sus Sacrificios, y debajo de la Ley han sido multiplicados. Las falsas Religiones han tenido tambien los suyos, bien que impíos, y ofrecidos al demonio. ¿Cómo, pues, la Religion cristiana, que es el fin de la Ley, que es la verdad sustituida á las figuras, estará sin Sacrificio? ¿Qué Religion es, pues, la de los nuevos Hereges, que no reconocen ni ofrecen Sacrificio? Ellos tienen, segun nos responden, el Sacrificio de la Cruz, y de ella hacen todos los dias memoria. Pero el Sacrificio sangriento de la Cruz se ejecutó solo una vez, la memoria, y la oblacion espiritual que de él se puede hacer, no es un Sacrificio. Nosotros tenemos tambien el Sacrificio de la Cruz, y no tenemos otros; pero le tenemos de tal manera que lo renovamos, que de nuevo lo ofrecemos cada dia, porque tenemos la misma víctima, y todos los dias los Ministros de Jesucristo, obrando en su nombre, lo inmolan, y lo ofrecen á Dios su Padre, en nombre de toda la Iglesia. Segundo. Sacrificio necesario á la gloria de Dios. «Grande es mi nom-

bre, y en todo lugar se ofrece una oblacion pura...» Hay solo un Sacrificio de la Religion cristiana, que sea verdaderamente digno de Dios, porque no hay otra víctima que la que allí se inmola, que corresponda perfectamente á la grandeza de aquel á quien se inmola. Es un Dios ofrecido á un Dios, un Dios hecho hombre, que en su humildad se ha humillado y anonadado, que ha sufrido tormentos y ultrages, que ha derramado su Sangre, y dado su vida por la gloria de su nombre, y en reparacion de las ofensas cometidas contra su infinita Magestad. Si Dios ha aceptado las víctimas de la Ley antigua, lo ha hecho solo en vista de esta víctima. Por ella solo puede Dios ser honrado con un culto, que no puede desechar, y que es digno de él. Tercero. Sacrificio necesario á nuestras necesidades. Qué felicidad poder asistir al Santo Sacrificio de la Misa, poderlo hacer celebrar por nosotros, podernos unir con la intencion al Sacerdote que lo ofrece, y ofrecerlo nosotros mismos por sus manos. Esta víctima adorable nos pone en estado de dar dignamente á Dios todo lo que le debemos. Por ella le damos el culto supremo que exige de sus criaturas su supremo dominio, y su infinita Magestad. Por ella le damos gracias por todos los bienes de que nos ha colmado, y del Sacrificio mismo que nos ha dado, y nuestra atencion de gracias iguala sus beneficios. Por ella pedimos para nosotros, y para los otros todos los bienes, y todos los socorros que necesitamos, y esta peticion no puede ser desechada. Por ella fi-

nalmente, pacificamos la justicia divina, y pagamos lo que debemos, y aun mucho mas, siendo esta víctima de propiciacion por sí misma de un precio infinito. Nosotros no solo la ofrecemos por los vivos, sino tambien por los muertos, á quienes quedan aun culpas que purgar en el Purgatorio. Nuestros pecados son los que mayormente nos deben inquietar en esta vida; pero tenemos en esta víctima con qué consolarnos, y con qué proveer á nuestras necesidades. Justamente por asegurarnos de esto, quiso el Salvador hacer aquí expresa mencion. «*De la remision de los pecados...*» ¡Ah! Ya que tenemos tantos pecados, ofrezcamos esta víctima, cuya Sangre ha sido derramada. «*Por la remision de los pecados...*»

Peticion y coloquio.

℣. Sí, o víctima augusta, y divina, á Vos me uniré en el curso de mi vida, con Vos haré el Sacrificio de mi vida, cuando llegará el momento, moriré con Vos, y todo lo esperaré de vuestra Sangre derramada. «*Por la remision de los pecados...*» Amen.

EXPLICACION

SOBRE LAS PALABRAS DE LA INSTITUCION DE LA EUCARISTIA.

La institucion de la Eucaristía se hizo hácia el fin de la Cena Pascual ó legal, habiendo ya algunos acabado de cenar, y cenando ó comiendo todavía otros algun poco, como de ordinario sucede al fin de un convite.

El Salvador era del número de los que ya habian acabado de cenar, como lo dicen expresamente San Lucas y San Pablo. Judas era de los que aun comian, como aparece de San Juan, c. XIII, v. XXVI. Medit. CCLXXXV. De aquí derivan las expresiones de San Mateo y de San Marcos *Cœnantibus, manducantibus.*

Si San Lucas y San Pablo no dicen, que Jesus habia cenado, sino cuando hablan de la Consagracion del Caliz, esto no impide, que tambien se deba entender de la Consagracion del Pan, no habiendo habido interrupcion entre la una y la otra.

Esta palabra de San Mateo, « *Bebed de esto todos* » era para advertir á los primeros que bebieron, que dejarán para los últimos. Iban, pues, dirigidas estas palabras á solos los Apóstoles, que estaban allí presentes, por esto dice San Marcos expresamente, que *todos bebieron de él.* Si San Marcos dice, que todos bebieron de él, antes de haber puesto las palabras de la Consagracion, esta es una anticipacion de poco momento, que fácilmente se advierte, y no tiene dificultad alguna.

MEDITACION CCLXXXIV.

JESUS DECLARA LA SEGUNDA VEZ A LOS APOSTOLES QUE UNO DE ELLOS LO ENTREGARA.

S. Juan, c. XIII, v. xxi, xxii.
S. Luc., c. XXII, v. xxi, xxiii.

Primero. Turbacion de Jesus. Segundo. Su amenaza. Tercero. Embarazo de los Apóstoles.

PUNTO PRIMERO.

Turbacion de Jesus.

« Dichas tales cosas * Jesus se turbó interiormente, y protestó, y dijo : en verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará... He aquí, que la mano del que me entrega, está conmigo á la mesa... » La primera vez, que Jesucristo

* Aunque esta expresion indica concatenacion, no prueba, que en el intermedio no haya sucedido otra cosa como en San Mateo, c. XIX, v. 1. etc.

habia hecho esta declaracion, habia hablado con su ordinaria dulzura, y tranquilidad, aquí sus palabras estan inflamadas, y él mismo se muestra todo turbado. ¡O Jesus, qué cosa es la que puede turbar la paz de vuestra alma gloriosa! Ella está turbada solo porque Vos lo quereis, y en cuanto lo quereis. ¡Ah! Es el delito de Judas el que os causa horror, es la miserable suerte de este Apostol endurecido la que os turba. «He aquí, la mano (decís Vos) del que me entrega, está conmigo á la mesa....» Sí, á la Mesa de mi Cuerpo y de mi Sangre, lo conozco, lo sufro, él sabe que lo conozco, y tiene tanto atrevimiento. ¡Ay de mí! ¡Cuántas veces, o Divino Salvador mio, he sido para Vos un objeto de horror! ¡Cuántas veces, me he puesto á peligro de una reprobacion eterna! ¡Ah! ¿No seria mejor que fuese aniquilado el universo, que el que os viniese causada de una criatura la mas mínima turbacion? Pero Vos quereis satisfacer á la justicia de Dios vuestro Padre, quereis con esta turbacion satisfacer por nuestra insensibilidad. Vos os turbais, o Divino Jesus, y yo en medio de mis placeres, y de los peligros que me rodean, estoy tranquilo, y como Judas, insensible. ¡O Señor, hacedme participante de vuestra turbacion, haced pasar á mi corazon una impresion de alguna turbacion saludable; que me haga desconfiar de mí mismo, que me haga recurrir á Vos, y que me una á Vos, como á mi Salvador, y á mi Libertador.

PUNTO II.

Amenaza de Jesus.

« Y en verdad el Hijo del Hombre va, segun que está establecido. ¡Mas ay de aquel hombre, por quien será entregado!... » Jesus habla aquí de su muerte, y amenaza al que se la procurará, como habia hecho antes de la Cena, con esta sola diferencia, que aquí la amenaza es un poco mas extendida; y acaso es, para darnos á entender, que á la medida que un corazon se endurece, con la multitud de sus delitos, las amenazas de Dios se sienten menos, y hacen sobre nosotros menor impresion; pero siempre subsisten, y no son menos verdaderas, ni menos terribles. Los pecadores estan sordos y tranquilos, el número de los que entregan al Hijo del Hombre, se multiplica todos los dias; pero no nos haga animosos ni la multitud, ni tampoco su tranquilidad. Siempre estará inmutable, qué: « ay del hombre, por quien él será entregado.. » de aquel, por quien será quebrantada su Ley, abandonada su fe, su bautismo y sus Sacramentos profanados. Conténganos, pues, esta palabra en nuestro deber, establézcanos en la fe, sosténganos en la observancia de la Ley, presérvenos del contagio del mal ejemplo, y manténganos en la inocencia, y en el temor de Dios.

PUNTO III.

Embarazo de los Apóstoles.

« Y ellos empezaron á preguntar el uno al otro, cuál de ellos seria el que habia de hacer esto. Se miraban por esto el uno al otro los discípulos dudosos de quien hablase.. » Antes de la Cena, cada uno de los Apóstoles habia preguntado. « Soy, por ventura, yo, o Señor... » Pero como Jesus no habia dado entonces respuesta alguna, y ahora renovó la misma declaracion, sin querer nombrar quién fuese el que lo debia entregar, se dobló su inquietud. Se preguntaron los unos á los otros, quién podria ser, ó si tenian alguna sospecha contra alguno de ellos; pero ninguna habia; y ellos no se atrevian á formar alguna. Se miraban mútuamente; pero cada uno no veia en el otro otra cosa, que la misma inquietud, de que él mismo estaba agitado. Judas tan diestro en el arte de fingir, como constante en el designio de entregar á su Maestro, no se conmovió un punto. A cualquiera prueba que el Salvador lo pusiese para humillarlo, y hacerlo entrar en sí mismo, él la sostenia con una cara, que no sabia avergonzarse de cosa alguna, y con un corazon insensible á todo. ¡Qué caracter! ¡Qué monstruo! ¡Qué Judas!

Peticion y Coloquio.

¡Ay de mí! ¿No me he hecho yo, acaso, semejante á él, o Dios mio? ¿No podria serlo aun? ¿No tengo cosa alguna semejante de que reprenderme? ¿Qué provecho saco en este punto, o Jesus, de las advertencias que Vos me dais en el fondo de mi corazon, de la paciencia, con que me soportais, de la tolerancia que Vos inspirais á vuestra Iglesia, para que sufra, y de las señales que recibo de vuestro amor? O Salvador mio, poned con vuestra gracia, una entera diferencia entre mí, y el traidor, cuya hipocresía y cuya dureza detesto. Amen.

MEDITACION CCLXXXV.

JESUS DECLARA A SAN JUAN QUIÉN ES EL TRAIDOR Y JUDAS SALE FUERA A EJECUTAR SU TAICION.

S. Juan, c. XIII, v. XXIII, XXX.

Observemos. Primero. El favor que recibe S. Juan. Segundo. El celo que anima á S. Pedro. Tercero. La conducta que tiene Judas.

PUNTO PRIMERO.

Del favor que recibe S. Juan.

« Y uno de sus discípulos á quien amaba Jesus, estaba reclinado en el seno de Jesus. »

Primero. *¿Quién era este discípulo favorecido?* — Era San Juan el Evangelista, el mismo que cuenta este hecho, y que por modestia no se nombra. La modestia, en una persona favorecida, es tanto mas amable cuanto es mas rara. — Aquel que *era amado de Jesus*. ¡Qué felicidad ser amado de Jesus! Su amor es iluminado, y no puede amar sino lo que es amable; es santo y santificante; la virtud mas pu-

ra y mas generosa es el fruto de su amor. ¡Cuánto debemos tambien nosotros amar á San Juan, que Jesus ha amado! ¿Cuánto pensamos nosotros que San Juan mismo estimaria este amor? Se nombra con el título de amado; con el amor se caracteriza; ¿este solo título se da él, y de esto solo hace caso? ¿Y qué cosa es todo lo demas en comparacion de ser amado de Jesus? — Roguemos á este Santo Apostol que emplee su favor por nosotros, y que nos alcance alguna porcion del amor de Jesus.

Segundo. ¿*Cómo estaba San Juan recostado en el seno de Jesus*? — Ya hemos visto muchas veces que los Judíos, á imitacion de los Romanos, comian recostados sobre sus lechos que estaban puestos al rededor de las mesas. Estaban ordinariamente tres sobre cada lecho *, y algunas veces cuatro. La cabeza estaba vuelta hácia la mesa, y los pies hácia fuera. Sobre estos lechos se ponian en diversas posturas, segun la comodidad de cada uno: ó inclinanados, ó recostados sobre el codo, ó sentados, ó del todo tendidos. El primer puesto del primer lecho era el mas honorífico; lo ocupaba siempre Jesus, y el segundo cerca de él lo ocupaba San Juan. No sabemos en qué orden estuviesen colocados los demas Apóstoles, pero esto basta para hacernos conocer cómo San Juan podia fácilmente reclinar la cabeza sobre el seno de Jesucristo, y cuán insigne fuese

* Oracio. Sátira VIII, lib. II. Este era el motivo, porque la sala del convite se llamaba Triclinio.

este favor de parte del Señor que le permitia una tan grande familiaridad. — Ella es la figura de la que Jesus no permite por medio de la fe, que es de reposar en su seno en el tiempo de las aflicciones, y en el tiempo de la oracion, y principalmente como aquí, en el tiempo de la comunion, cuando él mismo está en nosotros; pero conviene para esto imitar las virtudes de San Juan.

Tercero. *¿Por qué Jesus amaba singularmente á San Juan?* — Para mostrarnos cuáles son las virtudes que le agradan mas, y para darnos el ejemplo de una santa amistad que, cuando es tal, forma el contento mas dulce de la vida. — Primero. *Amistad particular, fundada sobre la virtud.* San Juan era el mas joven de los Apóstoles; era virgen y de una singular pureza de cuerpo y de alma. Era de una extrema dulzura, de una perfecta docilidad, y ponia una grande atencion á todas las palabras y á todos los discursos de su Maestro. Estas son las virtudes por medio de las cuales seremos participantes de los favores de nuestro Maestro, y que debemos buscar y amar en los que escojamos por nuestros amigos. — Segundo. *Amistad particular que en nada ofende la caridad.* ¿No era San Juan singularmente el Apostol de la caridad y del amor del prójimo? ¿Pues cómo podrá jamas ofender al prójimo una amistad particular que no respira otra cosa que caridad, que dulzura, que complacencia para con los otros? Muchas amistades particulares salen mal, porque las mas veces se forman con perjuicio de la

caridad. Se juntan algunos entre sí para separarse de los otros, para abandonarlos, para despreciarlos. Se unen para divertirse á costa de los otros, para criticarlos, para censurarlos. Se unen para dañar á los otros, para ser sus contrarios y abatirlos. Una tal amistad es un azote de la sociedad.—Tercero. *Amistad que sola se endereza á perfeccionar la virtud.* Aquí sobre este sagrado pecho, sobre este seno divino; aquí fue dónde San Juan aprendió los secretos de Dios; aquellos sublimes conocimientos de la divinidad de Jesucristo, aquellas tiernas lecciones de amor de Dios y del prójimo, que nos ha dejado en su Evangelio, en sus Epístolas y en el Apocalipsis, y por las cuales ha combatido y sufrido hasta beber el caliz del Señor, y morir en el ejercicio de su celo y de la caridad. ¡O cuán util es la amistad, cuán preciosa, cuando sirve para enseñarnos nuestra religion y nuestras obligaciones, para corregirnos de nuestros defectos, y para animarnos al fervor, al sufrimiento, á la penitencia, y á encendernos de celo y de amor de Dios y del prójmo! Roguemos al amado discípulo para que nos procure unas amistades semejantes, y que nos tenga lejos de toda otra.

PUNTO II.

Del celo de S. Pedro.

Primero. *Celo doloroso y ardiente.* — San Pedro no pudo oir á su Maestro anunciar que uno de ellos lo entregaria, repetirlo dos veces, y hablar la segunda con tanta conmocion, sin quedar él mismo penetrado del mas vivo dolor y de un deseo ardiente de conocer al traidor. — No nos alabemos de tener celo, si somos insensibles á los ultrages que tantos pecadores hacen á nuestro Maestro; si no gemimos por ellos delante de él en la oracion; si nuestro corazon no se parte de dolor, y no arde de deseo de conocer el mal, á que debemos, ó esperamos poder poner remedio, principalmente si por nuestro empleo estuviésemos obligados á ello.

Segundo. *Celo discreto é industrioso.* — ¿Qué no habria hecho San Pedro, si hubiese conocido al culpado? Pero veia que Jesucristo, que amargamente se dolia de la traicion, siempre se contenia sobre el punto de nombrar al autor. El ejemplo de su Maestro lo hizo circunspecto. La discrecion es una cualidad esencial del verdadero celo; pero no debe ella inducirlo á la inaccion. Debe, en cuanto pueda, evitar el ruido y la publicidad; pero el celo sabe hallar expedientes. San Pedro en esta ocasion recurre á San Juan. No sabemos qué puesto tuviese San Pedro: acaso era el tercero sobre el mismo le-

cho sobre que estaba el Salvador é inmediato á San Juan, ó acaso estaba el primero sobre el segundo lecho, y en frente de San Juan. Sea como fuese, Pedro que conocia los sentimientos de Jesucristo por San Juan, la santa libertad y la respetuosa familiaridad que permitia á este amado discípulo, creyó poder poner por obra este medio para aclarar sus dudas: « Para esto, pues, hizo señas Simon Pedro y le dijo: ¿De quién habla él...? » Juan bien comprendió el deseo de Pedro. Dos corazones animados del mismo celo fácilmente se entienden. Donde reina esta bella union entre los Ministros de la Iglesia, no puede la hipocresía subsistir largo tiempo; no tiene ya el vicio escondrijos donde refugiarse, y se halla obligada á huir y á desterrarse por sí mismo.

Tercero. *Celo eficaz, que logra lo que pretende.* — «Él, por tanto reclinándose sobre el pecho de Jesus, le dijo: Señor, ¿quién es...? » La peticion de estos dos discípulos afligidos, llenos de amor por su Maestro, y hecha con tanto acuerdo, discrecion y confianza, venció la resolucion que parecia tener el Salvador de no revelar el culpado, y lo obligó, por decirlo así, á romper el silencio: « Jesus le respondió: Es aquel á quien yo daré pan mojado, y mojando el pan, lo dió á Judas, hijo de Simon Iscariote...» San Pedro, atento á cuanto sucedia, entendió sin dificultad el secreto del pedazo de pan que Jesus habia dado. — Y o cuál fue la sorpresa de los dos discípulos, cuando conocieron el traidor! ¿Qué no hubieran hecho sino fuera por el temor de des-

agradar á su Maestro, que queria usar todavía de circunspeccion con el culpado, y darle aun tiempo de un sincero arrepentimiento? — Si nosotros estamos encargados del cuidado de otros, aprendamos de esto á recurrir á la oracion para conocer el mal, y á la caridad para poner el remedio.

PUNTO III

De la conducta que tiene Judas.

Primero. *Se confirma en su resolucion.* — «Y despues del bocado entró dentro de él Satanás...» Que Jesucristo mismo diese á Judas un bocado preparado, y bañado con su mano era un favor y una distincion. Los nueve Apóstoles que no sabian el secreto así lo entendieron, y tal era en efecto la intencion del Salvador aun cuando tuviese otra mira. Judas no podia mirarlo de otro modo; y por poco sentimiento que hubiese tenido deberia haberse confundido y conmovido de esta nueva demostracion de bondad, que le daba su Maestro. Pero no: ni las ocultas reprensiones; ni las señales sensibles de su benevolencia pudieron ablandar aquel corazon abominable. Antes se obstina mas entonces; mas se confirma en su execrable designio; se abandona al demonio; y el demonio entra dentro de él, y se hace últimamente dueño de su corazon.... ¿Y no es esto lo que sucede al pecador; que abusando de la bondad de Dios tanto mas gravemente le ofende

cuanto mayores beneficios recibe de él; empleando en el pecado la sanidad, las fuerzas que Dios le da, los bienes de fortuna, la prosperidad que Dios le procura; y que á la medida que Dios multiplica sobre él sus favores multiplica él mismo contra Dios sus ofensas: se obstina en el pecado; y siempra mas se confirma en el olvido de su bienhechor?

Segundo. *Judas no siente su última desgracia.* — « Y Jesus le dijo; lo que haces hazlo presto....» ¿ Y no es esto puntualmente lo que el Angel del Apocalipsis dice á los pecadores de parte de Dios *. « El que está en las inmundicias, contamínese aun mas...» Ve Judas; andad pecadores, pues que nada puede vencer vuestra obstinacion; andad, continuad vuestras infidelidades, vuestras injusticias, vuestras rapiñas, vuestras violencias, vuestras impurezas, vuestras impiedades, vuestras blasfemias; ejecutad vuestros depravados intentos; poned el colmo á vuestros pecados y el sello á vuestra reprobacion... Despachaos presto, porque el tiempo es breve, y bien presto pondrá fin la muerte á vuestros desafueros, y empezará vuestro eterno suplicio. He aquí lo que significa aquella tranquila prosperidad, que gozan los pecadores... ¡Ah! no comprenden estos este misterio de reprobacion. Judas, como los otros Apóstoles, no comprendió lo que el Señor le decia: sabia él muy bien el golpe que meditaba, y entendia muy bien, que sobre esto justamente caian las

* Apoc., c. XXII, v. XI.

palabras del Salvador, pero no comprendia los sentidos misteriosos que tenian, ni preveia tampoco sus funestas consecuencias... « Pero ninguno de los que estaban á la Mesa supo por qué se lo decia. Porque algunos pensaron, que teniendo Judas la bolsa, le hubiese dicho Jesus; compra lo que necesitemos para el dia de la fiesta; ó que diese alguna cosa á los pobres....» He aquí como se debe evitar toda sospecha perjudicial al prójimo, é interpretarlo todo en un sentido sano, á no ser que se sepa evidentemente lo contrario; pero San Pedro, y San Juan, mas instruidos, que los otros no pudieron juzgar tan á su favor. El comun de los hombres alaba, aplaude, y estima la prosperidad aparente de los felices del siglo, pero los hombres espirituales no ven otra cosa en ella, que motivos de temblar.

Tercero. *Judas sale del Cenáculo.* — « Pero él, luego que tomó el bocado se partió al instante, y era de noche....» Judas está inquieto; y el motivo de su inquietud era ver, que ya se avanzaba la noche. Temia que no le quedase tiempo bastante para la ejecucion de sus designios. Judas bien querria salir, pero no queria hacerse sospechoso; habria querido, aun saliendo, salvar las apariencias. Por otra parte, queria Jesus, por la última vez, descubrir su corazon á sus amados discípulos, antes de dejarlos, y Judas no merecia entrar á la parte de una tal confianza. Jesus le suministró el pretexto, que él buscaba, y el pérfido se sirvió de él sin dilacion. La

señal de benevolencia, con que acababa de ser honrado, lo salvaba de toda sospecha; las palabras de Jesus, cuyo sentido creia que él solo conocia, lo aquietaron, en vez de atemorizarlo.... ¡Ah! ¿Qué sirve engañar á los hombres, cuando nos engañamos á nosotros mismos?..... Judas, pues, siempre pérfido, y siempre hipócrita; de contento de sí mismo, y satisfecho de la ocasion, que se le presentaba, se salió de allí..... Anda, traidor; anda perjuro donde te arrastra el demonio; sal de la compañía de Jesus, que deshonras, y de la de los Apóstoles, con quienes jamas tendrás parte alguna. Anda, á ganar el dinero, que te han prometido; apaciéntate de las ideas de tu fortuna, de tu establecimiento, de tus placeres, de tu libertad. Bien presto te dejarás ver á la frente de los enemigos de Jesucristo; pero tus primeros frutos serán inmediatamente seguidos de rabiosos remordimientos, de vanos arrepentimientos, de una horrible desesperacion, y de una muerte de réprobo... ¿Y qué otra suerte puede esperar el que abandona á Jesus; la compañía de las personas justas, y el partido de la piedad, por darse al mundo: por frecuentar los malvados, y volver á entrar en los caminos de la iniquidad?

Peticion y coloquio.

¡ Ah ! El atentado de Judas despierte continuamente en mí, ¡ o Dios mio , mi vigilancia ! ¿ Puedo pensar en la vergonzosa caida de este Apostol , sin pensar al mismo tiempo, que soy capaz de mas vergonzosas flaquezas , si no pido humildemente vuestro socorro? Vos solo , o Señor, conoceis toda la corrupcion de mi corazon ; Vos solo la podeis remediar con vuestra gracia. No cesaré , pues , de temerme á mí mismo , y de implorar vuestro divino poder contra mi debilidad. Amen.

MEDITACION CCLXXXVI.

CONTIENDA DE LOS APOSTOLES SOBRE LA PREEMINENCIA.
S. Luc., c. XXII, v. XXIV, XXX.

Consideremos primero, lo que hay de reprensible en esta contienda. Segundo. La instruccion de Jesucristo sobre esta contienda. Tercero. La promesa de Jesucristo á sus Apóstoles á propósito de esta contienda.

PUNTO PRIMERO.

Lo que hay de reprensible en esta contienda.

«Y nació entre ellos contienda, sobre quien de ellos pareciese ser el mayor...» Tres cosas particularmente habia que reprender en esta contienda.

Primero. *La circunstancia del tiempo.*—Jesucristo no ha hablado con sus Apóstoles de otra cosa sino de la muerte que debe padecer; de la sangre que debe derramar; de la traicion que uno de ellos urdia contra él: un momento ha estaban en la tristeza

y en la consternacion; ahora todo de un golpe se borran de su espíritu estas ideas, y ya no tienen otra inquietud que la de saber quién entre ellos será el primero, y el mayor bajo del Reino próximo que esperan. Ya varias veces habia nacido entre ellos esta contienda, y siempre en ocasion de la muerte de su Maestro; cuando les ha hablado de ella *. Hemos visto en una de estas contiendas que San Pedro no se metió en ella. Es tambien verosímil que ni San Pedro ni San Juan, que conocian al traidor, y que estaban fijos en el pensamiento del delito que iba á cometer, y de los funestos efectos que deberia tener, tampoco entrasen en ella... Sea como se fuese, nosotros vemos aquí los Apóstoles siempre muy imperfectos, y que nosotros los imitamos muy bien, ocupándonos en cosas muy diversas de las que nos deberian ocupar. Nos ocupamos en lo que mira á nosotros mismos; en nuestra fortuna; en nuestra grandeza; en nuestros contentos, y en nuestros placeres, cuando debiéramos solo ocuparnos en los misterios de Jesucristo; en desear participar de sus dolores, y de sus humillaciones; en corregir nuestros vicios; en hacer penitencia, y en prepararnos á bien morir.

Segundo. *La inutilidad de semejantes discursos.*— Aun suponiendo que los Apóstoles no altercasen aquí por ambicion, como es creible, sino solamente

* S. Mat., c. XX, v. XVI, XXVIII.—S. Marc., c. IX, v. XXX, XXXIII.—S. Luc., c. IX, v. XLVI, etc.

para comunicar entre sí las conjeturas que cada uno formaba; una tal conversacion era vana é indigna de ellos. ¿No tenian un Maestro? Si muriendo él queria destinar alguno de ellos para tener su puesto, no debian ellos comprometerse á su Sabiduría, y sobre este punto vivir tranquilos? ¿Qué nos importa á nosotros en tantas ocasiones el saber quién tendrá aquel puesto, quién sucederá en el otro? Discursos inútiles. Dejemos obrar á los superiores. No turben la paz de nuestra alma estos pensamientos, y estos discursos que muchas veces degeneran en contiendas; no turben la dulzura de la conversacion, y la union de los corazones. El hombre espiritual no se ocupa en estas inutilidades, y piensa solo en cumplir sus propias obligaciones.

Tercero. *La falsa idea del Reino del Mesías.*—El Mesías estableciendo su Reino sobre la tierra, despues de su muerte, debia es verdad dejar á su Iglesia una cabeza visible que tendria su puesto, y el primado. Pero los Apóstoles que tenian otra idea de este Reino temporal, pensaban con inquietud, sobre en quién caeria la preferencia, y quién seria de ellos el que tuviese la autoridad suprema en este Reino. Una tal idea excitaba naturalmente sentimientos de ambicion y de interes, ó sea para ellos, ó para los suyos. Cada uno de ellos podia esperarlo todo, ó temerlo todo de un dominio temporal, cual ellos lo concebian. Tales eran las ideas de los Apóstoles antes del establecimiento del Reino de Jesucristo. ¡Cuánto mas culpables que ellos seremos nos

otros, si viviendo bajo de este divino imperio no comprendemos aun su naturaleza; si miramos en él los primeros puestos como miramos los Principados de este mundo; como objetos de ambicion, y motivos de empeño, de contienda, de pretensiones, y no como cargas que requieren grande virtud, que traen muchas y graves obligaciones, y de que será necesario dar una grande y terrible cuenta.

PUNTO II.

Instruccion de Jesucristo á propósito de esta contienda.*

Primero. *Del dominio temporal.*—«Pero él les dijo: los Reyes de las gentes las gobiernan con imperio; y los que las tienen debajo de su dominio se llaman bienhechores...» Tal es, por una parte, el orgullo, el fausto, la dominacion de los Reyes, de los Príncipes, de los Señores del mundo que miran los súbditos con desprecio, como esclavos, y les hacen servir solamente á su vanidad, á su ambicion, á sus intereses, á sus placeres. Tal es, por otra, la bajeza, y la adulacion de los pueblos que miran como gracias los servicios que de ellos se exigen, y que dan al que los oprime el nombre de bienhechor**. La Religion sola puede corregir estos abusos. Dejando ella á los Príncipes el ejercicio de la auto-

* La misma instruccion se encuentra en S. Mateo, c. XX, v. XXV, XXVIII, y en S. Marc., c. X, v. XLII, XLV. Meditac. CCXXIII.

** Tal es el nombre de *Evergetes*, dado á muchos Reyes.

ridad soberana que tienen solo de Dios para mantener el buen orden, les enseña á ejercitarla con una verdadera humildad, con una bondad paterna, y teniendo solo en mira el servicio de Dios, y la felicidad de sus súbditos : ella tambien pone en el corazon de los súbditos los sentimientos de una noble sumision; de un generoso obsequio, y de una adhesion tierna para con sus Soberanos, en quienes ellos respetan la autoridad de Dios mismo, y á quienes dan los nombres de Augustos que su corazon profesa. Reflexionad si en calidad de Señor, ó en calidad de súbdito cumplís vos sobre este punto las obligaciones de la Religion Cristiana, si no mandais con el orgullo propio de los Reyes Paganos, ó si no obedeceis con los viles sentimientos propios de los pueblos idólatras.

Segundo. *De la potestad espiritual.* — « Pero no así vosotros ; sino el que entre vosotros es mas grande, sea como el mas pequeño; y el que precede como uno que sirve... » No niega el Salvador que entre ellos haya uno que debe ser el mas grande, y ocupar el primer puesto, pero le prescribe sus obligaciones para instruccion de los Superiores Eclesiásticos , y para la tranquilidad y consolacion de aquellos que recibiendo el Bautismo se sujetan á esta autoridad espiritual. Nosotros damos, por respeto, á la cabeza visible de la Iglesia los nombres de Papa, de Padre, de Santo, de Beato; y vemos que él no toma otro título que el de Siervo de los Siervos de Dios. ¿Cómo, pues, se atreve la he-

regía á representárnoslo como el Anticristo, que quiera hacerse adorar en lugar de Dios? ¿Quién podrá creerse en el buen camino, blasfemando así del que Jesucristo nos ha dejado por su Vicario aquí en la tierra? A nosotros no toca penetrar los sentimientos, ni examinar la conducta de nuestros Pastores; á ellos toca tener cuidado y conocimiento de la nuestra; corregirnos, y guiarnos. Saben ellos su obligacion, y saben que tienen un Juez. En cuanto á nosotros tenemos el mismo Juez; tendremos que darle cuenta solamente del respeto y de la obediencia que les debemos, sean ellos los que se fuesen. ¡Ah! no nos engañemos sobre este artículo.

Tercero. *Del ejemplo de Jesucristo.* — « Por que quién es mayor, el que está sentado á la mesa, ó el que sirve? ¿No es mayor el que está sentado? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve..» ¡Qué ejemplo! Jesus nos lo propone para que lo imitemos, é imitándolo sirvamos de ejemplo á los otros. ¿Cómo cumplimos nosotros esta doble obligacion?

PUNTO III.

Promesa de Jesucristo á sus Apóstoles, con ocasion de esta contienda.

Primero. *Jesus alaba la constancia con que lo han seguido.* — « Y vosotros sois los que habeis perma-

necido conmigo en mis tentaciones...» ¡O Divino Jesus, y cuán bueno sois! Vos engrandeceis aun las cosas mas mínimas. ¿Tanto les ha costado el seguiros, y estar fielmente unidos á Vos? ¿Les ha faltado acaso alguna cosa en vuestro seguimiento? ¿Si ha habido alguna cosa que padecer y que sufrir no sois Vos el que la ha padecido, el que la ha sufrido? ¿Si han participado alguna vez con Vos del odio de vuestros enemigos, no han participado tambien de la estima, de la veneracion y devocion que os han tenido los pueblos? Por otra parte ¿no les habeis dado parte de vuestra autoridad? ¿No los habeis hecho estables por medio de un conocimiento sensible de vuestra Divinidad? En una palabra, ¿no han estado mil veces mas contentos con Vos de lo que hubieran estado sin Vos? Es verdad que muchos de vuestros discípulos os abandonaron en Cafarnaun, y estos no lo han hecho. Es verdad que uno de los que Vos habeis escogido por vuestro Apostol, ha sido un traidor, que actualmente está ejecutando su traicion, y que estos os han sido siempre fieles, y aun al presente seguramente lo son: ¿pero no habeis tenido varias veces necesidad de reprenderles su ambicion, sus celos, sus contiendas, y su poco entendimiento sobre las cosas de Dios; su gusto por las cosas terrenas, su falta de fe y de confianza? Vos os olvidais de todo esto: Vos escusais todo esto, en consideracion de su constancia en estar con Vos. ¡O feliz constancia; o santa perseverancia, sed mi único objeto!

Segundo. *Jesus les promete su Reino.* — « Y yo dispongo á favor vuestro del Reino, como el Padre ha dispuesto de él á favor mio... » ¿El mismo Reino? ¡Qué favor! ¿Con las mismas condiciones? ¿Quién se podrá lamentar? Este Reino sobre la tierra es la Iglesia; y en el Cielo la bienaventuranza consumada en Dios; con la condicion sobre la tierra, de sufrir, de trabajar, y de morir, con la consolacion de extender en ella al Reino de Dios; de salvar las almas de los otros, y la propia. Con la condicion en el Cielo de gozar en él de una perfecta felicidad, exenta de trabajos y de penas, y eterna. ¡Qué promesas! ¡Y o cuán dignas son del Dios que nos las hace, y capaces de sosegar y llenar nuestros corazones!

Tercero. *Jesus les promete los primeros puestos en su Reino.* — « Para que comais y bebais á mi Mesa en mi Reino, y os senteis sobre Tronos para juzgar á las doce Tribus de Isra el *... » Este Reino sobre la tierra es siempre la Iglesia en que los Apóstoles, y todos los que participan del Apostolado, comen, y beben á la Mesa de la Divina Eucaristía, con todos los fieles que ellos juzgan dignos, y estan sentados sobre Tronos: esto es, tienen la autoridad de juzgar en el fuero de la conciencia, para atar y desatar; absolver de los pecados, y diferir la absolucion: extendiéndose su jurisdiccion sobre las doce

* Aquí no dice Jesus doce Tronos, como habia dicho en San Mateo, c. XIX, v. XXVIII. Porque aquí Judas está excluido.

Tribus de Israel; y de aquí sobre todas las naciones sujetas á la Ley Cristiana. Nosotros vemos esta promesa cumplida en este primer sentido: lo será en el segundo en el Cielo, y á la fin del mundo. En el Cielo todos los fieles de Jesucristo; todos los Cristianos fieles estarán á la Mesa, y se alimentarán de la Divinidad, cuyas delicias los saciarán eternamente. A la fin del mundo, los Apóstoles y los que Dios habrá unido á su Apostolado, juzgarán el universo con Jesucristo. ¡Qué verdades! ¡Qué grandeza! ¡Qué esperanzas!

Peticion y coloquio.

Alma mia, fijémonos en estos divinos objetos: trabajemos, suframos aquí en la tierra: nutrámonos de Jesucristo en su augusto Sacramento, de manera que despues vivamos con él en el Cielo por toda la eternidad. Amen.

MEDITACION CCLXXXVII.

PRINCIPIO DEL SERMON DE LA CENA.
S. Juan, c. XIII, v. XXXI, XXXVIII.

DISCURSO DE JESUS A SUS APOSTOLES DURANTE LA CENA.

Primero. Jesus trata de la gloria de Dios y de la suya propia. Segundo. Da á sus Apóstoles un precepto de la caridad fraterna. Tercero. Hace la primera prediccion de la negacion de San Pedro.

PUNTO PRIMERO.

De la gloria de Dios, y de la de su Hijo nuestro Salvador.

Primero. *Sobre la tierra.*— « Y luego que salió... (Judas)... » del Cenáculo; y acabada la contienda de los Apóstoles; comenzó el Salvador á discurrir con ellos en una manera la mas afectuosa, la mas familiar, la mas instructiva, y como un tierno Padre que está para dejar á sus amados hijos... « Dijo Jesus; ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre: y Dios ha sido glorificado en él... » De hecho, Jesucristo, en los tres años de su predica-

cion, ha establecido de tal suerte su gloria con la santidad de su vida, con lo sublime de su doctrina, con la pureza de su moral, con la grandeza y multitud de sus milagros, y con el literal cumplimiento de las Profecías que el universo ha creido en él, al paso que de él ha tenido conocimiento. Y si todos no lo han reconocido por verdadero Hijo de Dios, por Señor, por Salvador, por Juez de todos los hombres, ha sido puro efecto de obstinacion, de una ciega impiedad... « Y Dios ha sido glorificado... » Por qué no hay otro que Dios que haya podido dar al mundo un tal hombre; que haya podido por su virtud obrar tantas maravillas; revelar tan grandes misterios; dar instrucciones tan saludables; y cumplir el objeto de todas las Profecías; porque todos los que creen en él, por él solo ofrecen sus homenages á Dios; y estos homenages unidos á los de Dios Hijo, son dignos de ser aceptados del Padre, y el Padre recibe de esto una verdadera gloria... He aquí, pues, como son glorificados Dios, y su Hijo; Dios porque de su Hijo solamente recibe homenages dignos de él; su Hijo, porque ningun género de homenage es agradable á Dios, sino por él... En orden á nosotros: ¡o y cuál es nuestra gloria! ¡O y qué grande! Nosotros podemos gloriarnos, pero en el Señor *.

Segundo. *En el Cielo.*— « Si Dios ha sido glorificado en él; tambien Dios lo glorificará á él en sí

* Ad Cor., c. I, v. III.

mismo; y lo glorificará bien presto... » Dios habia sido glorificado por su predicacion; y lo debia ser principalmente por su Pasion, y por su Muerte. Dios de su parte habia glorificado á su Hijo por medio de las obras que le habia dado la potestad de hacer durante su vida; debia aun glorificarlo con los prodigios que acompañarian, y se seguirian á su Muerte; pero fuera de esta gloria sobre la tierra, le debia dar otra en sí mismo en el Cielo, en la eternidad, por medio de una pronta Resurreccion, de una gloriosa Ascension, y haciéndolo sentar á su diestra... Esta es la doble gloria que Dios da á sus siervos fieles: En este mundo la estima de las personas buenas, y tal vez los honores de un culto religioso; y en el otro una gloria eterna. Gloria en Dios; gloria sin límites, sin término, sin fin; cuya memoria jamas debe apartarse de nuestro Espíritu, y cuya esperanza debe siempre sostenernos en todos nuestros trabajos. De esta doble gloria empezó Jesucristo su discurso; y este es el punto de vista, bajo del que quiere que sus Apóstoles miren las humillaciones que está para sufrir, para que este recuerdo los sostenga tambien á ellos en la prueba, y en la consternacion, en que los arrojarán sus suplicios. ¡Qué bondad! ¡Qué sabiduría! ¡Qué misterios!

Tercero. *En la separacion del Salvador de sus discípulos.* — « Hijitos; por poco tiempo estoy aun con vosotros. Me buscareis: y así como dije á los Judíos, donde voy yo, no podeis venir vosotros;

tambien lo digo ahora á vosotros... » ¡Qué tiernas expresiones! ¡Qué maneras de hablar llenas de bondad! Jesucristo no les habla ya, como otras veces de Cruz, de sufrimientos, de oprobios. Exprime su cruel muerte; solo con estas palabras, me buscareis; esto es, yo no estaré ya con vosotros; seré quitado de vuestro lado; con esto debo acabar de procurar la gloria de mi Padre, y entrar en la suya, volviendo á su seno... ¡Desgraciados Judíos para quienes esta gloria está para ser perdida para siempre, por su infidelidad! ¡Afortunados Apóstoles para quienes esta gloria solamente se ha diferido! ¿De qué número somos nosotros? ¡Cuál es nuestra fe; cuál es nuestra esperanza; cuál es nuestro amor para con Dios Salvador; Salvador á un tan grande precio; Salvador tan lleno de ternura para con nosotros!

PUNTO II.

Del precepto de la caridad fraterna.

Primero. *Precepto nuevo en su Autor.*— « Un nuevo mandamiento doy á vosotros: que os ameis los unos á los otros... » Hasta ahora vosotros os habeis amado los unos á los otros; ó como hombres unidos entre sí con los lazos de la humanidad; ó como criaturas del mismo Dios; ó como hijos de Abrahan vuestro comun Padre; ó en calidad de discípulos de Moises, Legislador de Israel. Ahora

quiero que os ameis como discípulos del Hijo de Dios, como hijos de la Iglesia mi Esposa; como miembros del mismo cuerpo, de que yo soy la cabeza: finalmente, como miembros, y como súbditos de la nueva alianza de que vosotros sois los ministros... Jesucristo es el autor de todos los preceptos de la nueva Ley; pero este es su singular precepto, y así justamente lo llama él mismo *. ¿Ahora pues; la autoridad de Jesucristo que nos intima este precepto en un modo tan especial, no añade á esta obligacion un nuevo peso? Sea, pues, nuestro empeño el observarlo bien... Hagamos en esta materia todos nuestros esfuerzos: seamos exactos hasta el escrúpulo; porque este es el precepto propio de la nueva alianza; el precepto propio de Jesucristo: el precepto, que él nos ha dado algunos instantes antes de su muerte, y de donde ha querido empezar y acabar el último discurso que hizo á sus Apóstoles.

Segundo. *Precepto nuevo en sus motivos.* — Que os ameis tambien vosotros los unos á los otros, como yo os he amado... » Os he amado, y os amo todavía hasta sacrificar mi vida por todos aquellos títulos que á mí os unen. Ademas de esto, lo hago para daros ejemplo, y para que descubrais en todos los que me pertenecen, un nuevo título á vuestro amor, y nuevas razones, para amarlos... Jesus nos ha amado como sus discípulos; como sus her-

* S. Juan, c. XV, v. XII.

manos adoptivos; y rescatados con su Sangre; como sus miembros, sus coherederos, y tales deben ser los motivos de nuestra caridad, para con los que son nuestros hermanos, y para con todos aquellos que por gracia de Jesucristo pueden venir á serlo; Jesus nos ha amado, sin que nosotros hayamos podido merecer este favor; nos ha amado, cuando éramos sus enemigos; cuando huiamos de él, y lo ofendiamos. He aquí la respuesta á todos los pretextos con que querremos dispensarnos de la caridad Cristiana. Jesus nos ha amado no de sola palabra sino comunicándonos efectivamente todos sus bienes, nada teniendo suyo, que no sea tambien nuestro, y para nosotros. Nos ha amado hasta padecer y morir por nosotros. He aquí la extension de la caridad Cristiana, que no conoce límites en lo que mira á la salud eterna. ¡Ah! ¡Cuánto debemos amar á Jesus que nos ha amado de este modo! Pero porque nosotros no lo vemos, y no podemos mostrarle nuestro amor en una manera sensible, nos trasfiere todos sus derechos, quiere que nos amemos los unos á los otros, como él nos ha amado. ¿Un tan dulce precepto puede hallar dificultad en un corazon Cristiano?

Tercero. *Precepto nuevo en la práctica.* — « En esto conocerán todos, que sois mis discípulos, si teneis amor los unos á los otros... » De la práctica de este precepto de la caridad, que yo os doy, os hareis conocer de todo el mundo por mis verdaderos discípulos. ¿Y quién no se unirá á vosotros, al

ver, cuando yo me habré ya apartado, que reina entre vosotros una concordia fraterna, que forme de vuestra sociedad una sola, y grande familia... Y verdaderamente con todo que fuese antiquísimo el precepto de la caridad, ¿no fue para el mundo todo un espectáculo del todo nuevo la manera, con que los Apóstoles, y los primeros Cristianos comenzaron á practicarla? Tenian todos un solo corazon, y una alma sola, y eran comunes todos sus bienes *. Se exponian á los mas horribles suplicios, por aliviarse los unos á los otros; por visitar los prisioneros de Jesucristo; por sustentarlos en sus cadenas, y por enterrarlos despues de su muerte. ¡Ay de mí! El mundo hecho Cristiano. ¡O, y cuánto ha degenerado de este primer espíritu! ¡Cuán rara es aquí ya la caridad!... ¡Cuántos Cristianos no tienen otra cosa, que el nombre! Pero no obstante este desorden del mundo, la Iglesia Católica presenta aun á los ojos de quien lo quiere reflexionar, este caracter de verdaderos discípulos de Jesucristo. Sin hablar de la caridad eficaz de los verdaderos Cristianos, que vivian en medio del mundo, se ven en la Iglesia tropas innumerables de fieles del uno, y del otro sexo, que gratuitamente se dedican al servicio de los pobres, de los apestados, de los enfermos, de los esclavos: que se dedican, y consagran á la instruccion de la juventud, á la predicacion, á la confesion, á las misiones,

* Act. Ap., c. IV, v. XXXII.

á la conversion de los pecadores, de los vagamundos, de los idólatras: á todas las necesidades espirituales del prójimo; que contentos de un moderado alimento, y vestido, sin salario, sin fondos, sin alguna esperanza de fortuna, atienden solamente á la salvacion de sus hermanos: que para hacerse útiles al prójimo, renuncian hasta sus propios bienes, sus herencias, y toda esperanza de tener jamas cosa alguna sobre la tierra. Nosotros estamos acostumbrados á este espectáculo, y ya no nos da golpe, pero ciertamente, este es el efecto de la caridad mas heróica, existe en la Católica Iglesia; en ella se perpetúa, y solamente aquí se encuentra. ¡Qué pérdida seria, si aquellos, que han hecho un tan grande sacrificio á la caridad, lo combatiesen despues con sentimientos opuestos á la caridad, y si el mundo, que han querido santificar, quedase escandalizado de ellos! Pero si esta culpa se puede echar en cara á algunos, ella no es comun, ni impide, que se distingan todavía con la marca de la caridad, los verdaderos discípulos de Jesucristo... ¿Somos nosotros de este número?

PUNTO III.

Primera prediccion de la negacion de San Pedro.

Primero. *Pregunta de San Pedro, y respuesta de Jesucristo.* — «Simon Pedro le dijo Señor, á donde vas tú... » Pedro escuchaba con gusto las divinas

instrucciones de Jesucristo ; pero no podia oir , sin amargura, hablar siempre de separacion, y de partida... *Dónde vas tú* , pues , le dijo él á su Maestro interrumpiéndolo *¿dónde vas tú*, que continuamente nos repites , que nosotros no podremos seguirte ? ¡O y qué amor habia en esta pregunta ; qué deseo , qué temor de perder á Jesus!... Cuando una alma está penetrada del amor de Jesus, ¡o y cuánto teme su ausencia ; cuánto desea poseerlo, y estar siempre con él... ! ¡ O Jesus , delicias de mi corazon ! ¿ por qué os escondeis Vos á mis ojos? ¿ dónde huís ? ¿dónde andais Vos? ¿ hasta cuándo viviré en esta tierra de destierro, separado de Vos...? « Respondióle Jesus. Donde yo voy no puedes ahora seguirme ; pero me seguirás con el tiempo... » ¡ O dulce esperanza ! Un dia vendrá , y no está lejos, en que seguiré á Jesus hasta en el Cielo... Concededme , o Señor , esta gracia; y pues no soy todavía digno , y no ha llegado aun mi tiempo , asistidme para que todo el que me resta de vivir sobre la tierra , lo emplee en purificarme ; en unirme á Vos ; en amaros, y en desearos , para morir en vuestro santo amor ; y poseeros en la morada de vuestra gloria.

Segundo. *Instancia de San Pedro.* — «Díjole Pedro ; ¿por qué no puedo yo seguirte ahora? daré por tí mi vida... » Resolucion generosa , sincera , llena de ardor , y que habria podido tener su efecto , si en aquel punto hubiera estado puesta á la prueba, como se figuraba San Pedro ; pero la prueba se halló de otra muy distinta naturaleza de la que

el Apostol se imaginaba; y á ella debió ceder, por haberse expuesto, y por no haber desconfiado totalmente de sus fuerzas... He aquí el gran defecto de nuestras resoluciones... Un pecador nuevamente convertido, lleno del horror del vicio, que detesta, y del ardor, que lo anima, se cree constante en la resolucion, en que está de no recaer mas en él, desafia al infierno, para combatirlo; está pronto á dar su vida: para señalar su constancia; y la daria, si en aquel punto se tratase, ó de ofender á Dios, ó de morir ¿quién no haria una gran cuenta de una resolucion tan sincera? Y con todo eso, ella es la menos constante. Bastantemente lo prueba la continua experiencia. Vereis bien presto este nuevo penitente; lleno de confianza en sí mismo, exponerse á todo sin temor, y sin precaucion: omitir la oracion, la leccion, y el retiro, mezclarse con pecadores; volverse tímido delante de ellos; entrar poco á poco en sus sentimientos, y finalmente caer á las mas debil tentacion... La resolucion, sobre que se puede hacer gran caudal, es la de un penitente, que penetrado del horror de su pecado: resuelto á no cometerlo jamas, siente toda su flaqueza, y debilidad: teme á sí mismo; no vive seguro, sobre las precauciones, que toma: se fia solo del socorro de Dios, que continuamente implora; y evita los mas mínimos asaltos, como muy fuertes para él: una resolucion de esta especie da lugar á esperarlo todo; y tal debe ser la que nosotros debemos tomar.

Tercero. *Respuesta de Jesucristo.* — Le respon-

dió Jesus... « ¿ Darás tú la la vida por mí? » En verdad, en verdad te digo, (en esta noche misma) no cantará el gallo (no acabará de cantar) hasta que me hayas negado tres veces... » Solo un Dios podia anunciar un acontecimiento tan poco verosimil, tan lejos del pensamiento, y tan opuesto á la voluntad de aquel, de quien despendia... ¡Ay de mí! Señor ¿quién somos nosotros sin Vos?

Peticion y coloquio.

Tened piedad de mí, o Dios mio; tened piedad de mí ¿qué será de mí, si Vos no me socorreis? ¡Cuántos justos despues de una larga vida, pasada en los ejercicios de la santidad, han caido en pecado, y en él han muerto! ¡O mundo, o carne, o demonio! ¡Vosotros sois ciertamente terribles, y yo ¡o cuán debil, y flaco! Sostened, o Señor, mi debilidad, y flaqueza; volad en mi socorro, en Vos solo pongo toda mi fuerza, y mi confianza: no me abandoneis. Amen.

MEDITACION CCLXXXVIII.

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, cap. XIV, v. 1, x

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO A SUS APOSTOLES DURANTE LA CENA.

Primero. Consolacion que Jesucristo da á sus Apóstoles. Segundo. Objecion de Santo Tomas. Tercero. Pregunta de S. Felipe.

PUNTO PRIMERO.

Consolacion que Jesucristo da á sus Apóstoles.

Primero. *Consolacion fundada en la fe, en Dios y en Jesucristo.* — « No se turbe vuestro corazon; creeis en Dios, creed tambien en mí... » Ya os he dicho que yo os dejo; pero esta nueva no turbe vuestros corazones, ni debilite vuestro valor. Vosotros creeis en Dios, desde la mas tierna edad; vosotros profesais la fe de la divinidad; pero ahora esto no basta; es necesario todavía que hagais pro-

fesion de creer en mí. En esta fe, así explicada, y declarada hallareis razones sólidas para consolaros. De hecho el que cree en Dios y en Jesucristo, halla en su fe un asilo seguro contra todos los accidentes de la vida, contra todos los escándalos del mundo, y contra todas las tentaciones del demonio. Un Dios, cuya providencia gobierna todas las cosas, y que de todo sabe sacar su gloria: un Salvador, que todo lo ha predicho, que él mismo ha pasado por todas las pruebas, que está con nosotros, y nos sostiene con su gracia en todas las circunstancias, en que nos hallamos, que en ellas nos hace hallar nuestra gloria, nuestro provecho, y nuestra santificacion: con todo esto, ¿qué cosa podria turbar nuestro corazon? ¡Ay de aquellos, que no tienen esta fe; en quienes es lánguida; y que no saben recurrir á ella en el tiempo de la tribulacion, porque en las aflicciones, la carne y el mundo son incapaces de consolar y sostener.

Segundo. *Consolacion fundada en la esperanza de lo que Jesucristo está para obrar en su favor.* — «En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si así no fuese, os lo habria yo dicho... » No os habria lisonjeado con una vana esperanza; pero siendo así, ahora os digo que «*voy* á preparar el lugar para *vosotros*...» Si os dejo; si voy el primero á tomar posesion del Cielo, lo hago con intencion de prepararos los puestos. No se turbe, pues, vuestro corazon... El Reino de los Cielos, aquella morada de delicias, destinada para los bienaventurados, fue

criada desde el principio del mundo; pero el pecado habia cerrado la entrada á los hombres, y les habia hecho perder el derecho que tenian á ella, por la liberalidad del Criador, ¿qué cosa, pues, está para hacer Jesucristo? Quiere merecerla con sus tormentos y su muerte; quiere abrirla con su Resurreccion y con su Ascension; quiere finalmente tomar posesion en su nombre, y en el nuestro, sentándose allí á la diestra de su Padre... ¡O Salvador generoso, bueno, grande y poderoso, qué bello Reino nos adquiris; y o á qué precio nos lo preparais! ¡Qué obligaciones no os debemos! Vos habeis satisfecho por nosotros; vuestra Sangre se ha derramado; el Cielo es su precio; Vos estais en posesion de vuestra gloria, y con Vos ya reinan millones de Santos. ¡O Tabernáculos Celestiales, no suspira otra cosa mi corazon, que por vosotros, y gime al verse tan largo tiempo habitar la tierra; vosotros no estais todos ocupados, quedan aun para todo género de virtudes y para todos los grandes méritos. El Apostolado, el martirio, la inocencia, la penitencia, todo será recibido en vosotros; y cada uno estará puesto segun sus méritos, y recompensado segun sus obras. Para mí hay allí un puesto, solo me queda que merecerlo, con la gracia de mi Salvador: ¡o cuánto me anima esta esperanza, o cuánto me consuela! No, nada puede con ella turbar la paz de mi corazon.

Tercero. *Consolacion fundada en la esperanza de cuanto al fin hará Jesus en su favor.* — « Y cuando

yo habré partido, y habré preparado el lugar para vosotros, vendré de nuevo, y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy, esteis tambien vosotros...» ¡Qué amor, qué promesa...! Primero. *A mi muerte.* Si yo soy tal, como Dios quiere que yo sea, vendrá Jesus á cogerme, y me colocará en la morada feliz en que él habita, ¡o esperanza verdaderamente sólida! ¡Llena mi corazon, y despégalo de cuanto hay sobre la tierra! Segundo. *Al fin del mundo,* Jesucristo volverá sobre la tierra á coger y llevar consigo todos los justos resucitados, para conducirlos en triunfo, y hacerles reinar en el Cielo eternamente con él. ¡O magnífico espectáculo, o felicidad inexplicable! Tercero. ¿*Qué me queda á mí que hacer aquí en la tierra?* El lugar está preparado, la promesa está hecha, la palabra dada; no se trata de otra cosa, que de prepararme yo mismo, y estar siempre pronto para esta grande venida, ¡qué desgracia, si por mi culpa perdiese el fruto de mi redencion! Toda la vida se me ha dado para prepararme, á mí me toca aprovecharme de todos los instantes; trabajar cada dia para hacerme digno de una promesa tan grande, purgarme siempre mas, santificarme con la penitencia, con buenas obras, con la fidelidad á las obligaciones de mi estado, con el recogimiento interno, con la oracion y con la union con Dios. Esto es justamente, o Dios mio, á lo que quiero únicamente aplicarme en adelante, con el socorro de vuestra gracia.

PUNTO II.

Objecion de Santo Tomas.

Primero. *De nuestros habituales conocimientos.* — « Y dónde yo voy; (añadió Jesucristo) lo sabeis; y sabeis el camino... » Jesus les habia dicho frecuentemente, que él volvia á su Padre; este era el lugar á donde iba. Les habia dicho muchas veces, que seria entregado en las manos de los Gentiles, y crucificado : que moriria y resucitaria; este era el camino... Esto lo sabian los Apóstoles... Por las instrucciones que hemos recibido en el cristianismo, sabemos nosotros á lo que estamos destinados, y de lo que estamos amenazados para la eternidad. Sabemos cuál es el camino, que conduce al Cielo, y cuál es el que lleva al infierno. Sabemos que el uno, ó el otro debe ser nuestra morada eterna, y que esta grande decision depende de la vida que habremos pasado sobre la tierra. Sabemos que con la gracia, con la oracion, con la vigilancia podemos vivir una vida santa, cuya recompensa será el Cielo, y que abandonándonos á las pasiones y siguiendo los ejemplos del mundo, viviremos una vida impura, injusta, indigna de nuestra vocacion, cuyo eterno castigo será el infierno. Hemos recibido todas estas instrucciones, y todos estos conocimientos en el seno de la Iglesia : demos gracias á Dios; ¿pero qué uso hacemos de ellos nosotros?

Segundo. *De nuestra actual ignorancia.*—«Díjole

Tomas; Señor no sabemos á dónde vas ¿pues cómo podemos saber el camino...? La idea que tienen aquí los Apóstoles, es de un viage semejante, á los que solian hacer acompañando á su Divino Maestro; así tambien nosotros en ciertas ocasiones olvidamos todos los conocimientos que hemos recibido, y damos prueba de que nada sabemos. En la exaltacion ignoramos la de la humildad, en la sanidad, la ley de la penitencia: en la enfermedad la felicidad de las cruces; en las riquezas la obligacion de la limosna: en la pobreza el mérito de la paciencia; y en todas las circunstancias de la vida, el término á que debemos caminar, y el camino para llegar á él. Nuestra ignorancia procede de no meditar las verdades que conocemos: de no profundizar en ellas; de no aplicárnoslas; de no practicarlas. La ignorancia llega á las veces hasta debilitar, y aun hasta apagar la fe. Ocupados del todo en las cosas de la tierra, perdemos de vista las del Cielo. Llegamos hasta decir: No sabemos qué cosa se haga en la otra vida: ignoramos, qué caminos guian á la felicidad, ó á la miseria eterna; y si la una, y la otra subsistan, como se va diciendo: ninguno vuelve del otro mundo para informarnos de ello. Estos depravados pensamientos á que damos lugar algunas veces, extienden sobre nuestro espíritu nubes, oscuridad, y dudas; una ignorancia afectada lisonjea nuestros sentidos; favorece nuestras pasiones; mantiene nuestra indolencia; y nos pierde. La oracion, y la meditacion son su remedio.

Tercero. *Del convencimiento de Jesucristo.*— «Díjole Jesus ; yo soy el camino, la verdad, y la vida : Ninguno viene al Padre sino por mí... » Primero. Jesus *es camino* por sus méritos ; por sus Sacramentos, por sus preceptos ; por sus ejemplos. *Camino* abierto á todo el mundo ; *camino* recto, santo, seguro, estrecho; pero facil y lleno de dulzuras ; *camino* único, fuera del cual todo es extravío ; todo es precipicio. Solo por Jesus podemos agradar al Padre, y llegar á él... ¿Es este el camino, por donde nosotros caminamos...? Segundo. Jesus *es verdad*, en el cumplimiento de las figuras, y de las Profecías : en sus misterios ; en sus dogmas ; en sus promesas ; en sus amenazas ; en su Evangelio, y en su Iglesia. *Verdad* divina, esencial, eterna, é infalible; *Verdad*, que conviene creer; por la que debemos estar prontos á morir ; que no podemos desechar ; y de que no nos es permitido dudar, sin incurrir en una reprobacion eterna : *Verdad*, fuera de la cual el mundo, las sectas, las pasiones, los sentidos no nos representan otra cosa que error, y mentira... ¿A quién escuchamos nosotros? ¿En quién creemos...? Tercero. Jesus *es vida; vida* en Dios ; *vida* eterna, y esencial; *vida* en nosotros por su gracia, por su espíritu, por su amor; *vida*, por la cual nuestra alma vive en Dios ; nuestro corazon vive en la paz, nuestro cuerpo resucitará para la inmortalidad : *vida* divina, pura, y deliciosa, que no teme la muerte, y que nada puede quitárnosla ; *vida* fuera de la cual no hay otra cosa que flaqueza,

languidez, miseria, tormento, y estado de muerte, que debe acabar en una muerte eterna. ¿Vivimos nosotros de esta vida? ¿La amamos? ¿La deseamos? ¿O estamos aun en la muerte del pecado?

PUNTO III.

Pregunta de San Felipe.

Primero. *De las miras de la fe.* — «Si me conociéseis á mí (añadió Jesucristo), conoceríais tambien á mi Padre, y desde ahora lo conoceis y lo habeis visto...» Los Apóstoles reconocian á Jesucristo por Hijo de Dios. Si hubiesen conocido bien á este Hijo adorable, hubieran tambien conocido al Padre, porque el Hijo tiene una relacion necesaria al Padre, y el Padre al Hijo, y porque el Hijo de Dios es necesariamente de la misma naturaleza que su Padre, y no pudiendo ser sino un Dios, es necesariamente el mismo Dios que su Padre, bien que sea una persona diferente. De donde se sigue tambien que el Hijo, siendo hombre, tiene dos naturalezas, la una divina, por la cual es igual á su Padre, y la otra humana, por la cual es semejante á nosotros. Pero los Apóstoles no habian hecho bastante reflexion para penetrar un tal arcano. Convenia que el Espíritu Santo, tercera Persona de la Santísima Trinidad, viniese á enseñarles estos grandes misterios, como efectivamente á poco tiempo vino. Cierta-

mente habian ellos visto al Padre, porque habian visto la santa humanidad del Hijo, en que estaba el Padre, como el Hijo en el Padre. — En cuanto á nosotros, nosotros no hemos tenido la dicha de ver á Jesus en su humanidad, pero nuestra suerte no es menos afortunada, ni menos meritoria nuestra fe. Demos gracias á Dios; confirmémonos siempre mas en esta fe, y esperemos la recompensa que será ver eternamente lo que habremos fielmente creido.

Segundo. *De las miras de los sentidos.* — San Felipe no se atrevió, como San Tomas, á contradecir al Salvador, con decir que ellos no habian visto al Padre; pero dió bastante á entender que este era su pensamiento, y que así, como Santo Tomas miraba la partida de Jesucristo como un viage que debia hacer sobre la tierra; él tambien entendia de las miras de los sentidos lo que Jesucristo les decia, esto es, que ellos habian visto al Padre: « Le dijo Felipe: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta... » Haznos ver á tu Padre, y esta gracia bastará para nuestra total consolacion. — ¡O cuánta dificultad tenemos nosotros de despojarnos de nuestros sentidos y de nuestra imaginacion en las cosas de la fe! Querriamos ver, comprender y poder imaginar. Nos parece que si viéramos el tal objeto, que si comprendiésemos el tal artículo del todo oscuro para nosotros, estariamos contentos, y que esto bastaria para tranquilizarnos. ¡Ah! no, no es este el lugar de ver; desterremos de nuestro espíritu to-

das estas inquietudes ; contentémonos con creer ; esto es todo lo que podemos ; contentémonos sobre la palabra de Dios ; esta es nuestra obligacion. Creyendo así lo que la Iglesia nos enseña, ya no tenemos miedo de error ni de ilusion. Pero dispensarnos de creer así , bajo cualquiera pretexto que sea, es contradecir á Dios , y renunciar á Jesucristo.

Tercero. *De nuestro poco progreso en la fe.* — Jesus le dijo : « ¿ Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me habeis conocido ? Felipe , el que va á mí ve tambien al Padre ; pues ¿ cómo dices tú : Muéstranos al Padre? ¿No creeis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo hablo, no las hablo de mí mismo, sino el Padre que está en mí él hace las obras...» He aquí lo que el Salvador habia dicho frecuentemente , ó sea hablando á los Judíos delante de sus discípulos, ó sea hablando á sus discípulos mismos. He aquí lo que se trataba ya, no de comprender, sino de creer, esto es, que en Dios hay tres Personas , y una sola naturaleza, y que en Jesucristo hay una sola Persona, y dos naturalezas. ¿Cuánto tiempo ha que nosotros estamos en la escuela de Jesucristo , sin conocerlo bien? Creemos con la boca, repitiendo las lecciones de la niñez ; pero nuestro corazon no está mas penetrado de estos grandes misterios ; no se ha humillado, no se ha confundido ni anonadado delante de la divina Magestad ; no saca consecuencia alguna para atender continuamente á la adoracion, á

la obediencia, al amor, á la confianza que debemos tener en Dios, en su Hijo nuestro Señor Jesucristo, nuestro Salvador y nuestro Juez.

Peticion y Coloquio.

¡Ah! Señor, reconozco y confieso que hasta ahora no os he conocido, pues no han hecho en mí una habitual impresion vuestras palabras, vuestras acciones, vuestros misterios y vuestros beneficios. Iluminadme pues Vos mismo, o Salvador mio, que sois *Verdad*; santificadme, Vos que sois el principio de *Vida*; para que caminando por Vos, que sois el *Camino*, llegue á la felicidad que me habeis preparado. Amen.

MEDITACION CCLXXXIX.

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XIV, v. XI, XXI.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO A SUS APOSTOLES DURANTE LA CENA.

Primero. De las pruebas de la divinidad de Jesucristo. Segundo. De la Oracion. Tercero. Del Espíritu Santo. Cuarto. Prediccion de tres misterios que Jesucristo está para cumplir. Quinto. Del amor de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Pruebas de la divinidad de Jesucristo.

Primero. *Su testimonio.*—«¿No creeis vosotros que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí...?» El testimonio de Jesucristo, confirmado con la santidad de su vida y por el aspecto de dignidad con que lo ha dado, bastaria para hacernos creer que Jesucristo es lo que él ha dicho que es. No fue necesa-

ria otra cosa para creer en San Juan Bautista. De hecho, por poco que tengamos el corazon recto y amante de la verdad, no podemos leer la vida de Jesucristo, ver lo sublime de sus discursos, la sabiduría de sus respuestas, la pureza y la dulzura de su moral, y el tono de autoridad que reina en sus instrucciones, sin quedar tocados, y sin exclamar: No es un puro hombre el que nos habla; es el Hijo de Dios.

Segundo. *Sus milagros.* — « Sino por otro motivo, creedlo por las mismas obras...» El Hijo de Dios no ha querido dejar que nos falte alguna especie de pruebas para sostener nuestra fe, y nos las ha dado con una abundancia digna de su grandeza y de su bondad. Traigamos á la memoria la multitud de sus milagros de toda especie, la manera con que los ha obrado, el fin que en ellos se ha propuesto, el cumplimiento de las Profecías que en él se ha hallado, etc.... ; ¿cómo despues de todo esto, podria vacilar nuestra fe? La oposicion de algunos Judíos ciegos, de algunos Paganos preocupados, de algunos incrédulos libertinos, sirve de prueba y nos demuestra tambien que relacionándonos estos hechos, no han podido convencerlos de falsedad.

Tercero. *Los milagros de sus siervos.* —« En verdad, en verdad os digo: Quien cree en mí, hará tambien las obras que yo hago, y hará aun otras mayores que estas, porque yo voy al Padre...» No solo Jesus ha tenido la potestad de hacer milagros, sino que ha podido tambien darla á sus discípulos,

los que, de hecho, han obrado en su nombre, despues de su muerte, los mismos milagros que él, y tambien mayores, ó sea por la extension de los lugares y del éxito: Jesucristo los hizo solamente en la Palestina, y con ellos ganó solo pocos Judíos, y sus discípulos los han hecho en todo el universo, y han convertido á él las naciones; ó sea por la manera: Jesus los hizo con la extremidad de su vestido, y San Pedro con sola su sombra; ó sea por la dificultad: Jesus ha resucitado un muerto de cuatro dias; algunos Santos los han resucitado de muchos años: ó sea por la calidad: Jesus los ha obrado visiblemente solo sobre los cuerpos, y los Apóstoles, por la imposicion de las manos, han hecho bajar visiblemente el Espíritu Santo en los corazones: ó sea por la novedad: San Gregorio Taumaturgo ha hecho mudar lugar á una montaña. — La razon que el Salvador alega de esta grande potestad que dará él á sus discípulos, es aun mas admirable que la misma potestad: Lo hago, les dice, porque voy á morir. La potestad de los hombres sobre la tierra espira con ellos.—¿Cuál es pues esta muerte de Jesus, que debe obrar tantas maravillas? No puede ser otra que la muerte de un Dios. Si, por su muerte, Jesucristo consuma la obra de nuestra redencion, y adquiere toda la potestad en el Cielo y sobre la tierra, por su Resurreccion, por su Ascension y por su vuelta á su Padre, toma posesion de su Reino, para ejercitar sobre la tierra en el orden natural y en el orden sobrenatural, una auto-

ridad soberana. Poco importa que nosotros no comprendamos estos misterios. Los hechos hablan y nos obligan á creerlos. No son salamente los libros santos, los que nos enseñan estos hechos; nos los atestigua tambien el universo entero convertido y cristiano. Si estos hechos escritos fueran falsos, los habria despreciado el universo, y habria aborrecido el Cristianismo. Pero, bien lejos de esto, el universo testigo de estos hechos, se ha rendido á la evidencia; se ha hecho cristiano, y nos ha enviado estos hechos con la misma evidencia, porque sobre hechos extraordinarios y públicos, un hombre no puede engañar á todo el mundo, ni todo el mundo puede convenirse y acordarse para engañar un solo hombre. ¡O fe adorable! vivid eternamente en mi corazon. Han podido hacerme prevaricar y extraviarme mis pasiones; pero jamas apagarán en mí vuestra divina llama.

PUNTO II.

De la Oracion.

Primero. *En nombre de quien debemos hacerla.* — « Cualquiera cosa que pedireis á mi Padre, en mi nombre, la haré... » Nosotros enderezamos nuestras oraciones, y peticiones al Padre, en el nombre de Jesucristo su Hijo; por sus méritos; por su mediacion, y él es el que juntamente con su Padre nos oye, y hace lo que le pedimos... En virtud

justamente, de una tal oracion, los Apóstoles han hecho los milagros, que han convertido el universo, y en virtud de una tal oracion, nosotros obtendremos todo lo que pidamos, para el provecho de nuestra alma, y para nuestra santificacion. Aprovechémonos de una promesa tan ventajosa, y tan auténtica.

Segundo. *A qué fin debemos hacerla.* — Pidiendo, debemos tener el mismo fin, que tiene Jesucristo, en oirnos: él nos oye « Para que sea glorificado el Padre en el Hijo... » ¡Ah! justamente, sucedió á vista de las portentosas maravillas, que obraron los Apóstoles, y los primeros Cristianos. El mundo vió, que las obraban, solo por la invocacion del Santo nombre de Jesus. No ha podido dejar de reconocer en estas maravillas, la operacion de un Dios, dueño único, y Señor soberano de la naturaleza; y ha renunciado á sus ídolos, por adorar al solo verdadero Dios, Criador, y Omnipotente, y á su Hijo único, Señor nuestro, Jesucristo, en cuyo nombre se obraban todas estas maravillas: en una palabra; el mundo se ha hecho cristiano, porque en la fe de estos misterios consiste todo el fondo del cristianismo. Este mismo fin de la gloria de Dios, por su Hijo, nos lo debemos proponer, pidiendo lo que nos es necesario, para nuestra santificacion.

Tercero. *A quién podemos enderezarla.* — « Si alguna cosa pidiéreis en mi nombre... » Por mis propios méritos, y por mi gloria... « Yo la haré... » La oracion debe enderezarse solo á Dios. Podemos

pues enderezarla al Padre, como hemos dicho antes; podemos enderezarla al Hijo, nuestro Señor Jesucristo, como está escrito en este versículo XIV; porque él es Dios como su Padre; finalmente, por la misma razon, podemos enderezarla al Espíritu Santo, que es el mismo Dios con el Padre, y con el Hijo. En la Iglesia Católica se hacen oraciones á los Santos; á los Angeles, á la Reina de los Angeles, y de los Santos, y no se deben condenar... Estas oraciones se refieren siempre á Dios; porque no pedimos otra cosa á los Santos, que el emplear en nuestro favor, para con Dios, y en el nombre de Jesucristo, su crédito, su poder, sus méritos, y su intercesion. Esta es una doctrina, que hemos recibido desde nuestra infancia; que no debemos olvidar; y que podemos, en algunas ocasiones, explicar á los que calumnian la Iglesia, por que no conocen el espíritu de sus prácticas. ¡Ah! Y cómo podrá esta deshonrar á Dios, mientras que sobre la tierra un uso semejante hace honor á los grandes, que lo emplean, y á los Monarcas con quienes viene practicado.

PUNTO III.

Del Espíritu Santo.

Primero. *Espíritu de amor, y de obediencia.*—« Si me amais, observad mis mandamientos...» La disposicion, ó sea la preparacion que se requiere para

recibir al Espíritu Santo, es amar á Jesucristo, con un amor eficaz, que nos haga fieles observadores de sus Santos mandamientos. Esta misma disposicion viene tambien del Espíritu Santo, y conviene pedirla. Un corazon que ama el pecado, no puede recibir el Espíritu Santo. Un corazon, que cree amar á Jesucristo, sin ser fiel en la observancia de su ley; ó que cree, poder observar la ley, sin amar á Jesucristo se engaña grandemente. Este amor, y esta obediencia, es la que nosotros debemos perfeccionar cada dia en nuestro corazon, si queremos recibir al Espíritu Santo, y gustar sus frutos deliciosos.

Segundo. *Espíritu de consolacion y de paz.*—«Y yo rogaré al Padre, y os daré otro consolador para que quede con vosotros eternamente...» Es nuestro Señor Jesucristo el que nos lo alcanza, y lo obtiene por los méritos de su Pasion, y de su Muerte; y el que como nuestro mediador para con Dios, ruega, é intercede incesantemente por nosotros: súplica é intercesion divina que merece lo que pide, y que no puede ser desechada. Es el Padre el que nos lo concede en virtud de los méritos y de la intercesion de su Hijo amado, que él mismo nos ha dado, y que por nosotros lo ha condenado á la muerte. Finalmente, es el Espíritu Santo el que es enviado para consolarnos en la afliccion por la muerte, y por la privacion de nuestro Salvador, que jamas hemos visto, y que no veremos sino despues de nuestra muerte; para consolarnos en nuestras pe-

nas, en nuestros afanes, en nuestras tentaciones, pero con una consolacion interna, deliciosa, que no está en la superficie de los sentidos, sino con nosotros en el fondo de nuestra alma, y en nuestro corazon. Consolacion eterna : hemos sido privados de la presencia visible de Jesucristo ; pero el espíritu consolador que él nos ha enviado, subsistirá eternamente en su Iglesia ; la gobernará ; la protegerá ; la consolará, y en ella mantendrá una paz eterna, aun en medio de los mas graves tumultos, y de las mas violentas agitaciones. Este Espíritu Santo consolador estará tambien con nosotros, si no lo echamos nosotros mismos con el pecado. Ni el mundo, ni el infierno, ni criatura alguna es capaz de quitarnos del corazon su consolacion. Ni tampoco la muerte nos la quitará, antes entonces nos será mas sensible por la próxima esperanza de los bienes eternos. Dichoso, pues, el que sabe despegar el corazon de toda consolacion humana, para darse enteramente á este Divino consolador!

Tercero. *Espíritu de verdad y de sumision.*—Mi Padre os dará... «El espíritu de verdad que el mundo no puede recibir, porque no lo ve, ni lo conoce ; pero vosotros lo conocereis, porque habitará con vosotros, y estará con vosotros...» El espíritu de verdad fue dado á los Apóstoles y á sus Sucesores, para enseñar, y á los fieles para someterse con docilidad á este divino enseñamiento. El mundo que sigue solo los sentidos, *no ve* este espíritu, y en el enseñamiento de la Iglesia, nada ve de divino,

sino todo humano. El mundo lleno de orgullo y de confianza en sus luces, *no conoce* este Espíritu de verdad que exige la sumision de nuestro corazon, y de nuestro espíritu. Cada uno quiere hallar la verdad en si mismo, ó si la busca en la Escritura pretende interpretar la palabra de Dios, segun su propio espíritu; segun sus ideas; segun sus pretensiones. De aquí han tenido origen tantas sectas; tantos sistemas; tantas quimeras que se contradicen, y mútuamente se destruyen. Frutos infelices del espíritu de orgullo, de error, de mentira, á que el mundo se abandona, en vez de someterse al espíritu de verdad, dado á los Apóstoles y á la Iglesia que ellos han fundado, y con la que debe permanecer eternamente. ¿Seguimos nosotros este espíritu de verdad? ¿Lo conocemos? Habita en nosotros? ¿Está él en nosotros? ¿Es sincera y perfecta nuestra sumision á la Iglesia Apostólica? ¿Es firme nuestra fe, está tranquila?

PUNTO IV.

Prediccion de los tres misterios que Jesucristo quiere cumplir.

Primero. *De su muerte.* — «No os dejaré huérfanos; volveré á vosotros todavía un poquito, y el mundo ya no me verá mas...» De hecho, el tiempo era brevísimo, porque Jesus debia espirar en menos de veinticuatro horas... ¡O Dios mio, con qué arte anunciais Vos á vuestros discípulos la muerte cruel

que vais á padecer! Reservais para Vos toda la pena, y á ellos les presentais solo la consolacion: Vos solo pensais á animarlos, á sostenerlos, y fortificarlos; ¿pero yo que sé á qué suplicio os encaminais podré pensar en él sin horrorizarme y sin morir de amor?

Segundo. *De su Resurreccion.* — « Pero vosotros me veis porque yo vivo, y vivireis tambien vosotros...» Apenas Jesucristo les hace entrever el instante de su muerte; les habla luego al punto de su Resurreccion, y los llena de un pensamiento de consuelo... Llenémonos tambien nosotros, para sostenernos en las penas de esta vida, y en los dolores de la muerte: y entonces digamos, vive mi Salvador; yo lo veré, porque su vida está en mí, y yo vivo de su gracia y de su amor... ¡O mundo infeliz que ya no verá mas á Jesucristo sino al fin de los siglos, como Juez irritado, porque hasta aquel punto no cesará de contradecir á sus máximas, y de perseguir á sus discípulos.

Tercero. *De la venida del Espíritu Santo.* — « En aquel dia (cuando despues de mi Resurreccion y de mi Ascension os habré enviado el Espíritu Santo), Vosotros conocereis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros...» ¡O cuántos misterios aprenderán en un solo dia hombres de espíritu tan poco penetrante, cuales son los Apóstoles que no han podido hasta ahora tener de ellos inteligencia alguna, y que antes siempre han tenido ideas diversas de lo que Jesucristo les anunciaba!

Esta es victoria vuestra ó espíritu de luz. Estos espíritus materiales y carnales fueron iluminados, y comprendieron estos misterios sin dudas, sin sombras, sin mezcla de error, sin la mas mínima incertidumbre; los comprendieron, no en un dia, sino en un instante, y estuvieron en estado de enseñarlos, y hacerlos creer al universo... ¡Ah! venid Espíritu Santo, venid á iluminar nuestros espíritus, y á encender nuestros corazones, para que no solo creamos estos misterios, sino que tambien los gustemos, los amemos, y rebosemos de júbilo y de alegría. Hacednos principalmente conocer el sentido de estas palabras de nuestro Salvador... «Yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros..» ¡O grandeza! ¡o suerte inefable!

PUNTO V.

Del amor de Dios.

Primero. *Cómo debemos amar á nuestro Señor.*— «El que tiene mis mandamientos, y los observa, este es el que me ama...» He aquí la regla compendiosa del amor, de la Santidad, y de la Perfeccion: conocer y practicar los mandamientos de Jesucristo. Hagamos consistir en esto nuestra devocion; á este fin esencial enderecemos todos nuestros ejercicios de piedad, el uso de los Sacramentos, nuestras penitencias, nuestras lecciones, nuestras oraciones, nuestros exámenes, todas las accio-

nes de nuestra vida. Observemos los mandamientos de Dios, tengámoslos presentes al espíritu, no dejemos pasar ocasion alguna de practicarlos, no quebrantemos alguno. En esto consiste todo nuestro espiritual aprovechamiento, sin esto, todo lo demas es nada; ó todo es engaño, sin esto no podemos agradar á Jesus; con esto lo amamos, aunque nos hallemos en una suma sequedad, y casi sin algun sentimiento de fervor, y sin algun gusto de devocion, estemos tranquilos; si somos constantes, y fieles en observar los divinos mandamientos, esto basta, nosotros los amamos.

Segundo. *Cómo seremos amados del Padre.* — «Y el que me ama, será amado de mi Padre...» Si nos parece penoso observar los mandamientos de Jesucristo, y amarlo de este modo, reflexionemos que amándolo así, seremos amados de Dios su Padre, amados del Criador, del Señor absoluto de todas las cosas, del árbitro soberano de la vida y de la muerte, del tiempo y de la eternidad. ¿Qué no hacemos nosotros en el mundo para hacernos amables? ¿Y á quién? A hombres débiles, ingratos, corrompidos en sus juicios, y en sus costumbres, que por lo comun no pagan, sino con desprecio, el cuidado que tenemos de agradarles. ¿Qué no haríamos si estuviéramos seguros de llegar á ser favorecidos de un Monarca, de obtener su confianza y su amistad? ¿Qué no haríamos si pudiésemos prometernos el ganarnos la estima, y el amor de todo el mundo? ¡Insensatos! ¿Ser amados de Dios, no

vale mas que todo esto? ¿El que es amado de Dios, no será un dia estimado y reverenciado de todas las criaturas, y amado de todas aquellas que serán capaces de amar?

Tercero. *Cómo seremos amados de Jesucristo.* — «Y yo lo amaré, y me manifestaré yo mismo á él...» El que ama á Jesucristo, es amado de su Padre, y aquel á quien su Padre ama, lo ama tambien él... ¡Ah! ¿Podria él no amarlo...? ¡O amor divino, que el Espíritu Santo enciende en nuestros corazones, que de nuestros corazones se eleva hasta el corazon de Dios, y nos gana el amor del Padre, y con el amor del Padre, el amor del Hijo! ¡O comercio inefable de la divinidad con los hombres, por medio de la humanidad de nuestro Señor Jesucristo! Misterio de amor, misterio escondido á los ojos de los profanos, y de los trasgresores indóciles de la Ley de Jesucristo; pero misterio que se obra en el corazon de los justos, misterio que Jesucristo les manifiesta por medio del conocimiento que les da de sí mismo! ¡Misterio que él manifestará un dia á los ojos del universo; para confundir y poner en desesperacion sus enemigos! ¡Misterio que dejará de serlo en el Cielo, por la total manifestacion que Jesucristo hará de sí mismo á sus escogidos, los que manifiestamente verán toda la economía de su redencion! ¡O de qué amor, de qué felicidad los llenará esta manifestacion perfecta del amor de Dios para con ellos, y de su amor para con Dios! ¿Creerán ellos entonces haber hecho mucho, con

mantenerse fielmente constantes en la observancia de los mandamientos del Señor?

Peticion y Coloquio.

¡Ah! Señor, concededme la gracia, de que incesantemente trabaje para obtener tan grandes bienes, para merecerlos amándoos, y para dar pruebas de mi amor con la observancia de vuestros mandamientos. Amen.

MEDITACION CCXC.

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XIV, v. xxii, xxxi

CONTINUACION, Y FIN DEL DISCURSO DE JESUCRISTO A SUS APOSTOLES, DURANTE LA CENA.

Primero. Pregunta de San Judas. Segundo. Ultimo á Dios de Jesucristo á sus Apóstoles. Tercero. Razones, que Jesucristo da de su conducta.

PUNTO PRIMERO.

Pregunta de San Judas.

« Díjole Judas, no el Iscariote. ¿Señor; de dónde viene, que te manifestarás á tí mismo á nosotros, y no al mundo?... »

Primero. *El sentido de la pregunta.* — Los Apóstoles escuchaban atentamente á su Maestro; pero no entendian bien lo que les decia, y todas las veces, que lo interrumpian, para proponer sus dudas, daban bien á entender la necesidad, que tenian de

que el Espíritu Santo los instruyese. Esto es lo que ya hemos visto en Santo Tomas, y en San Felipe, y que vemos aquí en San Judas, el cual no va confundido con Judas Iscariote, que ya habia salido del Cenáculo. Judas, por sobrenombre Tadeo, ó Lebbeo, era hermano de Santiago el menor y de él tenemos una Epístola canónica. San Judas, como los demas Apóstoles, miraba siempre el Reino del Mesías, como un Reino temporal; y con esta idea, no comprendia como Jesus, que era el Rey y el Mesías, no se manifestaria el mundo, ni qué especie de Reino pudiese ser aquel, que el mundo no reconoceria... ¿No participamos, por ventura, nosotros aun en alguna manera, del error de este Apostol? En nuestro espíritu, no solo son estimados, mas que el Reino de Jesucristo, los Reinos temporales; sino tambien cualquiera dignidad; cualquiera autoridad, cualquiera grandeza mundana, aprobada y reconocida del mundo. Y ¡o qué no hacemos, qué cosa no estamos dispuestos á hacer por los grandes del mundo! ¿Y por Jesucristo, qué hacemos nosotros?

Segundo. *Respuesta á la pregunta, por lo que mira á los discípulos.*—«Respondió Jesus, y le dijo: si alguno me ama, observará mi palabra; y mi Padre lo amará, y vendremos á él, y haremos mansion en él.» He aquí el Reino de Jesucristo; el Reino del Mesías, Reino del todo desconocido de los discípulos de Jesucristo; Reino Divino, Reino eterno, Reino mayor, que cuanto tiene la natura-

leza. Ser amado de Dios; poseer á Dios; verlo en sí; estar unida con él, he aquí el estado de una alma, que practica la palabra de Jesucristo, y observa sus mandamientos. Ella es el Templo vivo de la Divinidad; la Divinidad reside en ella de un modo, que ninguna lengua puede explicar, ¡o qué felicidad, o qué gloria! ¡Qué desventura, estar privados de un tan grande bien! ¡Qué locura, privarse de él, perderlo por el pecado, despues de haberlo obtenido con la penitencia! ¿Y qué es lo que se debe hacer, para obtener un tan gran favor? Amar á Jesucristo, y por señal de su amor, observar su santa Ley. ¡Ah! Señor: á esto estoy yo resuelto, por lo que me resta de vida; venid á mí; sostenedme; permaneced conmigo, hasta la muerte, y por toda la eternidad.

Tercero. *Respuesta á la pregunta, por lo que mira al mundo.* — «El que no me ama, no observa mis palabras, y la palabra que habeis oido, no es mia; sino del Padre, que me ha enviado...» He aquí el delito del mundo, y la causa de su reprobacion. No ama á Jesus; ni pone en práctica sus palabras, porque estas santas palabras son contrarias á las pasiones que él alhaga. Estas palabras, pues, de piedad, de pureza, de equidad, de caridad, que hemos recibido de Jesucristo, no son solamente de él, sino tambien de Dios su Padre, que lo ha enviado. Luego el que no observa la Ley del Evangelio, desobedece á Dios mismo; y desecha las obras de la redencion, y el mérito de la salud, que él nos

ofrece, en la mision de su Hijo. Despues de un tan formal desprecio de la Divina autoridad, ¿qué cosa debe esperar este mundo perverso, y corrompido; sino un anatema, y un eterno suplicio? ¡O Jesus! Abandono un mundo, que no os ama, ni practica vuestros mandamientos, renuncio sus caminos, y quiero vivir fielmente unido á vuestra santa palabra, que hará, aquí en la tierra, mi santificacion, y mi felicidad en los años eternos.

PUNTO II.

Ultimo á Dios de Jesucristo á sus Apóstoles.

Primero. *Les promete de nuevo la venida del Espíritu Santo.*—« Estas cosas os he hablado estando con vosotros. El Paráclito, pues, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os hubiere dicho... » He aquí los dos maestros, que Dios nos ha dado; el uno visible y sensible que ha estado entre nosotros, hombre, como nosotros, que ha hablado la lengua de los hombres, y en esta lengua ha revelado, en cuanto es posible los misterios de Dios, que en su Humanidad nos ha dado ejemplo, ha padecido, ha merecido, ha satisfecho por nosotros, y este es el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, segunda Persona de la Santísima Trinidad; el otro es el Espíritu Santo, tercera Per-

sona de la Santísima Trinidad, Maestro interno é insensible, cuyo lenguage ilumina el espíritu, da la inteligencia de todas las cosas, y se hace sentir en el corazon. Por este espíritu han comprendido los Apóstoles el sentido de cuanto Jesucristo les habia dicho, y de cuanto habia hecho. Por la fuerza, y con la luz de este espíritu han confundido la Sinagoga; han convertido el Gentilismo, y la Iglesia interpreta aun todos los dias las Escrituras, hace la discrecion de los libros, y de la doctrina, que ellos contienen, y reprueban, y desecha todas las heregías, los errores y las novedades. Este espíritu es el que ha sugerido á los Apóstoles, lo que debian enseñar, á los Autores Sagrados lo que debian escribir, á los Mártires lo que debian responder, y aun hoy en dia es él el que internamente nos habla, y nos aparta del mal; y nos inspira el bien, que debemos hacer. ¡Ay de nosotros, si damos antes oidos á las sugestiones del maligno espíritu, que á las inspiraciones del Espíritu Santo. El Padre nos lo envia, en nombre de Jesucristo, porque nos lo ha concedido solo por sus méritos, y lo ha hecho bajar solo para hacernos comprender, gustar y practicar la doctrina de Jesucristo; y he aquí como las tres Personas de la adorable Trinidad unidamente, é indivisiblemente se emplean para nuestra salvacion, y he aquí como es obra suya nuestra santificacion. ¡Ah! No les hagamos resistencia, ni perdamos el fruto de un tan grande beneficio.

Segundo. *Les da su paz.*—«La paz os dejo, mi

paz os doy, no os la doy yo como la da el mundo. No se turbe vuestro corazon, ni se atemorice...» Dejando el Salvador á sus discípulos, les da su paz; pero no como la da el mundo. La manera, y la cosa son muy diferentes. La paz del mundo consiste puramente en gozar tranquilamente de los bienes sensibles, paz muchas veces turbada, y muchas veces expuesta á serlo por todo aquello, que puede quitarnos estos bienes, paz externa, y en medio de la cual el corazon está frecuentemente agitado de la guerra de las pasiones, y de los remordimientos de la conciencia, paz breve, pues, á lo mas puede durar, cuanto la vida presente; paz peligrosa, y á veces mas funesta que el tumulto, y que la tribulacion. La paz de Jesus, es la paz con Dios, á quien se sirve, con el prójimo á quien se ama, con nosotros mismos, mortificando las pasiones; paz interna, que llena al alma, serena el corazon, y lo sacia; paz durable, que no podemos perder, sino por nuestra culpa, y que no destruirá la muerte; paz santa, que es una prueba anticipada de la bienaventurada paz de la eternidad. El mundo no puede darnos-, ni aun su misma paz, solamente puede deseárnosla; pero sus deseos son por sí mismos estériles é ineficaces. Tiene otros deseos de pura ceremonia, y vanos, que consisten solo en palabras, otros falsos que los desmiente el corazon, y los desecha, otros engañosos, que los contradicen la conducta, y las acciones. Pero cuando Jesucristo nos desea su paz, él nos la da, porque sus deseos son

eficaces, si nosotros no les ponemos algun obstáculo; y porque sus palabras obran en nosotros lo que significan. Él solo tiene derecho de decirnos, no os turbeis, no temais, porque él solo con su gracia puede defendernos contra todas las cosas, y hacernos triunfar de todo. Perdieron los Apóstoles, es verdad, esta paz, la consternacion se apoderó de su corazon, y el temor los separó, pero Jesucristo les perdonó su cobardía, los reunió, les restituyó la paz, y nada fue ya capaz en adelante de quitársela. Pidamos á Jesus, que nos dé su paz, y no busquemos jamas otra.

Tercero. *Los anima á alegrarse de su partida.*— «Habeis oido, como os he dicho, voy, y vengo á vosotros. Si me amáseis, os alegrariais ciertamente, porque voy al Padre; porque el Padre es mayor que Yo...» ¡Ay de mí! ¿O Señor, cómo quereis Vos que se alegren, cuando Vos los dejais? Si no pueden alegrarse ¿no es por ventura, porque os aman? Es verdad, que Vos vais á vuestro Padre; pero Vos no decís, por qué camino sangriento debeis ir. ¿Cómo podrian alegrarse, si lo supieran? Y Vos, Señor, que lo sabeis, ¿cómo podeis aun animarlos, á que se alegren, y á que se alegren por amor vuestro? El ir á vuestro Padre es cierto que es cosa grande, si para ir á vuestro Padre, contais por nada los oprobios, los suplicios, la Cruz y la Muerte. Y si todo esto debe tambien ser motivo de alegría, para los que os aman, porque este es el camino, que os lleva á vuestro Padre, contais por nada los oprobios, los

suplicios, la Cruz y la Muerte. Y si todo esto debe tambien ser motivo de alegría, para los que os aman, porque este es el camino, que os lleva á vuestro Padre ¿cuán grande debe ser aquella gloria del Cielo, donde vuestra santa Humanidad será colocada á la diestra de vuestro Padre? Sí, o Señor, igual á vuestro Padre, por la naturaleza divina, que jamas habeis dejado, Vos sois infinitamente inferior á él, por la naturaleza humana, que habeis tomado. Si ahora vais á vuestro Padre, lo haceis por vuestra naturaleza humana, en vuestra naturaleza humana Vos sereis glorificado por vuestro Padre, y porque vuestro Padre es infinitamente grande, é infinitamente poderoso, todos los oprobios y suplicios que padecereis por su amor, son nada en comparacion de las celestiales delicias, de que os colmará, y de la gloria eterna, de que os coronará. Pero yo, o Señor, á quien os dignais llamar á la participacion de la misma gloria ¿cómo debo mirar las Cruces, las penas, las enfermedades, los dolores y la muerte, que me guian á ella? ¡Ah! Diré, como Vos, á los que se afligirán por mi muerte. «Si me amáseis os alegraríais ciertamente, porque voy al Padre; porque el Padre es mayor que yo...» Voy á mi Señor, que ha muerto por mí, y que ha padecido mas que yo. Así hablaban los Mártires á sus parientes y á sus amigos, que llorosos los veian arrastrar al suplicio... Así tambien se han visto en el lecho de la muerte, muchos Cristianos consolar sus afligidas familias, y alegrarse ellos mismos entre

los dolores, y en la cercanía de una muerte, que estaba para ponerlos en la posesion de la bienaventurada eternidad... Animemos nuestra fe, nuestro amor, y nuestra esperanza.

PUNTO III.

Razones que Jesucristo mismo da de su conducta.

Primero. *De sus predicciones.*—«Yo lo he dicho, ahora antes que suceda; para que cuando fuese hecho creais...» La Religion Cristiana está apoyada sobre tantas pruebas de toda especie, y tan convincentes, que no obstante la incomprensibilidad de sus misterios, un corazon recto no puede hacer otra cosa que creer. Para quedar convencidos, basta abrir los ojos, ver lo que ha sucedido, y lo que ha sido predicho. ¿Podian los Apóstoles no creer despues de lo que habian visto, y de lo que habian experimentado en sí mismos en la venida del Espíritu Santo? ¿Podian los primeros Cristianos no creer despues de haber visto lo que obraban los Apóstoles? ¿Podemos nosotros no creer; nosotros que vemos el universo hecho Cristiano; nosotros que leemos la historia de este cambiamiento; por qué medios se hizo; en qué modo se estableció la fe; se ha conservado; y ha llegado á nosotros? ¿No lo ha predicho todo el Salvador? ¿No ha sucedido todo: no existe todo, como él lo predijo? Seais por siempre bendito, o Salvador mio, por habernos da-

do una Religion tan sublime; y por habérnosla hecho, al mismo tiempo tan creible *.

Segundo. *De la potestad del demonio sobre Jesucristo.* — « No hablaré ya mucho con vosotros: porque viene el Príncipe de este mundo, y no tiene que hacer nada conmigo... » ¡Ah! Por qué, pues, o Señor, ejercitará él sobre Vos un poder tan tiránico, y tan cruel? ¡Ah! Es, porque Vos lo quereis; porque Vos le dais la potestad; porque vuestro amor y el deseo de rescatarnos, os da á la discrecion de su furor, y de la rabia de todos aquellos que él armará contra Vos. Venid, pues, ministros, y diputados de Satanas; venid; vuestra víctima está pronta, y Jesus os espera: pero dándose en poder de vuestro furor, sabrá todavía triunfar aun despues de habar exhalado el último espíritu debajo de vuestros golpes.

Tercero. *Del deseo y voluntad que Jesucristo tiene de morir.* — « Y para que el mundo conozca que amo al Padre, y que como el Padre me ha ordenado, así hago. Levantaos, y partamos de aquí...» Dios ha querido que su justicia quedase satisfecha. No pudiendo los hombres satisfacerle, les ha dado él su Hijo, y ha dado un precepto á este su Hijo amado de morir por nosotros, si queria rescatarnos, y el Hijo ha aceptado la muerte para salvarnos, y mostrar en esto á su Padre su obediencia y su amor. He aquí lo que deben saber los hombres;

* Psalm, XCIII, v. III.

lo que se les debe anunciar; lo que debe santificarlos, y llenarlos de amor y de reconocimiento. He aquí por otra parte lo que debemos imitar: mostrar á Dios nuestro amor, siguiendo las órdenes que él nos ha dado, aun cuando sean severos. ¿Se trata de nuestra fortuna; de un placer nuestro, de nuestra gloria; de nuestra vida misma? A esta palabra de mandamiento de Dios; de voluntad de Dios; de gusto de Dios, todo debe ceder. Debemos decir á todas las facultades de nuestra alma, y á todas las fuerzas de nuestro cuerpo, como el Salvador á sus discípulos: *Alzaos* : *partamos de aquí...* Vamos, salgamos de este lugar sospechoso; de esta ocasion peligrosa; de aquella pereza; del estado de reposo y de indolencia: *Partamos*; corramos donde el orden que Dios nos ha dado; donde el precepto que Dios nos ha hecho; donde su santa voluntad y la obediencia nos llaman.

Peticion y Coloquio.

Haced, o Dios mio, que de mi prontitud, de mi exactitud, de mi ejemplaridad, de mi fervor, se conozca que os amo: haced que de esto sea edificado el prójimo, y que yo mismo sea fortificado en el amor de vuestro santo servicio. Amen.

MEDITACION CCXCI.

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XV, v. 1, VIII.

DISCURSO DE JESUCRISTO A SUS APÓSTOLES DESPUES DE LA CENA.

JESUS SE COMPARA A LA CEPA DE LA VID.

Primero. De la operacion de Dios sobre los sarmientos de la vid. Segundo. De la necesidad que hay de que los sarmientos esten unidos á la cepa. Tercero. De la suerte de los sarmientos.

PUNTO PRIMERO.

De la operacion de Dios sobre los sormientos de la vid.

Es creible que el Salvador luego que hubo pronunciado las últimas palabras, se levantase de la Mesa, y saliese con sus Apóstoles: y que estando estos en pie al rededor de él, hiciese antes de salir de la casa el discurso y la oracion que refiere San

Juan en los tres capítulos, á que damos principio. Unámonos á estos Santos Discípulos: escuchemos con respeto las últimas instrucciones de nuestro Divino Maestro, y pidámosle la gracia de comprenderlas, y de aprovecharnos de ellas... « Yo soy la verdadera vid: mi Padre es el Labrador... » Jesus es la verdadera vid; aquella vid, por excelencia, que ha producido aquel vino delicioso que ha lavado y santificado al mundo: que nos fortifica en la Eucaristía, y que es las delicias de los Santos en el Cielo, y les confiere la bienaventurada inmortalidad. Dios es el Labrador que se encarga de la cultura de esta vid. Jesus en su Humanidad se ha abandonado enteramente en las manos de su Padre y á la cultura de este Divino Labrador. Ha pasado por todas las pruebas, á que lo ha conducido la Providencia, y en todo lo que ha dicho ó hecho se ha conformado enteramente con su divino querer. He aquí nuestro modelo: escuchemos ahora á nuestro Maestro, y aprendamos las operaciones del Labrador Celestial.

Primero. *Sobre los sarmientos estériles.* — « Todo sarmiento que en mí no lleve fruto, lo quitará...» Judas es en este mismo tiempo un terrible ejemplo; fugitivo de la compañía de Jesus; excluido del Cuerpo Apostólico, separado de la Iglesia: una muerte funesta, seguida de una eterna reprobacion, está para poner el colmo á su desgraciada suerte. Nosotros por el Bautismo estamos en Jesucristo: estamos en él por un modo particular y dis-

tinguido por el Sacramento del Orden, por los votos de la Religion ; por cualquier estado de santidad que podamos haber abrazado. Si no cumplimos nuestras obligaciones, Dios el Padre nos separará de su Hijo, ó permitiendo que caigamos en la heregía, en el cisma, en la apostasía, en la irreligion, en los desórdenes del siglo, en la dureza del corazon ; ó quitándonos de este mundo, y privándonos de una vida de que continuamente abusamos. Este es un castigo que Dios ejercita cada dia delante de nuestros ojos, sobre que no hacemos reflexion ; y que debia ciertamente llenarnos de un saludable temor. ¡Ay de mí! o Dios mio, cuántas veces he merecido yo que usáseis esta severídad conmigo! Si me habeis perdonado hasta ahora, es un exceso de vuestra misericordia, de que ya no abusaré jamas.

Segundo. *Sobre los sarmientos fértiles.* — « Y todo aquel que diere fruto, lo limpiará para que dé mas fruto... » Dios tiene cuidado de purgar y podar los sarmientos fértiles, con golpes de una providencia severa, pero benéfica ; tales son las cruces, las aflicciones, las persecuciones, las desgracias, la pérdida de los bienes, el trastorno de los proyectos de fortuna, ó de ambicion ; la privacion de las comodidades de la vida, y aun de las dulzuras espirituales ; tales son tambien las enfermedades ; una sanidad debil ; la separacion de las personas amadas, y aun útiles, y tantos otros medios de que la Providencia se sirve para purificar nuestro corazon;

para despegarnos de las criaturas; para hacernos llevar frutos de virtud, mas puros; y mas abundantes. Cobremos el hábito de mirar bajo de este punto de vista, las diferentes desgracias de la vida. Reconozcamos que en muchas ocasiones obra Dios de esta manera con nosotros, para nuestro provecho. Sea nuestro cuidado el darle gracias y abandonarnos á los cuidados de su Divina Providencia... Cortad, o Dios mio; cortad, quitad, alejad de mí todo cuanto podria poner obstáculo á mi perfeccion, é impedirme llevar aquellos frutos que Vos quereis que lleve..... Dios limpia tambien, y poda los sarmientos fértiles, con la santidad de su palabra..... « Vosotros ya estais limpios, en virtud de la palabra que os he anunciado.» No habian sido á la verdad accidentes improvisos, ó desgracias temporales, las que habian apartado á los Apóstoles del siglo, para unirse y seguir á Jesucristo; fue sí la santa palabra que les habia anunciado; la fe que tenian en él y en sus divinas promesas... Nosotros tenemos esta santa palabra: ¡ah! si la meditásemos bien; si la practicásemos, cuántas cosas nocivas y superfluas habria ella purgado en nosotros?..... Esta palabra nos monda el amor de Dios, y el amor del prójimo; la pureza, la dulzura, la humildad, la paciencia, la mortificacion de nuestros sentidos, y de nuestras pasiones, el recogimiento, la oracion, la rectitud de intencion, la union con Dios. ¿Qué progresos hemos hecho nosotros en estas virtudes? Lo que nos ha impedido el hacerlos, es precisamente

lo que la palabra de Dios debe cortar en nosotros, si queremos tener parte en el elogio de los Apóstoles ; si queremos que nuestro Salvador y nuestro Juez nos declare puros, y no culpados, y dignos de castigo.

PUNTO II.

De la necesidad que hay de que los sarmientos esten unidos á la cepa.

Primero. *Sin esta union, no puede llevar fruto.* — « Manteneos en mí , y yo en vosotros. Así como el sarmiento no puede por sí mismo dar fruto , si no se mantiene en la vid ; así tampoco vosotros, si no os manteneis en mí.... » Estemos con Jesucristo , y obtengamos de él que more en nosotros, conservando nuestro corazon en la fe , en la gracia , y en el recogimiento. El que ha perdido la fe de la Iglesia , en vano presume de sus buenas obras : separado de Jesucristo , es imposible , que lleve fruto alguno de una bondad sobrenatural , y digna de Dios. Todo lo que él hace , va siempre viciado del estado de indocilidad , de orgullo , y de rebelion , en que persevera. El pecador , que tiene la fe , sin tener la gracia, tampoco puede hacer cosa , que sea meritoria , para la vida eterna. Todo el tiempo , que pasa en esta funesta separacion , es un tiempo perdido para el Cielo. No queda que hacer á los unos , y á los otros, sino volver prontamente á Je-

sucristo, y mantenerse constantemente unidos á él, con los vínculos de la fe, y de la gracia..... A esta union esencial, y de que aquí habla Jesucristo, añadamos la union, que se tiene con Jesucristo, por medio del recogimiento interno. ¡O y qué pocos frutos lleva una alma disipada, en comparacion de una alma unida á Dios, por el recogimiento! ¡Cuántas buenas, y santas obras, al considerar solo el externo, se hallan viciadas por defecto de intencion, de diligencia, de atencion, de exactitud, frutos infelices de la disipacion habitual, en que se vive!

Segundo. *Por medio de esta union, llevan mucho fruto.* — « Yo soy la vid; vosotros los sarmientos: el que se mantiene en mí, y yo en él, este lleva gran fruto; porque sin mí nada podeis hacer....» ¡O union admirable; union divina de los cristianos con Jesucristo! Hacen con él un solo, y un mismo cuerpo: una sola, y una misma vid. Jesus es la cepa, nosotros somos los sarmientos. De esta cepa divina se difunde, la gracia, como un jugo exquisito, y se esparce en nosotros; nos sirve de nutrimiento, causa nuestro aumento; y nuestra fertilidad. Sin la gracia de Jesucristo, nosotros nada podemos; nada es todo cuanto hacemos, pero estando unidos á él, y obrando por su gracia ¡qué abundancia de frutos no han llevado los Apóstoles, los Mártires, los Santos, los cristianos fervorosos! Todos sus pasos, todas sus palabras, todas sus acciones, todos sus sufrimientos, han sido delante de

Dios, frutos deliciosos, conservados para la vida eterna. ¿Quién impide, que nosotros tambien llevemos frutos en abundancia? Moremos en Jesucristo, por medio de la fe, de la caridad, y de la oracion, y Jesucristo morará en nosotros, y nos hará llevar los mismos frutos, que han llevado los Santos.

PUNTO III.

De la suerte de los sarmientos.

Primero. *De los sarmientos, que se separan de la cepa.* — « El que no permaneciere en mí será arrojado fuera... Se secará, y lo cogerán; y lo echarán en el fuego, y arderá... » Consideremos bien todas estas palabras; observemos todos los grados, por los que se baja al abismo; y veamos, si nosotros no tenemos ya, acaso, un pie en el precipicio.— Primero. *Será arrojado fuera.*— ¿No hemos incurrido nosotros las censuras de la Iglesia por lecciones de libros prohibidos; ó por discursos temerarios? ¿No hemos profanado, ó abondonado el estado, á que Dios nos ha llamado? ¿No hemos perdido su gusto, y su espíritu? ¿No nos apartamos, por ventura de los Sacramentos, de la oracion, de los oficios divinos, de la compañía de las personas buenas, y fervorosas, y de los verdaderos Católicos, por hacer liga con los pecadores; con los que no aman, ni la virtud, ni la piedad, ni la

Iglesia? Y he aquí, *arrojados fuera.* — Segundo. *Se secará.* ¿Qué cosa es aquella habitual indevocion, en que vivís; aquella insensibilidad á las cosas de Dios; aquel estado de disipacion continua? ¿No es el sarmiento, que se seca? — Tercero. *Lo cogerán.* He aquí la muerte, á quien nada se escapa; que lo recogerá todo: que destruye los cuerpos; pero que presenta las almas á su Criador, sin que alguna pueda, ó perecer, ó echarse fuera de su justicia. — Cuarto. *Lo echarán en el fuego.* He aquí el juicio, que se pronunciará, y se ejecutará contra los sarmientos separados, estériles, y secos. — Quinto. *Arderá.* He aquí la suerte, para la eternidad. — ¡O, y de qué peso son todas estas verdades!

Segundo. *De los sarmientos, que estarán unidos á la cepa.* — «Si os mantuviéreis en mí, y guardáreis mis palabras, cualquiera cosa, que quisiéreis, la pediréis, y se os concederá. En esto es glorificado mi Padre en que llevéis mucho fruto, y seais mis discípulos...» El que está unido á Jesucristo, observa su ley, é imita sus ejemplos. — Primero. Tiene derecho para pedir todo cuanto querrá para su santificacion, y está seguro de obtenerlo, y aun de obtener alguna otra cosa mas util, que la que pide ¿con que la culpa es nuestra, y es una culpa bien grande, si hemos adelantado tan poco en la perfeccion? ¡Ay de mí!... Nosotros no comprendemos todo el valor de esta promesa. — Segundo. Glorifica á Dios. Aquel Dios, que ve con desprecio,

y aun reprueba todas las pompas del mundo, y los hechos esclarecidos, que el mundo admira; este gran Dios se glorifica en un alma sencilla unida á Jesucristo; halla su gloria en las virtudes oscuras de esta alma fiel, y en las mas mínimas acciones, que ella hace por él. ¡Qué noble motivo para animarnos! — Tercero. Se enriquece á sí mismo. El fruto que él lleva por la gloria de Dios, hace tambien su riqueza, y su mérito. He aquí, porque debe pedir con ardor, y está seguro de obtener; porque todo lo que obtiene, sirve para la gloria de Dios, que se lo concede. ¡O comercio divino! ¡o relacion admirable de nuestra felicidad, con la gloria de Dios! — Cuarto. Honra á Jesucristo. Lo honra delante de los hombres, mostrándose su discípulo con los hechos: lo honra en sí mismo, porque solo por la union, que tiene con él, lleva fruto, y porque pide solo por su espíritu, y obtiene solo por sus méritos. — Quinto. Reinará con Jesucristo. ¿Dónde debe ir á para una vida tan santa, tan abundante de virtudes, tan unida con Dios? Jesucristo mismo nos lo ha dicho. « Donde estoy yo, allí estará tambien el que me sirve. * » Confrontemos ahora estas dos vidas; la vida de los que se separan de Jesucristo, y la de los que se mantienen unidos á él: y confrontemos tambien la suerte eterna de los unos, y de los otros.

* S. Juan, c. XII, v. xxvi.

Peticion y coloquio..

O Dios ¿es posible, que tantas almas hagan una eleccion tan mala? ¿cómo, pues, la he hecho yo? ¡Ah! vuelvo á Vos, o Jesus; á Vos me uno; concededme la gracia de que no me seprae jamas. Amen.

MEDITACION CCXCII.

SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XV, v. IX, XVII.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO A LOS APÓSTOLES DESPUES DE LA CENA.

Primero. Del amor que Jesucristo nos tiene. Segundo. De la caridad fraterna. Tercero. De la dignidad de los Cristianos.

PUNTO PRIMERO.

Del amor que Jesucristo nos tiene.

Primero. *De la naturaleza de este amor.*—«Como el Padre me amó; así yo os he amado.» Dios es todo caridad, y amor, y la Religion Cristiana es tambien caridad, y amor en Dios. He aquí el orden de esta caridad infinita de Dios, único y amado. Su humanidad estando unida al Verbo en unidad de persona, es el solo objeto digno por esta union del amor

infinito de Dios. Jesucristo de su parte siendo hombre como nosotros nos ama con el mismo amor con que á él lo ama su Padre y nos comunica, por decirlo así, este amor infinito. Nos ama por la misma razon, por la que él es amado ; esto es, por razon de la union que nosotros tenemos con él, como él es amado, por razon de su union con la divinidad ; nos ama, por el mismo fin porque él es amado; esto es, por la gloria de Dios; y por procurarnos una gloria eterna. Nos ama con las mismas condiciones, con que él es amado ; y estas condiciones, son, que nosotros lo amemos, y que amemos á su Padre ; como él mismo lo ha amado. ¡Qué bello plan de Religion! No lo han inventado de cierto los hombres : él es efecto de la caridad infinita de Dios! ¡Qué felicidad ser Cristianos; conocer estas sublimes, y efectuosas verdades, y estar en el amor de Jesucristo, en el amor de Dios! Alégrate, pues, alma mia; y no quieras ya gozar placer alguno sobre la tierra; te basta gozar del amor de tu Dios.

Segundo. *De la conservacion de este amor.* —Primero. Esta conservacion es importante..... «manteneos en mi caridad...» Manteneos en la posesion de mi amor, y de mis gracias. En este amor tenemos nosotros todos los bienes del tiempo, y de la eternidad; estamos libres de todos los males, y seguros de todo temor. Sin este amor estamos en poder de todos nuestros enemigos; nuestro corazon está arrastrado; nuestra alma envilecida;

nos rodean los peligros de la muerte; y el infierno esperá solo la hora de nuestro tránsito para tragarnos.—Segundo. Ella es dificil... Pide cuidado grande y atencion. No basta haber vuelto á entrar en gracia de Dios por la penitencia, conviene continuar en ella, y mantenernos... Es facil empezar; pero es dificil perseverar.. El demonio, la carne, el mundo, nos solicitan continuamente para apartarnos de este amor, pero con todo eso, es necesario perseverar en él hasta la muerte. Traigamos, pues, frecuentemente á la memoria, y principalmente en el tiempo de la tentacion, esta palabra de nuestro Salvador... «Manteneos en mi caridad...» Y fortificados con este dulce convite resistamos valerosamente á todo. — Ella depende de la observancia de la ley de Dios. «Si observáreis mis mandamientos os mantendreis en mi amor; así como yo tambien he observado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor..» Este es medio seguro; nos lo da Jesucristo mismo. No es así con los grandes de la tierra. La injusticia, el capricho, la cabala nos hacen muchas veces perder su favor en el tiempo mismo que nos aplicamos á ejecutar mas exacta, y puntualmente su voluntad, y su querer.— Medio único. En vano nos consumiremos en ayunos, en penitencias, en oraciones, en el celo, en los trabajos por la salvacion de las almas: todo es inutil; sino observamos la ley de Dios, caeremos de su gracia y de su amor.—¡Ah! No nos engañemos: á esto deben enderezarse todas nuestras accio-

nes.—Medio dulcísimo ; principalmente despues que Jesucristo nos ha dado el ejemplo. ¿Y qué cosa puede haber mas racional, y mas justa que el observar los mandamientos que nuestro Criador nos ha dado , y nos ha renovado nuestro Salvador? ¿Qué cosa puede ser mas dulce que observarlos á ejemplo de nuestro Salvador, que él mismo ha observado con tanta exactitud , y á tan grande costa los mandamientos de su Padre; y que por eso se ha mantenido en su amor? ¡Ah! ¡Qué vergüenza , qué pecado para nosotros , si á este precio no seguimos un tan grande ejemplo!

Tercero. *Del fruto de este amor.* — « Estas cosas os he dicho para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea completo... » ¿ Y quién no se colmaria de gozo , oyendo decir á Jesucristo que él nos ama como su Padre lo ha amado? ¿Pero primero, cómo está en nosotros el gozo de Jesucristo? El gozo de Jesucristo está de dos maneras en un alma, que es fiel en observar su ley.— Primeramente el gozo se halla en ella en cuanto que esta alma no tiene otro gozo sino es en Jesucristo, que es el solo objeto de su amor: en cuanto que no siente otro placer que el que siente Jesucristo. Ella se alegra con él de sus grandezas, y de todos sus misterios; de su misma muerte, y de su cruz, por la gloria que que de todo esto le ha resultado. Se alegra de procurar la gloria de Dios, la salvacion de las almas, el aumento y exaltacion de la Santa Iglesia. Se alegra de tener alguna parte en los sufrimientos de

Jesucristo y en las buenas obras que se hacen por su gloria. En segundo lugar el gozo de Jesucristo está en esta alma, en cuanto que Jesucristo se complace en ella; se gloría de su amor, y de su fidelidad en servirlo; en cuanto que tiene con ella sus delicias, y pone su complacencia en iluminarla, en purgarla, en adelantarla, y en purificarla. ¡O qué gran dicha! ¿Y por qué no me hago yo digno de ella, por medio de una práctica fiel de la Ley de Dios?— Segundo. En qué modo puede ser cumplido nuestro gozo? Lo es primeramente en esta vida. El gozo de una alma, que sirve á Dios con fidelidad, es cumplido, y perfecto: y se perfecciona cada dia, porque viene de Dios; porque está en el fondo de nuestra alma; porque llena toda su capacidad; porque no deja en ella algun vacío, ó alguna entrada á cualquiera otra cosa, que la pueda turbar; porque está independiente de todos los accidentes humanos, porque todo lo nutre; todo lo mantiene, todo lo aumenta. La penitencia, las lágrimas, las cruces, las tribulaciones son su alimento. En segundo lugar; en la otra vida. Allá el gozo de una alma fiel será lleno, perfecto, y cumplido con Jesus en Dios. ¡Ah! Señor, será verdad, que mi corazon se esté siempre insensible á tan grandes objetos! ¿Qué diferencia entre este gozo santo, sólido, y eterno, y los gozos de la carne, y del mundo! Estos estan siempre llenos de tumulto, de temores, de inquietudes, de remordimientos, de sospechas, de contradicciones, de traiciones, de disgustos, y de desespe-

racion en esta vida: y despues se les sigue un suplicio eterno en la otra. Muy mal entienden su interes propio los que se apartan de Jesucristo: los que temen dedicarse á él, y consagrarse á su amor. Dios quiere, que yo tenga este gozo; por esto, justamente ha dicho todas estas cosas. ¿Seré yo, pues, tan ciego que lo deseche, y no lo quiera?

PUNTO II.

De la caridad fraterna.

Primero. *De la naturaleza de este amor.* — « Mi mandamiento es este; que os ameis los unos á los otros, como yo os he amado... Continuemos aquí el orden y enlace de la caridad de Dios... » Dios ama á su Hijo nuestro Señor Jesucristo, de su parte Jesucristo nos ama, como su Padre lo ha amado á él. Aquí no se para la caridad de Dios; ella anima todos los miembros de Jesucristo; y como de Jesucristo ha pasado á nosotros; así de cada uno de nosotros debe pasar á nuestro prójimo, á nuestros hermanos, y de nuestros hermanos volver á nosotros, para hacer de todos nosotros un solo y un mismo amor en Dios, por Jesucristo. La caridad pues, con que nos amamos mútuamente los unos á los otros, y que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones, es la misma caridad, por la que Dios ama á Jesucristo, y por la que Jesucristo nos ama á nosotros: por la que nosotros amamos á Jesucristo y

amamos á Dios. No es, pues, cosa sorprendente, que Jesucristo llame precepto suyo el precepto de la caridad fraterna; pues es este el nudo y el canal de esta divina caridad, y es su premio y excelente modelo. De aquí podemos comprender la necesidad intrínseca de la caridad fraterna, pues el que no la tiene, tampoco tiene en sí la caridad de Jesucristo, ni la caridad de Dios. Comprendamos el motivo, y el fin de esta caridad, que son los mismos, que los de la caridad de Jesucristo, para con nosotros. Esto es, la union, que tienen los hombres, ó que pueden tener con Jesucristo, y por él con Dios; la gloria, y la voluntad de Dios, y la salud eterna de nuestro prójimo. Finalmente, comprendamos la excelencia de esta virtud; porque no es diferente de la caridad, que nos hace amar á Dios; ella es su cumplimiento necesario; y de todas las virtudes ella sola debe subsistir en el Cielo. Allá reunirá todos los bienaventurados con Jesucristo en Dios, y será su eterna felicidad, despuer de haber hecho su mérito sobre la tierra.

Segundo. *De los efectos de este amor.*—« Ninguno tiene mayor caridad que esta del que da su vida por sus amigos... » Por los que ama. He aquí el último esfuerzo de la caridad, y el mas alto punto, á que pueda subir. Hasta allí ha subido la caridad de Jesucristo, muerto en cruz por nosotros : hasta allí la de los Apóstoles, y de los Mártires que han dado su vida por conservar, y enviar hasta nosotros el depósito de la fe ; desde allí llega aun hasta

nosotros, y entre nosotros la caridad de los sucesores de los Apóstoles, de los Pastores de las almas, de sus coadjutores en el sagrado ministerio; de tantas personas del uno y del otro sexo, que, cada una segun su estado, sacrifican sus bienes, y sus placeres; su reposo, su sanidad; y su vida al alivio de los pobres, de los enfermos, de los agonizantes; al rescate de los cautivos, á la instruccion de la juventud; y á la conversion de los pecadores, de los hereges, de los infieles. He aquí el espectáculo de caridad, que ha presentado la Iglesia, en todos los siglos, y presentará hasta la fin del mundo, á ejemplo, y sobre las pisadas de su Divino Esposo. Si nuestra vocacion nos llama á estos santos ejercicios, alegrémonos; hagamos en ella todos nuestros esfuerzos; animémonos con nuevo ardor; y guardémonos de perder el mérito de un tan grande sacrificio, faltando á la caridad, en cosas menos considerables, que no son menos importantes, ni menos recomendadas. Si nuestra vocacion no nos llama á cosas tan grandes para el prójimo, comprendamos á lo menos, la necesidad, en que estamos de observar la caridad en todas las ocasiones, en que podamos, segun nuestro estado, y que son para nosotros indispensables. ¡Ah! Qué vergüenza si faltásemos en esto! ¿Con qué justicia nos desecharia Jesucristo, como indignos de él, y quebrantadores del grande precepto, que él mismo nos ha recomendado, tan expresamente?

Tercero. *De la recompensa de este amor.*—«Vos-

otros sois mis amigos, si hiciéreis las cosas que yo os mando... » Si observais el precepto, que os he dado, de amaros los unos á los otros, como yo os he amado á vosotros. — ¡Ser amigo de Jesus! ¿Y quién será el que no desee un tal favor? ¿Queremos conservarlo? Consideremos con qué condiciones se nos ofrece; observemos el precepto de la caridad; amemos á nuestro prójimo, como á nosotros mismos. A este precio, somos amigos de Jesucristo; pero sin esto, no esperemos alguna parte en su amistad. — Examinémonos pues, sobre este plan; regulemos nuestros juicios y nuestros sentimientos, nuestros deseos, nuestras palabras y nuestras acciones: todo en esta materia es de la mayor importancia. ¡Ah! Bienaventurado el que tiene el corazon lleno de caridad; que vela incesantemente por no ofenderla en nada, y que todos los dias trabaja, con su dulzura, y con sus buenos oficios para aumentar en sí la caridad! Pidamos á Jesucristo esta divina virtud, para poder entrar en el número de sus amigos.

PUNTO III.

De la dignidad de los Cristianos.

Primero. *Por la revelacion.*— « No os llamaré ya siervos; porque el siervo no sabe lo que hace su Señor. Pero os he llamado amigos, porque os he hecho saber todas las cosas que he entendido de mi

Padre...» La revelacion, que Dios hizo á los primeros hombres; y que hizo despues á los Judíos por sus Profetas, era solo un breve vislumbre, un crepúsculo, que empieza á nacer. Apareció despues Juan, como una aurora, que anunciaba el próximo nacimiento del Sol: Pero la revelacion, que Jesucristo ha hecho á su Iglesia, es un dia lucidísimo, en que todos los secretos de la naturaleza divina, todos los designios de Dios; sus caminos, tanto por lo que mira al tiempo, como por lo que mira á la eternidad; tanto sobre los buenos, como sobre los malos; todos los misterios de su Hijo, y del Espíritu Santo, todo está expuesto claramente á los ojos de nuestra fe. Jesus pues, nos trata como amigos, y á nosotros toca entrar en su mas íntima confianza, meditando y aplicándonos los divinos misterios, que él nos ha revelado. Pero si nosotros los despreciamos; si no tenemos cuidado de instruirnos de ellos, y solo pensamos en ellos acaso, y superficialmente ¿ignoramos, por ventura, que un tal desprecio nos puede hacer caer de esta gloriosa calidad de amigos, y nos expone á todos los castigos destinados á los enemigos del Salvador?

Segundo. *Por la eleccion.* — «No me elegísteis vosotros á mí, sino yo os he elegido á vosotros, y os he destinado para que vayais, y lleveis fruto, y que vuestro fruto sea duradero: para que cualquiera cosa que pidais en mi nombre á mi Padre, os lo conceda...» Jesucristo ha elegido sus Apóstoles, y todos sus Apóstoles, á excepcion del traidor Judas, han

cumplido las obligaciones de su eleccion, han ido, han recorrido el universo, han hecho fruto, han convertido las naciones: su fruto dura, han fundado la Iglesia que subsiste; todo lo que han pedido á Dios, en nombre de Jesucristo, se les ha concedido, hasta los mas estrepitosos milagros. Despues de los Apóstoles, han sido elegidos otros, para sucederles, para continuar su obra, para conservar la Iglesia y extenderla siempre mas. Esto es lo que se hace aun en nuestros dias, y se hará tambien hasta la fin de los siglos: y este fruto de la eleccion de Jesucristo subsistirá eternamente en la Iglesia triunfante. Despues de haber admirado la ejecucion del todo divina de estas palabras del Salvador, y despues de haberle dado por ellas las gracias, hagamos su aplicacion. Si yo estoy en la Iglesia, solo en el número de los simples fieles, esto no impide que pueda decir: No soy yo el que he elegido á Jesucristo, es él el que, por un favor especial, me ha elegido á mí, para darme la verdadera fe, de que tantos otros estan privados: si me ha ensalzado á cualquier grado superior, si me ha sacado del mundo, y consagrado especialmente á su servicio, él es el que me ha elegido. Mi reconocimiento y mi humildad deben crecer á proporcion de sus beneficios. ¡Ay de mí! Veo muy bien, o Señor, el insigne favor de mi eleccion, pero no veo los frutos de ella. He estado, he trabajado, me he empleado en el mundo. ¿Pero dónde estan los frutos, las virtudes, los méritos, aquellos frutos que deben durar en la bienaventu-

rada eternidad. ¿No he llevado yo, al contrario, como Judas, en la santidad de mi estado, frutos de reprobacion, de traicion, de pecado y de escándalo? ¡Ah! si así es, la culpa es mia, me puedo lamentar solo de mí, porque si yo era por mí mismo debil y flaco, podia pidiéndolo obtenerlo todo.

Tercero. *Por la caridad.* — «Esto os mando, que os ameis los unos á los otros...» ¿Qué religion es, pues, la religion cristiana, en que todas las leyes se reducen á la caridad? ¿Podremos nosotros excusarnos de observar una Ley tan dulce y tan llena de amor? El Salvador nos ha dado tambien ahora dos nuevos motivos de practicar esta excelente virtud, esto es, la revelacion que nos ha hecho de sus misterios, y la eleccion que ha hecho de nosotros para revelárnoslos. ¿Seria posible que no nos amasémos nosotros escogidos por nuestro Divino Maestro para conocer las mismas verdades, para profesar la misma fe, para participar de los mismos sacramentos, para estar unidos bajo la autoridad de una misma cabeza, y finalmente destinados á reinar eternamente juntos? ¿Podremos nosotros no amarnos? A la medida que nuestra eleccion es mas particular, y nuestra union mas estrecha, debe ser tambien mas grande nuestra union y mas ardiente. El que no ama sus hermanos, dice el Apostol de la caridad, está en estado de muerte. San Juan habla aquí de los simples fieles, y con mas razon se debe entender de los Sacerdotes, de los Religiosos, de los Pastores, de los Apóstoles. El precepto de amarse en-

tre sí, lo enderezó Jesucristo inmediatamente á los Apóstoles, para que lo anunciasen á todos los fieles, y la caridad reune todos los miembros entre sí, y los reune á su cabeza.

Peticion y coloquio.

Concededme, o Jesus, esta preciosa caridad, nada pueda apagarla ni disminuirla en mi corazon. Haced que vuestro amor more en mí, y yo more en vuestro amor. Concededme el socorro de vuestra gracia, con ella me esforzaré, segun el aviso de la cabeza de vuestros Apóstoles *, á hacer cierta, firme, constante y eterna mi eleccion, por medio de mis obras. Santos Apóstoles, que tan fielmente habeis correspondido á vuestra eleccion, esforzad y dad valor á mi súplica con vuestra poderosa intercesion. Amen.

* S. Ped. Ep. II, c. I, v. x.

MEDITACION CCXCIII.

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XV, v. xviii, xxvii.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO A LOS APÓSTOLES DESPUES DE LA CENA.

DEL ODIO, QUE EL MUNDO TIENE A LOS BUENOS.

Primero. Este odio contra las personas búenas es un motivo de consolacion. Segundo. Es para el mundo un motivo de condenacion. Tercero. Es para la Iglesia un motivo de triunfo.

PUNTO PRIMERO.

Este odio es para los buenos un motivo de consolacion.

Primero. *Porque los hace semejantes á Jesucristo.* — «Si el mundo os aborrece, sabed que antes que á vosotros me ha aborrecido á mí.» ¿Quién no encontrará su consolacion en esta afortunada semejanza? ¿Y qué? ¿querré ser amado de un mundo

que ha aborrecido á Jesucristo ? ¡ Ah! aborrézcame este mundo ; desencádenese contra mí ; yo haré mi gloria de sus desprecios, de su odio , de su furor ; me iré á los pies de mi Salvador,no solo para consolarme, sino tambien para alegrarme y hacer fiesta de esta dicha. ¿ Y por qué no puedo , o Jesus, ser del todo semejante á Vos? ¿por qué no puedo como Vos sufrir y morir ? ¡Ah! aceptad á lo menos esta pequeña señal de semejanza que me une á Vos, y de que hago mas aprecio que de todos los favores de que podria colmarme el mundo.

Segundo. *Porque es para ellos una prenda del amor de Jesucristo.* — « Si fuéseis del mundo, el mundo amaria lo que era suyo ; pero porque no sois del mundo, sino que yo os he elegido del mundo, por esto el mundo os aborrece... » Consolaos , pues , vosotros , que sois el objeto de las mofas , de las burlas , de las calumnias , del odio , y de la persecucion del mundo : invente tambien el mundo pretextos para cubrir la vergüenza y la injusticia de su odio : tráteos tambien de hipócritas , de ambiciosos , de turbulentos , de insociables : Jesucristo conoce abiertamente el origen y la causa de donde nace este odio. Si vosotros fuéseis del mundo ; si tomárais partido en sus placeres , en sus diversiones ; si viese en vosotros el mundo sus flaquezas y sus delitos ; si fuesen libertinas como las suyas vuestras costumbres ; si sazonárais vuestros discursos con la maledicencia ; con sátiras ; con mo-

tes equívocos ; con historias lascivas ; con términos que huelen á impiedad y á la irreligion, vosotros seríais amables á sus ojos, y él enmudeceria tratándose de vuestras alabanzas. Pero porque Jesucristo os ha elegido por su gracia, y os ha separado de este mundo perverso; porque en vez de hallaros en las juntas, en las fiestas del mundo, os ven ir á las juntas de la oracion; os ven frecuentar las Iglesias; oir la palabra de Dios; purificar con frecuencia vuestra conciencia, y alimentaros del Sacramento del Altar; porque en todas las partes donde compareceis, os mostrais con aire de modestia, y de compostura, que pone en sujecion al libertinage; que contiene la murmuracion y la maledicencia: que reprime la impiedad, y refrena la licencia; por esto el mundo os aborrece; alegraos, pues, porque esta es una prueba de que Jesucristo os ama, y que vosotros sois suyos.

Tercero. *Porque los contiene en la humildad de Jesucristo.* — « Acordaos de mi palabra que os dije: no es el siervo mayor que su Señor: si me han perseguido á mí os perseguirán tambien á vosotros: si han observado mi palabra, observarán tambien la vuestra... » Escucharán vuestras palabras como han escuchado las mias. Pero no penseis encontrar en sus corazones mas rectitud, ni en sus espíritus mas docilidad, que la que he encontrado yo... ¿Discípulos de un Dios aborrecido, calumniado y perseguido, querremos ser amados, alabados, y favorablemente acogidos de todo el mundo?

¡Ah! si así fuese ¿qué vendria á ser de la humildad: qué vendria á ser de la virtud? ¡Cuántos han sido ganados de las caricias del mundo y pervertidos! El odio del mundo es un reparo, que separándonos de él nos preserva de sus vicios: guardémonos de romper este muro, ó de quitar este reparo; antes fortifiquémoslo con una conducta siempre regular, firme, y constante. Mientras que el mundo os aborrece, los buenos os aman; admiran vuestra conciencia; procuran unirse á vosotros; tienen confianza de vuestra virtud, y os estiman felices, y favorecidos de Dios. Tened, pues, siempre delante de los ojos la máxima del Salvador: aprovechaos del odio del mundo, para humillaros, para uniros á Jesucristo, para vivir observantes de la ley divina, como Jesucristo de la de su Padre, para mantenerós siempre circunspectos, para purificaros y santificaros siempre mas.

PUNTO II.

Este odio es para el mundo un motivo de condenacion.

Primero. *Porque hace ver que el mundo ignora á Dios, y á la Religion.* — « Pero todas estas cosas las harán á vosotros, por causa de mi nombre; porque no conocen al que me ha enviado... » He aquí la primera causa del odio del mundo, contra los buenos. El mundo no conoce á Dios; no conoce la mision de Jesucristo, ni la de los Apóstoles, y de

sus sucesores: vive sin Dios, y sin religion. ¿Pero es, acaso, excusable este mundo en su ignorancia? No; mucho menos aun que el mundo del tiempo de los Judíos, que fue el primero, que aborreció á Jesucristo, y á sus discípulos... « Si no hubiese venido ni les hubiese hablado, no tendrian culpa; pero ahora no tienen por donde excusar su pecado.. ¿Qué excusa, pues, pueden tener los cristianos, criados en el seno de la Iglesia, y que por no conocer ni la divinidad del cristianismo, ni la autoridad de la Iglesia, aborrecen, ultrajan, y persiguen á los pastores, y á los que á ellos estan subordinados, y sujetos?

Segundo. *Porque procede del odio, que el mundo tiene contra Dios mismo.* — « El que me aborrece, aborrece tambien á mi Padre: si no hubiese hecho entre ellos obras, que ningun otro hizo; estarian sin culpa: pero ahora, y las han visto; y me han aborrecido á mí, y á mi Padre... « ¡Odio diabólico; odio infernal! Se resentirán tal vez los mundanos á estas palabras del Salvador; pero el Señor conoce mejor que ellos mismos el fondo de su corazon. De hecho estando probada la divinidad de Jesucristo, de su religion, y de su Iglesia, con toda la evidencia ¿de dónde puede proceder este furor, y este odio contra la Religion, contra la Iglesia, y contra la piedad? ¡Ah!... Un corazon que ama á Dios piensa bien diversamente. La religion Cristiana, la gloria de la Iglesia, la piedad, el fervor de los Cristianos, es para él un espectáculo, que

lo encanta, y lo arrebata de admiracion. ¿De dónde provienen, pues? lo diré aun otra vez; ¿de dónde provienen aquellas proposiciones impías contra la religion; aquellas invectivas, aquellas calumnias contra la Iglesia, y contra los que la defienden; aquellos motes amargos contra ellos, y contra los que observan la ley, y hacen promesas de una ejemplaridad, y de una piedad cristiana? ¡Ah! Todo esto procede de un corazon, que aborrece á Dios; que siente verlo honrado, servido, y obedecido; que querria apartar de él todos los corazones, y abolir sobre la tierra su reino, y el de su Cristo. Estos sentimientos nos hacen temblar, sin duda; pero no son tan raros, como podriamos creerlo: guardémonos, que no participe de ellos nuestros corazon: por esto tomemos en todas las ocasiones la defensa de la religion, de la Iglesia, y de la virtud.

Tercero. *Porque es contrario á las primeras reglas de la equidad natural.* — « Mas para que se cumpla la palabra, que está escrita en su ley; me aborrecieron sin motivo... » ¡Desventurados Judíos, en quienes se ha cumplido esta palabra! Mundo desventurado. en que cada dia aun se está cumpliendo! ¿Qué te han hecho aquellas personas inocentes, á quienes tú muerdes con tanta crueldad? Ellas te aman, y no te desean sino tu bien. ¿Qué te han hecho aquellos pastores; aquellos hombres Apostólicos, contra quienes tú te desencadenas? Estan

todos consagrados para tí, y estan dispuestos á servirte en la vida, y en la muerte. ¿Qué te han hecho aquellos órdenes Religiosos, que tú aborreces, y que tú vas calumniando? Jesucristo los ha sacado de en medio de tí; del seno de tus familias, para conservárselos: Ruegan por tí; por tí emplean toda su vida. ¿Qué se han hecho aquellas almas piadosas, y devotas, eterno objeto de tus censuras, y de tus burlas? Ellas cumplen su deber; no te responden, sino con su paciencia; con sus ejemplos te muestran, y te facilitan el camino, que deberias seguir. Pero si las aborreces sin motivo, no esperes aborrecerlas impunemente... El Salmo * que cita aquí Jesucristo, contiene las maldiciones fulminadas contra estos enemigos de Dios, y de los hombres, y la historia del mundo contiene su cumplimiento.

PUNTO III.

Este odio es para la Iglesia un motivo de triunfo.

Primero. *Por el testimonio, que da el Espíritu Santo.* — « Pero cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré del Padre; Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí... » Este testimonio lo ha dado, y ¡o con qué aparato! á pesar del odio, y del furor de los Judíos, este Divino Consolador; este Espíritu de verdad hizo

* Psal. XXIV, v. xix.

sentir su poderosa voz á la infiel Jerusalen; tronó, y con su soplo divino conmovió el Cenáculo; bajó en forma de lenguas de fuego sobre los Apóstoles, y se esparció de aquí, en una manera visible, sobre todos los que recibieron el bautismo de Jesucristo. ¿Qué podia oponer á este Espíritu Criador toda la potencia, y el odio de los enemigos de Jesucristo? Comenzó el Espíritu Santo, con golpes de magnificencia, á dar testimonio de Jesucristo, y á formar la Iglesia su esposa. Desde este punto, bien que en una manera invisible, no cesa de animar, enseñar, y dirigir esta divina esposa, y á pesar de todo el odio, y las calumnias de los pecadores, la Iglesia se mantiene en toda la gloria, y en toda la magestad, que desde el principio le confirió el Espíritu Santo. Enseña la verdad: proscribe el error; desecha de su seno los novatores orgullosos, y obstinados; y conserva para Jesucristo, los hijos dóciles, que el Espíritu Santo tiene cuidado de formarle,.. Ella los tendrá siempre: estos harán su triunfo, y la confusion de aquellos, que la combaten, resistiendo al Espíritu de Dios.

Segundo. *Por el testimonio de los Apóstoles.* — « Y vosotros tambien dareis testimonio... » ¿Quién jamas habria creido, que estos hombres débiles, y cobardes; ignorantes, y materiales, hubiesen podido llegar á ser capaces de dar testimonio de Jesucristo? Con todo eso: desde el primer dia, que recibieron el Espíritu Santo, se mostraron en público; hablaron á una multitud innumerable, com-

puesta de todos los pueblos de la tierra, y los llenaron de admiracion ; los conmovieron ; los convirtieron; los bautizaron á millares, llevaron su testimonio delante de los tribunales ; lo sostienen sobre los palcos, lo sellan con su sangre, y despues de ellos, una multitud infinita tiene á mucha gloria el morir por el nombre de Jesucristo. ¿De qué, pues, ha servido el odio de los malos, sino de hacer triunfar la Iglesia, y decorarla con la sangre de tantos Mártires?

Tercero. *Por el testimonio de los siglos.* — «Porque estais conmigo desde el principio... » La Iglesia de Jesucristo sube hasta el principio ; hasta la mision de Jesucristo, y á su predicacion ; hasta los Apóstoles, y á la venida del Espíritu Santo sobre ellos ; hasta estos testigos oculares ; y á los autores contemporáneos. Por esto ella se llama Apóstolica, y Romana, que es la misma cosa, despues, que la cabeza de los Apóstoles hubo trasladado su silla á Roma; y se llama así, para distinguirla de las falsas Iglesias, que no pueden subir hasta los Apóstoles, y que ni tienen cabeza visible, ni centro de unidad. Ahora recorramos todos los siglos, y veremos que esta Iglesia de Jesucristo ; esta Iglesia Católica, Apóstolica, y Romana, ha sido siempre objeto del odio del mundo ; siempre perseguida, siempre calumniada; siempre embestida, pero que siempre ha triunfado de todo, sostenida del Espíritu de verdad, de santidad, y de fuerza, que Jesucristo le ha enviado. Ella ha tenido siempre, y

siempre tendrá sus Apóstoles, sus Doctores, sus Defensores, sus Mártires, sus Santos, y sus Taumaturgos. Los tiranos han pasado; las heregías se han disipado, y la Iglesia subsiste. Si quedan aun sobre la tierra algunas sectas heréticas, ó cismáticas, sin profetizar cuál será su suerte en lo por venir; sin examinar cuán pocos caracteres tengan ellas, ni presenten de la verdadera Iglesia, basta, que nosotros sepamos la época de su origen. Estan bien lejos de tener en su favor el testimonio de los siglos, de subir *hasta el principio*, de estar unidas con los que han estado con Jesucristo *desde el principio*. La impiedad, no puede, como la heregía, subir hasta aquel punto, sin hallarse en contradiccion consigo misma, porque los que desde el principio, han cambatido el cristianismo, han dado á los hechos históricos, y á los milagros, interpretaciones que causan vergüenza á los impíos modernos, y los impíos modernos estan reducidos á negar cada dia los hechos mismos, de que los primeros fueron testigos, y que jamas se atrevieron á negar.

Peticion y Coloquio.

O Espíritu de Dios, Vos solo, y no otro, puede reunir de tal manera todos los siglos, hacer triunfar vuestra Iglesia, y dar al que os ha enviado, un testimonio, que el odio de los malos de todos los siglos sirve á establecerla, y á hacerla mas esclare-

cida, en vez de oscurecerla, y debilitarla. O Santa Religion, pues tengo la dicha de conoceros, deseo ardientemente tambien la de amaros, de practicaros, y de llegar por este camino á los bienes eternos que me prometeis. Amen.

MEDITACION CCXCIV.

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XVI, v. 1, xi.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO A LOS APOSTOLES, DESPUES DE LA CENA.

JESUS SOSTIENE EL ANIMO DE LOS APÓSTOLES.

Primero. Prediciéndoles lo que tienen que padecer en este mundo. Segundo. Consolándoles sobre su partida de este mundo. Tercero. Anunciándoles las operaciones del Espíritu Santo en orden al mundo.

PUNTO PRIMERO.

Jesus sostiene el ánimo de los Apóstoles, prediciéndoles lo que tienen que padecer.

Prediccion de precaucion, antes que suceda lo que les predice.—«Os he dicho estas cosas (esto es; que el mundo os aborrecerá) para que no es escandaliceis.» Y os preserveis de caer... El odio del mundo debia

llegar á un tal exceso, que habria sido de hecho un escándalo; una ocasion de caida; un motivo de dudar de la doctrina de Jesucristo, si este exceso no hubiese estado predicho con sus efectos, con sus motivos, y con sus mas secretas causas... Esto es justamente lo que Jesucristo acaba de hacer aquí, añadiendo... «Os echarán de las Sinagogas; y llegará tiempo que el que os quitará la vida, creerá, que hace un obsequio á Dios...» Echar á los Apóstoles, y á los discípulos de Jesucristo de las Sinagogas; hacerlos morir como enemigos de la ley, y de la nacion, he aquí hasta donde llega el odio. Creer hacer con esto una cosa agradable á Dios: he aquí el error, y el prestigio de la pasion. Y la ocasion, y causa secreta es esta... «Os tratarán así porque no han conocido al Padre, ni á mí...» Esta prediccion se hizo, no solo para los Apóstoles, sino tambien para sus sucesores, y para los discípulos de Jesucristo de todos los siglos. Deben estos esperar, sin escandalizarse, verse echados, ultrajados, atormentados y muertos en los tormentos. Deben esperar, que un pueblo prevenido, y engañado, se imaginará en su ceguedad, que extermina en ellos unos hombres impíos, malvados, enemigos de Dios, y de las potencias establecidas por Dios; unos hombres, que son el azote del Estado, y autores de todos los males públicos. Pero ni los que sufren estos malos tratamientos; ni los fieles que ven, y son testigos de esto, deben escandalizarse: todo esto está predicho; todo esto acaeció á los primeros Apóstoles; y debe

renovarse de tiempo en tiempo en el curso de los siglos. Todo esto procede de no haber ya fe, ni Religion : de no conocerse ya ni á Dios, ni á Jesucristo, ni á su Iglesia. Apliquémonos á conocer á Dios ; á conocer la mision de Jesucristo, y la que él ha dado á su Iglesia, y estaremos dispuestos para todo, y de nada nos escandalizaremos.

Segundo. *Prediccion de consuelo cuando sucederán las cosas predichas.*—«Y os he dicho estas cosas para que cuando viniere la hora os acordeis, que yo os las he dicho...» Los Apóstoles, los Mártires, los primeros Cristianos, en el tiempo de las persecuciones, bien se acordaron, y ¡o qué consolacion no encontraron ellos, qué valor no cobraron con esta dulce memoria! Las persecuciones, y los tormentos así predichos cuando suceden, vienen á ser una prueba de la fe, y una prenda segura de las recompensas prometidas. Si nosotros no vivimos en un siglo de persecucion, debemos no obstante sufrir penas de otra especie ; acordémonos entonces de lo que el Salvador nos ha dicho : que son bienaventurados los que lloran ; que es necesario llevar la propia cruz, y que una eternidad de delicias será la recompensa de un momento de paciencia. Acordémonos de esto en las aflicciones ; en la pérdida de los bienes ; en las desgracias ; en las enfermedades ; y en la muerte. La palabra del Salvador, y su ejemplo nos han de sostener y consolar en este tiempo de prueba.

Tercero. *Prediccion de sabiduría en el tiempo en que ella se hace.*—«No os he dicho, pues, estas cosas desde el principio, porque yo estaba con vosotros, pero ahora voy á aquel que me ha enviado...» Jesucristo no quiso atemorizar á sus Apóstoles antes de tiempo; les ha descubierto lo que tendrian que padecer, solo cuando fue necesario, y cuando el tiempo estaba ya vecino. Lo ha hecho tambien en una manera muy propia para establecer y fortificar su fe, y para despertar su valor. No habia dejado el Salvador desde el principio cuando los envió á la primera Mision, de hablarles de los trabajos que habian de padecer, y de lo que con el tiempo tendrian que sufrir; pero lo hizo entonces solo en términos generales que indicaban un tiempo muy distante é incierto; de hecho nada experimentaron de cuanto su Maestro les habia hablado; y no se admiraron de esto, habiendo mirado sus palabras solo como avisos saludables, y no como una prediccion cierta. Desde aquel tiempo no tuvieron jamas la mas mínima sospecha de que estas predicciones debiesen un dia cumplirse en ellos. Tranquilos bajo las alas de su Maestro lo seguian con confianza. Él solo se exponia á los combates, y evitaba todos los golpes. Las conjuraciones que formaba la Sinagoga para arrestar; poner en prision; para apedrear y hacer morir, miraban solamente su persona, y la experiencia les habia enseñado que él sabia evitar cuándo y cómo queria, todas las asechanzas y emboscadas que le trazaban sus enemi-

gos: Pero aquí es una prediccion formal y especificada que debe tener su cumplimiento, y que debe tenerlo presto : *vendrá el tiempo*... No les habia hablado jamas de este modo el Salvador... Admiremos esta bondad y esta sabiduría... Así trata tambien con nosotros; nos lleva á sí con la uncion de su gracia ; nos hace gustar al principio de nuestra conversion, solamente dulzuras; pero los grandes sacrificios, las cruces pesadas, los rigores de una severa penitencia, nos los presenta cuando llega el tiempo, y cuando estas cosas vienen á ser necesarias para nuestra santificacion. Sigamos su conducta sabia y tierna; dejémonos gobernar, y nada rehusemos, y nada temamos.

PUNTO II.

Jesucristo fortalece el ánimo de los Apóstoles, consolándolos sobre su partida de este mundo.

Primero. *Partida dolorosa para los Apóstoles.* —« Ahora, pues, voy á aquel que me ha enviado; y ninguno de vosotros me pregunta, ¿á dónde vas? Mas porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazon...» Observemos en estas palabras del Salvador lo primero la circunspeccion que usa todavía, hablando de su muerte, como de una partida.—Segundo. La satisfaccion que muestra á sus Apóstoles diciéndoles : que ya no le pregunten

dónde va * como habia hecho Simon Pedro **, y que ya no muestren como Tomas el tener dificultad que proponer sobre este punto : lo que prueba, esto es, que ellos creen que él ha venido de Dios su Padre, y que vuelve á él. Tercero. La compasion que tiene de su afliccion sobre lo que tambien les reprende aquí tiernamente. Como si les dijese : veo con satisfaccion que ya vosotros no preguntais mas á dónde voy ; pero no puedo aprobar que sabiendo vosotros dónde yo voy, dejeis aun llenar vuestro corazon de tristeza, y os aflijais de mi partida en vez de alegraros por mi amor. Esto es lo que ya les habia dicho mas arriba : « Si me amárais, os alegraríais porque yo voy á mi Padre... » Por lo demas esta queja, es queja de amistad y de ternura. Jesus no la hace para mortificarlos, sino para ani-

* Comunmente estas palabras « *ninguno de vosotros me pregunta ¿dónde vas tú?* » se miran como una especie de reprension que el Señor da á sus Apóstoles. Puesta esta explicacion, es difícil conciliar esta reprension, con lo que se ha dicho arriba, donde San Pedro preguntó « *¿dónde vas tú?* » y poco despues, como refiere S. Juan, Santo Tomas le dijo tambien. « *Señor, no sabemos dónde tú vayas; ¿y como podemos saber el camino?...* » Sin examinar si la manera con que se procura conciliar estos textos sea bien sólida ; si el sentido que aquí se da á la palabra *dónde vas tú*, sea bien natural ; si las preguntas que el Salvador queria que le hiciesen, estarian aquí en su lugar ; se evitarian, á mi parecer, todos estos tropiezos, si en vez de una reprension quisiesemos reconocer en estas palabras un testimonio de aprobacion. Este es el sentido que nosotros hemos seguido en esta Meditacion. El Lector está en libertad de atenerse á la otra explicacion.

** San Juan, c. XIII, v. XXXVI.

marlos, y para consolarlos. Pero por mas que les dijese, ellos estaban inconsolables, y era bien excusable su dolor. ¡Haber visto á Jesus; haber pasado con él gran parte de su vida, y oir que les dice que estan para perderlo y separarse de él! ¡O qué tormento! ¡Qué funesto anuncio! ¿Qué seria, pues, si supiesen en qué modo estan al punto de perderlo! En cuanto á mí, o Señor, yo no seré puesto á esta prueba. Yo no os he visto jamas, o Salvador mio; pero cuando me concedereis este favor, como espero de vuestra misericordia, no me separaré jamas de Vos: con Vos viviré eternamente.

Segundo. *Partido ventajosa para los Apóstoles.* —« Pero yo os digo la verdad: es conveniente para vosotros que yo me vaya. » ¡Con qué bondad, con qué condescendencia consuela á sus Apóstoles! ¿No es para ellos un motivo suficiente de consolacion la gloria que él debe gozar en el Cielo? Con todo eso, él se acomoda á su debilidad; les hace estimar sus propios intereses, y los asegura que su partida es para ellos ventajosa.—Primero. Para la perfeccion de su fe y de su esperanza. ¡O y cuán debil era su fe mientras estuvieron con Jesus! Tenian por objeto de su esperanza un Reino temporal en que aspiraban los primeros puestos.—Segundo. Por la pureza de su amor... Amaban ellos á Jesucristo; estaban unidos á él; pero este amor tenia alguna cosa de muy natural; esto es, era un amor casi carnal; este apego era demasiado humano, y muy dependiente de la presencia sensible del Salvador. ¡O y qué pureza

exige el amor divino! ¡O y cuánto debemos temer ofender este amor celoso, con nuestras aflicciones, y apegos sensibles, mucho menos excusables, que el de los Apóstoles!—Tercero. Por el ejercicio de su virtud. ¿Qué habian hecho hasta entonces los Apóstoles, y qué habrian hecho en adelante, si Jesucristo hubiese estado siempre con ellos? En todo reposaban tranquilos sobre él: estaban siempre al rededor de él, como los niños al rededor de su Padre, y su virtud no habria salido jamas de esta especie de infancia, si Jesucristo no los hubiese dejado. Pero cuando se hallaron solos á la frente de la grey, entonces vieron, que tocaba á ellos el formarla, conducirla y aumentarla. ¡Qué prodigios de virtud, de fuerza, de celo y de paciencia no mostraron! Dejémonos guiar: Dios nos quita, á las veces, un apoyo sensible, que nosotros creiamos sernos muy necesario; pero Dios sabe mejor que nosotros, lo que nos es util. Tengamos, pues, por máxima cierta, que cuanto Dios permite, que nos suceda de penoso y de trabajoso, no lo permite, sino para nuestro mayor bien: para purificar nuestra virtud, y para darnos mayores ocasiones de ejercitarla. Estemos, pues, siempre conformes con sus designios, y seámosle siempre fieles.

Tercero. *Partida necesaria para que bajase el Espíritu Santo sobre los Apóstoles.* — «Porque si yo no me fuere, no vendrá á vosotros el consolador, mas si me fuere, os lo enviaré...» ¡O y cuán llenas de misterio estan estas palabras! Ellas nos indican el

orden admirable de los consejos de la sabiduría de Dios. Jesucristo es el Hijo de Dios; el Verbo de Dios encarnado, el Verbo que procede del Padre por una generacion eterna, ha sido enviado del Padre para obrar nuestra salvacion, satisfaciendo por nosotros en la naturaleza humana, que habia unido á sí. El Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, debia ser enviado del Padre y del Hijo, de quien procede. Pero antes convenia que el Hijo hubiese cumplido el orden del Padre, hubiese satisfecho por nosotros, y nos hubiese reconciliado con Dios. Convenia que esta reconciliacion fuese completa y consumada, que el Padre la hubiese aceptado, y que satisfecho de las humillaciones, y de la obediencia de su Hijo, hubiese coronado sus trabajos, colocándolo á su diestra, sobre su mismo Trono, como pedia la dignidad de su persona. De allí debia el Hijo, juntamente con el Padre, enviar á los hombres el Espíritu Santo, espíritu de verdad, de consolacion, y de adopcion, para que los hombres comprendiesen que aquel Jesus muerto sobre la Cruz, era el Hijo de Dios, Dios y hombre juntamente; que por él estábamos nosotros reconciliados con Dios, y adoptados en él para ser Hijos de Dios: que era él el que de lo alto de su gloria enviaba á los hombres su espíritu, y que no habia sobre la tierra otro nombre por el cual pudiéramos salvarnos sino por el nombre de Jesus. ¡Qué grandeza, qué magestad en estos adorables misterios! ¿Qué don es este, pues, que Dios nos ha hecho, dándonos á

su Hijo Jesucristo? ¿Qué don es el que nos ha hecho Jesucristo, dándonos su espíritu? Desventurados aquellos que no gustan estas grandes verdades, y que pierden su fruto. ¡O Santa Religion, cuán bella sois, cuán amable, cuán divina! Vos me ensalzais sobre mí mismo. El espíritu de Dios me lleva hasta el Cielo, creo que veré allí á mi Salvador. Sí; espero poseerlo un dia. ¡Quién me detiene, para no estar unido á él!

PUNTO III.

Jesucristo esfuerza el ánimo de los Apóstoles, manifestándoles las operaciones del Espíritu Santo respecto del mundo.

« Y cuando él viniere argüirá al mundo de pecado y de justicia, y de juicio. »

Primero. *El Espíritu Santo convencerá al mundo del pecado que ha cometido, rehusando creer que Jesus fuese el Hijo de Dios.* — « De pecado ciertamente: porque no han creido en mí... » Desde el dia mismo de Pentecostes, en que el Espíritu Santo bajó sobre los Apóstoles, San Pedro el primero entre ellos, y que se habia mostrado el mas debil, convenció de tal suerte á los Judíos de la enormidad de sus pecados, que en la amargura de su corazon, exclamaron *. ¿Qué haremos; o hermanos...? » En aquel dia mismo, cerca de tres mil

* Act. Ap., c. II, v. XXXVII, XLI.

personas recibieron el bautismo, y el Espíritu Santo: en un Sermon ó Plática convirtió San Pedro cinco mil: y finalmente, desde aquel tiempo hasta nosotros, el delito de los Judíos, y de los impíos, que no quieren creer en Jesucristo, ha sido, y está probado, con una tal evidencia, que no han podido ni podrán jamas justificarse, ni dar una respuesta racional, y justa.

Segundo. *Convencerá al mundo de la inocencia de Jesucristo, y de la justicia de su causa.*— « Y de justicia, porque voy al Padre, y ya no me vereis... » A decir la verdad, si Jesucristo no es el Angel de Dios sin mancha, si no es el Hijo de Dios, como lo ha sostenido hasta la muerte, si no ha vuelto á su Padre, si no está sentado á su diestra en el Cielo, si de allí no ha enviado el Espíritu Santo ¿cómo, pues, sus discípulos tan materiales, tan débiles, tan tímidos, mientras que estaban en su compañía han venido á ser tan elocuentes, tan animosos; y tan celosos, despues que lo han perdido? ¿Con qué potestad han obrado tantos milagros, y convertido el universo? El mundo impío nada tiene que responder, y está, á pesar suyo, convencido. El mundo Cristiano está convencido de un argumento tan fuerte, y de tanto consuelo, y mira á Jesucristo como el justo por excelencia, como principio de toda justicia, como aquel por cuyos méritos la gracia, y el espíritu nos pueden hacer justos, y sin el cual no pude haber delante de Dios alguna verdadera justicia.

Tercero. *Convencerá al mundo de la sentencia de condenacion, pronunciada contra él, y contra el demonio, que lo engaña y lo gobierna.* — « Y de juicio, porque el Príncipe de este mundo ha sido ya juzgado... » Satanas todo lo puso por obra, para hacer perecer á Jesucristo, y librarse de un enemigo que destruia su imperio sobre la tierra. Este fue el que corrompió el corazon de Judas, que excitó los Sacerdotes, que sublevó el pueblo, que animó los verdugos; pero cuando se creyó vencedor, se vió vencido, y su imperio aniquilado. Si Jesus habia echado los demonios del pais de los Judíos, sus discípulos llenos de su espíritu, los echaron de toda la tierra, quedaron mudos los oráculos, destruidos los Templos de la idolatría, y cesó el culto, que se daba á los demonios, sin que entre nosotros haya quedado de él algun vestigio. He aquí las predicciones, con que Jesucristo consolaba á sus discípulos, pocas horas antes de su muerte, y de las que nosotros vemos el magnífico cumplimiento.

Peticion y Coloquio.

¿A quién daré yo ahora mi corazon? ¿Al demonio, al mundo, ó á Jesus, que ha vencido al demonio, y al mundo? ¡Ah! Divino Jesus, á Vos os lo doy, o amabilísimo Redentor mio, para todo lo que me resta de vida, y en mi muerte, para estar siempre con Vos en la eternidad. Amen.

MEDITACION CCXCV.

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XVI, v. XII, XXII

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO A SUS APÓSTOLES, DESPUES DE LA CENA.

JESUS CONTINUA ANIMANDO LOS APÓSTOLES.

Primero. Del Espíritu Santo en sí mismo, y en orden á la Iglesia. Segundo. De la Muerte, y de la Resurreccion del Salvador. Tercero. De la tristeza de los Cristianos, y de la alegría de los mundanos.

PUNTO PRIMERO.

Del Espíritu Santo en sí mismo, y en orden á la Iglesia.

Primero. *El Espíritu Santo es Dios, la tercera Persona de la Santísima Trinidad, y el Maestro supremo, que enseña toda verdad.* — «Muchas cosas tengo todavía que deciros: mas no las podeis lle-

var ahora ; pero cuando venga aquel espíritu de verdad, os enseñará todas las verdades, porque no os hablará de sí propio, sino que dirá todo lo que habia oido , y os anunciará las cosas que han de suceder...» Sin averiguar, y sin buscar ahora cuáles sean aquellas cosas, que el Salvador tenia aun que decir á sus Apóstoles : ni si se las dijo despues de su resurreccion, y antes de su Ascension. estemos siempre ciertos , que el Espíritu Santo les enseñó todas las verdades , escritas, y no escritas pertenecientes á la fe, á la religion, á la salud, á la perfeccion , y á la eterna felicidad del hombre : que les dió la inteligencia de estas verdades , con todos los dones milagrosos , necesarios para anunciarlas, y hacerlas creibles á los hombres; que les confió este sagrado depósito de la fe, en el que se hallan todas las cosas, y nada le falta : que se lo confió á ellos , para que ellos mismos lo confiasen á sus sucesores , y lo dejasen á la Iglesia; que no cesa de enseñar estas mismas verdades, volviendo dóciles los corazones, y velando para que el depósito de la fe no pueda jamas ser disminuido, quitandóse de él alguna verdad; ni pueda ser alterado, mezclándose en él algun error; pero el Espíritu Santo enseñando tales cosas, no habla de suyo, como el Salvador mismo, que enseñando, decia; que lo que enseñaba no era doctrina suya, sino de aquel que lo habia enviado. * Si él enseña toda verdad, lo hace porque

* S. Juan, c. VII, v. xvi; c. XV, v. xv.

es Dios; y si enseña solo lo que oye; lo que aprende de otro, es porque no es solo en la esencia divina, y en ella es la tercera persona, como el Hijo es la segunda, y el Padre la primera.—Observemos ahora, cuán adorables son las verdades cristianas: los que nos instruyen no hablan de sí propios: reciben las verdades de la Iglesia: la Iglesia las recibe de los Apóstoles, y del Espíritu Santo, y del Hijo de Dios; el Espíritu Santo, y el Hijo de Dios las han recibido del Padre con quien son un solo, y un mismo Dios. He aquí la divinidad de la Religion: cualquiera, que habla, que dogmatiza, que explica las escrituras fuera de esta divina cátedra, habla de sí mismo, renuncia á las verdades de Dios, á Jesucristo, al Espíritu Santo, espíritu de verdad, por darse á Satanas, espíritu de error, y de mentira; y cualquiera, que lo escucha proponer tales dogmas, y que sigue sus máximas cae con él en el mismo precipicio, y en la misma condenacion.

Segundo. *El Espíritu Santo procede del Hijo, y da á conocer su divinidad.* — « Él me clarificará; porque recibirá de lo mio, y os lo anunciará...» Jesucristo habia hablado de su divinidad en una manera oscura, como lo habian hecho los Profetas. Esta manera convenia á su dignidad, y á las circunstancias del tiempo. Pero el Espíritu Santo quitó los velos, y disipó las sombras. Él reveló á los Apóstoles, y por ellos nos ha dicho claramente á nosotros, que aquel hombre, aquel Jesus muerto sobre la cruz, era no solamente un justo, un amigo

de Dios, el Hijo de David, el Rey de Israel, el Mesías prometido, el Salvador de los hombres, sino que era tambien el Hijo de Dios, el Verbo eterno de Dios; que estaba desde toda la eternidad en Dios: que era él el mismo Dios*. Que la debilidad de la carne, de que se vistió en el tiempo; que sus trabajos; sus sufrimientos; sus oprobios; y su muerte, nada quitaban á la Magestad de su Ser Divino, ni á la eternidad de su origen; y que aquella que lo concibió en el tiempo, siendo Madre de Jesus, es verdaderamente Madre de Dios. No nos olvidemos, pues, nosotros de esta enseñanza del Espíritu Santo; de estos dogmas esenciales de nuestra fe, que la Iglesia ha defendido contra los infieles, y contra los hereges, y por los cuales tantos Mártires han dado su sangre, y su vida. Pero, supuesto que el Espíritu Santo, enseñándonos, no habla de suyo ¿de quién ha aprendido; de quién ha recibido estas divinas verdades, que ha anunciado? De Jesucristo mismo en cuanto Dios: de Jesucristo, que es verdad, y vida. ¿Y cómo las ha recibido él de Jesucristo, sino porque él procede del Verbo, de él recibe la divinidad, el Ser divino, la divina esencia, la naturaleza divina, que el Hijo mismo recibe del Padre por su eterna generacion? Así lo ha revelado el Espíritu Santo mismo á la Iglesia: así la Iglesia lo enseña á nosotros.

Tercero. *Procede del Padre, y del Hijo, y nos re-*

*S. Juan, I, v. 1.

vela el misterio inefable de un solo Dios en tres Personas. — « Todo lo que tiene el Padre es mio. Por esto os he dicho, que él recibirá de lo mio, y os lo anunciará...» Habia ya dicho el Salvador, que el Espíritu Santo procede del Padre, y en el versículo precedente nos ha dicho que procede de él mismo tambien. Aquí confirma lo uno, y lo otro, y reune todo cuanto pertenece al grande misterio de la Trinidad, que el Espíritu Santo ha anunciado á los Apóstoles, y de que les ha dado la inteligencia conveniente á esta vida, suficiente para nuestra fe, y para nuestra adoracion; y bien circunstanciada para desechar todos los errores con que la debilidad de nuestro espíritu la habria podido oscurecer. De aquí proceden aquellos símbolos que la Iglesia ha opuesto á los hereges, y con que ha armado la fe de los fieles. Creamos, pues, nosotros un solo Dios, y tres personas en Dios realmente distintas, é iguales en todas las cosas; que tienen todas tres la misma naturaleza, la misma esencia, la misma divinidad, la misma eternidad, la misma sabiduría, la misma potencia, en una palabra, todas las mismas perfecciones inseparables de la naturaleza divina, lo que hace, que ellas son un solo Dios; pero sin tener las mismas propiedades personales, que son incomunicables; y esto es lo que hace tres personas distintas. El Padre no tiene principio, y es el principio del Hijo, y del Espíritu Santo. El Hijo es engendrado del Padre, y todo lo que tiene l Padre exceptuada la paternidad, lo tiene

el Hijo : El Hijo, pues, es tambien principio del Espíritu Santo ; pues esta no es una propiedad de la paternidad. El Espíritu Santo procede del Padre, y del Hijo, como de un principio único, é indivisible, y no es principio de alguna otra persona, siendo él el término infinito de las divinas emanaciones. En este sentido, el Espíritu Santo recibe lo que es del Hijo; esto es, la naturaleza divina, porque todo lo que es del Padre, es del Hijo. De aquí se sigue, que el Padre solo ha enviado al Hijo; y que el Padre, y el Hijo han enviado al Espíritu Santo... En esta adorable, é incomprensible Trinidad, todo es eterno, é igual. El Hijo haciéndose hombre, nada ha perdido de lo que era; él es Dios, y es hombre. En nuestro Señor Jesucristo, que es Dios, y hombre, hay una sola Persona, un Hijo, un Cristo bien que en él haya dos naturalezas. —¿Qué podemos, pues, hacer nosotros pensando en este inefable misterio de la Santísima Trinidad, sino postrarnos, abismarnos, y anonadarnos delante de esta suprema Magestad? ¡Y o qué bondad infinita, habernos querido revelar la profundidad de su Ser divino. ¡Qué caridad sin límites, habernos querido comunicar, y hacernos entrar á la participacion de sus bienes infinitos! ¿No es, por ventura, para esto, el que el Padre haya enviado su Hijo; que el Hijo nos haya rescatado, que el Espíritu Santo enviado del Padre y del Hijo nos haya santificado? ¡O hombres si pensárais lo que Dios ha hecho por vosotros, y á lo que os destina, cuánto

mas despreciaríais la tierra; y con qué paciencia sufriríais todas las penas á ejemplo, y sobre las huellas del Hijo de Dios, nuestro Salvador!

PUNTO II.

De la muerte y de la Resurreccion del Salvador.

Primero. *Cómo habla de ella el Salvador á sus Apóstoles.* — Habló en términos oscuros, pero que bien presto debia aclarar el tiempo: « Un poco, y ya no me vereis, y otro poco, y me vereis, porque voy al Padre... » Este poco tiempo, despues del cual no debian ellos ya ver mas á Jesucristo, era de algunas horas, siendo aquel dia mismo el Viernes en que fue muerto y sepultado. No era mucho mas largo el tiempo despues del cual debian volverlo á ver, pues fue el Domingo. Finalmente estos dos tiempos fueron breves igualmente que aquel en que lo vieron, que duró hasta la Ascension, porque él iba á su Padre, y el tiempo de ir á él estaba vecino. Fácilmente se comprenden las razones de sabiduría, de bondad y de ternura que hacian que el Salvador les hablase así en una manera oscura y enigmática. Por eso vino despues á ser mayor su alegría, y mas firme su fe. ¡O y cuán bueno es nuestro Divino Salvador! ¡O y cuán amable!

Segundo. *En qué modo los Apóstoles entienden sus palabras.* — Nada comprendieron... « Pero dijeron entre sí algunos de sus discípulos: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco, y no me vereis, y otro poco, y

me vereis, porque voy al Padre? Decian pues: ¿Qué es esto que nos dice, un poco? No entendemos lo que dice. » De esto no se infiere que ellos hubiesen comprendido mejor cuanto les habia dicho antes; pero como estas palabras miraban á ellos personalmente, habrian querido por eso saber lo que significaban. La intencion del Maestro no era seguramente que ellos las entendiesen entonces, sino que ofreciéndose la ocasion, cayesen en la cuenta de lo que les queria decir. — Así tambien, en la vida espiritual, frecuentemente nos sucede el oir, ó leer cosas que no comprendemos; pero no nos inquietemos, no dejemos de notarlas; el tiempo y la ocasion nos darán su inteligencia, y entonces aprovechémonos de ellas.

Tercero. *Cómo el Salvador previene el embarazo de los Apóstoles.* — « Por tanto conoció Jesus que deseaban preguntarle... »Pero no les dió tiempo para ello. Así tambien conoce él nuestros deseos, y muchas veces los previene, cuando lo exige nuestro bien espiritual. « Y les dijo: Andais investigando entre vosotros, por qué os he dicho un poco, y no me vereis, y otro poco y me vereis... » El Salvador les dijo el motivo de su embarazo para convencerlos, con esta nueva prueba, que ninguna cosa le estaba escondida y oculta. Finalmente, les respondió con aquella caridad y con aquella sabiduría tan necesaria en la direccion y en la conducta de las almas... Su respuesta no satisfizo á su curiosidad, no les descubrió lo que querian saber y lo que debian

ignorar ; pero colmó su inquietud sacándolos del deseo en que estaban de preguntarle ; y fuera de esto, fue para ellos una nueva instruccion , de las mas necesarias y de las de mayor consuelo , como veremos despues.

PUNTO III.

De la tristeza de los Cristianos, y de la alegría de los mundanos.

Primero. *Se confronta la tristeza de los Cristianos con la alegría de los mundanos.*—En verdad, en verdad os digo, que vosotros llorareis y gemireis ; pero el mundo se alegrará, y vosotros estareis en la tristeza ; pero vuestra tristeza se convertirá en alegría.» La tristeza de los Cristianos es prudente. Comienzan ellos por la tristeza para acabar en la alegría. Estan contentos de estar en la tristeza sobre la tierra durante el curso breve de esta vida, para estar despues en el Cielo en el gozo por toda la eternidad. El gozo de los mundanos es insensato. Comienzan por el gozo para acabar en la tristeza. Se dan priesa á gozar. Se arrojan como ciegos en los bienes presentes de esta breve vida , y pierden despues los bienes eternos, y se precipitan en los eternos suplicios. — La tristeza de los Cristianos es santa. Proviene ella de la persecucion externa excitada contra ellos por su virtud, por su piedad, y por su celo ; y de los combates internos, resistiendo á sus pasiones, y

mortificando sus sentidos por temor de ofender á Dios : el gozo de los mundanos es disoluto, lleno de iniquidad , de suciedad y de pecados. —La tristeza de los Cristianos tiene sus consolaciones : las encuentran ellos en la uncion del Espíritu Santo, en la esperanza de una bienaventurada inmortalidad. El gozo de los mundanos tiene sus amarguras. Las encuentran ellos en el mundo mismo, en que no estan siempre á cubierto de la censura, de la calumnia, de las mudanzas de la fortuna, de las enfermedades del cuerpo, de las humillaciones y de los disgustos. Las hallan en su conciencia despedazada de remordimientos. Las hallan en el pensamiento de una muerte inevitable , y en el temor de sus horribles consecuencias. Y finalmente en la muerte y en el gran dia del Juicio final, la tristeza de los Cristianos se convertirá en un gozo eterno , y el gozo de los mundanos en una eterna tristeza : hagamos ahora la eleccion.

Segundo. *Comparacion de la tristeza de los Cristianos con los dolores del parto.* — « La muger cuando pare está en la tristeza, porque ha llegado su tiempo.... Y vosotros estais tambien ciertamente tristes. » Los dolores que sufre una muger en el parto, son una viva imagen de lo que sufre un cristiano durante esta vida , para obrar su salvacion. Aquellos dolores son agudos, pero breves y pasageros. Le cuesta esto mucho á la naturaleza ; ella se duele, ella gime, ella da gritos, derrama lágrimas ; pero la hora es breve y se pasa presto. ¿ Y qué cosa

es la vida presente en comparacion de la eternidad? —Aquellos dolores son necesarios: una muger no puede llegar á ser madre sin experimentarlos. Nosotros no tenemos otro camino para llegar á la salud que el de padecer, que el de los trabajos, que el de la penitencia, de la abnegacion, de la crucifixion, del dolor, de las lágrimas. Por duro que pueda ser este camino, es preciso caminar por él, y sufrir todo su rigor hasta el término. — Aquellos dolores son apetecibles: una muger quiere mucho mas sufrirlos que quedarse estéril. Ella ha deseado sufrirlos, no querria no sufrirlos, pero desea verles el fin. Lo mismo es de los sufrimientos de los Cristianos. Seria para ellos una grande desgracia, si nada tuviesen que padecer. ¿Qué recompensa podrian esperar? Todos los Santos han padecido, han sufrido, y han estado muy contentos en sufrir y padecer. Si han sentido el rigor de los sufrimientos, este doloroso sentimiento no les ha hecho desear estar exentos de sufrir, sino solo ver presto el fin de su padecer, para reunirse antes al que los ha de coronar. — Aquella muger sufre de buena gana, bien que ignore cuál será el fruto que ella lleva. ¿Qué seria si la fortuna del niño, su gloria, sus talentos, las calidades de su alma y de su espíritu, si, en una palabra, su felicidad debiese crecer á proporcion de cuanto mas ella sufriese? Pero esto que no sucede en el orden de la naturaleza, se halla exactamente en el orden de la gracia. Supuesto esto, ¿cómo podemos nosotros no amar, no desear el padecer y el sufrir?

O á lo menos, ¿ cómo podemos lamentarnos, cuando se ofrece la ocasion de merecer?

Tercero. *Comparacion del gozo de los cristianos con el gozo de una muger que ha dado á la luz un niño.* — « Pero cuando ha dado un niño á la luz, ya no se acuerda mas del aprieto, por el gozo de que ha nacido al mundo un hombre... Y vosotros, pues, teneis ahora ciertamente tristeza ; pero otra vez os veré, y se alegrará vuestro corazon, y ninguno os quitará vuestro gozo... » La alegría de esta muger es sensible y natural, y no hay necesidad de explicarla. La alegría que tuvieron los Apóstoles al ver á Jesucristo resucitado, despues de haberlo visto muerto, y haberlo llorado, como si ya no lo hubieran de volver á ver mas, fue de cierto inefable, y bien expresada en la sucesion de tristeza y gozo de esta muger. Pero la instruccion que da aquí el Salvador no se restringe ya á solos los Apóstoles ni al dia de Resurreccion, como lo muestran bien el juramento con que la comienza, y la energía de la comparacion de que se ha servido. Esta instruccion se extiende á todos los Cristianos, é incluye el tiempo y la eternidad. Por todo el curso de nuestra vida, estamos nosotros como estuvieron los Apóstoles en los dolores del parto. Tengamos paciencia ; esperemos, suspirando el momento de nuestra libertad. ¡ Ah ! y cuál será entonces nuestro gozo, cuando en vez de un hijo á quien esta muger ha dado la vida, y que ha echado al mundo, habremos, por decirlo asi, parido nuestra alma al Cielo, y nuestro

cuerpo á una resurreccion gloriosa; cuando habremos procurado para nosotros un estado constante é invariable de una vida y de una felicidad eterna; cuando veremos á Jesucristo mismo venir á anunciarnos la bienaventuranza que nos ha merecido, y á ponernos en posesion de ella. ¿Trabajos, fatigas, sufrimientos, dolores, oprobios, dónde estais vosotros? ¡Ah! todo se ha pasado ya; ya no queda de ellos ni memoria, ni temor, ni cosa alguna que pueda ni sea capaz de turbar ó de arrebatar este puro gozo; gozo celestial, gozo divino, gozo eterno. Ya lo gozan los Apóstoles; ya lo gozan los Santos; ya lo goza tambien un gran número de nuestros parientes, de nuestros amigos, de nuestros conocidos. ¿Y nosotros qué hacemos?

Peticion y Coloquio.

¡Ah! suframos, aspiremos, deseemos, trabajemos, muramos, y tambien gozaremos nosotros. Y Vos, o Dios mio, haced que despues de haber sembrado en las lágrimas, recojamos un dia en el gozo. Amen.

MEDITACION CCXCVI.

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XVI, v. XXIII, XXXIII.

CONTINUACION, Y FIN DEL DISCURSO DE JESUCRISTO A LOS APÓSTOLES, DESPUES DE LA CENA.

Primero. De la oracion. Segundo. De la fé.

PUNTO PRIMERO.

De la oracion.

Primero. *Promesa hecha á la oracion.* — Y en aquel dia (esto es, despues de mi resurreccion, y de la venida del Espíritu Santo), «no me preguntareis cosa alguna...» Esto es, no me tendreis ya cerca de vosotros, en una manera sensible, para poderme hacer preguntas, ó para pedirme que os conceda alguna gracia; pero esto no os inquiete: tendreis en vosotros el Espíritu Santo, que os consolará. Y en orden á vuestras necesidades, á los embarazos, á las dudas, y á la perplejidad en que podreis hallar-

os, he aquí la promesa que yo os hago. « En verdad, en verdad os digo, que cualquiera cosa que pidais al Padre, en mi nombre os lo concederá...» ¿Esta promesa era acaso para solos los Apóstoles? No, sin duda: es para nosotros, como para ellos. ¿Ha retratado por ventura Dios esta promesa, ó es por ventura infiel? No, sin duda. ¿Por qué, pues, se lamentan tantas personas de no obtener lo que piden? ¡Ah! Porque piden mal, porque no piden en el nombre del Salvador. Piden mal en cuanto al objeto, y á las cosas que piden, las que de ningun modo se ordenan á la salud, antes bien suelen ser opuestas á ella. Piden mal en cuanto á la manera, sin deseo, sin esperanza de obtener, sin atencion, sin respeto, sin ardor, sin perseverancia. Piden mal en cuanto al estado en que se hallan, estado de pecado, que las priva de la gracia de Dios, estado que las aleja de la salud, y las deja sin deseo de volver á entrar en ella. Piden mal en cuanto á la conducta que tienen, pidiendo lo que tienen, y de que no se sirven, cuando deberian pedir lo que no pueden, haciendo de su parte lo que pueden. Examinemos á este propósito nuestras oraciones, y rectifiquémoslas.

Segundo. *Precepto de la oracion.* — « Hasta ahora no habeis pedido cosa alguna en mi nombre; pedid, y obtendreis, para que vuestro gozo sea completo...» El designio del Salvador en todo este discurso, era consolar, é instruir á sus discípulos. No

era esta ya una reprension, sino una instruccion que les daba, y un precepto que les imponia. Hasta ahora los Apóstoles no habian estado bien instruidos sobre el misterio de la Encarnacion, para saber que Dios no concedia cosa alguna á los hombres, sino por los méritos, y por la mediacion de su Hijo; hasta ahora habian orado, como todos los demas Israelitas, en la fe del Mesías; pero sin hacer una expresa mencion de su mediacion. La oracion misma, que el Salvador les habia enseñado, no contenia esta mediacion, sino de una manera oscura, y envuelta en aquellas palabras. «*Padre nuestro...*» porque Dios no es verdaderamente nuestro Padre, sino por nuestra adopcion en Jesucristo. Este misterio, pues, es que ellos hasta ahora habian ignorado, y el que el Salvador ahora les descubre, y al que les manda que en adelante se conformen, pidiendo en su nombre, por sus méritos, por su mediacion. «*Pedid, y obtendreis...*» Dulce precepto, que solo pertenece hacerlo á un Dios infinito en bondad, y en poder. «Para que vuestro gozo sea completo...» No limitemos el objeto de nuestras peticiones; si es una virtud, pidamos su perfeccion; si es un don, pidamos su excelencia; si es una victoria, pidámosla completa; si es la pureza de nuestra alma, la remision de nuestros pecados, pidámosla entera y perfecta. ¿Corazones apretados, y vacilantes, pensamos nosotros agradar á Dios con peticiones escasas y tímidas? Pidamos, instemos, solicitemos en el nombre de Jesucristo, y recibi-

remos. Tenemos la promesa, tenemos el precepto, ¿pues qué tememos? Pidamos la santidad: pidamos el Cielo, pidamos á Dios mismo, y su eterna posesion; esto es lo que hará perfecto nuestro gozo: esto lo hará consumado. ¡Ay de mí! ¡y cuán cobardes, é indiferentes somos para los bienes eternos! ¿No puede darnos el Salvador con mayor razon la reprension, porque hasta ahora no hemos pedido cosa alguna en su nombre? Por esto no tenemos que maravillarnos de que nuestro gozo no sea completo: aquel gozo interno de la conciencia: aquel gozo del Espíritu Santo, que llena los corazones no lo conocemos nosotros, él está reservado para las almas que permanecen, y son constantes en la oracion: y esto debe ser para nosotros un nuevo motivo de aplicarnos á ella. Por esto, pidamos el don mismo de la oracion, y se nos concederá. ¡Qué desventura para nosotros, si en vez de pedirlo, lo tememos, y lo desechamos!

Tercero. *Luces que consigue la oracion.*— «Os he dicho á vosotros estas cosas en parábolas, viene el tiempo que no os hablaré ya mas en párabolas; sino que os anunciaré abiertamente de mi Padre...» El estilo de los proverbios, y de las parábolas es una manera de hablar encubierta, y enérgica; así justamente habló el Salvador á sus discípulos en este discurso: porque aun cuando se haya servido formalmente de parábolas, y haya usado tambien términos simplicísimos no ha dejado de esconder, bajo el velo de estos términos; y de anunciar, aun-

que en una manera oscura, los misterios mas profundos de la naturaleza de Dios, y de la redencion de los hombres. Los Apóstoles entonces no estaban en estado de recibir una revelacion mas clara, y no era aquel el tiempo de hacérsela, pero este tiempo ya se acercaba. Desde el dia de su Resurreccion les dió el Salvador el Espíritu Santo, y les abrió á ellos mismos el espíritu para que comprendiesen las Escrituras *. Por el curso de cuarenta dias, se detuvo con ellos, hablándoles claramente del Reino de Dios * ; y finalmente, en el dia en que le envió su Espíritu Santo, los llenó de una abundancia tal de luces, que tuvieron la inteligencia de todos los Misterios; que supieron en qué términos debian anunciarlos, y en qué términos debian los fieles hacer profesion de creerlos. ¿Pero cómo se dispusieron los Apóstoles para recibir esta abundancia de luces? Con la oracion, en la que perseveraron los diez dias que pasaron desde la Ascension hasta Pentecostes **. ¡O y qué diferencia hay entre lo que comprende un hombre de oracion leyendo el Evangelio, y lo que de él comprende el que no ora aunque sea un sabio y profundo teólogo. Sin la oracion, aunque bien instruidos en los misterios de la Religion, el Evangelio es para nosotros una lectura cerrada, un lenguage enigmático, en que nada

* S. Juan, c. XX, v. XXII.
** Act. Apost., c. I, v. III.
*** Act. Apost., c. I, v. XIV.

comprendemos, ó casi nada. Nosotros admiramos las virtudes heróicas de los Santos; el Evangelio es el lugar de donde las han sacado. Aquí vieron ellos la obligacion, los motivos, los medios, la práctica de ellas. ¿Y nosotros? Nosotros no aprendemos en él cosa alguna. Ellos ademas de leer oraban, y nosotros no oramos. ¿Cuándo vendrá aquel tiempo en que nos apliquemos seriamente á la oracion? ¡Ah! ¡Qué luces recibiriamos! ¡Qué dulzuras, qué consolaciones gustariamos! No lo dilatemos; pero bien para nosotros, si solamente lo dilatamos; y ¡ay de nosotros; si á fuerza de dilaciones, no llegase jamas para nosotros este tiempo!

Cuarto. *Prediccion que Jesucristo hace de la oracion.* — « En aquel dia... (Esto es como antes : despues de mi resurreccion, y de la venida del Espíritu Santo...) pedireis en mi nombre...» He aquí una prediccion, que viendo su cumplimiento, debemos quedar sobrecogidos de admiracion, y llenos de alegría. Sí; desde el dia de Pentecostes, es un dogma recibido, y reconocido en todo el universo, que no hay otro nombre alguno debajo del Cielo, dado á los hombres, por el cual podamos ser salvos. En este nombre la Iglesia ora, pide, adora, da gracias, enseña, manda, prohibe, exorciza, habla, y obra. En este nombre han hecho todos sus milagros los Apóstoles, y los Santos. ¿Y qué, si la Iglesia emplea el nombre, los méritos, la intercesion de los Santos, podrá acaso alguno

sin nota de temeridad, oponerle que destruye con esto, los méritos, y la mediacion de Jesucristo? ¿No saben, y reconocen todos, que los Santos, y la Reina misma de los Santos, nada pueden; sino por Jesucristo? Y si nosotros los creemos grandes, y poderosos por Jesucristo ¿cómo se atreverá alguno á decir que suplicándoles que intercedan por nosotros, destruimos los méritos, y la intercesion de Jesucristo? Unámonos, pues, á la Iglesia en la oracion; oremos con ella, y pidamos con ella, sin temor de errar. Pero mientras, que ella alza su voz hácia el trono de Dios, guardémonos, que nuestro corazon esté distraido, nuestro espíritu errante, nuestro exterior disipado, y mas propio para escandalizar á los hombres, que para honrar á Dios.

Quinto. *Fundamento que Jesucristo señala de la eficacia de la oracion.* — La eficacia de la oracion está fundada sobre el amor, que Dios nos tiene en Jesucristo; y sobre el amor que tenemos nosotros á Jesucristo; y sobre la fe que en él tenemos... « Y no os digo; que rogaré al Padre por vosotros: porque el mismo Padre os ama porque vosotros me habeis amado, y habeis creido, que he salido de Dios... » No: no es necesario, Señor, que nos digais que rogareis por nosotros; tenemos bien conocido vuestro amor, y sabemos muy bien, que no os olvidareis de nosotros en la habitacion de vuestra gloria. Sobre la tierra habeis rogado, y orado por nosotros: y ¡o cuántas veces os habeis privado

del necesario reposo por pasar las noches en oracion! Ya Vos ahora no rogareis mas por nosotros de esta manera penosa: Vos estais sentado á la diestra de vuestro Padre, pero hasta sobre el trono de vuestra gloria llevais Vos las cicatrices de aquellas adorables llagas, que habeis recibido por nosotros: oracion, é intercesion tanto mas eficaz cuanto es consumada, y completa en la gloria. Si para ser amado de vuestro Padre basta amaros á Vos, y creer en Vos, me atrevo á decirlo, o Señor, yo os amo con todo mi corazon, y creo en Vos. Creo, que sois el Hijo de Dios, salido de Dios, y hecho hombre por salvarnos, creo todo lo que habeis revelado á vuestra Santa Iglesia, y todo lo que ella nos enseña de parte vuestra, y detesto todo lo que ella ha condenado, y todo lo que condena, como contrario á cuanto Vos le habeis enseñado. Con estos sentimientos de fe, y de amor, en que quiero vivir, y morir, puedo esperar ser amado de Dios vuestro Padre. ¡O suerte felicísima! ¡O amor preferible á todos los amores; y preferible al mundo, á todos sus bienes, y á la vida misma.

PUNTO II.

De la fe.

Primero. *Del artículo fundamental de la Fe.* — « Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dejo el mundo, y voy al Padre... » No es maravilla,

que el Salvador repita con tanta frecuencia este artículo ; que en todos los lugares requiera , que se crea que alabe á sus discípulos , porque lo crean y que ellos mismos hagan aquí profesion de creerlo. Este es el artículo fundamental de la Religion , por el cual nosotros creemos , que Jesucristo Hijo de María no es un puro hombre , venido al mundo , como los otros hombres ; que antes de ser hombre estaba en Dios , era el Verbo de Dios , y Dios como su Padre ; que salió , cuando quiso , del seno de su Padre , para hacerse hombre : que este Dios hombre , despues de haber ejecutado sobre la tierra la voluntad de su Padre , volvió á él como habia salido ; esto es , de Señor absoluto , y soberano del mundo ; que vino á él , y que lo deja ; que bajó del Cielo , y á él vuelve á subir en el tiempo , y del modo , que juzga á propósito. ¿Creemos nosotros todo esto? ¡Ah! si lo creemos, no tendremos dificultad alguna sobre cualquier otro artículo. Los misterios de la Trinidad , de la Eucaristía , del perdon de los pecados , de la redencion de los hombres, de la infalibilidad , y perpetuidad de la Iglesia ; ni cualquiera otro punto de nuestra crencia no encontrarán mas en nosotros dificultad alguna, desde que creemos , que es un Dios hombre el que ha hablado. En nuestras agitaciones de espíritu , en nuestras tentaciones sobre la fe , llamemos á nuestra mente este artículo ; Jesucristo me lo ha dicho ; y Jesucristo es Dios : me lo enseña la Iglesia de Jesucristo , y Jesucristo es Dios.

Segundo. *Del progreso de la Fe.* — « Le dijeron sus discípulos; he aquí, ahora hablas claramente, y no usas de algun proverbio. Ahora conocemos, que tú lo sabes todo; y no es necesario, que alguno te pregunte; en esto creemos que tú has salido de Dios... » Conocen los Apóstoles, que Jesucristo ha prevenido la pregunta que ellos le querian hacer. Ya se creian haber llegado á aquel tiempo, en que Jesucristo les habia prometido hablarles abiertamente, y sin parábolas. ¡Ah! Estaban aun muy lejos de tener aquellas vivas luces, que debian recibir un dia! ¡En la profesion misma de fe, que aquí hacen ¡o cuánta debilidad hay aun! ¿Han conocido, pues, solo en este momento. que Jesucristo penetra los mas secretos pensamientos del corazon? ¿Ha dado solo acaso, esta prueba de su divinidad? ¡O qué progresos han de hacer aun, para ser perfectos en la fe! Este es un punto en que nosotros imitamos (y cuán bien) á los Apóstoles. Nosotros fácilmente nos persuadimos, que sabemos bastante, que estamos bien instruidos, ó iluminados, y espirituales; pero esta misma persuasion es una prueba de que hemos aprovechado poco en la fe. Cuanto mas la estudiamos, la meditamos, y la gustamos, tanto mas nos convencemos, que tenemos pocas luces, y que necesitamos adquirir siempre otras nuevas. Este conocimiento es el que nos hace mas aficionados á la oracion, á la leccion, á la meditacion, y que nos hace hacer cada dia nuevos progresos.

Tercero. *De la insconstancia de la Fe.* — « Jesus

les respondió. ¿Ahora creeis? He aquí que viene el tiempo; antes bien ya ha llegado en que os separeis cada uno por su parte, y me dejeis solo; pero no estoy solo; porque está conmigo el Padre... » Nosotros sabemos, cómo se cumplió esta prediccion. En el tiempo mismo, que los Apóstoles hacen profesion de creer, y que el Salvador mismo, por la segunda vez, aprueba su fe y su fidelidad en creer, se acercan ya mucho al momento de su desercion, de modo, que se puede decir, que ya ha alegado... ¡Ay de mí! ¡Cuánta es nuestra debilidad, y flaqueza, cuánta es nuestra inconstancia, si Dios no tiene piedad de nosotros! Muchas veces el dia mismo nos ha visto llenos de fe, de valor, de resolucion, y de fervor, y poco despues recaer en las mismas culpas que hemos detestado. Sí: *ahora* creemos somos de Dios; pero he aquí la hora de la tentacion que se acerca; y si no nos disponemos á ella, con la desconfianza de nosotros mismos, y con la oracion; nuestra fe, nuestra constancia, nuestras resoluciones, todo se desvanecerá, y muy tarde conoceremos cuán débiles, y cuán inconstantes somos por nosotros mismos. No nos olvidemos de esta última palabra del Salvador... « No estoy solo; porque está conmigo el Padre... » Sírvanos ella de consolacion, cuando nos desamparen los hombres.

Cuarto. *De la vuelta á la fe.* — « Os he dicho estas cosas para que tengais paz en mí... » Discípulos cobardes y tímidos, despues que habreis huido

y desamparado á vuestro Maestro, abandonándolo á la discrecion de sus enemigos, él volverá á vosotros, ¿pero cómo podreis sufrir su presencia? ¿Lo conocereis vosotros bien? Él volverá para daros la paz, no temais recibir de él la mas mínima reprension... ¿Pecadores; no os mueve el corazon una tal bondad? ¿De cualquiera naturaleza que sea vuestro pecado, vuestra cobardía, vuestra perfidia, vuestra flaqueza, vuestra debilidad, vuestra malicia, vuestro escándalo, vuestro error en la fe; sea heregía, ó blasfemia contra la Iglesia, sea impiedad, Jesus os llama á sí; no para castigaros, ó reprenderos, sino para daros la paz, de que vosotros huís, y que en vano buscareis fuera de él. ¡O bondad infinita! Bien puedo yo mismo ser testigo, igualmente que todos aquellos que despues de sus desórdenes, han tenido la dicha de volver á Vos; sin la paz no hay felicidad; y sin Jesus no hay paz.

Quinto. *De la victoria de la fe.* — « En el mundo estareis angustiados; pero tened confianza, que yo he vencido al mundo. » Jesucristo venció al mundo, principalmente sobre la cruz, y por medio de su muerte; pero él está tan seguro de esta victoria, que ya habla de ella como de una cosa pasada.— ¿Qué temor nos impide el volver á Jesus, y entregarnos á él? ¿El temor del mundo? El mundo se puede temer poquísimo en medio del Cristianismo; pero aunque estuviese él armado de otras tantas espadas, y animado de un furor igual al del Judaismo,

y de la idolatría, ¿la cruz de Jesucristo, no ha triunfado de él en todo lugar, y en todo tiempo? Armémonos, pues, de esta cruz; combatamos debajo de este estandarte, y nuestra fe vencerá tambien al mundo; superará todos los obstáculos; y nos hará triunfar siguiendo al Divino Capitan, que nos precede.

Peticion y Coloquio.

O Dios mio; si el mundo me ha vencido, ha sido de mi parte una vileza, que desde este punto voy á reparar venciendo yo tambien al mundo con vuestra gracia, y despreciando todo lo que él me puede oponer. Amen.

MEDITACION CCXCVII.

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XVII, v. 1. y

ORACION DE JESUCRISTO DESPUES DE LA CENA.

JESUS RUEGA POR SÍ MISMO.

Esta oracion, que Jesucristo hace en alta voz, y que ha querido enviarla hasta nosotros por el mas amado de sus Apóstoles, es toda para nuestra salvacion, para nuestra instruccion, y para nuestra consolacion. Mientras que Jesucristo nuestro mediador alza los ojos al Cielo, postrémonos, y abismémonos nosotros en tierra. Escuchémoslo con el mas profundo respeto, y unamos nuestra oracion á la suya. En esta hallamos cinco cosas que meditar. Primero. Cuál es el fin de la Encarnacion. Segundo. Quiénes son aquellos, que Dios ha dado á su Hijo. Tercero. En qué consiste la vida eterna. Cuarto. Cuál es la gloria, que Jesucristo ha procurado á su Padre. Quinto. Cuál es la gloria, que Jesucristo pide para sí.

PUNTO PRIMERO.

Cuál es el fin de la Encarnacion.

Este fin es la gloria de Dios; la gloria de Jesucristo su Hijo nuestro Señor, y la salvacion eterna de los hombres. Despues del discurso hecho á los Apóstoles, que ya hemos meditado, pasó Jesucristo todo de un golpe de aquella exhortacion llena de caridad á una oracion fervorosa y viva. « Levantados los ojos al Cielo, dijo: Padre, ha llegado el tiempo, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique: así como has dado á él la potestad sobre todos los hombres, para que él dé la vida eterna á todos aquellos que le has entregado... » La hora ha llegado. ¿Qué hora es esta? Vos no lo decís, o Señor; pero ahora lo sabemos nosotros. Es aquella hora, que Vos tan ardientemente habeis deseado, y que vuestros enemigos han querido tantas veces prevenir, aquella hora, por la que habeis venido al mundo; en una palabra, es la hora de vuestras humillaciones, y de vuestros oprobios, de vuestros suplicios, y de vuestra muerte. Y cuando ha llegado la hora, Vos hablais solo de vuestra gloria, y de la potestad que teneis sobre todos los hombres para salvar aquellos que creerán en Vos, y que vuestro Padre os ha dado, y os dará para ser vuestros fieles discípulos. ¡Ay de mí! Señor yo os imito cierta-

mente muy mal. Luego que llega para mí la hora de padecer alguna cosa por vuestra gloria, y por la de vuestro Padre, y por mi salvacion, en vez de atender á un fin tan glorioso, pienso solo en mis penas, mi imaginacion las engrandece, y este es el sugeto de mis discursos, y muchas veces tambien de mis quejas y lamentos. Será, o Señor, oida, y bien despachada vuestra súplica; Vos sereis glorificado, y glorificareis á vuestro padre; vuestra carne divina no probará la corrupcion del Sepulcro: vuestra santa humanidad sacará del seno del oprobio una nueva gloria, é irá á sentarse á la diestra del Omnipotente. El nombre de vuestro Padre será conocido y reverenciado de todas las naciones, y se os darán, y estarán incorporados con Vos, y serán vuestros compañeros millones de Santos rescatados con vuestra Sangre, para que Vos les deis la vida eterna. ¡Ah! ¡Si pudiese yo ser tambien de este número! Os lo pido, Señor, por los Sagrados misterios de vuestra Encarnacion, de vuestra muerte, y de vuestra eterna gloria.

PUNTO II.

Quiénes son aquellos, que Dios ha dado á su Hijo.

Examinemos bien estas expresiones del Salvador, que tan frecuentemente se nos renuevan. Dios nos ha dado su Hijo para salvarnos, y nos ha dado á su

Hijo para que nos salve. Todo viene de Dios, la vocacion, la eleccion, la obediencia á la vocacion, y la perseverancia que completa, y perfecciona la vocacion, y la eleccion. Todo es, pues, de Dios, y Dios solo, con su Hijo nuestro Señor, debe ser glorificado en todo: pero no pensemos por esto, que nosotros nada debemos hacer de nuestra parte, y que bajo el imperio de la gracia, no nos quede libertad para el bien, y para el mal. Toca á nosotros con la gracia de Dios, obedecer á la vocacion, asegurar nuestra vocacion con las buenas obras, y merecer la salud con nuestra perseverancia hasta el fin. Muchos son los llamados por la misericordia de Dios, y pocos los escogidos, por culpa de muchos. Aquellos, que han obedecido á la primera vocacion; aquellos, que han recibido el bautismo, han sido dados á Jesucristo por su Padre para su santificacion: no les queda que hacer otra cosa, sino cumplir con el socorro de la gracia, sus promesas, y perseverar hasta el fin; y estos serán del número de aquellos, que Dios ha dado á su Hijo para la vida eterna. ¡Ah! Llénemos estas verdades de reconocimiento, y de amor para con Dios, y de humildad, temor, y desconfianza de nosotros mismos. Animémonos, pues, velemos, y oremos. Dios nos ha dado ya á su Hijo por el bautismo, correspondamos á esta singular gracia, y sotengamos tan bellos principios; trabajemos con ardor, y consideremos cuál será el fruto de nuestra penas, y de nuestra perseverancia.

PUNTO III.

En qué consista la vida eterna.

« Esta, pues, es la vida eterna, que te conozcan á tí, solo verdadero Dios, y á Jesucristo á quien enviaste... » Este conocimiento se extenderá en el Cielo hasta la vision intuitiva, principio, y origen del amor, y de la felicidad de los bienaventurados. ¡O vida eterna cuándo te poseeré! ¡Ah! Espero, que llegará finalmente aquel dia dichoso, pero entre tanto tú seras el único objeto de mis deseos. Este conocimiento es sobre la tierra la vida eterna comenzada, y el medio necesario para llegar á la vida consumada en el Cielo. Este conocimiento aquí en la tierra, no es una pura especulacion, debe ser un conocimiento práctico. No basta creer lo que la fe nos enseña; que hay un solo verdadero Dios; que los Dioses de los Gentiles son Dioses falsos; que este verdadero Dios subsiste en tres personas; que la segunda se ha hecho hombre, que es nuestro Señor Jesucristo; que lo ha enviado el Padre, para rescatarnos, y para instruirnos: este conocimiento incluye tambien el de nuestras obligaciones respecto de Dios, y de Jesucristo nuestro Salvador, y la obligacion, en que estamos de obedecer á su Ley, de imitar sus ejemplos, y de hacernos semejantes á él. Si nosotros no nos aplicamos á cumplir estas obligaciones, nuestro conoci-

miento es vano. Conocer á Dios, dice san Juan, es observar sus mandamientos. Apliquémonos, pues, á adquirir este conocimiento, y á adelantarnos cada dia mas en él. El progreso se hace, mediante la oracion, la meditacion, y el ejercicio de la virtud. En esto consiste la vida eterna, y se experimenta por medio de la consolacion interna, que produce en nosotros este estudio, mientras que los conocimientos humanos, si no se refieren á este fin, dejan nuestro corazon vacío, ó lo llenan de amargura; nos dejan en la muerte, y muchas veces nos la causan.

PUNTO IV.

Cuál es la gloria que Jesucristo ha procurado á su Padre.

« Yo te he glorificado en la tierra: he cumplido la obra que me distes que hacer...» De hecho, toda la vida de Jesucristo estuvo consagrada á la gloria de Dios su Padre: ha obrado siempre segun la voluntad de Dios su Padre: ha enseñado la sola doctrina de su Padre: ha referido á su Padre toda la gloria de los milagros que ha obrado; finalmente la grande obra de la redencion de los hombres por su muerte, la mira ya como cumplida, y nosotros sabemos cómo la cumplió: con qué obediencia, con qué amor, y cuántos suplicios y oprobios le costó... Con esta obra, con el sacrificio de su vida ha satis-

fecho plenamente á la justicia de Dios su Padre, y ha reparado sobreabundantemente la gloria que le habian quitado los pecados de los hombres. ¡O grandes y adorables misterios! Pero reflexionemos que en esto Jesucristo es nuestro modelo; que á su ejemplo debemos vivir y morir, solo por la gloria de Dios, que á este fin, y en union de nuestra divina cabeza, debemos referir todos nuestros pensamientos; todos nuestros designios; todos nuestros deseos; todas nuestras palabras; todos nuestros pasos; todas nuestras acciones: que como él debemos cumplir, por mas que nos haya de costar la obra de Dios; esto es, lo que nos ha encargado, en la condicion, en el estado, y en el puesto en que nos ha colocado. Pero ¡ah! ¡qué confusion para nosotros! ¡Qué vida tan ociosa hemos vivido! ¡Cuántas usurpaciones de la gloria de Dios! ¡Cuántos pecados; cuántos escándalos, cuántas omisiones; cuántas obras directamente contrarias á la gloria de Dios...! Pero en nuestro mal no desesperemos: tenemos á Jesucristo, y en él un seguro remedio. Pidámosle que la plenitud de su gracia, y la sobreabundancia de sus méritos, suplan lo que nos falta, y reparen nuestras infidelidades. Comencemos con un nuevo fervor; rescatemos el tiempo que hemos perdido, y pongámonos en estado de decir cuando llegue nuestra hora: Señor os he glorificado sobre la tierra; he cumplido vuestra santa voluntad, y la obra que me habeis encargado. Os he ofendido, es verdad; pero lo reconozco, o Señor, y os pido

perdon. Poned, Dios mio, los ojos sobre vuestro Hijo, mi Salvador, que ha pagado por mí. Yo os ofrezco sus satisfacciones, y espero en vuestras misericordias.

PUNTO V.

Cuál es la gloria que Jesucristo pide para sí.

« Y ahora glorifícame, o Padre, para contigo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese... » El Salvador pide ir como hombre á poseer en el Cielo á la diestra de su Padre, la gloria que ha merecido por su perfecta obediencia. Hace el Salvador esta peticion en términos que no nos dejan dudar que esta gloria debida á sus méritos, es debida tambien á la dignidad de su persona; que esta gloria que pide se le conceda como hombre, la ha poseido desde toda la eternidad; que él la posee, y que jamas ha cesado de poseerla como Dios. La manera con que está concebida esta peticion, nos hace tambien conocer, que si en Jesucristo hay dos naturalezas, no hay mas que una sola persona, un solo Hijo de Dios, que en él el Hombre es Dios, y Dios es Hombre. No solo el Salvador pide poseer esta gloria, sino tambien que esta gloria que él poseerá, sea conocida de los hombres sobre la tierra, y que él sea adorado de ellos como Dios, Hijo único de Dios, y su Salvador... Llamemos ahora aquí á la mente lo que hemos dicho en

la primera y en la segunda reflexion de esta meditacion... Jesucristo, Mediador entre Dios y los hombres; por su naturaleza humana hombre como nosotros ¿á qué destina él la gloria que pide para sí? La destina á nuestra salvacion; á procurarnos la vida eterna, para referir despues su gloria, y nuestra salvacion á la gloria de Dios su Padre... ¿Podemos oir cosa mas grande y mas magnífica?

Peticion y coloquio.

O Dios mio: comienzo á tener algun vislumbre de las maravillas contenidas en el sublime misterio de la Encarnacion, y á comprender qué parte tienen en él los hombres, y las ventajas que les redundan de este comercio inefable que habeis formado entre Vos y nosotros. Comprendo que la vida eterna consiste en conocer estos misterios tan interesantes como sublimes. Concededme la gracia de que yo ocupe en adelante mi espíritu en estas sublimes é importantes verdades, y que llene de ellas mi corazon. Amen.

MEDITACION CCXCVIII.

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XVII, v. VI, XI.

CONTINUACION DE LA ORACION DE JESUCRISTO DESPUES DE LA CENA.

JESUS RUEGA POR SUS APÓSTOLES.

Primero. De los dos primeros títulos de recomendacion que Jesucristo presenta á su Padre en favor de los Apóstoles. Segundo. En que sentido está excluido el mundo de la oracion de Jesucristo. Tercero. De los dos últimos títulos de recomendacion que Jesucristo presenta á su Padre en favor de los Apóstoles.

PUNTO PRIMERO.

De los dos primeros títulos de recomendacion que Jesucristo presenta á su Padre en favor de los Apóstoles.

El Salvador antes de rogar á su Padre por los Apóstoles, le expone los motivos que deben empeñarlo á serles favorable, y á hacer valer los títulos

que deben hacérselos amables y recomendables. ¡O y cuánto debió fortificar y consolar á los Apóstoles esta bondad infinita del Salvador, y cuán grande materia debe ser para nosotros de instruccion y de consuelo!

Primero. Primer título: *La vocacion de los Apóstoles, y su fidelidad.*—Padre, «he manifestado tu nombre á los hombres que tú me diste del mundo: eran tuyos, y me los has dado á mí, y han observado tu palabra...» Los Apóstoles antes de su vocacion eran de Dios por la creacion. Lo eran tambien por la vocacion general á la fe de Abrahan, á la Circuncision, y á la Ley de Moises. Dios los ha dado á su Hijo, cuando el Salvador, segun la voluntad de su Padre, los eligió por sus Apóstoles, cuando obedecieron á su vocacion, y fueron fieles á ella. Habian observado la palabra de Dios, bajo la Ley, con la inocencia de sus costumbres, y la observaron tambien mas perfectamente, y segun el espíritu de su vocacion, cuando fueron llamados á la dignidad de Apóstoles. Apliquemos todo esto á nosotros mismos. Nosotros perteneciamos á Dios como criaturas suyas, desde el primer momento de nuestra existencia. Dios nos ha dado á su Hijo, por la vocacion al Cristianismo. El Bautismo nos ha separado del mundo, nos ha constituido miembros de Jesucristo, y nos ha hecho hijos de Dios y de la Iglesia. Si despues de nuestro Bautismo nos ha separado Dios de nuevo del mundo, mediante una particular vocacion, nos ha dado tambien con esto á su Hijo en

un modo especial, y que nos da un nuevo título de recomendacion, y un nuevo motivo de confianza, para unirnos á los Apóstoles, y participar de la oracion que aquí hace Jesucristo por ellos. Lo que sin duda nos inquieta, es nuestra poca fidelidad: estamos muy lejos de haber observado la palabra de Dios, y de haber conservado la inocencia en la santidad de nuestro estado. Pero animémonos. ¿No es Dios el Padre de las misericordias? Cuanto mas hayamos recibido de él, tanto mas seremos ciertamente castigados, si morimos en la impenitencia. Cuanto mas hemos recibido de él, tanto mayor debe ser ciertamente nuestro sentimiento de haberle sido infieles. Abandonemos, pues, nuestro corazon al dolor: condenemos á las lágrimas nuestros ojos: ninguna cosa hay mas justa; pero por otra parte, cuanto mas hemos recibido de él, tanto mayor confianza debemos tener en sus misericordias: tanto mayor derecho tenemos tambien en cualquier modo de implorarlas en nombre, y por la oracion de nuestro Salvador, á quien Dios su Padre nos ha dado.

Segundo. Segundo título. *La instruccion, que han recibido los Apóstoles, y su docilidad.*—«He manifestado tu nombre á aquellos hombres... ahora han conocido, que todo lo que me has dado viene de tí: porque les he dado las palabras que me diste, y ellos las han recibido; y han conocido verdaderamente, que he salido de tí y han creido, que tú me has enviado...» Llamemos aquí á nuestra mente,

con reconocimiento, y confusion todas las instrucciones, que hemos recibido en la Iglesia católica, y por parte de nuestros padres, de nuestros pastores, y de nuestros directores : en los libros que hemos leido, y en los discursos que hemos oido, y por medio de las luces internas del Espíritu Santo, que hemos recibido. Reflexionemos el poco provecho, que hemos sacado de ellas : reflexionemos tambien, que si hubiésemos sido mas dóciles y mas atentos, habriamos tenido conocimientos mas claros, mas manifiestos, mas íntimos, mas eficaces. Con todo esto ; nosotros sabemos los misterios de la fe : conocemos el nombre del Padre ; sabemos, que hay un Hijo, semejante á él, el cual se hizo hombre semejante á nosotros : sabemos que este Hijo es nuestro Señor Jesucristo, que las palabras, que él nos ha dicho, que las leyes, que él nos ha dado, las promesas y las amenazas que nos ha hecho, son las palabras de Dios su Padre; creemos que él salió de Dios, y que es su Padre el que lo ha enviado. ¡Ah! Fortifiquémonos una vez en esta fe, renovemos sus actos, y si ella fuese viva en nosotros, en virtud de ella triunfaremos de todo. Pero si con esta fe nos dejamos aun vencer del demonio, del mundo y de la carne, nuestra fe será una fe muerta, y será para nosotros un título de condenacion y no de recomendacion, para con Dios.

PUNTO II.

El mundo excluido de la oracion de Jesucristo, y en qué sentido.

«Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo; sino por aquellos, que me has dado, porque son tuyos...»

Primero. *Aquí hay un sentido errôneo, que es necesario evitar.*—Concluir de este texto, ó de otro semejante, que Jesucristo, no rogó, ni ofreció el precio de su muerte, sino por los escogidos, es una heregía formalmente condenada por la Iglesia: por esto no nos turbemos por semejantes expresiones, por mas que no las entendamos. No demos crédito á las interpretaciones, que podria darnos alguno, cuando estas interpretaciones pudiesen conturbarnos y quitarnos la confianza, que debemos tener en Dios, ó disminuirla. ¿El Salvador, que aquí no ruega por el mundo, no nos ha dicho en otra parte, que él no habia venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo*? ¿No es él, segun San Juan, el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo: el verdadero Salvador del mundo**? ¿El mismo San Juan no nos dice, que Jesucristo es la propiciacion, no solo por nuestros pecados, sino tambien por los

* S. Juan, c. III, v. XVII; c. XII, v. XLVII.

** S. Juan, c. I, v. XXIX; c. IV. v. XLII.

pecados de todo el mundo*? ¿San Pablo no escribe, que Dios nuestro Salvador quiere, que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad**? Tengamos, pues, bien lejos de nosotros estos hombres temerarios : estos escritores peligrosos, que engañados de humanos sistemas, y deseosos de fomentar, con la novedad, su vanidad pretenden poner límites á las misericordias de Dios, y penetrar la profundidad de sus caminos. — En cuanto á nosotros, reposemos tranquilos en el seno de la Iglesia nuestra madre, que no puede engañarnos, y que de parte de su Esposo nos da solo palabras de paz, de consolacion, y de confianza, si nosotros caminamos con fidelidad, ó si habiéndonos descarriado, volvemos á entrar con amor y con generosidad en los caminos de la justicia.

Segundo. *Aquí hay un sentido católico, á que es necesario atenerse.* Sin examinar todas las respuestas de los Téologos católicos, de los cuales algunos dificilmente admitirian nuestro sentir, nos contentaremos con dos. La primera es, que en una oracion hecha en presencia de solos los Apóstoles, y por ellos, no es cosa extraña, que el Salvador, por ganar su atencion, y mostrarles tambien su benevolencia, declare que en aquel momento, no ruega por el mundo, sino por ellos solos ; de donde ciertamente no se sigue, que en otros tiempos, no haya

* S. Juan, Epist. I: c. II, v. II.

** A Tim., c. II, v. II.

rogado por el mundo. Dentro de poco, lo oiremos nosotros rogar por todos los fieles, y poco despues lo veremos sobre la cruz rogar por todos aquellos, que han tenido parte en su muerte *. La segunda es, que el Salvador no ha rogado por el mundo, en cuanto es mundo, esto es por autorizarlo, por tranquilizarlo en sus desórdenes, y para excusarle el justo castigo, si en ellos persevera hasta el fin: pero ha rogado por el mundo, para que cese de ser mundo, esto es, de ser corrompido, y enemigo de Dios. Ha rogado por todos los hombres, que estan en el mundo, para que cesen de estar en él, por todos los pecadores, que siguen el mundo, para que cesen de seguirlos. Si no obstante sus llamamientos, y las gracias, que les habrá obtenido por medio de sus oraciones, y con el sacrificio de su vida, persisten hasta la muerte viviendo segun las leyes, y las pasiones del mundo, no tienen que esperar otra cosa de él, que un castigo, tanto mas severo, cuanto mas habrán abusado de las gracias, de las luces, y de los beneficios. Estas palabras confirman el anatema ya fulminado ** por el Salvador contra el mundo, y deben empeñarnos eficazmente á renunciar de este mundo perverso, y proscripto, como lo hemos prometido en nuestro bautismo.

* S. Juan, c. XVII, v. XX.—S. Luc., c. XXIII, v. XXXIV.
** S. Mat., c. XVIII, v. VII.

PUNTO III.

De los últimos títulos de recomendacion, que Jesucristo presenta al Padre en favor de los Apóstoles.

Primero. Primer título : *La gloria, que los Apóstoles le han procurado.* — « Y todas mis cosas son tuyas , y las tuyas mias , y en ellas he sido glorificado...» El Salvador llama continuamente á la memoria de sus Apóstoles la idea de su perfecta igualdad con su Padre. Fuera de que esta idea era muy necesaria en las presentes coyunturas, y para los futuros acontecimientos , era tambien de una grande consolacion para los Apóstoles mismos, y lo debe ser para nosotros. De hecho , ¿ qué cosa podemos pensar mas dulce , que siendo él nuestro Salvador, somos de su Padre ; y que siendo de su Padre , somos suyos , que pertenecemos á la Santísima Trinidad , nuestro Dios , y á cada una de las tres Personas por títulos particulares , que al mismo tiempo les son comunes ? ¿ Y cómo ha sido el Salvador glorificado en los Apóstoles ? Sin duda por su fe , por su obediencia, por su celo , por su inocencia , por su desinteres , por su exactitud en el cumplimiento de sus preceptos , y por la edificacion de toda su conducta. Con que es ciertamente verdad que Jesucristo es glorificado en nosotros cuando practicamos estas virtudes. ¡ Ay de mí! ¿ Es posible que yo sea tan negligente en su servicio ? ¿ El pensamiento

de la gloria de Jesucristo no deberia llenarme de ardor por él, pues no solo quiere que yo le sirva, sino que él mismo; que es igual á su Padre, se gloría tambien de tenerme por siervo cuando fielmente lo sirvo?

Segundo. Segundo título *Su ausencia de este mundo, mientras que quedan en él sus Apóstoles.* — « Y yo ya no estoy en el mundo, y yo voy á tí...» Esto es, me veo tan próximo á dejar este mundo, que ya estoy reputado como si no estuviese en él; pero estos discípulos que Vos me habeis dado, han de quedar en medio del mundo, y mientras que Vos me llamais á Vos conviene que yo los deje entre sus enemigos. Ya no estaré mas con ellos sensiblemente para animarlos y para guiarlos.—«Quién podrá expresar toda la ternura que se contiene en estas palabras?

Peticion y Coloquio.

¡Ah! Señor, este es tambien el tiempo en que ya no estais en el mundo, y en que yo particularmente vuestro siervo y vuestro hijo estoy en él; y estoy en un mundo acaso mas perverso, mas peligroso, mas corrompido de lo que jamas lo ha sido. Yo no os he visto jamas en este mundo, pero Vos me veis á mí en él: yo creo en Vos, soy uno de los herederos de la fe de vuestros Apóstoles: haced, pues, que participe tambien de la oracion que Vos habeis

hecho por ellos ; y que al salir de este mundo, vaya con ellos á daros las gracias, y á bendeciros por toda la eternidad. Amen.

MEDITACION CCXCIX.

DEL SERMON DE LA CENA.
S. Juan, c. XVII, v. XI, XIX.

CONTINUACION DE LA ORACION DE JESUCRISTO DESPUES DE LA CENA.

JESUS RUEGA POR SUS APÓSTOLES.

Jesus ruega á Dios su Padre. Primero. Que los conserve en la union. Segundo. Que los preserve del mal en medio del mundo. Tercero. Que los santifique en la verdad.

PUNTO PRIMERO.

Jesus ruega á su Padre que conserve sus Apóstoles en la union.

Primero. *Meditemos la excelencia y la extension de esta peticion.* — « Padre Santo, guarda en tu nombre los que me has entregado, para que sean una sola cosa, así como nosotros...» La union entre los Apóstoles, y entre todos los miembros de la

Iglesia, es la primera peticion que Jesucristo hace á su Padre. Esta union comprende la de los espíritus por medio de la fe : la union de los corazones por medio de la caridad ; y la union en el culto externo por medio de las reglas de una misma disciplina. Esta union debe hacer de todos los fieles un solo corazon, una alma sola, y un solo cuerpo, de que Jesucristo es la Cabeza. Todo debe reducirse á la unidad. Todos juntos debemos hacer una cosa misma. Esta unidad tiene por modelo, y debe en cuanto es posible representar la unidad de Dios en tres Personas, en una misma sustancia y en una misma naturaleza, tienen igualmente la misma sabiduría, la misma potencia, y por consiguiente las mismas afecciones, las mismas operaciones. — El primer objeto de la peticion de Jesucristo es que la union de sus Apóstoles y de los miembros de su Iglesia represente, en cuanto es posible, esta unidad de Dios. ¡O y cuán grande es por solo este respeto la religon cristiana! ¡Cuán sublime! Esta unidad se rompe, se desecha, se abandona por la heregía, por el cisma y por el pecado. ¡Qué desventura, pues, para los que caen en ellos.

Segundo. *Meditemos el motivo de esta peticion* : es tambien la ausencia de Jesucristo... Cuando yo estaba con ellos (en el mundo) los guardaba en tu nombre. He conservado aquellos que me entregaste; y ninguno de ellos ha perecido, excepto aquel hijo de perdicion, para que se cumpliese la Escritura...» Jesucristo recuerda con estas palabras á sus

Apóstoles los tiernos cuidados que ha tomado por ellos, con instruirlos, con reprenderlos, con sofocar las semillas de division, y con preservarlos de cualquier otro mal. Ahora, pues, lo que él ha hecho es una prenda segura de que por su oracion lo hará tambien su Padre, pues que él lo ha hecho siempre en nombre de su Padre... Previene tambien aquí una dificultad; esto es, la caida de Judas. Judas dado como los otros á Jesucristo por su Padre, Judas guardado por Jesucristo como los otros; Judas ha roto con todo esto la union, se ha separado de los Apóstoles para unirse á los malos. Esta caida nos debe hacer circunspectos; pero no debe desesperarnos. Judas no se ha perdido porque fuese predicha su pérdida, sino su pérdida ha sido predicha porque Dios, á quien lo por venir está presente, veia que Judas, abusando de su libertad, cederia á su pasion, y resistiria á todas las gracias que podian alejarlo de ella. La prediccion fue hecha para impedir el escándalo de esta caida, y tambien para que sirviese de gloria á Jesucristo, siendo ella el cumplimiento de una profecía!

Tercero. *Meditemos la razon porque el Salvador hace esta peticion, y toda esta oracion en alta voz.* — « Ahora, pues, voy á tí: y digo tales cosas estando en el mundo, para que tengan cumplido mi gozo en sí mismos...» ¡O Jesus, cuál es vuestra bondad! Vos os acercais al momento de vuestro suplicio, y con todo eso no hablais á vuestros discípulos sino de gozo. ¿Cuál es, pues, este gozo de que quereis

que ellos tengan en sí la plenitud? No es ciertamente el gozo del mundo : este bien lejos de llenar el corazon, lo deja vacio y lleno de horrores : él es todo externo, está solo en la superficie, y se muestra solo por de fuera : no penetra, pues, el corazon, y no lo poseemos en nosotros. Vos hablais, sí, de vuestro gozo, gozo celestial, gozo divino, gozo inefable que el mundo no conoce. De él estuvieron llenos vuestros Apóstoles, y á vuestro ejemplo lo han gustado hasta en los oprobios y en los suplicios. Vuestros Mártires lo han gustado en los tormentos y en la muerte : vuestras Vírgenes en el retiro y en la pureza : vuestros Confesores en los trabajos y en las penas, y vuestros Penitentes en los ayunos y en las austeridades. ¡Ah! Si nosotros quisiésemos, y ¡o cuán insensatos somos en no quererlo! Si quisiésemos, tambien nosotros lo gustaríamos en la oracion, en la mortificacion, en el silencio, en el recogimiento; y ni aun la muerte nos quitaria este gozo de Jesus.

PUNTO II.

Jesus ruega á Dios su Padre, que preserve sus Apóstoles del mal en medio del mundo.

Primero. *El ser aborrecido del mundo es una utilidad propia, para procurarnos el efecto de esta peticion de Jesucristo.*— « Yo les dí tu palabra, y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo; así

como yo no soy del mundo... » El odio del mundo judáico, y del mundo pagano contra los Apóstoles, y los primeros cristianos llegó á los excesos, y causan horror á la naturaleza. El odio del mundo herético, reservado para los cristianos posteriores, no ha sido menos furioso. Otro mundo hay tambien en medio del cristianismo católico. El odio de este mundo cristiano, si así podemos llamarlo, no es por cierto tan violento, y sino que se halle animado de algun pestilente soplo de la heregía, ordinariamente se contiene en palabras, en discursos, en desprecios, ó en ciertos golpes arrojados en secreto. En cualquier manera que él se manifieste, siempre es una grande utilidad tener parte en él, y un grande preservativo contra el contagio del mundo. Estimemos, pues, por felices aquellos, contra quienes mas se desenfrena este odio; consolémonos nosotros tambien, si participamos de él en algun modo, pero guardémonos bien de adoptar, en este punto, los sentimientos del mundo, y de ser del número de los que aborrecen á los discípulos de Jesucristo.

Segundo. *De la importancia de esta peticion.*— « No pido, que tú los quites del mundo sino que los guardes del mal... » En cualquier lugar que nosotros vivamos estamos en el mundo, y bien que menos expuestos en la soledad, y en el retiro, el mundo no deja de penetrar en los sagrados asilos, y de soplar en ellos el contagio. El mal de los unos es el persuadirse fácilmente que estan fuera del

mundo; y el mal de los otros es, el creerse en el mundo mismo, fuera de peligro. La peticion, que el Salvador hace aquí para sus Apóstoles debe desengañarnos, principalmente si consideramos, que esta es aquella misma peticion, que él nos ha mandado hacer por nosotros mismos, y que es la conclusion de la fórmula de orar, que él nos ha dejado, para que la recemos cada dia. De hecho, *el mal*, que hay en el mundo, es de tantas especies; se presenta en tantas maneras; se halla en tantos lugares; y se insinúa de tantos modos; y ha engañado tantas personas en todos tiempos, que el que no teme y ora sin intermision, para ser librado del mal, es un ciego que no conoce al mundo. Por otra parte, el espíritu maligno, que viene expresado frecuentemente con esta misma palabra; Satanas, el Príncipe de este mundo, por todas partes ha sembrado con una malicia infinita innumerables asechanzas, que sin una gracia especial de Dios, es imposible evitarlas. Unámonos, pues, todos los dias, y muchas veces al dia, á la oracion de Jesucristo. Pidamos á Dios que nos libre *del mal*. Reconozcamos con dolor, cuantas veces hemos caido en *el mal*, por falta de precaucion, y de oracion. Por otro lado, consideremos llenos de reconocimiento, cuantas veces el Señor por su misericordia, nos ha preservado *del mal*, en que tantos otros han caido, y en el que sin él, hubiéramos tambien ciertamente caido.

Tercero. *Una de las disposiciones necesarias para recibir el efecto de esta peticion, es no ser del mundo.*—

« (Ellos) no son del mundo así como yo no soy del mundo... » ¿Por qué, pues, el Salvador repite aquí estas palabras? Sin duda, para probarnos la necesidad indispensable en que estamos, de no ser del mundo, si queremos ser preservados del mal que reina en el mundo... Aquí se pueden distinguir dos suertes de mundo; el mundo interno, y el mundo externo. La huida del primero es absoluta, é igualmente mandada á todos. La huida del segundo debe variar segun la diversidad de los estados. Por el mundo interno debemos entender las ideas, los pensamientos, las máximas, las inclinaciones, las pasiones, los intereses, los apegos, y los afectos del mundo. Por el mundo externo debemos entender los discursos, las costumbres, las asambleas, los juegos, los convites, las pompas, todos los usos del mundo. El Salvador se da á sí mismo aquí por modelo de la manera con que debemos huir el uno y el otro mundo. Por lo que mira al mundo interno, él lo ha condenado, y lo ha contradicho en todo. Y en orden al mundo externo, se ha conformado en parte, en las cosas necesarias, é indiferentes; del resto, él ha condenado sus abusos, sus escándalos. Examinemos, pues, sobre este divino modelo, en qué cosas somos aun nosotros del mundo, y reflexionemos que este es el modelo, sobre que seremos juzgados; y que nuestra obligacion, segun la decencia, y los deberes de nuestro estado es, de ser tanto del mundo, cuanto lo fue Jesucristo, y nada mas.

PUNTO III.

Jesus ora á su Padre, para que santifique sus Apóstoles en la verdad.

« Santifícalos en la verdad; tu palabra es la verdad. » — Primero. *De la esencia de esta santificacion.* Tres cosas se oponen á esta santificacion en la verdad. La mentira de la irreligion, ó de la heregía; el error de una falsa conciencia; y la disimulacion de la hipocresía. En vano el mundo, y la impiedad se glorían de la rectitud, y de la bondad; en vano la heregía nos presenta su exterior de fervor, y de santidad. La santidad que Dios aprueba debe tener por fundamento la Religion, y la fe. No conoce la palabra de Dios, el que no recibe de la Iglesia su verdadera explicacion. Fuera de la Iglesia no puede haber sino una vana santidad; en la Iglesia solamente existe la santificacion en la verdad. En vano tambien se lisonjean algunos de llevar una vida santa, y regular, si dejan su conciencia embrollada sobre ciertos puntos dudosos, que no quieren aclarar y se dejan en el corazon ciertas impresiones, ciertas malas raices, que se aman, y no se quieren arrancar. Consultemos el Evangelio, y esta palabra de verdad abrirá nuestros ojos, y nos hará conocer que nuestra pretendida santidad no lo es en la realidad. Quieren muchas personas profesar una santidad externa, laudable, y edificativa

pero si aquellas apariencias, aquel aspecto, aquel hábito, aquella frecuencia á la Iglesia, y á los Sacramentos no es sino una máscara que cubre un interior desarreglado; esta no es una santidad en la verdad; es una hipocresía que la verdad de la palabra de Dios ha condenado; y cuya torpeza revelará un dia á los ojos del universo. Pidamos, pues, á Dios, por la oracion de Jesucristo nuestra santificacion en la verdad; en la verdad de la Santa Iglesia, en la verdad de una conciencia atenta, y timorata; y en la verdad de un corazon recto, y sincero en su presencia, y sin algun motivo humano.

Segundo. *De la necesidad de esta santificacion.* — « Así como tú me has enviado al mundo, así los he enviado al mundo... » No solo es necesaria para nosotros esta verdadera santidad, sino tambien es necesaria en nosotros para los otros. Bien se comprende cuán necesaria era ella para los Apóstoles, y cuán necesaria es tambien para sus sucesores en el Apostolado; y para los que en alguna manera estan empleados en el santo ministerio. Pero para hacer esta reflexion comun á todos ¿quién hay entre nosotros, que no tenga alguna parte en esta divina Mision? Si tuviésemos todos, cada uno en su estado, esta verdadera santidad, qué cambiamiento no severia bien presto en toda la Iglesia! ¡Los hijos serian santificados por sus Padres; los discípulos por los que instruyen; los criados por sus Señores; los parientes por los parientes; los amigos

por sus amigos; los vecinos, los ciudadanos, por sus vecinos, y por sus conciudadanos. Apliquemos, pues, esto á nosotros mismos, y reflexionemos, qué gran bien habriamos hecho en nuestro estado, si en la verdad hubiésemos trabajado para santificarnos. Ea pues, comencemos; pidamos á Dios esta santidad tan necesaria para nosotros y en nosotros para los otros.

Tercero. *Del origen meritorio de esta santificacion.* — « Y por ellos yo me santifico á mí mismo; para que ellos sean tambien santificados en la verdad... El Salvador usando aquí el mismo término de que ya se habia servido, le da un significado mas especial. Anuncia á sus Apóstoles en términos paliados la muerte que ha de padecer por ellos, y la que un dia padecerán ellos mismos, por la defensa de la verdad. Démosle gracias á nuestro Salvador por haberse santificado de esta manera; esto es; santificado por nosotros, y por haber dado á los Apóstoles la fuerza de santificarse tambien en testimonio de la verdad; y para enviar hasta nosotros la luz de la fe! ¡Felices tantos mártires que han seguido tan gloriosas pisadas! Si nosotros no podemos, como ellos sacrificar nuestra vida por la fe, á lo menos estemos dispuestos para hacerlo, si Dios nos pusiese en la ocasion. Sacrifiquémonos, á lo menos, por medio de la penitencia, y de la mortificacion de nuestras pasiones. Cuando asistamos á la Santa Misa, pensemos, que aquel es el tiempo

en que el Salvador dice.. «Por ellos yo me santifico á mí mismo; para que ellos tambien sean santificados en la verdad. »

Peticion y coloquio.

¡O amor de Jesus! ¿Con qué sacrificio de mí mismo podré yo jamas reconocer bastantemente el vuestro por mí? Santos Apóstoles, Santos Mártires, que habeis muerto por la fe de Jesucristo, obtenedme la gracia de vivir, y morir en esta fe, con la esperanza, y con el amor, que la deben acompañar. Amen.

MEDITACION CCC.

FIN DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XVII, v. xx, xxvi.

CONTINUACION, Y FIN DE LA ORACION DE JESUCRISTO DESPUES DE LA CENA.

JESUS RUEGA POR TODOS LOS FIELES.

Primero. Quién son aquellos que estan comprendidos en esta última parte de la oracion de Jesucristo. Segundo. De la peticion que hace el Salvador por los fieles en esta vida; la union, ó sea la unidad. Tercero. De la peticion que hace el Salvador en la otra vida; la bienaventuranza eterna.

PUNTO PRIMERO.

Quién son aquellos, que estan comprendidos en esta última parte de la oracion de Jesucristo.

« Mas no ruego solamente por estos, (por mis Apóstoles) sino tambien por aquellos, que han de creer en mí por su palabra...

Primero. *Esta última parte de la oracion de Jesucristo, no mira solos los escogidos.* — Ya hemos explicado arriba * en qué sentido una tal proposicion es herética. Por otra parte, aquí no hay algun término, que indique solos los escogidos, pues antes el Salvador nombra en general aquellos, que creerán, y entre los que creerán habrá seguramente muchos, que no perseverarán, ó sea en la fe, ó sea en la caridad hasta el fin, y que por consiguiente, no serán del número de los escogidos... ¡ No nos dejemos, pues, atemorizar; pensemos solamente en aprovecharnos de las instrucciones contenidas en esta oracion, y en merecer, por la eficacia de ella los grandes bienes, que nos anuncia.

Segundo. *Esta última parte de la oracion de Jesucristo no mira aquellos que aun que creen, no creen por la palabra de los Apóstoles.* — Esto es, que creen fuera de la Iglesia establecida por los Apóstoles, y continuada sobre el plan, y en la forma, que los Apóstoles le han dado. Creer en esta Iglesia, en credulidad necia, pues á decir la verdad, en todas las sectas en toda religion; en la irreligion misma, y hasta en el mas formal escepticismo, se cree: se creen cosas, que no se ven, ni se comprenden; con esta diferencia, que en la Iglesia se creen solo misterios llenos de magestad, dignos de Dios, de su grandeza, de su justicia, y de su amor; misterios, á la verdad, superiores á la razon, pero

* Vers. IX. Meditacion CCXCVIII.

no contra la razon: misterios, que elevan la razon, que regulan al hombre, lo perfeccionan, y lo conducen al fin, para que ha sido criado: Y estos misterios se creen sobre la autoridad de Dios manifestada con evidencia en Jesucristo, en los Apóstoles, y en la Iglesia. Pero fuera de la Iglesia, en los puntos contrarios á la doctrina de la Iglesia, se creen solo misterios llenos de bajezas, de indignidad, de injusticias, de absurdos, y de contradicciones; misterios, que degradan al hombre, lo envilecen, lo desesperan, lo pervierten. ¿Y sobré qué autoridad se creen estos dogmas perversos? ¿No se conoce por ventura la vida, y las costumbres de los que son sus autores, y de los que se hacen sus promulgadores? Jesucristo, de ningun modo, ruega por los que así creen; ruega solo para que abran los ojos, se conviertan, y crean con nosotros por la palabra de los Apóstoles.

Tercero. *Esta última parte de la oracion de Jesucristo mira los fieles católicos de todos los siglos*, que hacen profesion de la fe anunciada por la predicacion, y por la enseñanza de los Apóstoles, dada por ellos á sus sucesores, y que se continuará, como de mano en mano, y de boca en boca, hasta la fin del mundo. Esto es lo que nosotros llamamos la fe de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, que sube hasta los Apóstoles, hasta Jesucristo, hasta Dios. ¡Qué fortuna estar en la fe de esta Iglesia! Es, pues, por mí la oracion, que haceis, o divino Jesus, por que yo haga profesion abierta, y sincera de

estar en todo sujeto, y sumiso á la fe de esta Santa Iglesia; apruebo todo lo que ella aprueba, y condeno, sin reserva, y francamente todo lo que ella condena... Haced que yo esté atento á la oracion, que enderezais al Padre por mí, que en ella conozca mi provecho que en ella aprenda mis obligaciones; y que con mis infidelidades, no impida su dichoso efecto.

PUNTO II.

De la peticion, que el Salvador hace por los fieles en esta vida; la union, ó sea la unidad.

La peticion, que hace aquí el Salvador por nosotros, es la misma, que la que ha hecho poco antes por sus Apóstoles. Antes aquí le da mayor fuerza, y extension; lo que de nuestra parte exige nueva atencion.

Primero. *La naturaleza de esta union.*—Ella debe ser primero universal, y debe incluir todos los fieles... « Que sean todos una sola cosa... » El fiel, que quisiese excluir de esta union uno solo de sus hermanos, seria él mismo por esto excluido y seria él mismo un infiel. Dilatemos nuestros corazones, pensando que nosotros, con todos los fieles, que viven sobre la tierra; con todos los fieles, y todos los santos, que nos han precedido, y que nos seguirán, somos una misma cosa sola. ¡O amable sociedad,

lo serás tambien aun, cuando purgada de aquellos, que la oscurecen, serás en presencia del universo manifestada, vista, y conocida! — Segundo. Esta union debe ser santa, y divina... « Como tú estás en mí, o Padre, y yo en tí, que sean tambien ellos una sola cosa en nosotros... » La heregía, la impiedad, la cabala forman tambien una especie de union, pero union que de ningun modo es de Dios; que no es segun el modelo de la unidad, de la santidad, y de la caridad de Dios; union diabólica, sociedad de orgullo, de odio, de delito, de injusticia, de maledicencia, de calumnia, y frecuentemente de disolucion y de infamia.— Tercero. Esta union debe ser edificativa y honrosa á Dios, y á Jesucristo... « Y que conozca el mundo que tú me has enviado... » Al principio de la Iglesia cuando estaba mas reconcentrada, y rodeada de infieles, la union que reinaba entre los Cristianos fue un espectáculo, que llenó de admiracion el mundo, y no contribuyó poco para la propagacion de la fe. Hoy que la Iglesia está infinitamente mas dilatada, esta union de caridad no puede ser tan sensible y perceptible. Pero el que considera con alguna atencion esta union de fe que reune tantas naciones diferentes en la creencia de las mismas verdades, bajo la obediencia de un mismo Sumo Pontífice, y la perpetuidad de esta union, ya por tantos siglos, y sus mismos principios, no puede dejar de conocer que una tal unidad no puede venir sino de Dios, y que Jesucristo, que es su Autor, no puede

ser sino el Hijo de Dios, enviado, y dado á los hombres por su Padre. Ninguna otra union sobre la tierra nos presenta este caracter de prodigio y divinidad.

Segundo. *El medio, ó sea el vínculo de esta union, por medio del Bautismo y de la Eucaristía.*— « Y les he dado la gloria que tú me diste, para que sean una sola cosa, como nosotros somos una cosa sola... El Mediador que Dios nos ha enviado para unirnos á él, es su Hijo; es su Verbo hecho carne; hecho Hombre como nosotros; es nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios, y verdadero Hombre... Admiremos la caridad inmensa de nuestro Divino Mediador, y del Padre que nos lo ha dado. Su gloria es ser Hijo de Dios, en unidad de esencia y de naturaleza: su gloria es que su Humanidad está unida á la Divinidad en unidad de Persona, lo que hace que en él Hombre es Dios, y Dios es Hombre. Ahora, esta es la gloria que él nos ha comunicado, y que hace que nosotros seamos una sola cosa con Dios como él mismo; como él mismo, no con una entera igualdad, porque esto no puede convenir á la criatura, sino por una imitacion y una semejanza tan grande y tan perfecta, que excede toda inteligencia criada, y debe arrebatarnos de admiracion y de amor. Él es Hijo de Dios por naturaleza, y nosotros somos en él Hijos de Dios por adopcion, con sus mismos derechos, llamados como él á la misma herencia. Y tal es la gracia que recibimos en el Bautismo... Su carne está unida á

la Divinidad en unidad de persona, y nos da esta Divina carne á comer, para nutrirnos con ella, é incorporárnosla; y con su carne nos da su Humanidad, su Divinidad, su Persona, Dios todo entero; porque todo esto es una cosa sola é inseparable: tal es la gracia de la Eucaristía... ¡O y qué misterios, bajo tan débiles símbolos! ¡Cuál es, pues, nuestra real grandeza en este cuerpo fragil, y en esta miserable vida! ¿Qué hacemos nosotros cuando comulgamos? ¿Qué cosa se obra en nosotros? ¿Quién puede comprenderla? ¡Ah! somos verdaderamente felices, siendo nuestra felicidad tan grande, que no se puede comprender. Ya no me admiro al ver ciertas personas despues de la Comunion, quedarse inmobles, y como absortas en Dios. Gustan ellas el fruto de los divinos misterios que han recibido. ¿Y yo? ¡Yo me hallo tan poco penetrado; tan poco recogido! ¡Ay de mí! ¿No seria penetrado como ellas si tuviese su fe?

Tercero. *La perfeccion y la causa de esta union.* — « Yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumados en la unidad, y que conozca el mundo que tú me has enviado, y que los has amado á ellos como me has amado á mí... » Estas palabras *consumados en la unidad* son tan grandes, tan magníficas, que en vez de amplificarlas, es necesario prevenir un error, en que algunos han caido, sosteniendo que en los Santos la naturaleza humana, formalmente estaba mudada en la naturaleza divina; proposicion con-

denada por la Iglesia. Lo que nosotros debemos creer es, que nuestra union con Dios es tal, que no se le pueden poner límites, ni explicar su manera. La causa, el principio, el agente, si así puedo explicarme, es el amor de Dios para con nosotros. Dios nos ha amado á nosotros, como ha amado á su Hijo; nos ha amado en su Hijo, y por su Hijo: ha amado con el mismo amor con que ama á su Hijo, así como nosotros debemos, con el mismo amor amar á Dios, amar á su Hijo, amarnos los unos á los otros en Jesucristo, y por Dios, para que todo sea consumado en la unidad de Dios. ¡Ah! si pudiese el mundo conocer estas maravillas del amor divino, y renunciar á cuanto le impide el participar de él! Verá él un dia la gloria, y la union de los hijos de Dios *. Y ¡o cuál será su desesperacion al verse excluido de aquel número, y por su culpa, y para siempre!

PUNTO III.

De la peticion, que hace el Salvador para los fieles en la otra vida: de la bienaventuranza eterna.

Primero. *En qué consiste esta bienaventuranza.* — « Padre quiero, que los que me diste, (los que habrán creido en mí, y que habrán perseverado hasta el fin) esten conmigo, donde estoy yo para que

* Sapient., c. V, v. v.

vean mi gloria, que tú me diste; porque me has amado antes de la formacion del mundo.. » La gloria de Jesucristo ya no la conoceremos por medio de la fe, ya no pensaremos en ella, con un espíritu distraido, y disipado, no ya en un cuerpo mortal, en este lugar de destierro y de miseria, sino en el Cielo mismo; allá donde está Jesucristo mismo, en el seno de Dios; en aquel Océano de delicias; en la morada de la inmortalidad. Allí estaremos nosotros con Jesucristo; veremos aquella gloria divina y humana, que Dios ha dado á su Hijo. Nosotros la veremos, la gozaremos, la poseeremos, y seremos tambien revestidos de ella. Veremos el origen de aquella gloria en el amor eterno, é infinito de Dios por su Hijo, y por nosotros en su Hijo. ¡O suerte bien digna de envidia! ¿Qué no debemos hacer, y sacrificar por obtenerla?

Segundo. *Del conocimiento de Dios, necesario para llegar á esta bienaventuranza.*— Primero. Este conocimiento no se puede tener en el mundo· « Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo te he conocido; y estos han conocido que tú me has enviado.» El Salvador se coloca aquí entre los mundanos y los fieles; para hacernos comprender su diferencia, para mostrarnos la justicia de Dios; el delito del mundo, y la fidelidad de los Cristianos. Él es como aquella columna de fuego puesta por Dios entre los Egipcios, y los Israelitas[4]. Esta para

[4] Exod., c. XIV, v. XIX, XX.

los primeros era tinieblas, y sobre los otros extendia una dulce luz, que iluminaba todos sus paises. El mundo no conoce á Dios. ¡Desgraciado! ¿Qué conoce él, pues? Conoce la carne, para cometer en ella excesos que la deshonran, la destruyen: la tierra para apegarse á ella, hasta que la muerte se la arrebate, y aun antes de la muerte, mil manos avarientas le disputan su posesion: el mar para trasportar, y hacer venir las riquezas, que muchas veces se traga él mismo. ¿Qué conocen los sabios del mundo? La naturaleza, en que buscan descubrir secretos, que se les huyen, y que no los harian ciertamente mejores, el Cielo, este Cielo inferior, y sensible para observar los fenómenos, y calcular en ellos sus movimientos; pero aquel Cielo supremo, aquella habitacion de la gloria, que nos está destinada, no es objeto de su pensamiento: Dios, su primer principio, y su último fin, no lo conoce él, huye de él el pensamiento, y si piensa en él, ofusca su idea, lo sujeta á sus caprichos, y lo adapta á los intereses de sus pasiones. Segundo. Este conocimiento es perfecto en Jesucristo. El Verbo Encarnado ha hablado al mundo, y el mundo no lo ha escuchado; su Evangelio está entre las manos del mundo, pero ni es leido ni meditado. Y ciertamente solo de Jesucristo podemos aprender á conocer á Dios: él solo lo conoce perfectamente, siendo la imagen de su sustancia, y el esplendor de su gloria *. Él solo ha

* Ad Heb., c. I, v. III.

podido anunciar con certeza, los caminos de Dios, lo que él pide de nosotros y lo que debemos esperar de él. Él solo ha podido intimarnos con claridad la Ley de Dios, sus amenazas, y sus recompensas; hacernos conocer su bondad, su providencia, sus misericordias, sus juicios y sus venganzas. Justamente, pues, deja Dios al mundo en su ignorancia, en su ceguedad, ya que el mundo no quiere escuchar al Maestro, que él ha enviado. Tercero. Este conocimiento es verdadero, y suficiente en los fieles. Nosotros no podemos tener en este mundo, un conocimiento perfecto de Dios. Él es muy grande, y nosotros somos muy pequeños. Un conocimiento tal sobre la tierra, ha sido propio del Salvador. Cuanto á nosotros, nuestra obligacion es saber, que es Dios el que ha enviado al Salvador sobre la tierra: este conocimiento nos basta, porque él nos suministra todos los otros necesarios para servir á Dios; y llegar á él. Apliquémonos, pues, á este punto esencial, sobre que tanto insiste el Salvador. Convencidos de esta verdad, escuchemos á nuestro Maestro; observemos sus leyes; tengamos una entera confianza en su palabra, y sabremos todo lo que es necesario saber, para llegar al sumo bien, que es ver á Dios en sí mismo.

Tercero. *De las propiedades del conocimiento de Dios.*— « Y les hice conocer tu nombre; para que la caridad, con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos...» Primero. Este conocimiento siempre crece mas, por las luces mas abundantes, mas vivas,

íntimas, y mas eficaces que el Salvador comunica á los que se aplican á conocerlo en la oracion, y en el recogimiento. Segundo. Él está unido con el amor que crece en nosotros, con la misma proporcion. El conocimiento que Dios tiene de sí mismo, es el principio de su amor: así tambien en nosotros, á medida de lo que mas lo conocemos, nos ama él, y mas le amamos nosotros. Aquel amor con que él ama su Hijo; aquel amor, que es el Espíritu Santo, está en nosotros: así el mismo amor que él tiene para nosotros, y nosotros lo tenemos para con él... Este conocimiento, como tambien este amor, todo nos viene á nosotros de Jesucristo, y en Jesucristo. Jesucristo está en nosotros; él es el que Dios ve, y ama en nosotros; él nos ama en él, y por causa de él, nos ama como sus hijos, porque su Hijo está en nosotros, y nosotros estamos adoptados en él.

Peticion y Coloquio.

Ahora comprendo, ó Dios mio, en qué modo, por una gracia especial de vuestra predileccion, estoy destinado sobre la tierra á conoceros por medio de la fe: en qué modo soy amado de Vos, y debo amaros por medio de la caridad hasta que en el Cielo os conozca con una vision clara é intuitiva, y os ame, y sea amado de Vos con un amor consumado y eterno. Padre Santo separadme siempre mas de este mundo corrompido: Vos que me ha-

beis amado en Jesucristo y á quien Jesucristo ha orado tan eficazmente, por mí, conducidme por medio de la caridad á la posesion de Vos mismo en la eternidad. Amen.

FIN DEL TOMO DÉCIMO.

INDICE

DEL TEXTO EMPLEADO EN LAS MEDITACIONES DE ESTE TOMO DÉCIMO.

(El asterisco * indica el fin del capítulo.)

SAN MATEO.

Capítulos.	Versículos.	Meditaciones.	Páginas.
XXV. —	XIV, XXX.	— CCLXXI.	— 1
—	XXXI, XLV.	— CCLXXII.	— 13
—	XLVI *.	— CCLXXIII.	— 25
XXVI. —	I, V.	— CCLXXV.	— 47
—	VI, XIII.	— CCLXXVI.	— 57
—	XIV, XVI.	— CCLXXVII.	— 68
—	XVII, XIX.	— CCLXXVIII.	— 80
—	XX.	— CCLXXIX.	— 89
—	XXI, XXV.	— CCLXXXII.	— 120
—	XXVI, XXIX.	— CCLXXXIII	— 132

SAN MARCOS.

XIV. —	I, II.	— CCLXXV.	— 47
—	III, IX.	— CCLXXVI.	— 57

Capitulos.	Versículos.	Meditaciones.	Páginas.
—	x, xi.	— CCLXXVII.	— 68
—	xii, xvi.	— CCLXXVIII.	— 80
—	xvii.	— CCLXXIX.	— 89
—	xviii, xxi.	— CCLXXXII.	— 120
—	xxii, xxv.	— CCLXXXIII.	— 132

SAN LUCAS.

XXII. —	i, ii.	— CCLXXV.	— 47
—	iii, vi.	— CCLXXVII.	— 68
—	vii, xiii.	— CCLXXVIII.	— 80
—	xiv, xvi.	— CCLXXIX.	— 89
—	xvii, xviii.	— CCLXXXII.	— 120
—	xix, xx.	— CCLXXXIII.	— 132
—	xxi, xxiii.	— CCLXXXIV.	— 145
—	xxiv, xxx.	— CCLXXXVI.	— 161

SAN JUAN.

XII. —	xxvii, 1ª.	— CCLXXIV.	— 37
XIII. —	i, iii.	— CCLXXIX.	— 89
—	ii, xi.	— CCLXXX.	— 99
—	xii, xx.	— CCLXXXI.	— 110
—	xii, xxii.	— CCLXXXIV.	— 145
—	xxiii, xxx.	— CCLXXXV.	— 150
—	xxxi, xxxviii*.	— CCLXXXVII.	— 170
XIV. —	i, x.	— CCLXXXVIII.	— 181
—	xi, xxi.	— CCLXXXIX.	— 192
—	xxii, xxxi*.	— CCXC.	— 206
XV. —	i, viii.	— CCXCI.	— 217
—	ix, xvii.	— CCXCII.	— 227
—	xviii, xxvii*.	— CCXCIII.	— 240

Capitulos.		Versiculos.		Meditaciones.		Paginas.
XVI.	—	I, XI.	—	CCXCIV.	—	251
	—	XII, XXII.	—	CCXCV.	—	263
	—	XXIII, XXXIII*.	—	CCXCVI.	—	276
XVII.	—	I, V.	—	CCXCVII.	—	289
	—	VI, XI.	—	CCXCVIII.	—	298
	—	XI, XIX.	—	CCXCIX.	—	308
	—	XX, XXVI*.	—	CCC.	—	319

INDICE

DE LAS MEDITACIONES CONTENIDAS EN ESTE TOMO DÉCIMO.

Páginas.

MEDITACION CCLXXI. Parábola de los talentos. 1

— CCLXXII. Del Juicio final. 13

— CCLXXIII. Ejecucion de la sentencia del juicio final. 25

— CCLXXIV. Reflexiones sobre las disposiciones del corazon, en que se hallaban los Judíos. 37

— CCLXXV. Jesus se va á Betania el Martes por la tarde. 47

— CCLXXVI. Jesus en Betania cena en casa de Simon el Leproso. 57

— CCLXXVII. Judas trata con los cabezas de los Judíos, para darles en las manos á Jesus. 68

— CCLXXVIII. Los discípulos preparan la Pascua. 80

— CCLXXIX. Con qué amor celebra Jesus esta Pascua. 89

— CCLXXX. Jesus lava los pies á sus Apóstoles. 99

Páginas.

MEDITACION CCLXXXI. Discurso de Jesucristo, despues de haber lavado los pies á los Apóstoles. 110

— CCLXXXII. Jesus hace la Pascua, y cena con sus Apóstoles; y les declara que uno de ellos lo entregará. 120

— CCLXXXIII. Institucion de la Santa Eucaristía. 132

— CCLXXXIV. Jesus declara la segunda vez á los Apóstoles, que uno de ellos lo entregará. 145

— CCLXXXV. Jesus declara á San Juan, quién es el traidor, y Judas sale, para ejecutar su traicion. 150

— CCLXXXVI. Contienda de los Apóstoles sobre la preeminencia. 161

— CCLXXXVII. Principio del sermon de la cena. 170

— CCLXXXVIII. Del sermon de la cena. 181

— CCLXXXIX. Del sermon de la cena. 192

— CCXC. Del sermon de la cena. 206

— CCXCI. Del sermon de la cena. 217

— CCXCII. Del sermon de la cena. 227

— CCXCIII. Del sermon de la cena. 240

— CCXCIV. Del sermon de la cena. 251

— CCXCV. Del sermon de la cena. 263

— CCXCVI. Del sermon de la cena. 276

— CCXCVII. Del sermon de la cena. 289

— CCXCVIII. Del sermon de la cena. 298

— CCXCIX. Del sermon de la cena. 308

— CCC. Fin del sermon de la cena. 319

FIN DE LOS INDICES.

248.3
D76
Duchesne
AUTHOR
Evangelio Meditado, El
TITLE
Vol.10